

ANA
COELLO

DETESTABLE

error

*Una historia de amor, dolor,
y sobre todo pasión.*

DETESTABLE

error

DETESTABLE

error

ANA COELLO

Copyright © 2019 by Ana Coello
All Rights Reserved
www.anacoello.mx
Segunda edición octubre 2019
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9781533503923

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Portada: Ana Coello en colaboración con Mariana Coello.
Imagen de portada CanStockPhoto

A Coemas

*“La mayoría de nuestras equivocaciones en la vida,
nacen porque cuando debemos pensar, sentimos,
y cuando debemos sentir, pensamos.”*

John Churton C.
Crítico literario inglés.

Antonio hervía de rabia, de humillación. Jamás, nunca alguien se había burlado de esa forma de él y tenía que ser ella; Glía. No podía ser, esa joven era dulce, inocente, hermosa, no podía estar coludida con esa clase de hombres.

Aventó los papeles sobre su escritorio, furioso, desilusionado. Se acercó a la ventana de la oficina. Se encontraba en el último piso de una gran torre de la cual era dueño. Tener dinero hasta ese momento jamás le dio felicidad; sí comodidades, poder, facilidades, pero nunca felicidad.

Apoyó su brazo sobre el grueso vidrio recordando...

Su mujer, Lidia... Su hijo... Aquel fatídico accidente. No escatimó en gastos, al contrario, puso, como debía, a disposición de los médicos su fortuna si eso lograba salvarlos. No fue suficiente. Los dos sufrían de heridas internas muy graves y una semana después de que ese tráiler los hubiese arrollado, murieron.

Sintió el ya tan familiar nudo en la garganta. Fue feliz de esa forma serena, tranquila. Lidia era la mujer que eligió para compartir su vida desde joven y hacía ocho años lo formalizaron, no obstante, hacía cinco el destino acabó con ese mundo de calma, de sosiego. Ahora, a sus treinta y tres años, se sentía de ochenta.

Su mundo colapsó en aquella época, con aquella enorme pérdida y sin saber cómo, logró salir adelante. Era fuerte, decidido, exigente y contaba con un aplomo envidiable que lo sacó de aquel agujero.

Aun así, su interior permaneció detenido, en pausa. Salía, llevaba una vida normal, o lo más normal posible. Una mujer esporádicamente, nada de ataduras, nada serio. Viajar, seguir produciendo dinero —lo que al parecer sí se le daba muy bien— y ver la vida pasar sin tener ni la menor necesidad de entrar de lleno en ella.

Su padre murió seis años atrás y su madre dos anteriores a su marido. Fue hijo único, tenía un par de tías, hermanas de su padre, que continuaban viviendo en Brasil, lugar donde nació, y de las cuales se hacía cargo en todos sentidos. Ellas eran lo único que le quedaba por lo que no escatimaba en nada para que se encontraran cómodas y sin preocupaciones. De lado de su madre... nadie. Fue huérfana, por lo que no tenía mucha parentela.

Decidió mudarse a México casi al terminar sus estudios. Intentó independizarse de su padre y montar su propia empresa especializada en software de seguridad. Con Lidia a lado lo logró. Ella nació y vivía allí, por lo que sus contactos y su apoyo fueron cruciales.

Pero su vida cambió cuando al fallecer su padre lo nombró heredero de universal. Tuvo, sin remedio, que regresar a Río de Janeiro junto con su mujer e hijo menor de un año. Estar al frente de esa financiera que tenía cedes en casi todo el mundo occidental, no era tarea sencilla. La relación con Lidia comenzó a deteriorarse, a alejarse, no pudo ver los primeros pasos de su hijo, Romano. No estuvo presente en su primera palabra, ni tampoco en ninguna de las subsecuentes. A veces transcurrían días y no lo veía, llegaba y él ya estaba dormido y cuando se iba por la mañana el pequeño aún no despertaba.

Su esposa intentó apoyarlo a pesar de su carácter rígido e inflexible, pero su mirada solía ser de reproche y dolor, mucho dolor. Esa no era la vida que planearon, ni imaginaron. Todo se salió de sus manos sin que pudiera detenerlo. Intentó hacerla entender que sería temporal, que no sería eterno, que no podía dejar todo a la deriva. Ella no lo aceptó, él lo sabía, la conocía lo suficiente como para comprender que su mujer prefería que vendiese todo y regresaran a México a seguir

como solían. Sin embargo, algo en su interior no se lo permitía.

La relación con su padre siempre fue maravillosa y en algún momento de su adolescencia le juró que seguiría con ese negocio que perteneció a su familia por más de seis generaciones. No podía fallarle, no después de que se hubiera ido tan lejos para hacer exactamente lo contrario cuando era más joven. Inmerso en miles de pendientes y reuniones, recibió la llamada donde le avisaban de aquella desgracia, la llamada que volvía a cambiar su vida. Después todo fue muy rápido; estaba en Brasil, sin sus padres, al mando de un gran emporio que absorbía su vida y su mente, viudo y sin lo que más amó en su vida: su hijo.

Se aferró al trabajo como a un clavo ardiente. Se ganó la confianza de todos los accionistas, logró hacer crecer, aun a la distancia, su negocio en México e hizo que la financiera lo absorbiera como parte del grupo de empresas que ya tenían bajo su resguardo.

Ese país le traía recuerdos maravillosos y difíciles. No permanecía ahí por más de dos o tres días a lo largo de esos años. Lo vivido lo carcomía, pero con el tiempo logró entumir el dolor, hacerlo a un lado y emergió a aquel hombre implacable e insensible.

No se aferraba a nada, ni tampoco se involucraba demasiado. Era un gran partido para muchas mujeres que se hallaban en busca de fortuna, no obstante, desde el primer momento, él era claro, por lo que nadie podía acusarlo de falsas expectativas, de promesas rotas. No volvería a casarse, no volvería a amar, estaba convencido de que no era el ser ideal para esos sentimientos. Ya había perdido a demasiadas personas en su vida que partieron decepcionados por su proceder. No volvería a hacerlo, no lo permitiría nunca más.

Sin embargo, algo había cambiado dentro de él aquella tarde...

Se encontraba en la capital de México, como siempre, de forma fugaz. Tanta reunión lo tenía exhausto y necesitaba un momento de tranquilidad. Aquel café pintoresco en esa esquina le pareció tan buen lugar como cualquiera. Pidió que parasen ahí. Bajó dando la orden con la mirada a su par de escoltas para que permanecieran a la distancia. Entró sin fijarse mucho en los detalles, era media mañana y había bastante gente conversando animadamente.

Encontrar mesa no fue problema a pesar de eso, nadie le negaba nada. Primero; por su físico atractivo, impresionante y amenazante. Luego; porque tenía la cualidad de saber sacar provecho de su don de negociación dejando desconcertada a cualquier mujer que se cruzase por su camino.

Una chica de no más de veinte años le tendió el menú, sonriente. Él ni siquiera reparó en la mesera.

—Un expreso doble cortado —ordenó, serio, perdiendo su atención en el barullo del lugar.

La paciencia no era su mayor virtud y diez minutos después comenzaba a perderla. Observó el reloj molesto. ¿Por qué diablos tardaban tanto para traer un maldito café? Cuando decidió que era suficiente, se puso de pie resuelto a salir del lugar sin más. Al hacerlo, una maraña de cabello rojo obstaculizó su vista. Tropezó, enseguida sintió que se quemaba el pecho y su pierna.

—¡Qué diablos! —bufó haciéndose hacia atrás y observando su traje de corte italiano arruinado. Tenía una reunión en una hora. El ruido en el lugar dejó de escucharse de repente. Elevó la vista, listo para atacar, cuando la vio.

Estaba asustada, tenía unos asombrosos ojos verdes con pestañas oscuras bien rizadas, la maraña de cabello rojo de inmediato supo de dónde provenía. Esa chica con rostro pálido, ojos enormes y boca sonrosada estaba frente a él sosteniendo la taza vacía. La joven arrugó la frente pestañeando desconcertada.

—Lo siento... Usted se levantó justo cuando... —Poseía una voz dulce, acarició sus sentidos como si lo hubiese literalmente tocado. Sacudió la cabeza, aturdido. ¡Esa joven le tiró el café encima y se atrevía a echarle la culpa!

—¿Intentas decirme que yo fui el responsable de tu falta de atención por levantarme después de quince minutos que llevo esperando esa maldita taza de café? —Los ojos de la joven chispearon avalando lo que acababa de expresar, pero enseguida bajó la vista arrepentida.

—No quise decir eso, señor. Lo siento. —Antonio frunció el ceño desconcertado por su cambio de actitud, hubiera jurado que algo le reviraría. De repente su cabello eclipsó su atención. Lo tenía largo, muy por debajo de los hombros, con rizos suaves y grandes, de color caoba rojizo y caía desordenado, mas no descuidado, a los lados. Unas ganas, hasta ese momento desconocidas, le urgieron a enredar sus manos bajo esa maraña y comprobar su suavidad. Hermoso.

—¿Qué pasó, Glía? —preguntó una mujer mayor de gesto amable. Lucía preocupada, no molesta. Su empleada la miró arrepentida sin saber qué responder. Giró hacia ese impresionante hombre, confusa.

Antonio notó como Camilo, su jefe de seguridad, se acercaba. Lo detuvo elevando una ceja para que no se moviera. Odiaba vivir con gente detrás de él, pero era imposible estar sin ellos, o por lo menos eso le exigieron los accionistas; su vida valía mucho dinero y no podían arriesgarse a que algo le sucediera. No tuvo otro remedio salvo acceder. Sin embargo, no los quería cerca y tenía instrucciones de parecer invisibles ante los ojos de los demás. Camilo logró entender sus peticiones, era justo eso lo que le había dado el puesto que ostentaba y su confianza.

—Yo tropecé y... le derramé el café al señor, Margarita —aceptó Glía intentando evitar un problema. Llevaba dos años trabajando en ese lugar medio turno, esa mañana era su descanso en la papelería, por lo que pidió poder ir todo el día al Café. Le debía mucho a aquella mujer, por lo que intentaba ayudarla y hacer todo muy bien, a la perfección si era posible. La realidad era que jamás le había ocurrido algo así, pero ese hombre parecía que armaría un gran lío y no reconocería su error, así que se tragó el orgullo echándose la culpa sin el más mínimo tinte de arrepentimiento.

Antonio lo notó enseguida, los ojos de esa chica eran indescifrables, su boca decía una cosa y su mirada otra, era evidente que seguía creyendo que él era el responsable de lo que pasó. Eso casi lo hace reír. Nadie, nunca, se atrevería a comportarse de aquel modo, le gustó.

—Eso es mentira... Usted me acaba de hacer ver que fui yo quien se levantó sin fijarse, así que el responsable de esto soy yo —zanjó serio y enarcando una ceja retadora hacia Glía. Ella lo evaluó desconcertada, no entendía su juego. Pestañeó unos segundos sin saber qué decir. Él sonrió internamente, divertido por la situación.

—No hace falta que diga eso, yo se lo derramé encima, le debo una disculpa —refutó.

—¿Está diciendo que miento? —quiso saber Antonio simulando indignación.

—No, no, en lo absoluto, pero... —El hombre arrugó la frente de forma jovial.

—No se preocupe... —giró el empresario hacia Margarita—. Quedé arruinado para una próxima reunión, tendré algunos problemas por mi impuntualidad ya que debo ir a cambiarme, pero no pasa nada... fue mi responsabilidad —determinó. Glía entornó los ojos. Estaba acostumbrada a que le coquetearan, le insinuaran cosas tiernas u obscenas todo el tiempo, jamás que alguien se comportara de ese modo y la desafiara tan abiertamente.

—No, señor, sinceramente lo sentimos mucho, ¿verdad, Glía? Le daremos uno gratis para llevar. Una disculpa. —Margarita parecía nerviosa—. Limpia eso, Glía, por favor, y ofrécele algo más al señor para compensar este desafortunado accidente —le ordenó desapareciendo.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó automáticamente, un tanto divertida por el extraño embrollo. Comenzó a limpiar la silla y la mesa con un trapo amarillo que sacó de dentro del mandil.

—Sí. —La joven lo miró dejando de lado su labor. Ya estaba sentado en otra silla, que en

comparación con su tamaño se veía diminuta y ridícula. La observaba fijamente. Glía sintió una descarga de electricidad y la boca seca, se puso nerviosa enseguida. Ese hombre era impresionante; ojo gris, moreno, alto, un cuerpo grande bien torneado, cabello oscuro lacio y perfectamente peinado hacia atrás, pero se adivinaba suave y no muy corto. Sus facciones eran toscas y a la vez perfectamente simétricas logrando hacer en conjunto un hombre varonil y absolutamente atractivo—. Me gustaría saber qué piensas de verdad.

—No lo entiendo —balbuceó con las palmas sudorosas. Antonio la estudió extasiado. Era hermosa, mucho. Pero lo que leía dentro de esos estanques verdes lo atraía más, esa mezcla de docilidad e indomabilidad le fascinó. Glía, como supo se llamaba, le parecía una criatura bastante extraña.

—¿No? Yo creo que sí. Tú crees que yo tuve la culpa y yo que tú la tuviste. —Glía abrió la boca irguiéndose.

—¿Y eso importa?

—Sí en realidad... —jugó Antonio.

—¿Por qué? —quiso saber desconcertada. Ese hombre la asustaba y atraía en la misma proporción.

—Porque este incidente me hará perder mucho dinero.

—Yo, bueno... No sé qué decirle... —musitó Glía con las mejillas completamente encendidas

—Sólo contesta, ¿me culpas o te culpas? —presionó entretenido. Ella abrió la boca varias veces y volvió a cerrarla enseguida. No tenía por qué temerle, reflexionó la joven, ni siquiera lo conocía, así que decidió ser objetiva. Se cruzó de brazos y lo evaluó seria.

—Creo que ambas —declaró serena. Esa respuesta no era la que esperaba.

—¿Ambas?

—Sí, acepto que debí notar que se ponía de pie, pero usted también debe aceptar que no se fijó al levantarse. —Antonio torció la boca a punto de la carcajada. Esa chica era divertida y ocurrente.

—Eres aguda... De acuerdo. De todas formas tu parte de culpa me va a costar mucho.

—Por esa parte de culpa le ofrezco una disculpa —recalcó divertida por el intercambio de palabras. Ese hombre tenía algo que la llamaba. Antonio suspiró y recargó los codos en la mesa.

—Creo que no es suficiente —anunció con determinación, inescrutable.

—¿No?

—No, pero hagamos algo... ¿Glía? —Ella asintió con la mirada expectante.

—Yo me iré sin hacer aspavientos, pero tú cenarás hoy conmigo —atajó. La joven abrió los ojos atónita.

—¿Cenar? ¿Con usted? —Parecía perpleja. Él asintió con firmeza.

—Creo que así podremos tener mayor oportunidad para poder discutir este desafortunado incidente desde todos los ángulos posibles... y te prometo que si yo resulto ser el responsable, lo asumiré como un adulto. —La pelirroja, en respuesta, arqueó una ceja ruborizada y sonriendo.

—¿Pero si resulto ser yo? —indagó curiosa.

—Tendrás que ofrecerme una disculpa formal y asumirlo como una adulta... ¿Qué más? —Glía ojeó su alrededor, miradas curiosas se posaban sobre ambos, mientras Margarita le hacía señas desde la barra.

—Debo ir por su café —dijo de pronto.

—No lo aceptaré si no dices que sí y creo que Margarita se decepcionará un poco —le hizo ver observando amablemente hacia la mujer mayor.

—Es muy persuasivo.

—Antonio, me llamo Antonio. ¿Entonces? ¿A qué hora paso por ti? —preguntó acostumbrado a salirse con la suya.

—Hoy no puedo —declaró nerviosa.

—¿Tu novio? —dedujo él sintiendo una inexplicable pequeña punzada de celos, pero ella negó dulcemente.

—Tengo que ir a otro trabajo saliendo de aquí —explicó con suavidad. Antonio enarcó ambas cejas, asombrado.

—Es una pena... —admitió con sinceridad.

—Mañana puedo —se escuchó decir Glía de pronto. Él sonrió relajándose de nuevo.

—¿A qué hora?

—A las ocho, aquí. —Estaba completamente ruborizada. No había querido sonar tan ansiosa, lo cierto es que nunca aceptaba la invitación de nadie y menos desde que su vida se volvió tan complicada. Sin embargo, ese hombre la intrigaba y estaba harta de vivir de esa forma tan ermitaña, tan nostálgica, siempre con miedo.

—A las ocho estaré aquí, Glía. —Notar su actitud carente de malicia le provocó un deseo arrebatado de besar esos labios rosados y carnosos.

Ella fue por su café a la barra y enseguida regresó tendiéndoselo con mucho cuidado. Al tomarlo sus manos se tocaron. Ambos sintieron esa energía que brotó con ese pequeño roce. Él sacó un par de billetes de la cartera y los dejó sobre la mesa.

—No es necesario —le recordó la dulce pelirroja mientras él caminaba a la salida.

—Eso lo decidiremos mañana, ¿de acuerdo? —Ella rio asintiendo.

Al día siguiente llegó puntual. Glía no parecía haberse esmerado demasiado para verlo. Iba vestida con una falda bordada y una blusa de tirantes que hacía juego. Su cabello lo llevaba igual que el día anterior y traía un poco de brillo en los labios como algo adicional. Lo vio llegar avergonzada. Lucía cansada, notó él.

Se despidió de Margarita, cariñosa y salió apretando las manos a los costados de su cadera. Antonio portaba un traje igual de espectacular que el día anterior y la esperaba frente a un auto que debía costar una fortuna.

—Buenas noches, Glía —la saludó abriéndole la puerta. Ella dudó unos segundos, pero al verlo de nuevo, decidió que se arriesgaría. Entró acomodándose en el gran asiento de piel. Él la imitó enseguida sentándose en el lugar del conductor. El olor del interior la aturdió; piel, colonia y limpio—. No te voy a comer —dijo al notar su nerviosismo.

—Eso espero —admitió con sinceridad. Su honestidad le gustó. Estaba tensa, con las manos en su regazo y completamente ruborizada. Su actitud le pareció refrescante, perfecta.

—No hoy por lo menos —confesó relajado. La joven lo miró asustada, enseguida intentó tranquilizarse—. Hoy cenaremos y conversaremos... En eso quedamos. ¿No es cierto? —Le recordó evaluándola con deseo.

—Y en descubrir quién fue el culpable —completó perdiéndose en esos ojos asombrosos. Él sonrió asintiendo.

Cenaron en un lugar tranquilo y en lo absoluto ostentoso. No quería apabullarla, por otro lado, necesitaba un descanso de ese mundo lleno de reflectores y suntuosidad. Hablaron con fluidez sobre temas superficiales. Ella era inteligente y sagaz, aunque percibía tristeza en su mirada... preocupación constante. No debía tener más de veintidós o veintitrés años, dedujo. ¿Qué podría suceder en su vida para que tuviera esos sentimientos?

La velada fue divertida, relajada y demasiado agradable. Él se sentía motivado por primera vez en muchos años. Escucharla hablar era hipnótico, cautivador. Attendía y emitía la opinión o

comentario adecuado, justo.

Cuando acabaron de cenar no era muy tarde, así que salieron del restaurante y caminaron relajados uno al lado del otro sin importarles nada más que su cercanía, lo que decían, la extraña atracción que sentían.

Antonio supo que su trabajo nocturno era eventual. Consistía en cuidar niños por la noche cuando sus padres lo requerían. Durante la mañana iba a una papelería, a mediodía acudía a aquel Café y estaba intentando concluir su carrera en pedagogía vía Internet, aunque le había confesado que era sumamente difícil y que a veces llegaba tan agotada que no le daba ánimo de más.

No tenía familia, sus padres murieron un par de años atrás por lo que tuvo que buscar trabajo y mantenerse con sus propios medios. Acababa de cumplir veintitrés años el mes anterior, así que quedó sola a los veintiuno.

No preguntó más sobre el tema. Sabía lo que dolía la muerte de los seres amados y no quería perturbarla. Sin embargo, surgió en su interior una fiera necesidad de protegerla, cuidarla y ayudarla. Obviamente no se atrevió a sugerírselo, presentía que se indignaría y lo malinterpretaría.

Recordar esas conclusiones lo encolerizaba. ¡Qué estúpido fue! Eso era lo que ella buscó desde el principio, desde el momento en que aceptó salir con él. Creyó en su mirada, en su ingenuidad, en su rubor.

¡Fue una treta, un engaño, una asquerosa mentira!

Llevaba en México más de cinco semanas, la veía casi a diario y no podía dejar de pensar en ella todo el tiempo. Era divertida, parlanchina, sonriente y lo miraba de una forma que le hacía bombear la sangre por todo el cuerpo de una manera frenética, desquiciada, desconocida. La deseaba con desesperación, pero no había intentado ir más allá porque creía que la asustaría.

Contemplando el crepúsculo evocó su segunda cita...

Fueron a ver una exposición de arte que ella sugirió tímidamente. Al final resultó un chasco y Glía se mostró avergonzada. No pudo evitar tomar su barbilla al ver la decepción en su rostro, y la acercó lentamente a sus labios. La joven primero pensó que la animaría al ver su decepción, pero al notar que la contemplaba con deseo, comprendió lo que sucedería.

Se quedó paralizada y le permitió llevar la situación. Cuando sintió su boca sobre la de ella, cerró los ojos absorbiendo su aroma. Antonio se dio cuenta de su reacción, así que delicadamente dejó roces buscando que se relajara. Glía se acercó un poco más a él y se dejó llevar.

Besaba de una forma maravillosa, suave, exigente, paciente y apasionada. No quiso abusar, esa dulce pelirroja parecía no tener mucha experiencia en el área, cuestión que lo desconcertó teniendo en cuenta ese físico, pero que lo instó a ir despacio, a no tomar todo de un solo golpe. La seduciría, iría con calma y cuando estuviera lista la tendría... No tenía prisa. Estaba disfrutando mucho del preámbulo. Glía no sería para una noche, merecía más.

¿Cómo era posible que no hubiese sospechado nada? No era ningún adolescente confiado, ingenuo. Era un hombre curtido y experimentado. Se jactaba de reconocer la avaricia y codicia a metros de distancia. Creció rodeado de lujos así que desde temprana edad tuvo que ser sensible a todo aquello y nunca, en toda su vida, se había equivocado.

Pero las cosas no se quedarían así, decidió con resolución, asqueado por la situación. Le daría una sopa de su propio chocolate, claro que lo haría y después, no volvería a verla jamás.

Mil veces maldita. Hubiera estado dispuesto a darle todo lo que deseara, lo que anhelara, a sacarla de esa vida tan agotadora y deprimente para rodearla de lujos, de comodidades, de seguridad. Le habría mostrado el mundo, enseñado a gozarlo, a disfrutarlo, la hubiera apresado en

su cama hasta hacerla desfallecer, para después volver a hacerlo.

No la amaba, eso era algo que no se volvería a permitir, pero la deseaba y le encantaba estar con ella. Su presencia lo relajaba, lo hacía sentir más joven, más ligero. ¡Qué bien jugó su juego!

Era una chica astuta, de eso no cabía duda. Menos mal que Camilo insistió en indagar sobre su vida cuando comenzó a frecuentarla. Él aceptó en aquel momento confiando de que no encontraría nada que fuera lo suficientemente terrible como para que la alejase de su lado. Error.

Glía era producto de un matrimonio como cualquier otro. Tenía una hermana un año mayor, de la cual, no se sabía nada. Sus padres murieron cuando su casa, por un corto circuito, se incendió. En aquellas fechas esos hombres ya rondaban por ahí, al parecer eran amigos de su padre y se dedicaban a hacer negocios clandestinos con él. Glía se quedó sola y se apoyó en uno de ellos ya que con frecuencia se le veía a su alrededor. Camilo, ya no le interesaba cómo, logró averiguar que esos hombres, las últimas semanas, habían estado muy cerca de ella, la visitaban y buscaban, de hecho existían fotos que daban a entender que entre esa joven, que creía ingenua, y uno de ellos, había algo más. Todo indicaba que ella debía conquistarlo para sacarle una cantidad considerable de dinero o varias pequeñas, y todo indicaba que no era la primera vez que trabajaban juntos.

Esa chica podía ir directo a la cárcel con los documentos que tenía en la mano. Y pensar que estuvo a punto de ofrecerle una mejor vida.

Tomó su saco y salió furioso. La farsa terminaría.

Glía sentía las palmas húmedas como cada vez que se acercaba la hora de verlo. Ese día salió a las siete, por lo que apenas si tuvo oportunidad de llegar a su minúsculo apartamento y darse una ducha.

No haría lo que le pidieron, no podía. Antonio la trataba de una forma maravillosa y despertaba en ella cosas que no creyó que existieran. Desde que esos hombres entraron a su vida ya nada fue como antes. Ana los atrajo cuando desapareció. Sus padres y ella sabían que el último año se había metido en malos pasos, hacía trabajos sucios para ellos, era adicta y alcohólica, pero lo que jamás creyeron, era que les hubiese robado.

Ana, siempre Ana. La sociable, la mayor, la bonita, por la que se debía hacer cualquier sacrificio para que estuviese bien, contenta. No la odiaba, jamás podría, pero desde siempre estuvo a su sombra. A su lado nunca pudo brillar. Ana eclipsaba la atención de sus padres de esa forma en la que ella a su lado se veía ridícula, tonta y muy ingenua. Ana tenía carisma, era sonriente y muy hermosa.

Si bien eran muy parecidas, ella tenía los rasgos aún más delicados, más simétricos. Todo embonaba en su apariencia de una forma perfecta. Su cabello rojo, igual al de ella y su padre, lo mantenía impecable, brillante. Glía en comparación siempre fue insignificante, despistada, intelectual, reservada y más descuidada. Mientras Ana se vestía con lo último de la moda, Glía se sentía cómoda con *jeans* o una falda y blusas de cualquier tipo, su cabello siempre lo llevaba suelto y no le dedicaba mucha atención, adoraba meterse en sus libros y lecturas de la escuela, mientras que Ana solía necesitar demasiado incentivo para poder siquiera pasar de año.

El favoritismo de sus padres por su hermana mayor era evidente; Ana siempre necesitaba algo... Era delicada, aprendía lentamente, era demasiado hermosa, no podía andar por ahí sin más, había que llevarla, recogerla, en fin. Así fue como Glía aprendió con el tiempo a no intentar competir y a quererla a su manera. Sin embargo, nunca, a pesar de la poca diferencia de edades, mantuvieron una verdadera relación de amistad y camaradería como era de esperarse de dos chicas que incluso fueron toda la secundaria y bachillerato en el mismo grado.

Siempre recordaría muy bien el día en que tocaron a la puerta de su pequeña casa en una colonia como cualquier otra, pero en la que creció, aquellos hombres. Glía abrió, su madre se encontraba en la cocina y su padre estaba arreglando unos asuntos contables en la computadora. Cuatro tipos bien vestidos se anunciaron educadamente diciendo que conocían el paradero de Ana. Ella no dudó y abrió ansiosa. La vida en casa desde que desapareció era agonizante, horrible, sus padres no volvieron a sonreír, y menos que antes le hacían caso. Los hombres entraron sin esperar invitación observándola con evidente amenaza logrando que sintiera un escalofrío molesto recorrer su menudo cuerpo.

Uno de ellos, Gregorio, en cuando reparó en su presencia, sus pupilas se dilataron, la escrutó lascivamente, con lujuria en cada una de sus facciones asquerosas. Sin más la acercó a él pegándola a su cuerpo.

—¿Así que tú eres Glía? —masculló de manera grotesca. La joven intentó zafarse mientras los otros reían.

—¡Suéltela! —ordenó su padre autoritario. El aludido enseguida obedeció, serio. Glía giró y

se dio cuenta de que el hombre que le dio la vida tenía un arma en la mano derecha. Su corazón se detuvo—. Ve con tu madre... Yo me haré cargo y no salgan de ahí —le advirtió autoritario.

—Pero, papá.

—¡Ahora, Glía! —Obedeció y corrió el pequeño trecho hacia allá. Cerró la puerta abatible y alertó a su mamá. Ambas pegaron la oreja, escucharon sin dificultad: Ana les debía mucho dinero y si no pagaban en un lapso de tres meses los matarían. Los ojos de Glía se anegaron. ¿Cómo era posible que hubiera hecho algo así, que su hermana ejemplar se hubiese convertido en eso? Lo tenía todo.

Las siguientes semanas fueron una pesadilla. Los seguían, llegaban de repente, los presionaban fingiendo ser amigos de la familia. Cuando se cumplió el plazo, evidentemente no tenían el dinero, ni siquiera vendiendo la hipoteca de la casa pagaban una mínima parte de lo que pedían. No parecieron molestos, aun así, su padre habló con ellos en otro sitio y al regresar, ya era otro. Glía comprendió que algo terrible ocurrió, pero era impensable preguntarle “qué”, pues se ponía furioso si lo mencionaban.

Los meses pasaron aún más espantosos, la situación era insostenible, por lo que tuvo que buscar trabajo de tiempo completo ya que el medio tiempo no alcanzaba en la casa. Su mamá empezó a hacer pasteles para vender y su padre comenzó a alcoholizarse un día sí y el otro también. Su madre sufría al verlo así, él era su todo y nunca, en toda su vida, vio ni un poco de indiferencia de él hacia ella. Se amaban. Pero al parecer ese sentimiento estaba opacado por algo mucho más fuerte.

Ana no aparecía, si Glía no llevaba comida no comían, su madre sacaba muy poco de sus pasteles y no sabía hacer algo más mientras el señor permanecía encerrado en la recámara de su hermana sin abrirle a nadie con una botella de tequila en la mano.

Varias semanas después de todo aquello, Glía se encontraba en la cafetería, donde recién entró, cuando su casa se incendió. El dolor de perder a sus padres y al mismo tiempo, no pudo comprender cómo no la desquició, pero con la ayuda de Margarita y Azucena, su mejor amiga, logró salir adelante.

De un día para otro no tenía familia, techo, nada. El banco tomó la casa, hacía meses que no se efectuaban los pagos; se debía luz, agua, teléfono. Ella no podría absorber todo eso, no tenía ni siquiera para vivir. Deprimida y completamente perdida pasó una semana en la casa de Azucena, pero ella no vivía sola, tenía un novio que no le gustaba compartir su espacio. Así que Margarita le ofreció quedarse en un cuartito en la parte trasera del negocio en lo que encontraba algo. Ahí vivió más de dos meses, hasta que por fin Azucena le dijo que vio ese diminuto lugar donde ahora residía.

Entre ella y Margarita le consiguieron ropa y la abastecieron de lo elemental mientras Glía intentaba solucionar su nueva situación. Al principio lo único que tuvo era un colchón apolillado que consiguió su amiga. El lugar era más pequeño que una cabeza de alfiler, pero eso no le importaba, era un techo sobre ella y por lo menos tenía dónde dormir. Pasó noches enteras llorando y preguntándose qué sucedería, qué sería de su hermana, ¿si sus padres habían sufrido mucho?, ¿si de verdad fue un accidente? Miles de cuestiones sin respuesta. Trabajó mucho para lograr tener luz, gas y algunas cosas elementales para vivir.

Al poco tiempo que logró establecerse en aquel deteriorado lugar tan alejado de su antigua vida y sus trabajos, y cuando al fin sentía que el dolor dejaba de entumirla, Gregorio apareció.

La esperaba cerca del lugar donde aguardar el autobús que solía tomar para ir a su siguiente trabajo. La sujetó por la cintura con mucha familiaridad y la arrastró hasta un sitio solitario,

cuestión sencilla a las nueve de la noche. La besó violentamente mientras ella luchaba por hacerlo a un lado.

—De verdad debería tenerte para mi propio entretenimiento, no tienes nada que ver con esa zorra. —Glía dejó de forcejear dándose cuenta de que se refería Ana.

—Sabe... Sabe dónde está. ¿Cierto? —comprendió, atónita. La sonrisa torcida de ese hombre la hacía temblar. Era alto, rubio, de ojos azules, bien parecido. Pero lo único que le despertaba era repulsión y miedo.

—¿Por qué habría de saberlo? —refutó apretándola más, su mirada era repugnante pues no escondía lo que la joven le despertaba. Glía lo intentó apartar de nuevo—. Deja de luchar, pequeña. Si quisiera que fueras mía, créeme, no sería aquí, ni así... Además tú puedes serme de mayor utilidad.

—¡Cerdo! —escupió en un arranque de estupidez. El hombre volvió a besarla, esta vez le hirió el labio. Cuando la separó la miró amenazante. Glía se quedó lívida.

—Si sigues con esa actitud también podrías perder a tu amiga o a esa mujercita de la cafetería que tanto quieres —la amenazó. La joven abrió los ojos, asustada, sintiendo que la sangre se detenía—. Sí, sé qué haces, a dónde vas, con quién... Todo. Aunque la verdad es que tu vida es aburridísima. Si estuvieras conmigo no tendrías que vivir así... Pareces una monja, pequeña.

—¿Q-qué... quiere decir con... "también"? —preguntó con voz temblorosa captando solo esa palabra de todo lo que acababa de decirle.

—Dios, eres inocente. Tus padres, pequeña, tus padres. —Las arcadas la sometieron, Gregorio enseguida la soltó. Devolvió todo sintiéndose enferma. No, eso no era posible. Lloró interiormente llena de rabia, de impotencia—. Tú estás a nuestra disposición o morirás de una forma muy diferente, mi pequeña Glía.

—¿P-por qué? —rogó saber muerta de miedo y con lágrimas en los ojos.

—Eres hermosa... muchísimo y tengo el presentimiento de que algún día nos servirás... Serás tú quien nos devuelva todo lo que la estúpida de tu hermana nos hizo perder al juntarse con aquel imbécil. —Glía no pudo creer lo que escuchaba. Ana, siempre Ana.

Hacía más de un año de ese asqueroso y horrible encuentro, no sabía nada de ellos desde ese entonces.

Al principio salía con miedo, mirando con paranoia para todos lados. Recuperarse de aquella noticia le llevó semanas. Al final se lo confesó a Margarita, no podía con eso... Además, creía que lo mejor era renunciar por el bien de aquella mujer viuda que tan buena era con ella. Su jefa la tranquilizó y le pidió que se serenara y los denunciara. Glía se negó muerta de miedo. La mujer lo entendió, pero le pidió que no hiciera caso, que si volvían a aparecer le avisara y pensarían entre las dos lo que hacer.

Al ver que los meses pasaban el miedo comenzó a disminuir. Su vida era demasiado atareada como para pensar en eso todo el día. Sin embargo, el dolor y odio permanecían en su pecho. No salía con nadie, no tenía ni tiempo ni dinero para divertirse. Las cuentas llegaban cada mes y ella ganaba lo justo. Por otro lado, estaban sus estudios, su esperanza para una vida mejor. Los terminaría, sería maestra doble turno y se sentiría satisfecha haciendo lo que más le gustaba; estar con niños y enseñar, entonces, sólo entonces... probablemente le diera vuelta a la hoja y lograría, no sin mucho esfuerzo, olvidarlo todo.

Su vida era plana, carente de emociones hasta que él llegó. Algo desconocido hasta ese momento despertó. A su lado se sentía segura, libre, deseosa y con ganas de sonreír. Antonio era mágico, asombroso. La escuchaba como si de verdad dijera cosas interesantes, la veía de una

forma en la que el deseo y aceptación se reflejaban. La trataba con delicadeza y ternura. Cuando la besaba, ¡Dios! Era indescriptible lo que le hacía sentir, nada comparado con su novio de secundaria, o los asquerosos besos de ese tipo repugnante.

Antonio era sutil, suave, su aliento le acariciaba la piel de una forma suave, maravillosa. Era educado, sensible a pesar de tener ese aspecto duro, implacable. Con ella era protector, atento, cariñoso. Parecía divertirse y disfrutar mucho de su presencia. Todo aquello no tenía explicación. Alguien como él, fijándose en alguien como ella... Absurdo.

Era evidente que se trataba de un hombre importante, con dinero, con una educación impecable y ella... ella tenía una historia no muy grata, ni interesante. Vivía al día y ni siquiera lograba terminar aún una carrera y al paso que iba eso iba a tardar, pero a él parecía no importarle, al contrario, la miraba con admiración, con respeto.

Pero todo a su alrededor siempre se desmoronaba. Se dejó llevar de una forma estúpida y egoísta, ahora Antonio también estaba en peligro y no se lo merecía, a él no permitiría que le hiciera nada.

No. No podía hacerlo, no quería.

Se sentó en la cama, completamente turbada. No tardaría en llegar y aunque se sentía excitada y emocionada como siempre, no lo arrastraría a lo que era su vida. Tenía miedo de lo que esos hombres eran capaces, si intentaban hacerle algo ella no se lo perdonaría jamás. Tenía que pedirle que se alejara, que no volvieran a verse. Pero la pura idea la quemaba, la consumía. En algún momento, en medio de todas esas noches, de todas esas salidas, se enamoró de él.

Reconocerlo no le costó trabajo. Nunca sintió nada ni un poco cercano por algún chico, pero si lo lastimaban, si lo secuestraban, si... lo mataban. No y mil veces no, no le tocarían ni un solo cabello. Algo debía hacer para deshacerse de esos hombres, para poder tener una vida normal. Al paso que iba no podría ser feliz nunca y mucho menos tendría paz.

El timbre sonó. Había llorado bastante, sus ojos estaban aún enrojecidos y un poco hinchados. Respiró hondo buscando tranquilizarse. Hasta ahí llegaba su sueño, ese era el fin de su cortísima historia de amor. Se arregló lo mejor que pudo el rostro y cabello, caminando nerviosa hacia la puerta.

Abrió intentando parecer serena, tranquila. Al verlo no pudo impedir flaquear. Iba, como solía, impecablemente vestido. No podía evitar darse cuenta de lo mucho que desentonaba con ese lugar.

El día que la llevó por la noche, en aquella primera cita, Antonio no logró, por uno segundos, esconder su asombro. No tenía ni idea de qué pensó, pero eso evidentemente no. Pintura corroída, barrotes oxidados, pedazos de pasto que no habían visto una tijera en meses o años, esa era la fachada. Ella vivía en el segundo piso, entrar a la torre era tan fácil como empujar el pequeño cancel desgastado por los años y subir dos bloques de escaleras hasta llegar a lo que llamaba "casa".

—Hola —saludó tímida y sonriente como siempre. El hombre la observó serio. Era tan buena actriz que aún en ese momento dudaba de lo que Camilo averiguó. Su mirada estaba algo turbia, parecía que había llorado, la vulnerabilidad que proyectaba casi logra doblegarlo. Enseguida pensó que era parte de la pantomima. No caería, ella era una advenediza, una oportunista y él no era un estúpido—. ¿Quieres pasar? —le preguntó cómo usualmente lo hacía, recibiendo siempre una negativa tierna, para enseguida tomarla de la mano y salir de ese horrible sitio y conocer a su lado lugares que la maravillaban, los cuales él opacaba con su sola presencia. Sin embargo, esta vez le tomó la palabra y sin decir nada, entró.

El apartamento era más pequeño de lo que alcanzó a ver en esas ocasiones que la recogió, ahora se daba cuenta de que en serio no debía medir más de cinco metros cuadrados. Ella retrocedió un par de pasos, ruborizada. Dios, ese tinte en sus mejillas también era un engaño, se recordó sintiendo de nuevo una embestida de furia.

Glía iba a decir algo cuando Antonio se acercó y la besó sin previo aviso.

Su actitud la tomó por sorpresa, eso no era lo que esperaba, ese beso iba a complicar aún más decirle lo que debía. No obstante, decidió dejarse llevar, sería probablemente el último y estaba segura de que jamás, nunca, alguien volvería a hacerla sentir todo aquello con un simple roce.

Antonio la sintió vacilar en sus brazos, pero esta vez ignoró la reacción e invadió su boca exigente, ansioso. Glía se pegó aún más a él sintiendo como su cuerpo despertaba, subía varios grados de temperatura, sus piernas temblaban por lo que tuvo que aferrarse a su saco con mayor fuerza.

Ese beso era diferente, Antonio estaba diferente.

La abrazó de una forma en la que no pudo evitar sentir su deseo. Eso casi la hace retroceder, pero el hombre la aferró con mayor fuerza y continuó explorando su dulce boca que le respondía ávida, deseosa. De repente, y sin que ella lo esperara, comenzó a probar su cuello, la quijada, subió ambas manos para rodear sus tiernos pechos, apresarlos con firmeza y pasión. Glía dio un respingo al sentirlo, pero enseguida su boca volvió a tomar la suya y todo se le olvidó, se sentía al límite.

Respiraba rápidamente al igual que ella. No fue difícil encontrar la cama. Antonio la tomó en brazos, dio dos pasos y la depositó ahí. Continuó con su ataque. La deseaba, la deseaba como nunca a ninguna mujer y no se quedaría con las ganas, no siendo lo que ella era en realidad. La probaría, por supuesto que lo haría y que el infierno ardiera después.

Al dejarla sobre esa pequeña superficie la joven lo miró un tanto expectante, un tanto asustada. Volvió a besarla para no ver esos ojos que le mentían con tanta facilidad y descaro. La chica rodeó su cuello, ansiosa, desconcertada y enamorada.

Si Antonio era el primer hombre en su vida no le importaba, por lo menos ese recuerdo le dejaría, pensó al sentirlo sobre sus labios, posesivo, reclamándola.

El hombre comenzó a desvestirla sin verla a los ojos ni una sola vez y mientras lo hacía iba tocándola de una forma en la que cualquiera se hubiera sentido avergonzada, pero ella no, estaba experimentando la lujuria en su máxima expresión y deseaba... No, necesitaba vivirla por lo menos una vez en la vida y quería hacerlo a su lado. Confiaba en él como nunca en ningún hombre a pesar del poco tiempo que tenían de conocerse, por lo que se dejó llevar gimiendo ante lo que le generaba su tacto sobre la blanca piel.

Después... después ya vería. Por primera vez viviría el momento, no pensaría en las consecuencias y le entregaría todo al único ser que despertó en ella a alguien que no conocía y que definitivamente le gustaba más.

Antonio temblaba y es que no solo era deseo lo que le generaba, la ansiaba como un maldito enfermo al medicamento. Mientras se iba mostrando ante sus ojos ese cuerpo níveo, solo sentía que en cualquier instante su mente perdería el control. Glía, con sus ojos cerrados, se abandonaba a su tacto. Apretó los dientes al verla gemir y exigir más, arqueándose delicadamente para que no se alejara. Era absolutamente perfecta; sus senos redondeados, suaves, su cadera estrecha coronado con unos rizos rojizos que se le antojaron exquisitos, unas piernas bien torneadas y largas, su piel blanca como la leche, suave. Esa mujer parecía una ninfa, un ser irreal.

Lo que temió, pasó, dejó de pensar sin remedio ante lo que ocurría, lo que había propiciado y

olvidó todo lo que horas atrás lo arrastró a ese lugar. Deseaba... No, en realidad necesitaba vivir aquello para seguir respirando. Sometido por la pasión comenzó a lamer ese par de montículos rosados con esmero, con dedicación y Dios, sabían a la gloria misma, a un sueño lejano y efímero, a un amanecer delicioso. Alzó un poco los ojos para observarla, Glía lucía sorprendida y la vez excitada, con la manos sobre sus hombros, gimiendo. Sonriente y triunfal los besó, succionó, torturó mientras la escuchaba jadear y respirar agitadamente.

Un sentimiento oscuro quiso aparecer, algo teñido de traición, pero no logró llegar a su razón, tenía ese cuerpo increíble a su merced y ya no se sentía dueño de sus actos, pecaminosamente bajó una de sus manos y no se detuvo hasta tocar el punto más sensible de la mujer por la que había perdido la cabeza, estaba húmeda, más que lista. El gritó que ella profirió al sentir su mano justo en aquel lugar sólo sirvió para excitarlo más si eso fuera posible. ¡Era una locura! Pero no podía ya detenerse. Glía, de alguna manera, sin que él mismo lo pudiese comprender, lo hacía sentir primitivo, un animal ansioso, deseoso.

Se desabrochó el pantalón endiosado por lo que frente a si tenía, se bajó la bragueta y los calzoncillos, se posicionó entre sus piernas, decidido. Su miembro estaba más que listo para el combate. Tomó su delicada cadera con ambas manos apresándola, se acercó a su rostro y la besó al tiempo que la penetraba de un solo movimiento. La resistencia que ese menudo y maravilloso cuerpo opuso no la esperaba, se sentía al límite, como jamás se sintió, su interior era húmedo, ardiente, estrecho, imposiblemente estrecho. Apretó los dientes y se detuvo.

Enseguida fue consciente de que sus pequeñas manos apretaban sus hombros con fuerza, encajándole las uñas. Ella gemía adolorida, un par de lágrimas silenciosas rodaban por su mejilla y se removía con timidez bajo su peso. Despegó sus labios de esa boca tan seductora y la estudió estupefacto, respirando con dificultad, extraviado en lo que le hacía sentir, en aquello que nunca había experimentado con nadie. En un acto reflejo se hundió más para acabar con la sensación y entonces darle tiempo a acostumbrarse a su intrusión. Lo cierto es que campanas de alerta surgieron en su interior. Era virgen, ella era virgen. ¡Mierda!

—Antonio... —se quejó bajo su peso, nerviosa, apretando sus fuertes brazos, respirando con dificultad.

—Tranquila, respira, ya va a pasar, solo no luches, yo me hago cargo —susurró jadeante mientras la joven asentía nerviosa, llorosa, tomando grandes bocanadas, pero ya no moviéndose. De pronto, el cheque en el bolsillo se escurrió y cayó al lado de los suaves hombros de ella. Antonio abrió los ojos de par en par, el incidente tuvo la función de un doloroso recordatorio sobre lo recién descubierto. La herida se hizo aún más honda, el dolor y la traición, pero no podía pensar con lucidez, no estando dentro de ese delicado cuerpo. Hizo a un lado aquellos pensamientos cargados de rabia y apesó sus labios nuevamente con exigencia besándola como jamás lo había hecho con nadie y decidió hacerle solamente caso a su cuerpo, a lo mucho que la deseaba, luego, luego le haría saber lo mucho que perdió con su juego.

Pasados unos segundos en los que la percibió más serena, se hundió nuevamente pues ya no aguantaba un segundo más, Glía se tensó otra vez pero ya sin tanta molestia, adivinó por su gesto. Carajo, era tan pequeña, tan cálida. Se dejó llevar por aquella avalancha de placer que para él era tan nueva, yendo y viniendo al compás de sus suspiros y gemidos, de sus propios gruñidos y latidos.

De repente la necesidad fue más fuerte, más abrumadora, el contacto se intensificó y él rugió satisfecho sobre esos dulces labios. La joven, atónita por la marea de sensaciones que jamás había experimentado, dejó salir un grito suave y encajó aún más las uñas en sus fuertes brazos.

Glía, un segundo después, logró abrir los ojos, sudorosa y asombrada, también desconcertada por la manera en la que se había dado todo. Sabía que la primera vez era dolorosa, lo pudo corroborar, sin embargo, eso no era lo que la hacía sentir... extraña, sino él, Antonio. No es que esperara mucho de su primera vez, pero tampoco algo tan... instintivo. No hubo ternura, ni palabras dulces como solía emplear y justo en ese momento que se enfrentó con sus ojos vio algo que la terminó de desequilibrar, en realidad de aterrar, su iris gris se clavaban en los suyos con... odio. Dejó de respirar, asustada.

En cuanto Antonio sintió que el pensamiento comenzaba a liberarse de esa decadencia placentera que le nubló la claridad, se separó rabioso, asqueado, como si hubiese tocado lo más abominable del mundo, como si quisiera solo huir de ella. La joven lo observaba silenciosa, con las mejillas coloradas, pero con esos ojos verdes turbios, asustados incluso. Dio una rápida ojeada a su bellissimo cuerpo desnudo bajo el suyo, apretó la quijada, tenso.

De repente un sentimiento incómodo atravesó su mente que ya había recobrado la lucidez, uno que se sentía como culpa. Dudó, pero vio de nuevo el cheque, lo apresó entre sus manos de un movimiento e hizo a un lado con muchísimo esfuerzo la sensación que lo taladraba, repitiéndose una y otra vez que después de todo si no hubiese sido él, sería cualquier otro, ¿no es cierto? Se levantó con agilidad, se acomodó la ropa deprisa, apretó los puños, contenido. Si no se iba de una maldita vez sabía muy bien lo que haría; la abrazaría y le pediría perdón por no haber sido dulce, más paciente.

Respirando como una locomotora, sintiéndose tan sucio como lo era ella, le aventó el trozo de papel con desprecio. Ella retrocedió un poco, temblando, desconcertada, dolida, no lo reconocía.

—Creo que no vales tanto, pero debes saber que hubiera estado dispuesto a darte mucho más si hubieras sido sincera —murmuró contenido. Glía vio el pequeño papelito que estaba sobre sus cobijas sin comprender por qué le hablaba de esa manera, por qué la miraba de esa escalofriante forma. Buscó erguirse pues aún permanecía tendida sobre la cama, anonadada. Antonio la escrutaba con odio, con repulsión. Su corazón se heló enseguida.

—¿Por qué... me dices eso? —preguntó con voz temblorosa. Antonio hizo acopio de toda su voluntad para no tomarla entre sus brazos y... consolarla. ¡Carajo! Es que era realmente buena en lo que hacía, parecía sincera, sus labios aún estaban hinchados por los besos exigentes, su piel estaba perlada de sudor y sus ojos parecían dos estanques desconcertados. Apretó de nuevo los puños.

—Lo sabes muy bien, dile a tu “amigo”, que eso es lo máximo que me lograrán sacar y te lo advierto, Glía, si te cruzas por mi camino, aunque sea por equivocación, sabrás de lo que soy capaz, no tienes una idea de lo que el dinero puede lograr y la repulsión que siento por ti más —la amenazó con furia impresa en cada una de sus palabras. La joven lo observó horrorizada, su corazón se rompía en miles de pedazos.

—Yo pensé... —intentó comenzar, pero comprender que él la odiaba, que la utilizó, la quemaba, además, ¿a qué amigo se refería?... Gregorio, dedujo de inmediato, palideciendo.

—Veo que ya comprendiste. No quiero volver a saber de ti y quedas advertida, jugaste conmigo, fui un imbécil, pero hasta aquí llegó tu engaño. No quiero tenerte enfrente nunca más —rugió con seguridad y un segundo después salió dejándola ahí, desnuda, dolida, vulnerable y completamente desconcertada. Cerró con fuerza y desapareció sintiéndose ruin, despreciable, un ser abominable y por mucho que se repetía que eso era lo que tarde o temprano buscaría, no podía evitar sentir que hizo una atrocidad, algo sin nombre.

Glía observó la puerta de fierro mal pintada sintiéndose más sola que nunca. ¿Qué sucedió? ¿Por qué la trató así? ¿Cómo supo lo que Gregorio le exigió? Tomó el pequeño papel y lo abrió, era un cheque de varios miles de pesos. Sintió que se ahogaría, que no podía respirar. Las lágrimas emanaban sin poder detenerlas. Antonio hizo todo eso con premeditación, por eso no fue dulce, por eso la trató como... basura.

Experimentó un deseo enorme de salir corriendo tras él, de explicarle, pero se detuvo. De nada valdría y después de todo eso era lo mejor, al final no era un príncipe como ella creyó, era igual de despreciable que cualquiera, la usó para saciar su deseo, la hizo suya pagando por ello y ella... tampoco se opuso.

Se dejó caer sobre sus viejas sábanas y lloró sin poder detenerse toda la noche. Después de todo ¿de qué manera la vida le tenía que hacer entender que la felicidad no era para ella, que no valía más de lo que tenía en la mano?

Por la mañana salió a trabajar completamente destruida y con todo el cuerpo adolorido, sobre todo aquella zona que jamás fue explorada. Aún en el autobús continuaba llorando. Llegó a aquella papelería donde trabajaba en el turno matutino, nadie le preguntó nada. Después salió corriendo para llegar a tiempo a la cafetería. Cuando la jornada terminó se sentía molida y nuevamente entumida de dolor. Antonio era el único que despertó en su ser la esperanza, las ganas de vivir, sin embargo, no entendía qué ocurrió, qué era lo que sabía, de lo único que estaba completamente segura era que no tenía justificación para haber hecho lo que hizo, pensara lo que pensara de ella.

Los días pasaron grises, tristes y planos. Margarita fue a la única que le contó todo lo que pasó, lo que le dolió la actitud de ese hombre del que se enamoró irremediamente, omitiendo hasta qué punto se dejó llevar por la pasión y la forma tan vil en que la ignoró; eso era demasiado humillante, demasiado doloroso.

Un par de semanas después llegó a su apartamento, exhausta. Abrió deseando tomar una larga ducha y meterse bajo las cobijas.

—Hola, pequeña. —Al escuchar esa maldita voz se detuvo en la oscuridad. Él se encontraba dentro de su casa, sentado cómodamente en su roído sofá.

Prendió la luz sintiendo como el corazón le martilleaba presa de un asombroso miedo. No entró y permaneció en el umbral consciente de lo que él podía hacerle y comprendiendo que por muy egoísta que Antonio hubiera sido, ese hombre sí la podría lastimar de verdad si lo deseaba.

—No te quedes ahí, pequeña, pasa, estás en tu casa —la instó, burlón. Ella no se movió y lo miró con repulsión.

—¿Cómo entraste? —quiso saber con voz temblorosa. Gregorio la contempló extasiado; esa chica era bellísima, inocente, vulnerable y contaba con una entereza que no dejaba de asombrarlo. Todo ese tiempo siempre la mantuvo vigilada. Afrontó todo de una forma asombrosa, sin humillarse, sin pasar por encima de sí misma. Era toda una mujer y algún día, cuando todo terminase, sería suya. La colmaría de lujos, de placer, tendría esa hermosa cabellera enredada en sus manos cada noche. Pero por ahora era negocio, su maldita hermana le robó información muy cara y lo traicionó dándosela al imbécil de Gilberto, su hermano mayor, ahora esa arpía era su

amante y gracias a ella perdió a un par de hombres y bastante dinero.

Miró a Glía compadeciéndola, durante un minuto, por la hermana que tenía. ¿Cómo dos seres tan similares, educados bajo las mismas reglas, podían ser tan diferentes? No era que él y su hermano no lo fueran, pero en lo esencial, eran tan parecidos que por algo se dedicaban a lo mismo, pero ella, ella era pura, limpia, hermosa.

—Ya debes saber, pequeña, que a mí una cerradura no me limita. —No le gustaba nada lo pálida que se veía, la tristeza en sus bellos ojos; se parecía mucho a la chica de hacía un par de años.

—¿Qué quieres? Lárgate de aquí. ¿No te cansas de esto? —rugió harta de vivir así.

—No, nunca me cansaré de verte. Un día serás mía, pequeña... —Mientras hablaba se acercaba a ella. Glía retrocedió un paso apretando los dientes—, y entonces te mantendré tan ocupada y satisfecha que jamás querrás que me vaya de tu lado. —La pelirroja no mostró ninguna emoción, ni miedo, ni asco, ni nada, simplemente lo miró penetrantemente. Él se detuvo al notar su falta de reacción.

—Dime qué haces aquí, y vete —ordenó envalentonada. El hombre introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, recordando el porqué de su visita.

—Ya no he visto a ese estúpido millonario por aquí —señaló intrigado. Glía sonrió en su interior, ¡vaya chasco que se llevaría!

—Terminamos.

—¡Ja! ¿Terminaron? Imposible, si era evidente su afición por ti. No tienes idea de con quién tratabas, pequeña... Ese hombre no se hubiera tomado tantas molestias por nada —le explicó con tranquilidad. Ese comentario le dolía, claro que no fue por nada. Y por supuesto, que no sabía quién era, ni le importaba, sólo sabía su nombre y que... el dinero no era un problema para él.

—Pues me dejé. Al parecer ya no fui tan irresistible —reviró altiva. Gregorio frunció el ceño sin creerle en lo absoluto. Antonio Arantes era un multimillonario que rara vez ponía un pie en México y, sin embargo, desde que se fijó en ella no salió de la ciudad, la visitaba casi a diario. Enviudó hacía unos años y, desde entonces, nunca tuvo una relación formal con ninguna mujer. Era un hombre temido en los negocios y muy respetado, o sea... un pez gordo. Planear su secuestro no fue cosa sencilla, no podía haberse esfumado. Se acercó a Glía furioso y frustrado.

—¿De qué diablos me hablas? —exigió saber sujetándola por el cabello. Ella no se quejó a pesar del dolor, de una u otra manera Antonio ya estaba fuera de su alcance y aunque lo odiaba por cómo la trató, no le hubiera gustado que ese tipo le pudiera hacer algo.

—Arrancándome el pelo no cambiarás nada. Se hartó y me dejó, eso es todo. —El tipo la soltó de un jalón tumbándola en el piso de pavimento provocándole raspones.

—No te creo —vociferó mirándola incrédulo. Arantes jamás hubiera dejado de ganar tanto dinero, ni parecer un perrito faldero por nada; Glía le gustaba, es más, la deseaba solo para él.

—¿Por qué no? Soy una mujer común, lo comprendió y se fue...

—No le habrás dicho una palabra de lo que te dije, ¿verdad? —preguntó aferrándola con fuerza por la barbilla. Glía lo miró penetrantemente; el muy estúpido le había ordenado sacarle dinero y mantenerlo contento, nunca haría algo así.

—No le dije nada... —replicó e intentó zafarse sin éxito así que tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

—Más te vale, pequeña. Sabes muy bien lo que puede suceder. Él volverá, lo sé y tú me avisarás de inmediato. ¿Entendido? —Al fin la soltó.

—No lo hará, así que déjame de una maldita vez en paz.

—No, ya te dije que me debes dinero. —Glía se levantó decidida.

—Ese es el problema, ¿no es así? —Lo desafió con una nueva esperanza creciendo.

—Ya sabes que sí, pequeña —contestó observándola. Glía pasó a su lado, abrió un cajoncito de un pequeño anaquel de madera apolillado y sacó algo que él no alcanzó a ver. Regresó triunfante y le tendió el cheque.

—Espero que con esto baste para no volver a verte en mi vida. No tengo ni idea de cuánto te debe mi hermana, pero yo no soy ella y no estoy dispuesta a pagar algo que no me corresponde. —Gregorio leyó la cantidad asombrado; Antonio se lo había dado.

—Con esto bastará... por ahora, pequeña —determinó sonriente. Glía intentó quitárselo furiosa.

—¡No! ¡No por ahora, para siempre, no quiero volver a verte! —gritó ansiosa, desesperada.

—Olvidalo, si esto lograste en un mes, ¿qué lograrías en más tiempo? Ese hombre volverá y tú me informarás. ¿Estamos?

—Espera sentado —espetó con el último atisbo de valentía.

—Esperaré... probablemente sentado. Pórtate bien y nada de jugarretas, me enteraré y tus amigas lo pagarán igual que tus padres —y en menos de un minuto el tipo salió de su casa.

Se dejó caer derrotada y temblando sobre el frío piso. No podía ser, no existía manera de acabar con todo aquello. Su única esperanza era encontrar a Ana y que ella hiciera frente a esa pesadilla. Ya demasiadas desgracias había provocado con sus actos.

Un mes y medio después de que hubiese visto a Antonio por última vez, la desolación no había desaparecido.

—Te ves muy cansada, Glía. ¿Has comido? —Le preguntó Margarita mientras secaba una taza. Era lunes por la noche, el día fue tranquilo, sin embargo, ella sentía que un tren hubiese pasado por encima de su cuerpo. No encontraba motivación, ni incentivo. Cada día pasaba igual que el anterior y ya no le encontraba sentido a nada. Se dejó caer en un banco de la barra recargando su frente en el frío mármol.

—No me he sentido muy bien —admitió. Margarita acarició su cabellera acongojada. Esa dulce joven sufría mucho y parecía que eso nunca acabaría, lo que no entendía era por qué... Era inteligente, buena, trabajadora, era responsable, optimista y jamás se quejaba de su suerte, pero todo tenía un límite y parecía que el suyo había llegado. Desde que ese hombre la abandonó Glía estaba ausente, triste, como si la llama que con su presencia creció, se hubiese extinguido.

—Deberías ir al médico —propuso la mujer un tanto frustrada por no poder ayudarla más. Vivía en aquel pequeño lugar, trabajaba sin parar todo el día y no tenía un solo minuto de descanso, pero su propia situación no era boyante, por mucho que quisiera no podía hacer más por ella que darle un trabajo seguro y apoyo cuando parecía que la vida acabaría terminando con sus sueños, con su inocencia, con su ya muy poca esperanza.

—No he tenido tiempo, iré en cuanto pueda —aceptó cerrando los ojos.

—Glía, debes de sobreponerte, eres fuerte, puedes darle vuelta a la hoja —susurró. Ese hombre al irse se llevó la última chispa de sus ojos.

—Lo haré, Margarita... lo prometo —dijo elevando el rostro con un dejo de decisión. No tenía ni idea de cómo, ni para qué, pero lo haría, la vida no podía reducirse a eso, no era justo, no se lo merecía.

Una semana después observaba turbada las toallas sanitarias en aquel cajón que abrió para sacar un nuevo jabón. Pestañeó sintiendo que el mundo se le venía encima. No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo su periodo, pero estaba segura de que fue mientras salía con Antonio,

hacía más de un mes. Sintió cosquillas en las manos, en las piernas. Su pulso se aceleró y su corazón se detuvo por unos segundos. No supo qué hacer, se quedó observando el paquete como si fuera un animal ponzoñoso.

¡No, ella no!, no podía ser lo que estaba suponiendo, eso lo cambiaría todo.

Se dejó caer en el frío piso sin poder siquiera pensar. Embarazada, esa palabra le sonaba tan abominable, tan increíble, tan... impensable. Permaneció ahí por más de una hora rodeando con sus brazos las rodillas. El sol ya estaba saliendo, se le estaba haciendo tarde.

Entumida y muerta de miedo se duchó deprisa, desayunó cualquier cosa y salió. Antes de llegar a la papelería se detuvo en una farmacia, pidió una prueba de embarazo no tan costosa y prácticamente corrió para llegar a tiempo.

No se atrevió a hacérsela en toda la mañana. Sin embargo, cada cierto tiempo iba a su bolso para comprobar que ahí continuara. Por la tarde no fue muy diferente; se sentía llorosa, nerviosa, perdida. Si lo estaba no podría contar con Antonio, eso era evidente, además, no tenía ni idea de dónde localizarlo, ni cómo. Él siempre fue quien la buscaba, le llamaba. Fue estúpida, inconsciente, ¿por qué no tomó precauciones, por qué no tomó algo para evitar vivir lo que ahora estaba viviendo? No era ninguna ignorante, sabía perfectamente que toda esa situación se podía haber evitado.

Posó sus manos instintivamente sobre su vientre. Si estaba esperando un hijo ¿qué haría, cómo lo sacaría adelante? Apenas si tenía para sí misma, vivía al día, ni siquiera tenía seguridad social, nada. Estaría sola en todo aquello, sola de verdad.

Cuando estaban por cerrar, Margarita la detuvo antes de que se fuera.

—Glía, ¿qué pasa? Has estado todo el día dispersa, pensativa y podría jurar que asustada. — Glía se sentó derrotada en una de las mesas escondiendo el rostro entre sus manos—. ¿Es de nuevo ese tal Gregorio?, ¿te ha vuelto a buscar? —preguntó con furia acomodándose a su lado e infundiéndole apoyo con una mano sobre su espalda. La joven negó sin poder articular palabra, pero al recordar a ese hombre una nueva preocupación surgió en su interior, si estaba embarazada y él se enteraba, no se iba a quedar con los brazos cruzados, estaba segura.

—¿Entonces?

—Margarita... —logró decir encarándola llorosa—. Creo que estoy embarazada. —La mujer la observó atónita.

—¿Ya te hiciste una prueba? —quiso saber intentando ser práctica. Eso era algo muy hermoso, pero en las circunstancias incorrectas podía ser una gran pesadilla y no conocía a una persona con peores circunstancias que Glía.

—No, pero llevo varias semanas de retraso... No sé, tengo algunos síntomas.

—Glía, no dejes volar tu cabeza. Primero debes estar segura. —La joven se levantó y hizo que la siguiera hasta la cocina donde no había vista a la calle. Margarita frunció el ceño sin comprender su actitud. Glía sacó de su bolso la caja que contenía la prueba y la miró turbada. La mujer al ver sus ojos supo el pánico por el que estaba atravesando. La tomó y leyó las instrucciones en voz alta.

—Hazla ahora, aquí te esperaré. ¿De acuerdo?

—Tengo miedo, Margarita —confesó con voz temblorosa. La mujer sujetó sus brazos, seria.

—Un hijo es una bendición, si lo estás lo solucionaremos, mi niña... Pero por ahora es importante estar seguras —le hizo ver. Glía se metió al baño llorosa. Salió un par de minutos después. Las dos permanecieron recargadas en el muro junto al sanitario esperando en silencio. Cuando pasaron los cinco minutos entraron.

“Positivo”

Glía parecía que perdería el sentido. Margarita la sacó de ahí y la sentó en un taburete cercano.

—Glía... hija... mírame —rogó. La muchacha tenía los ojos vidriosos y las pupilas muy dilatadas

—Un hijo, Margarita... Un hijo... ¿Qué voy a hacer?

—No es tan malo —intentó tranquilizarla—. Eres una joven muy fuerte, inteligente, no estarás sola, lo lograrás.

—Apenas si tengo para mí —le recordó con impotencia.

—A lo mejor si buscas a Antonio... —sugirió. Ese hombre no le caía bien en lo absoluto y menos después de saber que la dejó sin más creyendo que era una mujer de la calle que solo quería seducirlo para sacarle dinero. Había que ser muy idiota para creer eso de esa chica, bastaba verla a los ojos para comprender lo mucho que sufrió y lo recta que era, jamás se hubiera prestado a algo semejante.

Al principio, cuando él la invitó a salir, cuando pasaba por ella, cuando la llevaba al trabajo, sintió cierto temor, pues era evidente que el hombre tenía mucha clase y dinero, y esperaba que no quisiera jugar con Glía pues no se lo merecía. Pero al pasar las semanas y ser testigo de cómo la veía, cómo la trataba, las atenciones que tenía, se dio cuenta de que de verdad le interesaba e incluso albergó la esperanza que fuera ese oasis en el desierto que la joven necesitaba. Pero esos hombres la volvieron a acosar, él de algún modo se enteró y tergiversó todo por lo que la dejó, por supuesto no sin antes insultarla y humillarla.

Ahora, al saberla embarazada, comenzaba a sospechar que todo fue una treta para tenerla en su cama. Glía era hermosa en exceso, no era fácil que pasara desapercibida y la rodeaba ese halo de inocencia que la hacía aún más atractiva, más irresistible. Obtuvo de ella lo que quería, justo como supuso, y la botó sin contemplaciones. ¿Por qué no todos los hombres eran como su difunto Eduardo?

—No, él me odia, ya te conté lo que me dijo; si me cruzó en su camino acabará conmigo. No me creerá, Margarita, además no tengo idea de dónde vive, o dónde puedo localizarlo. Fui una estúpida y esta es la consecuencia.

—No hables así, Glía, ya te dije que lo resolveremos.

—Margarita, si Gregorio se entera estoy segura de que no se quedará con los brazos cruzados, sumará dos más dos y sabrá de quién es este niño, podría usarme a mí o a mi hijo para acercarse a Antonio, o quitármelo para que saque el dinero que quiere. Dios, ¿por qué todo en mi vida es tan complicado? —cuestionó de nuevo envuelta en llanto.

Margarita la observó preocupada, esos hombres eran unos desalmados, una maldición para esa joven, la tenían bien agarrada y mientras su egoísta hermana no diera la cara y afrontara lo que hizo, iban a seguir atormentándola, arruinándole la vida, pero lo que más le preocupaba era que ese tal Gregorio deseaba a Glía. No había noche que no durmiera rezando porque ella se encontrara bien, porque ese hombre no le hiciera algo.

—Déjame pensar, Glía, te prometo que te ayudaré. Por ahora no se lo comentes a nadie... creo que es lo mejor. —Eso era sencillo, no tenía muchos amigos, sólo Azucena y no la podía ver con tanta frecuencia pues trabajaba de sol a sol mientras ella se divertía de la misma forma.

Varios minutos después ambas salían del lugar en silencio. Margarita la dejó en la puerta de su casa sintiendo mucha pena por su situación, pero algo se le ocurriría, la ayudaría.

Glía lloró toda la noche sin parar. Iba a ser madre y no era que nunca hubiese querido serlo,

claro que sí, pero no así, no bajo esas circunstancias. Soñó con casarse enamorada, con trabajar en una escuela, con terminar su carrera, con vivir al lado del hombre que eligió de una forma serena, tranquila. Creyó que sus hijos vendrían cuando ambos estuviesen preparados, deseosos de tenerlos y entonces se encontraría esperando con ansia esa noticia. Su esposo y ella saltarían de la alegría y hubiese planeado todo para que esa nueva personita llegase a su pequeño hogar rodeada de amor y seguridad.

Se hizo tantos castillos en el aire, imaginó una vida tan diferente a la que ahora vivía. Ana siempre le dijo que era muy tonta, conformista, que la vida era más que libros, que buscar un hombre, enamorarse, casarse, tener hijos. Que las cosas afuera eran diferentes, no tan sencillas, no tan fáciles y que para obtener lo que uno quería, aunque fuese ese estúpido sueño, tenía que sacrificar mucho, que debía ser más práctica y usar los atributos que Dios le concedió para tener una mejor vida que la que sus padres consiguieron.

La realidad era que a ella no le molestaba, no porque no quisiera penar menos por dinero, pero nunca le faltó nada y a diferencia de su hermana mayor, comprendió que para tener algo debía luchar, ganárselo. Ahora sabía que Ana en algo tuvo razón; fue estúpida, demasiado ingenua, su sueño era una tontería y cada vez más lejano.

Cuando comenzó a amanecer decidió que lamentándose y pensando en lo que pudo ser no cambiaría lo que estaba pasando y lo que sucedería. Ahora no estaba sola, tenía que luchar por ella y por ese ser que crecía dentro de su vientre y que además, no tenía ninguna culpa de sus errores.

La jornada de trabajo fue extenuante. Cuando regresó por la noche el miedo continuaba, pero no se iba a dejar vencer, lograría salir adelante, lo haría de cualquier forma.

Un par de días más tarde Margarita esperó a que el establecimiento estuviera cerrado para hablarle.

—Glía... ven —le pidió con suavidad. La joven caminó tras ella un tanto ojerosa, pero ya no tan derrotada, eso le gustó, veía determinación en su mirada. Se sentaron en la cocina una frente a otra—. Creo que tengo la solución, pero no sé qué te parecerá —admitió apenada. Glía sonrió nerviosa.

—Gracias, Margarita, nunca tendré cómo pagarte todo lo que has hecho por mí —dijo con amabilidad. La mujer posó su mano en la pierna de la pelirroja, cariñosa.

—No te preocupes por eso, sabes que nunca pude tener hijos, tú despiertas en mí ese instinto maternal. Además, lo hago porque mereces ser feliz, porque luchas y no te dejas vencer.

—Dime, ¿qué pensaste? —la instó intrigada, agradecida.

—Bueno, tengo una prima lejana en Oaxaca, ella tiene una hija que trabaja en un albergue para mujeres con dificultades. Hablé con la chica, te conseguirán trabajo y techo, incluso te ayudarán para cuando llegue el momento de tener al bebé —explicó expectante. Glía la observó asombrada.

—¿En serio? No suena mal —se dijo sintiendo que después de todo a lo mejor podría lograrlo.

—No, no suena mal, pero debes saber que estas mujeres no han recibido tu educación ni tienen las metas que tú tienes, menos tu mentalidad, así que no será sencillo. El tipo de trabajos son domésticos o de intendencia, no es que sea malo, en lo absoluto, pero tú cuentas con mayor preparación. —Glía asintió serena, no era lo que pensaba como trabajo ideal, pero era trabajo al final y lo necesitaría. Era dinero, techo, ayuda y lejos, muy lejos; no lo desaprovecharía.

—Iré —habló con determinación—. Si me quedo aquí no sé lo que pueda ocurrir, además, no podré más adelante continuar con este ritmo de trabajo. —Margarita apretó su mano, sonriendo

con tristeza.

—No sabes cómo quisiera decirte que te quedaras en mi casa, pero eso no alejaría a esos hombres, darían contigo de inmediato. Me duele mucho que te vayas y no poder hacer más por ti. Te mandaré ayuda cada mes a casa de mi prima, tendremos que ser cuidadosas, ya sabes que estos hombres pueden creer que yo conozco tu paradero y entonces nada de esto tendría sentido. He pensado y creo que no debes decírselo ni siquiera a Azucena. Glía, estos hombres son peligrosos y lo sabes... —propuso temerosa.

Por supuesto que lo sabía, sus padres murieron por su causa, perdió a Antonio en parte por ellos, no tenía de dónde agarrarse gracias a ellos. No podía correr con ningún familiar pues darían con ella de inmediato, no podía involucrar a más gente en su pesadilla personal. Haría lo que Margarita le decía, lo haría discretamente. Desaparecería como si la tierra la hubiera tragado, no dejaría huellas, era su única oportunidad para empezar de nuevo, para proteger a ese ser que llevaba dentro.

Empacó de poco en poco una mochila las cosas que se llevaría, no era mucho así que en tres días ya estaba todo en la bodega de la cafetería. Margarita la ayudó con dinero suficiente para el boleto y lo que se pudiera ofrecer en el viaje. Lo aceptó sin tener más remedio, no tenía muchos ahorros y las cosas no serían fáciles.

Su ángel guardián, como la nombraba en su cabeza, consiguió una peluca castaña oscura y ropa un tanto excéntrica. Ella se haría cargo de seguir pagando la modesta renta de su apartamento mientras conseguía a alguien que viviese ahí lo que quedaba del contrato.

A media tarde, cinco días después de que Margarita le ofreciera esa tabla de salvación, Glía salió por la parte trasera del café, ataviada de esa forma tan extraña y provocativa. Ya se había despedido con lágrimas de su benefactora el día anterior por la noche, así que ya nada la detenía ahí. Construiría una vida diferente, tenía que lograrlo. No tenía ni idea de qué le deparaba en aquel albergue, pero no podía ser peor de lo que ya era su vida en ese sitio.

—Antonio, hijo, desde hace tiempo que estás así... ¿Qué fue lo que ocurrió en ese viaje a México que te cambió tanto? —Su tía Adelina era dulce, tierna y siempre estaba preocupada por su único sobrino.

Desde hacía cinco meses que regresó de aquel viaje, donde ni siquiera habló por teléfono como comúnmente hacía, se encontraba extraño, diferente. Parecía taciturno, irritable, culpable. Nunca duraba en aquel país más de tres días, pero algo ocurrió que permaneció allí más de un mes. Nadie sabía qué hizo todo ese tiempo, era como si la tierra se lo hubiese tragado cinco semanas y no existía manera de que dijera lo que ocurrió durante ese lapso. Al principio pensó que los recuerdos sobre Lidia lo perturbaron, que vio a su familia, o algo por el estilo, pero él no tenía en la mirada aquella tristeza que los recuerdos de su esposa e hijo provocaban.

—Nada, Lina, son ideas tuyas —mintió colocando una mano, cariñoso, sobre la de ella. Eso era una gran mentira, no había noche que no evocara esa maraña pelirroja, esos estanques verdes. Lo que hizo fue asqueroso, vil, por mucho que ella lo hubiese intentado usar, él no debió haberla tratado de aquella forma, debió parar y pese a detenerse, no lo hizo lo suficiente y aunque el orgasmo llegó para ambos, no debió ser de aquella manera. Después de todo no era un animal y ella, ella por muy interesada y ruin que fuera, en esos momentos, no era mejor que él.

Si cerraba los párpados podía verla ahí, tumbada, con aquella mirada de desconcierto, de incredulidad. Sabía que en ese momento no actuó, fue su primera vez, lo sintió, lo vio en las sábanas manchadas y él fue insensible. No había día, desde aquella noche, que no se sintiera culpable, mezquino. A veces, incluso, se despertaba turbado imaginando que si por algo, de alguna forma, Camilo se hubiese equivocado, no tendría perdón y habría perdido a la única mujer que despertó en él esa intensidad de sentimientos.

No era que a Lidia no la hubiese amado, porque lo hizo y mucho, pero de esa forma tranquila, serena, nunca pasional, impetuosa, ansiosa. Glía lo hacía hacer cosas que nunca se hubiera imaginado; como caminar descalzo por aquel parque mientras conversaban sobre tonterías tomados de la mano y comiendo unos deliciosos sándwiches de queso que ella llevó para comer, pues debía ir a trabajar a la cafetería más tarde. O subirse a juegos mecánicos en aquella feria llena de gente que no había reparado en ellos. Recordaba su risa como si fueran cascabeles que lo hacían sentir más ansioso, su cabello alborotado por el viento, sus mejillas sonrosadas, la vitalidad que tenía a pesar de las interminables jornadas de trabajo a las que se sometía a diario, sin embargo, nunca se había quejado, jamás repeló de su suerte.

Recordaba muy bien su excitación cuando había logrado conseguir aquel peluche corriente en un juego de dardos. Era como si le hubiese dado una joya costosa, o un perfume finísimo. No soltó a aquella iguana espantosa en toda la noche, incluso recordaba haberla visto sobre su cama aquel fatídico día. Se abrió con ella, le contó sobre Lidia, sobre su hijo y lo mucho que le había dolido perderlos. Esa joven, que pensaba era dulce, lo escuchó con comprensión, con ternura y cuando había terminado le dio un dulce beso sin buscar consolarlo pues era evidente que sabía muy bien que no existían palabras que ayudaran en esos casos. Pero todo fue parte de un plan, de un engaño, nada había sido genuino y eso lo atormentaba, lo hacía sentir rabioso, furioso, traicionado, asombrosamente dolido.

Ahora, cinco meses después, no lograba darle vuelta a la hoja, no lograba retomar su vida.

—Si tú lo dices. Aunque te conozco muy bien y no soy Augusta... No te juzgaré, hijo —la escuchó hablar, logrando con ello que retornara al presente. Esas mujeres eran su única familia, a ambas las quería mucho de diferente forma. Soltó un suspiro cansino.

Adelina era dulce, cortés, tierna, mientras que Augusta era formal, inflexible y perfeccionista. Entre ellas reñían todo el tiempo, pero era evidente lo mucho que se querían a pesar de sus diferencias. Las dos estaban solas, enviudaron hacía tiempo, una mucho antes que la otra. Augusta no pudo tener hijos nunca y Adelina no alcanzó por la prematura muerte de su marido. Jamás se volvieron a casar, aunque tampoco llevaban una vida de celibato y aburrimiento. Salían, se divertían, tenían citas todo el tiempo y parecían ser felices. Eran mujeres de mundo. Crecieron rodeadas de lujos, de comodidades, sabían cómo moverse en sociedad, hacían grandes eventos de beneficencia, eran las presidentas de todas las causas sociales que la empresa tenía.

Ellas, junto con las esposas de los accionistas, hacían fuertes aportaciones y ayudaban a muchísima gente con diferentes dificultades en Río y lugares más alejados. Antonio comía con ellas cuando podía, e intentaba pasar los domingos a su lado cuando sus apretadas agendas se los permitían. Él vivía en esa enorme casa, herencia familiar, los fines de semana o cuando necesitaba descansar, pero entre semana prácticamente lo hacía en su *pent-house* en el centro de Río. La Financiera se encontraba a menos de cinco minutos y no tenía que preocuparse por el interminable tráfico de la ciudad.

Ese día Augusta tenía una pequeña resaca gracias a una reunión del día anterior en casa de alguna de sus amistades. Ambas eran aún atractivas, una con sesenta y cinco y la otra con sesenta y tres contaban con la vitalidad de una chica de treinta. Su padre fue el menor, el único varón y ellas, junto con su madre, sus grandes adoraciones. Era extraño verlas separadas, siempre peleando, siempre juntas a pesar de eso. Sin embargo, en ese momento agradecía la jaqueca de Augusta; no estaba de humor para sus convencionalismos o los cotilleos de la sociedad brasileña.

Esa noche soñó con Glía y no logró quitársela de la cabeza. Nadó en la enorme piscina, trabajó un poco, incluso salió a correr para despejarse. Nada, ella regresaba una y otra vez. Ya habían terminado de comer y tomaban un digestivo uno al lado del otro en la mesa de la terraza donde solían hacer la sobremesa los domingos.

—Lina, no quiero hablar, no estoy de humor —reconoció serio.

—Lo sé, desde hace meses que es así... Hijo, si bien no eres un cascabel, ni el más parlanchín, tampoco eres este hombre en el que te has convertido últimamente. No tengo ni idea de que habrá ocurrido, pero lo que sea que haya pasado olvídalos, o soluciónalo. Eres joven, muy apuesto, un gran partido, no puedes vivir tu vida así —reviró un poco preocupada. Antonio la observó, esa mujer lo conocía muy bien, incluso mejor que su otra tía.

—No sé a qué te refieres. Sabes que tengo una vida a pesar de que la empresa me absorbe. Ojea esas revistas que tanto te gustan, salgo, me divierto —refutó con indolencia. Adelina entornó los ojos un tanto molesta.

—No tienes que convencerme, claro que te he visto y debes saber que el hecho de que salgas siempre de la mano de una modelo diferente no me dice nada de ti, ni tampoco me tranquiliza. Eso es una pantomima, no es la realidad, tú no eres feliz y no veo cómo, llevando el tipo de vida que llevas, algún día lo logres.

—Soy feliz así, es lo que elegí, como quiero vivir. Deja por favor de pensar que me casaré, que te daré nietos que cuidar. No lo haré, yo ya tuve un hijo, una esposa y no supe protegerlos, ser lo que necesitaban... Es más, no sé por qué estamos hablando de esto —protestó poniéndose de pie, irritado.

—Vete si quieres, pero hazme un favor, Antonio, no te engañes. A mí y a Augusta si quieres hazlo, pero a ti no. No eres feliz, no te perdonas algo que no estuvo en tus manos, algo que debes soltar de una vez. La vida es así, se vive, se muere... No tienes nada que ver en eso —contraatacó seria. Antonio cerró las manos en puños tensos.

—Era mi familia... —replicó contenido.

—Sí, lo era, pero lo que sucedió ni tú, ni nadie, lo hubiera podido cambiar.

—Adelina, basta, sabes que odio hablar de esto y no quiero ser grosero.

—Por mí no te detengas, no tengo un corazón susceptible como mi hermana. Si quieres atacar hazlo, pero deja esto de una vez.

—Los decepcioné, ¿no lo entiendes?, a ella, a mis padres, le fallé a mi hijo... ¿De qué vale todo este dinero, todos estos lujos si al final los que más he amado en mi vida se fueron creyendo que no los amaba los suficiente? —rugió por lo bajo, contenido. Adelina se limpió la boca delicadamente con la servilleta de lino mostrándose imperturbable. Le dolía su dolor, pero no se lo mostraría, debía dejar de compadecerse, tenía que ver hacia adelante. La misma Augusta también lo creía, sólo que a diferencia de ella no le gustaba hacerlo enojar, prefería mantener la frágil tranquilidad para no agobiarlo. Pero para Adelina las cosas ya habían llegado a su límite.

—Eso es una gran mentira, no le fallaste a nadie. Hiciste lo que sentías que debías hacer en ambas circunstancias, es sólo que la vida de ellos no estaba escrita tan larga como para poder recoger los frutos de lo que hacías en esos momentos. Tu padre sabía que cuando llegara el momento vendrías y asumirías de la forma en la que lo hiciste y Lidia sabía que debía aguantar esa etapa tan dura para después volver a tenerte, es sólo que ella no estaba acostumbrada a esta nueva situación, al igual que tú. Pero sé que con el tiempo lo hubiera logrado, era inteligente, educada, y te adoraba. —Antonio se metió las manos en los bolsillos del *jeans* y caminó hasta el jardín con la cabeza gacha. Adelina lo observó deseando que llegara esa mujer que lo despertara de ese letargo, que lograra hacerlo olvidar la culpa absurda que cargaba, que lo hiciera sonreír, que lo hiciera vivir.

No obstante, al paso que iba, eso no iba a suceder. Antonio no parecía entusiasmado con nadie en especial a pesar de que se le veía comúnmente con mujeres esculturales o de muy buena cuna, sin embargo, era evidente que él no daría nada salvo un poco de tiempo y a lo mejor, un buen revolcón, solo eso.

Antonio fue consciente del momento preciso en que su tía entró de nuevo a la casa. Soltó el anzuelo, ahora lo dejaba a él manipularlo. Esa conversación, si bien no era recurrente, sí había ocurrido ya algunas veces entre ellos y siempre lograba dejarlo peor que antes. Sin embargo, en esta ocasión sus pensamientos no se vieron eclipsados por esa espantosa época, si no por esos rulos rojos, por esa piel blanca.

Necesitaba saber de ella, quería saber qué era de su vida. El cheque fue cobrado, evidentemente le cayó bien el dinero, pero no podía culparla, el tipo de vida que llevaba era verdaderamente espantoso.

De repente, por primera vez en todo ese tiempo, se encontró justificándola; Glía estaba sola, sin un solo centavo, viviendo al día, en aquel horrible sitio, trabajando en tres lugares distintos, sin ayuda. De pronto él se aparece, se siente atraído como nunca antes por lo que no puede evitar merodear a su alrededor poniéndole la oportunidad en sus narices, su realidad era dura y él podía ser una tabla de salvación. Si hubiese estado en una situación similar... ¿No hubiera hecho lo mismo? No debía ser fácil vivir la tragedia que ella vivió y además sin ninguna posibilidad económica. Probablemente ese hombre era su novio y no tuvo de otra salvo seguirle la corriente al

pobre millonario que estaba evidentemente interesado en ella.

El tipo era una ficha, pertenecía a una red de delincuentes de medio pelo, pero no por eso menos peligroso, probablemente él se lo ordenó y ella, entre con miedo y entre enamorada del hombre, aceptó. Se pasó las manos por su cabellera espesa perdiendo su atención en el cielo. El calor era fuerte, en México debía hacer frío en esos momentos. ¿Cómo estaría? La curiosidad lo carcomía. Algo no encajaba, pero no lograba encontrar qué.

—Camilo... —marcó de su celular, resuelto. Averiguaría su paradero, tenía un viaje a México a mitad de semana, la vería aunque fuese de lejos—. Investiga todo lo que puedas sobre lo que ha hecho Glía estos meses, lo quiero cuanto antes —ordenó perdiendo la vista en el hermoso jardín en el que tantas veces jugó de pequeño.

Tres días después tenía en sus manos la información. Camilo era muy eficiente, no existía nada que lo limitara, contaba con muchos contactos y hacía lo que fuera por conseguir y hacer lo que se le pedía. No por nada estaba en ese puesto y era reconocido por ser uno de los mejores en su trabajo.

—Señor, no le va a gustar mucho lo que encontré —aseguró inescrutable. Antonio frunció el ceño sentado frente a aquel hombre de figura atlética, de no más de cuarenta y cinco años, en el mullido asiento del *jet*.

—¿A qué te refieres? —quiso saber al tiempo que abría el informe.

—La joven... Está embarazada —informó inescrutable. Antonio lo miró atónito sin poder siquiera pestañear—. Tiene cinco meses —finalizó.

Comenzó a leer con impaciencia el documento. Estaba en Oaxaca, un estado de México, ¿qué hacía ahí? En un albergue de mujeres en situaciones difíciles... ¿Por qué? La joven en cuestión casi no salía, ayudaba con el aseo del lugar, todo indicaba que Camilo la mantuvo vigilada las primeras semanas después de... aquella noche. El tal Gregorio pasó por su casa al poco tiempo y después nada. Era probable que se hubiera enterado del embarazo y la dejara sin su apoyo pues Glía se escabulló de una forma muy extraña, tanto que el equipo de su escolta no supo primero a dónde fue, aunque al poco tiempo, siguiendo un evento algo atípico en el café, descubrió que había ido hacia ese lugar al sur de México.

Durante esos meses Camilo dejó de seguirla, era evidente que no representaba ningún problema para Antonio, las razones por las que se encontraba ahí eran lo de menos. Sin embargo, en el momento que recibió órdenes de saber sobre la joven, fue cuando descubrieron lo del embarazo sacando así conclusiones. Un poco de dinero por aquí y otro por allá y supieron con exactitud el tiempo que llevaba de gestación.

Antonio se quedó helado, podía ser su hijo. No comprendía nada. El dinero que le dio era lo suficiente como para poner un negocio y vivir con un poco más de decoro. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué se dedicaba a eso en su estado?

—Victor —llamó firmemente a su asistente, un hombre que no media más de uno sesenta, de treinta y cinco años, que había resultado muy eficiente y discreto. Siempre impecable, perfectamente bien vestido, inteligente y al igual que a Camilo, nada lo detenía—. En cuanto aterricemos quiero que prepares todo para que salgamos a Oaxaca en helicóptero y regresemos hoy mismo, también encuentra un buen ginecólogo y haz una cita para mañana temprano —ordenó. El hombre asintió anotando todo sin cuestionar en la *Tablet*.

—¿Alguna otra cosa, Antonio? —Había escuchado la corta conversación entre Camilo y él, sabía muy bien cuáles eran las sospechas que comenzaban a formarse en su cabeza, cómo también, lo que en ese mes sucedió. Si bien él era el que tuvo que viajar en representación de su jefe para

resolver los pendientes, sabía perfectamente que aquella chica fue el motivo. Pero Camilo, cinco semanas después de salidas sin cesar, le dijo algo que logró que Antonio perdiera de forma abrupta el interés por ella, sin embargo, algo cambió en su jefe, ya no era el mismo, algo sucedió que lo atormentaba y confundía.

Lo conocía desde que llegó a Río, era un hombre cabal, calculador, un excelente negociante, culto y una máquina de producir dinero. Lo vio sufrir cuando su familia murió en aquel accidente y salir con éxito de esa espantosa situación. Si bien no era un hombre de sonrisa, ni accesible, tampoco era tan taciturno ni ensimismado. Pero al final no era su problema, cumplía órdenes. Amaba su trabajo, por lo que haría lo que Antonio quisiera sin cuestionar ni cotillear.

—Que el apartamento esté listo para recibir a otra persona por la noche.

—De acuerdo, me haré cargo. —Se volvió a alejar, dejando al jefe de seguridad y a Antonio solos.

—Camilo, ¿qué más sabes? —preguntó directamente.

—No mucho más, señor, pero al igual que usted estoy un tanto desconcertado —admitió. Antonio asintió observando las fotos de Glía, apenas si se le distinguía, pero definitivamente era ella, ese cabello era inconfundible.

Antonio dejó los documentos sobre la mesilla y perdió la mirada en el exterior. Ese niño podía ser suyo, como también era probable que no. Pero esa misma noche lo averiguaría y si era así; Glía no tendría otra opción salvo dárselo. Una vida como la de ella no era la ideal para ningún niño y menos para un hijo de él.

¡Carajo!

La realidad era que esperaba que le dijeran que ella continuaba su vida normal, solo que dejó algún trabajo y por lo menos cambió también de residencia. Que a lo mejor siguiera saliendo con esa alimaña o que incluso, ya vivía con él. Pero jamás hubiera imaginado lo que acababa de saber.

El resto del día estuvo envuelto en una bruma de confusión y ansiedad, en unas horas la vería y entonces le exigiría una explicación. Las cosas se iban a hacer a su manera y no permitiría jugarretas.

Glía tenía una punzada en la cabeza que no se iba desde hacía un par de días. Las cosas no eran como había pensado en aquel lugar. Cuando llegó la recibieron como a cualquier otra; un catre en un cuarto donde dormían otras treinta chicas, tres comidas al día que no tenían mucho o nada de nutritivo. Desde que amanecía hasta que anochece había que limpiarlo todo. A ella le correspondía la cocina, por lo que tenía que lavar platos una y otra vez de los comedores comunales donde llegaban todo el día gente, en peores condiciones que ella, a ingerir lo que pudieran darles.

El lugar no era malo, pero no contaba con los recursos necesarios. Las encargadas del albergue eran estrictas y exigentes, lo único bueno era que un médico que ahí asistía como labor social, la checaba mensualmente y hasta hacía tres semanas todo iba bien, ella se sentía bien, lo de cuidado era que no había subido mucho de peso y a veces estaba un poco pálida. Sin embargo, daba gracias a Dios por estar a salvo, lejos de esos hombres que tanto temía, aunque hacía unos días la prima de Margarita le escribió una nota en la que le pedía que no saliese para nada, alguien estaba indagando, eso la alteró hasta lo indecible. Ahí comenzaron las jaquecas y las náuseas. Si Gregorio daba con ella y veía su barriga, no estaba segura de lo que se le ocurriría para sacar más dinero a sus expensas.

Ya eran las ocho de la noche. Estaba agotada y aún faltaban varios platos, las piernas las sentía hinchadas, la cabeza martilleaba y le urgía cenar. Ella, a diferencia de la mayoría, no pudo conseguir un trabajo lejos de ahí. Primero por su estado; no era fácil que alguien aceptara mujeres embarazadas. Segundo; porque se resistió a salir, lo mejor era estar dentro la mayor parte del tiempo.

—Glía, Berta quiere que vayas a su oficina —le informó una de sus compañeras. Se secó las manos y anduvo cansada hasta la dirección. Casi no veía a esa mujer pues siempre estaba llena de papeleo y buscando recursos para el lugar. Recorrió el pasillo iluminado por una lamparilla blanca que le daba un tinte más deprimente a las paredes desgastadas. Tocó intrigada, no había hablado con ella desde que ingresó hacía casi cuatro meses.

—Pasa —escuchó la dura voz. Abrió despacio. La mujer se hallaba frente a su escritorio, una silla de plástico corroída que era para las visitas, se encontraba ocupada. Su pulso se detuvo, abrió los ojos, perpleja, asustada. La enorme figura se puso de pie confirmando sus sospechas. Antonio. Parpadeó sintiendo que perdería el conocimiento. ¿Qué hacía ahí?—. Veo que lo conoces —aceptó Berta aliviada.

—Claro que nos conocemos. ¿No es así, Glía? —Su voz gruesa la entumió. Asintió encajándose las uñas en las palmas de las manos. Antonio la miraba con reprobación, recorriéndola de arriba abajo varias veces como buscando algo.

—Este señor nos ha dado una maravillosa noticia, Glía. Ha decidido donar una cuantiosa cantidad a cambio de hablar contigo. ¿Tienes algún problema con eso? Si es así dímelo, no pasará nada lo juro, primero está tu seguridad —explicó Berta. Glía no supo qué decir, pero la mirada de Antonio era amenazante. Negó sin remedio.

—Si es así, los dejaré solos para que puedan platicar. —Rodeó el escritorio y le tendió educadamente la mano a Antonio—. En nombre de todas estas mujeres le agradecemos este gesto

tan asombroso, vuelva cuando quiera, siempre será bien recibido.

—Gracias, Berta —lo escuchó hablar de esa forma tan suya. Su piel se erizó. La mujer salió no sin antes poner una mano en el hombro de Glía sonriendo y dándole las gracias con los ojos. Cuando la puerta se cerró tras ella no pudo evitar sobresaltarse.

—¿Qué... haces aquí? —logró preguntar sintiendo que la punzada en la cabeza incrementaba y que los recuerdos se agolpaban dolorosamente en su cabeza.

Antonio no sabía qué hacer. Glía estaba notoriamente cansada, se encontraba algo ojerosa y pálida. Con ese blusón no podía siquiera ver la panza que se supone que tenía. Su cabello lo llevaba sujeto en una coleta y podía jurar que no tenía el brillo de antes. Ahí, de pie, delante de él, parecía más una niña que una mujer. Sintió un deseo arrebatado de abrazarla y consolarla. Lucía más vulnerable que antes, se le veía triste, y ahora también asustada, lo miraba con horror y parecía querer salir corriendo de ahí y esconderse en algún lugar del que nadie fuera capaz de sacarla. No comprendió por qué eso le dolió, quería ver un rostro de asombro definitivamente, de altivez también, de indiferencia, no de miedo y temor.

—¿De quién ese hijo? —preguntó sin preámbulos estudiando el lugar que debía estar abultado. Glía instintivamente se llevó las manos hasta ahí como para protegerlo, su barriga era pequeña, una profunda ternura lo embargó.

—Mío —declaró con firmeza y retrocediendo un paso. Antonio frunció el ceño acercándose sin que eso le diera tiempo a Glía de alejarse. La tomó por los brazos y la pegó a él apretando los dientes. Todo el deseo que le despertaba, las sensaciones que le provocaba, sólo lograba que esa respuesta lo pusiera furioso.

—Ese niño podría ser mío y lo sabes muy bien, así que ahora mismo nos iremos de aquí y mañana pediré una prueba de ADN. Si es positiva, lo siento mucho por ti, Glía, porque mi hijo no crecerá a lado de una mujer como tú... Pero si no es así; podrás regresar aquí a seguir tu vida deprimente —rugió amenazante, en susurros. Glía palideció aún más si eso era posible.

—No me lo quitarás, ya te dije que es mío. —Intentó zafarse, pero Antonio la tenía bien sujeta. Quería despreciarla, sentir repulsión, pero a pesar de todo lo único que lograba sentir era un deseo avasallador, el mismo de hacía meses, una necesidad enorme de verla sonreír y de escucharla conversar como aquellos días. Su piel seguía igual de suave, pero ahora ella parecía más frágil.

—Si no vienes ahora mismo, te advierto que cuando nazca pediré legalmente la prueba y si es mi hijo no lo volverás a ver en tu vida. Sin embargo, si me haces caso y me acompañas de buena gana puedo, a lo mejor, no ser tan contundente... Tú decide. —La soltó y esperó su respuesta, serio.

Glía sentía que no podía odiar más a otra persona como lo odiaba a él, pero también era terriblemente consciente de que lo seguía queriendo, de que Antonio continuaba despertándole los mismo sentimientos que desde el primer día a pesar de ser el tirano sin corazón que era. La vista se le nubló y no pudo evitar que un par de lágrimas se escaparan. No tenía opción, debía ir con él, era evidente que si huía la encontraría y las cosas entonces, presentía, serían peores. Se tragó su orgullo limpiándose las lágrimas con rabia mirándolo con rencor.

—Te odio —se escuchó decir perforando sus ojos y sintiendo náuseas. Él sonrió crípticamente.

—Tus sentimientos son algo que me tiene sin cuidado y tienes que saber que tú no me inspiras cosas muy diferentes, y ahora ni siquiera deseo. Por Dios, si pareces más una pordiosera que una chica de la calle —la insultó buscando de esa manera blindar la ansiedad que surgía por cargarla

y cuidarla. Glía lo escuchó atónita y sin poder contenerse más lo abofeteó. Antonio no se movió ni un milímetro ante lo ocurrido en cambio la observó con burla.

—No vuelvas a tocarme jamás —la amenazó tomándola por la cintura y acercándola peligrosamente a su cuerpo. Quiso herirla, no había esperado esa reacción—. Si lo vuelves a hacer te demostraré lo que mis manos son capaces —advirtió con soberbia y sin que ella lo viniera venir la besó duramente. Glía intentó luchar, pero no la soltaba. Al recordar su aliento, su sabor... lo olvidó todo y se dejó llevar sintiendo que a lo mejor tenía una esperanza, si le decía todo, si lo sacaba de su equivocación tendría una oportunidad de que su vida cambiara, él la apoyaría. La separó de un jalón sintiéndose profundamente turbado; Glía seguía siendo suave, dulce y aún lo deseaba.

—Antonio... yo... —musitó temblorosa decidida a contarle todo.

—Tú, tú eres una cualquiera y definitivamente la última mujer que hubiera pensado como madre de un hijo mío. Ve por tus cosas y vámonos. Absolutamente nada de lo que tengas que decirme me interesa, acabas de demostrarme quién eres y la poca dignidad que tienes —bramó contenido, respirando agitado, mintiendo de nuevo. Ella lo escuchó, pasmada, con los ojos anegados. Era despreciable, arrogante.

—Tienes razón —refutó dolida, herida—. Y créeme que tú distas mucho del hombre que hubiera elegido como padre de un hijo mío —respondió colérica. Aún tan frágil, tan ojerosa peleaba, era increíble.

—Lo sé, un tipo de tu misma calaña hubiera sido lo que prefirieras, pero saldremos de dudas pronto... Me genera repulsión pensar que tenga que verte más tiempo del necesario —gruñó. Glía no podía más con la humillación, con su dureza y es que estaba terminando de romperle el corazón —. Tienes cinco minutos para reunir lo que necesitas... Es la última vez que lo digo —ordenó alejándose de ella; su aroma, su aliento, la deseaba, la deseaba desesperadamente, por eso estaba atacándola de esa forma, necesitaba poner distancia entre ambos o la metería en su cama de una forma u otra hasta que se saciara de su cuerpo importándole un comino su estado y la clase de mujer que era. Dios, ¿qué le pasaba con ella?

Glía asintió derrotada, vencida y salió. Tomó una muda, su gastado cepillo de dientes y lo metió en un pequeño bolso. Observó la iguana que descansaba sobre su almohada, la acarició un momento recordando aquel día. Se había ilusionado, creyó que él estaba enamorándose de ella. ¡Qué estúpida, qué ingenua! La apretó contra su pecho sabiendo que ya no tenía escapatoria, ese hijo era de él, nunca estuvo con nadie más. ¿Cómo haría para que no se lo quitase? ¿Para qué no le arrebatara lo único que la mantenía en pie? Tomó el peluche y se lo dio a una de las niñas a las que solía contarles cuentos. Para la pequeña era un juguete nuevo, algo con que divertirse y no significaría el dolor que para ella ahora significaba.

Salió con la cabeza gacha. Una de las chicas le informó que la esperaban en la puerta principal. No logró despedirse de nadie pues Berta la guio directamente hasta ahí sin poder esconder su asombro. Al salir un enorme auto negro estaba aparcado justo enfrente. Antonio hablaba con un hombre corpulento y alto que no debía tener más de cincuenta años. El hombre al verla guardó silencio, Antonio giró y como si estuviera viendo algo insignificante y le indicó que entrara por la puerta trasera. Glía obedeció y se acomodó hasta el otro extremo, pegada a la ventana, enseguida entró él.

Durante el camino no paró de hablar por su teléfono en diferentes idiomas. Ni siquiera le prestó atención, se perdió en la oscuridad de las calles que le eran tan desconocidas, intentando dejar la mente en blanco, con suerte y así ese dolor de cabeza disminuía. Media hora después se

estacionaban frente a un helicóptero.

—Baja... —exigió duramente. Glía lo hizo sintiendo que el dolor de cabeza aumentaba tanto que sus ojos lagrimeaban, sin embargo, intentó que ninguno de los hombres que ahí se encontraban lo notasen, ya bastante humillada y pisoteada se sentía. Aferró su pequeño bolso y esperó afuera del auto.

El hombre que había visto afuera del albergue le indicó con la mano que lo siguiera, lo hizo con la vista en el suelo. La ayudó a subir y le colocó con educación unas orejeras. Antonio ingresó unos minutos después al igual que él y otro gigantón que ni siquiera la miraba. ¿Quién era Antonio? Se encontró preguntándose. Esos hombres parecían de seguridad. De repente las palabras de Gregorio acudieron. Había dicho que no tenía ni idea de quién era en realidad, y ahora se daba cuenta de que era cierto. Sus palmas se humedecieron de nuevo y un sudor espeso recorrió su cuerpo, necesitaba comer, se dijo controlando las náuseas. ¿A dónde irían? Qué más daba, se respondió aturdida.

Una hora después serpenteaba el tráfico de la Ciudad de México. Antonio parecía no reparar en ella al igual que el chofer y los otros dos hombres que seguían el auto en una camioneta a una distancia prudente.

¿Siempre tuvo seguridad? Ella no los recordaba. Llegaba manejando un auto algo ostentoso, pero nunca notó que los siguieran, que alguien estuviera detrás de ellos. Recargó la cabeza en el asiento de piel y sin poder ya oponerse sus ojos se cerraron.

Antonio supo el momento preciso en el que por fin se dio por vencida y durmió. Juró que lo haría en el trayecto de aquel horripilante lugar al helicóptero, pero Glía permaneció mirando por la ventana en silencio, sentada en aquella esquina. Su imagen era la de un ratoncillo asustado, derrotado.

La estudió con detenimiento poniendo el celular en silencio, no quería despertarla. Su pequeña barriga apenas si sobre salía, pero moría de ganas de poner una mano sobre ella. Sus pechos, a pesar del poco peso que había aumentado, era evidente que estaban más frondosos, más plenos. Sus manos descansaban sobre su regazo, laxas. Su boca entreabierta y su respiración pausada, serena. A pesar de que no se le veía rebosante de salud, como recordaba a Lidia con el embarazo de Romano, Glía se lucía muy hermosa.

Esa mujer le despertaba sentimientos tan contradictorios que no podía evitar ser cruel para intentar acallar la necesidad de acariciarla, de protegerla, de cuidarla. Sin embargo, no podía olvidar lo que era, por mucho que la deseara, por más que despertara todo aquello en su interior, jamás podría llegar a más con ella.

Recordó con rabia lo que Camilo acababa de decirle; el tal Gregorio estuvo rondando el albergue un par de días atrás, seguramente seguían viéndose y se regañó a sí mismo por dejarla ir sola por sus cosas, probablemente le hubiera hablado para alertarlo de su ida. Tenía que ser sincero, existía una buena probabilidad de que ese niño fuera suyo, pero si bien las fechas coincidían él no podía garantizar que después de haber perdido su virginidad aquella noche, no hubiese estado retozando con el patán aquel. Glía aceptó ir con él sin oponer mucha resistencia, así que la probabilidad indicaba que ni ella sabía quién era el padre. Si las pruebas eran negativas comprendía que la dejaría en paz, pero si era suyo, probablemente estaba viendo una oportunidad de oro. Cerró los puños intentando dejar de sentir compasión y culpabilidad.

—Señorita, señorita. —Glía no reconoció la voz, se sentía muy cansada y de nuevo regresó el martilleo en la cabeza. Abrió los párpados con mucho esfuerzo, aquel hombre que la ayudó hacía unas horas la intentaba despertar—. Debe bajar, ya llegamos —le informaron. Salió tomando, con

una media sonrisa, el apoyo que aquel gentil hombre le proporcionaba. Un elevador abierto los esperaba. Antonio de nuevo estaba hablando por teléfono y ni siquiera la miraba. Era tan apuesto, debía medir casi uno noventa, tenía un cuerpo atlético impresionante y un rostro que bien podía ser modelo de revista. Lástima que fuera como todos; bajo, abusivo y un bruto.

Cuando las puertas se abrieron la opulencia de aquel lugar la dejó paralizada. Un hombre delgado y que debía medir lo mismo que ella, los esperaba con un aparato en la mano. Abrió los ojos sin poder esconder su asombro al reparar en su presencia. No supo interpretar si la veía, en esa pequeña fracción de segundo, con reprobación o aprobación, suponía que la primera. De verdad alrededor de todo aquello parecía una vagabunda, con su pantalón enorme deportivo de algodón muy desgastado, aquella camiseta que había comprado en un lugar de segunda y que le quedaba muy grande por lo que solía usarla para dormir, pero que ahora la usaba para el diario pues su ropa no le quedaba muy bien. Hacía frío, se abrazó esperando instrucciones.

—Camilo, tú te quedarás aquí. Víctor, ve a descansar, nos vemos mañana temprano y avísale al chofer que tenga listo el auto, voy a salir —dijo Antonio. El hombrecito asintió y desapareció metiéndose al elevador que acababan de ocupar. Pronto quedaron solo ellos tres. El sitio era asombroso. Una vista impresionante lo rodeaba, sillones de piel, decoración impecable y sobria, colores elegantes y perfectamente combinados. Glía tragó saliva observándolo todo ya muy despierta—. Sígueme —pidió el padre de su hijo. Al ver que ella no se movía la tomó por el antebrazo y la hizo caminar a su lado. Su mirada se le antojó adorable, era impresionante lo bien que actuaba, parecía absolutamente asombrada, como si no supiera que podía toparse con todo aquello.

Caminaron por un pasillo angosto discretamente bien iluminado. En el fondo había unas cuantas puertas, él abrió una de ellas con determinación. Una cama *Kingsize* perfectamente bien decorada estaba justo enfrente, no había muro de lado derecho, solo vidrio que permitía ver toda la ciudad iluminada, de lado izquierdo una pequeña sala con un televisor enorme y una puerta que supuso era el sanitario.

—Dormirás aquí. Mañana asegúrate de estar lista temprano, la cita es a las nueve, no me hagas esperar, no soy hombre de paciencia —dicho esto salió cerrando tras él. Una vez fuera; recargó su peso sobre la puerta respirando agitadamente, un minuto más en su presencia y la vuelve a besar. Se frotó el rostro ansioso, ya era tarde pero tenía que despejarse si no haría una estupidez.

Glía se acercó a la gran cama, nerviosa, dejando sus sucias sandalias a un lado de la puerta, la alfombra parecía seda y no quería estropearla. ¿Antonio vivía ahí?, no cabía del asombro, el lugar era digno de una revista de decoración. Se sentó en la orilla, con miedo de arrugar el fino edredón. La punzada en la cabeza regresó. Se apretó la sien cerrando los ojos. Necesitaba comer. Salió de la habitación con cautela, caminó por el corredor con las manos sudorosas y un gran agujero en la barriga. Camilo apareció de repente frente a ella, dio un respingo, asustada.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó educadamente, pero notoriamente irritado de que estuviera fuera de la habitación. Glía bajó la mirada mordiéndose los labios.

—Yo... bueno... ¿Cree que podría comer algo? —logró decir agobiada. El escolta abrió los ojos de par en par, sus palabras lo conmovieron enseguida.

Cómo era posible que Antonio la hubiese dejado así, estaba embarazada, por Dios. Nunca la había tenido tan cerca como esa noche, era muy hermosa, aunque parecía demacrada, sin embargo, toda su vida se había dedicado a detectar el peligro, se jactaba de olerlo aun a la distancia; esa joven tenía una mirada limpia, clara.

—¿El señor Arantes no le ofreció nada? —indagó serio. Glía frunció el ceño cubriendo su pequeña barriga.

—¿Arantes?... Yo bueno, no lo sé, ¿a quién se refiere? Es que hoy fueron muchos rostros —e intentó repasar los hechos de aquella noche, nadie se presentó con ella, es más, ni siquiera la miraron. Camilo la estudió incrédulo, era imposible que no supiera el apellido de Antonio. Algo comenzó a preocuparle. Glía sintió esa mirada penetrante sobre ella, no le querían dar de comer, supuso, con el estómago adolorido negó con suavidad—. No se preocupe, si es un problema creo que me las puedo arreglar hasta mañana. —Camilo sintió un agujonazo en el pecho y reaccionó de inmediato, ya habría tiempo de investigar a fondo lo que en realidad estaba ocurriendo.

—Por supuesto que no, señorita, discúlpeme, sígame. Espero que un emparedado esté bien —se encontró disculpándose. Glía sonrió aliviada, ese gesto lo derritió, ahora comprendía muy bien el tormento en el que Antonio llevaba viviendo los últimos meses, esa joven era desconcertante.

—Gracias... Sólo dígame dónde está todo, yo lo haré —anduvo tras él avergonzada.

—No soy el mejor cocinero, pero creo que un sándwich no me dejará en mal con usted —refutó con cortesía. Glía ríe por primera vez en días. Ese hombre le caía bien, por lo menos parecía tratarla con consideración.

—Gracias, estoy segura de que no será así —aceptó. Camilo le indicó un asiento en el comedor mientras él se dirigía a la cocina, pero Glía no se sintió cómoda ahí, prefirió sentarse en uno de los banquillos de la barra de la cocina. El jefe de seguridad la observó de nuevo confundido—. Prefiero aquí —murmuró ruborizada. Él asintió mientras comenzaba a sacar lo que necesitaba de aquel cromado frigorífico. Contempló su alrededor de nuevo, comprendiendo por qué Antonio creía que ella lo buscaba por dinero, ¿pero cómo iba a saber que era un tipo con ese nivel de vida?, para ella fue evidente que tenía una vida resuelta, pero no a tal grado.

—¿Quiere cebolla? —le preguntó sacándola de sus pensamientos. Giró distraída, pero él parecía que no le había quitado los ojos de encima, estaba desconcertado. Seguramente no comprendía qué hacía ahí y por qué lo dejaron cuidando a una chica como ella y además embarazada.

—No, así está bien... Gracias —agradeció nuevamente ruborizada.

—¿Quiere algo de tomar? —Se encontró preguntándole. Glía asintió con ojos chispeantes.

—Pero yo me lo sirvo, sólo dígame dónde. —Se puso de pie al tiempo que él giraba con un recipiente de vidrio en la mano. El bote cayó al suelo rompiéndose en varios pedazos. Glía se hizo para atrás notando como algo se le encajaba en el pie. Cerró los ojos sintiendo el dolor en el talón y gimiendo quedamente.

—¡Señorita! —exclamó agobiado. Glía abrió los párpados adolorida. Camilo notó de inmediato la sangre en el piso. La tomó en brazos y la sentó sin dificultad sobre la repisa de granito. No hubo escándalo, gritos, reclamos. Raro, muy raro.

—Lo—lo siento —habló ella avergonzada mientras él tomaba su pie y lo examinaba—. No es necesario, yo puedo... —Camilo negó serio, soltándola. Por Dios, fue un imbécil y esa joven se disculpaba, qué clase de ninfa encantada era.

—De verdad discúlpeme, no la vi, ahorita mismo la curaré.

—No se preocupe, no debí estar descalza —lo excusó intentando tomar su extremidad entre las manos pero la punzaba en la cabeza, aunado al abultado vientre, se lo impidieron.

—De ninguna manera, no quiera menguar mi negligencia —rogó culpable. Qué descuidado fue. Imperdonable y más en su estado, pero ella parecía relajada y más bien avergonzada—. No se mueva de ahí, ya regreso —le pidió nervioso. Glía aceptó consiente que aunque quisiera no

podría bajar, primero por la altura y luego por las esquirlas en el piso de mármol.

El hombre la atendió con paciencia y esmero, no fue nada grave. Limpió todo mientras ella ingería el sándwich como si fuera un delicioso manjar.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Glía de repente. Él la miró dejando de trapear.

—Camilo —expresó serio.

—Camilo, usted me ha preparado el mejor emparedado que he probado en mi vida, muchas gracias —dijo sonriente. El hombre no pudo evitar avergonzarse, esa joven tenía una frescura y una manera de mirar que dejaba mudo a cualquiera.

—Me parece que exagera, pero me alegra que le haya gustado, ¿desea algo más? —Ella negó con su atención en el piso, tenía mucho sueño. El escolta se dio cuenta de que no la había bajado, suspiró enojado consigo con tanta imprudencia hacia esa joven. La tomó en brazos sin avisarle y la depositó en el comedor por miedo a que otra esquirla la lastimara.

—Muchas gracias, Camilo, por todo —agradeció Glía caminando lentamente rumbo al lugar en que esa noche dormiría. En cuanto entró, se lavó el rostro, los dientes, se cambió y se metió a la cama a punto de desfallecer.

Camilo permaneció sentado en la sala muchas horas después de aquel encuentro. Algo no cuadraba y una horrible idea comenzaba a crecer en su cabeza.

Antonio no durmió, llegó casi al amanecer después de haber asistido a un par de eventos a los que no tenía la menor intención de ir, pero que con todo lo ocurrido y con ella bajo su mismo techo, decidió asistir. Sin embargo, fue una pesadilla; conversaciones superfluas, mujeres colgadas de su brazo esperando que les propusiera una noche casual, hombres en busca de su asesoría o dinero, en fin... todo aquello que no le agradaba de su mundo y que no logró quitar de su mente esos labios carnosos y esa mirada de desconcierto.

Por la mañana Glía no se sentía mejor, el dolor en la sien no la dejaba y unas náuseas espantosas la despertaron por lo que acabó aferrada al inodoro. Se duchó después, se puso la muda que había traído, nada mejor que lo del día anterior y esperó sentada en la orilla de la cama que ya había tendido y que no logró dejar igual.

La puerta se abrió sin aviso unos minutos después. Antonio observó la habitación arrugando la frente y enseguida reparó en ella, tímidamente sentada en la esquina del colchón con sus enormes ojos verdes bien abiertos y su rostro más pálido que el día anterior.

—Buenos días —saludó serio y estudiándola. Ella lo miró temerosa y se puso de pie.

—Buenos días.

—Tenemos que irnos —anunció abriendo más la puerta para que saliera de la habitación. Como un ratoncillo lo hizo de inmediato. Al llegar a la estancia se detuvo sin saber qué debía hacer. De repente Camilo la observó y se acercó relajado, ella sonrió al verlo. Antonio los estudió sin comprender.

—Su pie. ¿Está mejor? —quiso saber con elocuencia. Glía asintió avergonzada.

—Sí, no se preocupe —murmuró en respuesta. El escolta le tendió una bolsa de plástico transparente importándole poco la mirada de confusión de Antonio y Víctor.

—Es un emparedado, para que lo coma en el camino —explicó con simpleza. Antonio recordó de pronto que ni siquiera le ofreció algo de cenar el día anterior. Glía lo tomó agradecida.

—Ayer... Lo siento, no pensé en que tendrías hambre —se escuchó decir torpemente. En cuanto se dirigió a ella la sonrisa se esfumó y sus ojos se oscurecieron.

—El señor Camilo me dio algo —reviró con tono ausente. Antonio pestañeó sin comprender por qué le dolió tanto su actitud con él.

—Me alegro, ahora debemos irnos, se nos hace tarde —dijo bajando la mirada hasta su pie, llevaba unas sandalias viejas y notó un vendaje. La detuvo por el brazo—. ¿Qué pasó en tu pie? —indagó serio.

—Hubo un accidente y el señor Camilo me atendió —respondió zafándose de su tacto y avanzando. Antonio frunció el ceño.

—Se rompió un recipiente de vidrio y lo pisó, la curé —informó su escolta al notarlo turbado. Su jefe asintió con esa extraña sensación en el pecho.

—Trae lo que usaste para curarla, no se puede ir así —ordenó y sin preguntarle la tomó en brazos y la colocó en un sillón. La joven respingó al sentirse en el aire al tiempo que se sujetaba a su camisa, asustada, buscó sus ojos intentando entender—. Si se infecta será un problema con el que no pienso cargar —argumentó hiriéndola de nuevo. Sentada sobre la mullida superficie, agotada aún, observó cómo se colocaba en cuclillas, recibía lo que su empleado le daba y le retiraba el calzado. Se sentía hervir de vergüenza por lo que giró la cabeza, contrariada. No le dolía en realidad, pero tampoco sabía qué tan profunda era, no alcanzaba a verla.

Antonio notó que no era nada de cuidado, aun así, desinfectó la larga herida para limpiarla y le colocó un parche nuevo. Glía no se quejó, ni siquiera lo miraba, pero notó que aunque estaba siendo cuidadoso le había ardidado cuando la curó. Apretó los puños irritado, contrariado. No le agradaba en lo absoluto saberla herida.

—Vamos, se nos hace tarde.

Llegaron justo a la hora. El médico ya los esperaba. Glía entró sintiéndose fuera de lugar en aquel consultorio tan moderno. Se sentaron uno a lado del otro. En todo el camino ella no le había dedicado siquiera una mirada y menos la palabra, lo cierto era que prefería eso. Le tomaron muestras de sangre en cuanto entró y la presión.

Glía no se sentía cómoda ni en ese sitio, ni con Antonio al lado, pero él parecía no tener la menor intención de irse. El doctor le hizo las preguntas de rutina. Antonio descubrió que el último periodo de ella fue durante aquel mes que estuvieron juntos. Escuchó atento y en silencio mientras se desarrollaba la entrevista y Glía respondía puntual a las preguntas mientras el doctor anotaba todo.

—¿Algún malestar? —Ella dudó retorciéndose los dedos. Antonio la observó con los brazos cruzados.

—Bueno, sólo... dolor de cabeza... y —lo miró de reojo completamente incómoda—, náuseas ayer, y hoy por la mañana devolví el estómago —murmuró. El ginecólogo asintió serio notando que la chica estaba un tanto nerviosa por el hombre que la acompañaba.

—¿Algo más? ¿Dolor abdominal, manos hinchadas? —continuó. Ella negó segura—. Acompañe a la enfermera, le tomará la presión, la pesará y en un momento la veo para hacerle una ecografía —informó. Glía se levantó al tiempo que una joven sonriente se acercaba y ambas salían del consultorio.

—Doctor, quisiera que se le practicara una prueba de ADN. ¿Cuál es el procedimiento? —habló el acompañante de esa dulce joven. El médico suspiró serio.

—Señor Arantes, primero debo de revisarla, pero le adelanto que su peso, su palidez y ese dolor de cabeza no son buenos, así que déjeme examinarla y lo comentamos cuando concluya —propuso. Antonio olvidó la prueba al escuchar lo que le decía.

—¿A qué se puede deber?

—Son síntomas de preeclampsia —soltó sin rodeos. Antonio sabía muy bien lo que era eso, Lidia fue saludable, pero ambos se informaron sobre los riesgos y complicaciones del embarazo

—. No se alarme, como le digo voy a revisarla y hablaremos. Cuando esté lista para la ecografía, ¿desea que lo llame? —preguntó. Éste asintió desconcertado mientras el médico lo dejaba solo.

Se perdió en sus pensamientos durante aquellos minutos buscando tranquilizarse. Ella estaría bien y no habría complicaciones, por mucho que no fuera la mujer que él idealizó, tampoco la quería enferma, herida, o en peligro, la sola idea lo enfermaba, en el departamento lo comprobó al curarla. No, iba a estar bien. La prueba de ADN pasó a ser lo último de sus preocupaciones, Glía, su salud lo opacaba todo.

—Puede pasar —escuchó una voz tras él. Dudó por unos segundos, si no era su hijo ¿qué sentido tenía verlo?, pero y si lo era, era su primer ecografía, la primera vez que lo vería, recordaba esa maravillosa sensación.

Sacudió la cabeza y siguió a la enfermera. Glía estaba tumbada estudiando intrigada la pantalla que se encontraba casi frente a ella. Parecía decepcionada, el médico intentaba explicarle el acomodo del bebé y era evidente que no lograba verlo. Recordaba que lo mismo le sucedió a él en varias ecografías con Romano. No pudo evitar sonreír ante el cuadro tan familiar.

Su pequeña barriga estaba descubierta, su piel parecía crema blanca y suave. Se acercó sigilosamente. El médico levantó la vista dándole la bienvenida. Glía siguió sus ojos, en cuanto se posó en él comenzó a parpadear evidentemente nerviosa. Antonio se puso a su lado y observó el gran monitor.

—Le decía a la joven que estas son las manitas y esta la columna vertebral —explicó. Antonio asintió sereno, Glía lo había dejado de ver y continuaba arrugando la frente frustrada. El gesto se le antojó hermoso, dulce. No pudo evitar colocar una mano sobre su hombro.

—No te preocupes, Glía, para entender esas imágenes existe toda una carrera, es normal no comprenderlas —susurró con suavidad. Ella sonrió tímidamente sintiéndose sólo un poco mejor.

—¿Todo está bien? —preguntó la futura madre de pronto—. ¿El bebé está bien? —Su tono denotaba su preocupación. Era consciente de su mala alimentación, de que el embarazo no se había desarrollado en las mejores condiciones y de que al pesarse en la báscula aumentó dos kilos a lo largo de la gestación, no se sentía muy bien y forzó mucho a su cuerpo.

—Sí, todo está en orden, tiene las medidas correctas, la placenta esta perfecta y sana y su tiempo de embarazo corresponde con el tamaño del bebé... —El doctor seguía moviendo aquel aparato sobre su vientre con mucha destreza. Era la primera vez que lo veía y se sentía muy decepcionada por no entender las imágenes que se proyectaban. Antonio sin saber por qué, se sintió orgulloso, emocionado de poder ver a ese pequeño ser.

—¿Quiere escuchar su corazón? —Ella asintió de inmediato. Cuando el sonido inundó la habitación no pudo evitar que la vista se le nublara, su bebé, su hijo. Antonio le dio un beso en la frente presa de un impulso. Se veía tan feliz, tan emocionada—. ¿Desean saber que sexo tiene?

—Sí —dijo ella, al mismo tiempo que Antonio decía que “no”. Glía lo ignoró y volvió a decir que sí. El médico miró a Antonio esperando su reacción, éste asintió con la mirada, turbado. No quería saber más de aquel niño de lo necesario, si no era suyo no quería estar familiarizado, encariñado.

—Es niña —anunció. Glía se llevó ambas manos a la boca claramente contenta, aunque parecía que el sexo que le hubiesen dicho habría causado la misma reacción. Antonio la observó, no parecía culpable, arrepentida. Salió de la pequeña habitación que lo ahogaba. Una niña, si era suya, sería una niña. Se pasó las manos por el rostro desesperado—. Señor Arantes, la joven no tarda, tome asiento —pidió el ginecólogo. Antonio arrugó la frente, intuía que no tendría muy buenas noticias. Glía entró unos momentos después con ojos llorosos.

—El bebé está bien, ustedes lo acaban de ver... —empezó.

—¿Entonces? —preguntó Antonio con urgencia. Glía parecía muy ansiosa.

—Bueno, señorita Rivas, usted está... desgastada... por decirlo de alguna forma. Su peso me preocupa, si bien ya no es adecuado subir mucho en el embarazo, usted está por debajo de lo que debería, por otro lado trae la presión bastante alta y sus extremidades un poco hinchadas.

—Paso mucho tiempo de pie —logró decir. Antonio la evaluó recordando que trabajaba de sol a sol, otro aguijonazo.

—Podría ser esa la causa, pero quiero descartar preeclampsia, al parecer no la ha desarrollado, pero si no se cuida es muy probable que suceda.

—Pero eso es muy peligroso —expresó asustada.

—Si no es detectada a tiempo, si no se hace nada; sí, es muy peligrosa. Así que seguirá mis instrucciones al pie de la letra, ¿de acuerdo? —La pelirroja asintió consciente de que sería capaz de cualquier cosa por su bebé. Por su hija—. Por otro lado, la prueba de ADN no es lo mejor en estos momentos. Es un procedimiento muy intrusivo, valoren si pueden esperar los cuatro meses que faltan, yo no lo recomiendo, menos aun con su situación —explicó. Antonio asintió mientras Glía lo miraba seria.

—¿Puede viajar? —preguntó él de repente. Glía intuyó que la regresaría al albergue.

—Depende, ¿a dónde?

—A Brasil, a Río. —Un gemido de asombro salió de la garganta de la chica. ¿Brasil?, lo había escuchado hablar portugués desde el día anterior con más frecuencia que el español y los otros idiomas. Antonio no era de México comprendió de pronto. Sintió que no sabía nada de él, lo observó confusa.

—No, por ahora no, es un viaje de varias horas, aun con comodidades, me gustaría que esperáramos un par de semanas, un mes sería lo ideal, si todo se estabiliza no tendrá problemas.

—De acuerdo.

Una vez en el auto, ella lo miró interrogante.

—¿Eres de Brasil? —lo acusó con ojos chispeantes. Él sonrió, cínico.

—Por Dios, Glía, no te hagas la inocente, sabes muy bien quién soy y de dónde soy, no finjas más por favor.

—¡Jamás me lo dijiste! Yo pensé que vivías aquí —repuso desconcertada. Antonio colocó un par de dedos en el puente de la nariz claramente agotado.

—Eres asombrosa, incluso allá adentro lograste hacerme sentir conmovido...

—¿De qué hablas?! Yo no te pedí nada, yo no te busqué, yo no te quiero a mi lado —le gritó desesperada. Un atisbo de duda cruzó la mirada de Antonio, para enseguida volverse de nuevo dura y arrogante.

—Pero no tardabas en hacerlo, después de todo tu novio se mantenía cercano para saber de ti, ¿no? —reviró indolente. Glía palideció. Gregorio. Maldición. Recargó la cabeza en el asiento sintiendo de nuevo la punzada. Antonio estuvo a punto de preguntarle si se sentía mal, pero decidió perderse por la ventana, no caería en su juego—. ¿No vas a decir nada?, te duele saber que te alejarás de él —la provocó molesto, celoso.

—Esta bebé es tuya —admitió ya sin verlo, sin tener energía para erguirse. Él la encaró.

—No tengo por qué creerte, pero no te preocupes, no pienso regresarte a ese lugar mientras exista una posibilidad de que sea mía. Así que harás lo que el doctor indica y en cuanto estés mejor nos vamos a Brasil.

—No quiero ir a Brasil —declaró débil aún pensando en lo que le acababa de decir sobre aquel hombre que tanto odiaba.

—Irás, no tienes opciones... Si es mi hija nacerá donde le corresponde, en mi país.

—Te odio, te juro que te odio —lo dijo con tanta calma, con tanto dolor, que sintió como el sentimiento recorría su pecho, congelándolo.

—*Feiticeira* mentirosa —musitó irritado. Glía no comprendió lo primero, pero no se humillaría más, sentía las lágrimas escocer. Sin embargo, no lloraría, aún le quedaba un tiempo ahí, en México, además qué más daba dónde naciera, era su padre, tendría que cuidarla, que protegerla y aunque sentía desprecio por él, prefería estar a su lado protegida, que a expensas de Gregorio. Sin saberlo Antonio había llegado a ese lugar justo a tiempo.

Se detuvieron en un sitio pequeño y pintoresco.

—Vamos a que desayunes —le ordenó aun dolido por sus palabras.

—Prefiero no comer que hacerlo a tu lado —escupió sin moverse. Antonio apretó los dientes.

—Escuchaste al médico, tienes que cuidarte... así que bájate o te bajo —amenazó. Ella lo miró, sabía que lo haría. Descendió despacio pasando dignamente a su lado con los ojos llameantes.

Se sentaron sin que nadie reparase en ellos. Un mesero muy joven se acercó para tomarles la orden, pero ella no parecía tener la mínima intención de leer la carta. Antonio pidió por los dos.

—No te hagas la digna, no te queda el papel. —Se veía espectacular así de enojada, a pesar de estar vestida con esos harapos y no traer ni una pizca de maquillaje.

—Te vas a arrepentir de todo esto, Antonio —aseguró contemplando el exterior. Algo en su

actitud lo hizo dudar de nuevo. Maldición. Esa mujer le tenía bien tomada la medida y los agujonazos ya comenzaban a ser parte de su corazón, el coraje lo sometió.

—Ah, sí, y se puede saber ¿por qué? Me usaste, te di lo que querías, no pretenderás que un hijo mío crezca en el círculo en el que tú te mueves. Nadie puede juzgarme de mal padre y un desalmado... podría dejarte a la deriva y lo sabes.

—No me has dado ni una sola oportunidad de defenderme, ni siquiera sé de qué me acusas — contestó con la misma actitud, enojada, desconfiada. La comida llegó en ese momento. Glía la miró.

—Te advierto que no soy tu nana, en media hora nos vamos de aquí y si no comes será tu responsabilidad. —No le gustaba nada la conversación ni la forma en la que lo cuestionaba. Unos segundos después comenzó a picar los huevos y tomar sorbos de su jugo perdida en sus pensamientos. Cuando terminaron ella regresó a su postura.

—Es increíble que pretendas que te crea, fui un idiota, lo admito, me dejé llevar... Pero me engañaste tan bien, créeme, eres buena en esto, no tendrás problemas para sobrevivir —la atacó. La joven se levantó furiosa importándole poco dónde se encontraban.

—No te lo volveré a repetir; no te usé, no sé de qué hablas... pero no me importa lo que creas, después de todo tú tampoco eres lo que yo esperaba —y salió deprisa. La alcanzó, rabioso. La tomó por el brazo y la hizo girar dispuesto a decirle dos o tres verdades, ella fue más rápida—. Y de lo único que me arrepiento es de haber pensado que lo eras, que valías la pena. No eres mejor que el hombre que según tú es mi novio —rugió. Antonio la soltó desconcertado. Glía subió al auto sin esperar siquiera que le abrieran la puerta.

El trayecto estuvo cargado de un tenso silencio. Antonio quería zangolotearla, rogarle que admitiera su error, que fuera sincera, de esa forma la podría ver con más respeto, incluso podría proponerle una vida serena, tranquila. Pero hervía de coraje antes su fingida indignación, ante su mirada rabiosa, desconfiada. Ella era la que hizo mal, no él, y no comprendía por qué sentía todo el tiempo que era al revés.

Al bajar del auto Glía no se esperó y salió rápidamente. Un mareo la detuvo y la punzada en la cabeza aumentó, gimió. El médico le había prescrito reposo y tranquilidad, no tenía ni idea de lo que le pedía, con él alrededor no podría tener la segunda por mucho que lo intentase. Antonio se dio cuenta justo a tiempo y la sujetó por el brazo, pero ella se zafó de un movimiento.

—No vuelvas a tocarme, ¿entiendes? No finjas que te importa. —Dio un paso más y de nuevo. Antonio la sujetó por la cintura antes de que cayera de lleno en el pavimento. Glía volvió a apartarse, rabiosa. Los dos hombres que los custodiaban se n rostros demostraban lo contrario. Camilo estudió la situación con ojo calculador; esa chica parecía no tolerar a Antonio y a la vez sentirse atraída por él, lo mismo sucedía de forma inversa.

—Eres una terca —rugió al verla así de débil.

—Y tú un arrogante que no volverá a ponerme una mano encima —aseguró y anduvo concentrándose en no caer. Antonio la observó inhalando todo el aire que pudo. Esa mujer lo desquiciaba. No estaba acostumbrado a ese tipo de confrontaciones. La mayoría de las veces el contacto con otras personas del sexo opuesto ni siquiera lo propiciaba él, a donde iba lo servían solícitos y por supuesto nadie, jamás, se atrevía a agredirlo, a contradecirlo y esa hechicera de cabellos rojos lo tenía al límite de su entendimiento.

¡Carajo! Se estaba tomando demasiado a pecho su papel de mujer digna e insultada. Saberla capaz de tanta premeditación lo hizo enfurecer aún más. No estaba equivocado, incluso había fotos de ella con otros hombres e involucrada en un par de asaltos y venta de droga... ¿Por qué se

comportaba como si fuera una inocente y blanca paloma?

Decidió no entrar al apartamento. Tenía cosas que hacer y no estaba de humor para otro enfrentamiento.

—Camilo, quédate con ella, que no hable con nadie y por supuesto no debe salir. Víctor, encárgate de comprar ropa de maternidad y todo lo que la señorita necesite. Hoy mismo lo quiero en su habitación —ordenó. El hombre asintió mientras Camilo cerraba las puertas del elevador con una Glía muy pálida en su interior. Apretó los puños, tenso. Tenía muchas cosas que hacer, lo mejor era ocuparse.

Un día largo y agotador. Reuniones con directivos, gerente, inversionistas, comida con el presidente de uno de los bancos más reconocidos que buscaba una fuerte inyección de fondos, una cena con el director de la empresa de software de seguridad que marchaba magníficamente. Pero en ningún momento pudo apartar esos ojos de su cabeza. Habló con Camilo un par de veces. Ella comió y durmió casi toda la mañana y la tarde. Debía estar agotada, aceptó perdido en el tránsito de la ciudad.

Recordó aquella tarde que tuvo libre en la cafetería. Fueron al cine como cualquier pareja. Ese simple hecho se le antojó perfecto. Hacía muchos años que no iba. Glía eligió una cinta de superhéroes. Las dos horas no parpadeó siquiera, de vez en vez giraba hacia él sonriente explicándole algo que pensaba necesitaba saber.

Lo cierto es que la película no podía categorizarla en buena o mala, no le prestó la suficiente atención. Los gestos de ella ocupaban toda su mente. Se mordía las uñas cuando parecía que algo no iba bien o reía con ligereza cuando algo la divertía. Estaba completamente absorta en el filme, y él en ella. Cuando notó que no dejaba de estudiarla, se avergonzó recargándose por completo en el asiento sonriéndole tímidamente. Él no pudo evitarlo y la besó delicadamente. Ella respondió como siempre dulce y ansiosa. Le encantaban sus labios, su abandono, su sabor. Cuando el encuentro terminó Glía recargó su cabeza sobre su hombro volviendo a poner atención a la película.

Aún en ese momento, después de tantos meses, podía sentir sus rizos sobre su mejilla y su respiración algo agitada. Cuando salieron ella no paraba de parlotear sobre la historia de cada uno de los personajes de la cinta. Sonrió al recordar los nombres de cada uno y una parte de sus vidas. Lo contaba tan entusiasmada que no pudo evitar escucharla en aquel pequeño bar no muy lejos del cine.

Los días con ella fueron mágicos, reveladores y muy intensos. Fue él, en más de un sentido. Se dejó llevar por primera vez, en muchísimos años, sin dificultad. Fue un imbécil, un absoluto y verdadero imbécil, lo peor era que ella seguía provocando en él todas esas sensaciones, todas esas emociones y aun embarazada, sentía un deseo abrazador, fulminante e indescriptible.

Hubiera sido tan fácil, tan sencillo ir más allá con ella. Ahora sabía que si hubieran pasado más tiempo juntos habría hecho hasta lo imposible para atarla a su vida de una forma contundente. Lo irónico era que ahora, si la bebé era suya, los ligaría de una u otra forma para siempre.

Llegó al apartamento a media noche. Se dirigió a su habitación dispuesto a descansar, pero no pudo evitar detenerse en su puerta. La abrió despacio, sin hacer ruido. Sintió una opresión dolorosa en el corazón. Glía estaba profundamente dormida, serena, tranquila. Tenía una de las lamparillas encendidas por lo que nada evitaba que la pudiera ver sin problema. Su cabello estaba suelto desbordado en las blancas almohadas, llevaba puesta una blusa de tirantes que bien podía ser también un camisón. Su boca entreabierta y sus párpados coronados por esas espesas pestañas. Una mano descansaba laxa junto a su mejilla. Parecía tan inocente, tan ajena a todo. La observó

por varios minutos sintiendo como se endurecía de sólo recordar lo que era su piel bajo su tacto.

Parecía una ninfa, un ser irreal.

Cerró sabiendo que si continuaba ahí haría una locura. Después de una larga ducha y mucho cavilar, por fin cayó rendido.

—Nuestro itinerario continúa igual —avisó a Víctor sorbiendo de su café en el comedor del apartamento. Eran las ocho de la mañana, tenía su primer compromiso a las nueve.

—¿Qué hará con la... señorita? —preguntó su mano derecho mientras tomaba de su jugo y revisaba la *Tablet*. Camilo también estaba ahí, solo los escoltas permanecían debajo de la gran torre. Era raro ver a Antonio sin su asistente o jefe de seguridad, ambos eran sus empleados más allegados y el segundo, alguien que había conocido a su padre muy bien y que fue también su empleado de mayor confianza. Por lo mismo Antonio lo promovió, además de por su destreza, visión, tenacidad y un agudo sexto sentido.

Solían tener reuniones por las mañanas cuando estaba afuera de Río, planeaban el día para que todo estuviera perfectamente cubierto.

Camilo esperó la respuesta de Antonio en silencio. El día anterior permaneció con ella todo el tiempo. Ni siquiera la sintió. Después de que llegaran al *pent—house* y la joven hubiese estado a punto de caer, él la llevó en brazos notando que derramaba lágrimas en silencio. Ese gesto le generó en el pecho una punzada de culpa. La dejó en su habitación para que se desahogara. Antonio era duro con ella, sin embargo, no comprendía por qué se lo tomaba tan apecho, ¿qué acaso esperaba otra reacción en él? Eso lo desconcertaba, eso, y otros detalles que no coincidían, pero que hasta que no tuviera certezas y toda la información, no haría ni diría nada, esa mujer por ahora era peligrosa. La seguridad de Antonio era lo más importante, no lo expondría por mucho que esa joven lo tuviera tan confundido.

—Se quedará aquí, no está lista para viajar. Espero que en unas semanas pueda llevarla a Río.
—Ambos asintieron.

—Camilo, ¿qué sugieres que hagamos?, evidentemente no la podemos dejar sola, no confió en ella y además necesita atenciones —preguntó Antonio al hombre que notaba desde hacía un par de días algo ausente.

—Creo que lo mejor es que sea yo quien me quede, la he estado observando y es cautivadora, le pediremos a la mujer de servicio que venga diario. No quiero problemas y aunque confío ciegamente en mi equipo, prefiero ser personalmente quien esté aquí. Danilo está preparado para tomar decisiones y liderar a los demás. —Su jefe asintió estando de acuerdo, ese hombre tenía experiencia, si él creía que era lo mejor, entonces así era, aunque esta vez sospechaba que se encerraba otro motivo, además de los que acababa de decir. Prefirió no agregar nada, su vida personal no le atañía, sólo su seguridad y hasta ese momento siempre fue certero y sagaz—. De todos modos estaré en contacto a diario con él.

—De acuerdo, entonces dejo este problema en tus manos. —Se frotó el rostro mostrando ansiedad ante la situación. Ambos empleados lo observaron comprendiendo que eso estaba resultando complicado. Dificilmente algo perturbaba a ese hombre, siempre parecía impassible, sereno y pétreo. Pero todo había cambiado hacía meses, aun así, ahora se le veía más tenso, más inquieto.

Glía no salió hasta que escuchó que todos se fueron. Se duchó y tendió la cama. Tomó un pantalón de tela gruesa y un suéter de las bolsas que aún estaban en uno de los costados de la habitación, ni siquiera las había abierto, odiaba todo lo que proviniera de él, pero ese lugar era muy fresco y diciembre estaba terminando por lo que el frío era un tanto más fuerte. Se dejó el

cabello suelto y se calzó unas botas que parecían cómodas y calientitas.

Desayunó lo que la mujer que estaba ahí le sirvió, pero que parecía tener instrucciones de no hablar con ella, pues cualquier cosa que le preguntara buscando relajar el ambiente, recibía de respuesta una monosílaba escueta. Al final se rindió agradeciendo tímidamente la comida y regresó a su habitación. Se sentó en el sillón de nuevo con el llanto contenido.

¿Cómo era que terminó así? Se preguntó molesta.

Se llevó las manos al vientre intentando tranquilizarse, sabía que toda esa angustia y estrés se lo estaba pasando a ella, pero cómo lo evitaba. Se encontraba encerrada en aquel lugar completamente sola, embarazada de ese hombre que fue su primer amor, su primera ilusión, su bengala en esa espantosa cueva en la que vivía. Por él sabía lo que era un beso con pasión, con amor, una caricia tierna, las mariposas en el estómago, las hormigas en la piel, el pulso acelerado, la respiración contenida, el corazón martilleando alocado. Con él se dejó llevar, se había dejado fluir como nunca antes, no se limitó y fue ella sin esconder su verdadero carácter que Ana tantas veces le criticó e hizo que todos a su alrededor lo hicieran. Pero también gracias a él conocía la desilusión, el desamor, el dolor de estar enamorada de alguien que te desprecia, que te ve peor que una basura y que en ese momento, además, se había convertido en un lastre, en alguien con quien cargar a pesar de la repulsión que evidentemente le generaba.

No lo podía culpar de todo, estaba su hermana, esos hombres, en especial Gregorio; que parecía su pesadilla personal y al que le debía los peores momentos de su vida.

Su situación era patética, desagradable, pero ahora no estaba sola y por lo menos ahí estaba segura, si se iban a Brasil por fin se vería libre de Gregorio. Quizá, si le dijera toda la verdad a Antonio, si le explicaba lo que sucedía él la comprendería, la protegería.

Parecía tener suficiente dinero como para refundirlo en la cárcel, como para ponerla a ella y a su bebé a salvo. Pero de repente pensó en Margarita, le debía mucho, fue su gran apoyo al igual que Azucena en los últimos dos años, si ese patán, por algo, sabía que ella abrió la boca, les podría hacer daño. Y si daba con ella, su hija también peligraría. Sabía muy bien lo que podía hacer, sus propios padres pagaron por no creerles. Si tan solo Ana diera la cara, si asumiera lo que le correspondía, todo sería diferente, se vería liberada de esa pesadilla en la que ella no tenía nada que ver, en la que su hermana la arrastró de una forma egoísta y cruel, y de la que ya no encontraba cómo salir. Ahora tenía que permanecer ahí si quería que estuvieran a salvo ella y su bebé. Lloró derrotada en aquel sofá hasta que sin darse cuenta cayó profundamente dormida.

Glía no volvió a ver a Antonio durante dos semanas. Sabía que se marchó, que la había dejado ahí, con Camilo y esa mujer que parecía ni siquiera notarla. Los dolores de cabeza desaparecieron, se sentía mejor, menos hinchada, tranquila. Camilo era amable, respetuoso y a su lado se sentía segura.

Le consiguió, un par de tardes después de aquella última vez que había visto a Antonio, varios libros de temas variados. Ella se lo agradeció dándole, por impulso, un beso en la mejilla, pero que al ver la reacción evidentemente molesta del corpulento hombre, se tuvo que disculpar sin dejar de sonreír. Se fue a su habitación ansiosa por leerlos, por ocupar su tiempo después de horas eternas de aburrimiento.

Camilo tuvo que salir a tomar aire, ese gesto lo tomó por sorpresa. Después de aquel día lo buscaba sin que él pudiera esconderse y le comentaba sobre lo que leía. Un par de ejemplares eran de historia, otros tres hablaban sobre el embarazo y madres primerizas y otros cinco, novelas. Los había mandado a pedir sabiendo que tenía que intentar mantenerla ocupada y así fue, pero con lo que no contó era que la joven se acercaría a él sin temor, con candidez e intentara

entablar conversación.

Sin que se diera cuenta habló con ella más de lo que había hecho con sus propios hijos que debían tener casi su edad y que no veía muy a menudo. Glía era perspicaz, atenta y con una retención asombrosa. Cuando se dio cuenta de que el tema que a él más le gustaba era la historia, las grandes batallas, enseguida lo llenó de preguntas de las cuales escuchaba las respuestas genuinamente interesada. Sin embargo, era consciente de que tampoco confiaba en ella. La estudiaba todo el tiempo, evaluaba sus reacciones, sus palabras, incluso a veces notaba que le huía, que la evitaba, pero se sentía muy sola, aislada y ese hombre era la única persona con la que podía conversar, así que aunque las pláticas duraban algunos minutos, las propiciaba ansiosa.

Pensaba en Antonio a diario, lo evocaba con rencor, con decepción, con dolor y también con amor, no podía evitarlo. Los momentos a su lado fueron mágicos, irreales, asombrosos.

Comiendo sola, como solía, recordó el día en que pasó por ella un domingo muy temprano. Se vieron hasta tarde la noche anterior, asistieron a una pequeña obra callejera que alguien del café le recomendó. Se rieron tanto que ese día por la mañana aún le dolía los músculos del abdomen. Tocó a su puerta a las ocho, Glía al verlo se puso escarlata, no habían quedado en nada. Él iba vestido con *jeans* y una camiseta roja que contrastaba espectacularmente con su piel morena bronceada. Parecía más joven, más accesible. Al verla sonrió con ternura mientras ella intentaba alisarse el cabello.

—Lamento hacerte madrugar en tu día de descanso, pero... me gustaría que me acompañaras a un lugar.

—No me he duchado —logró decir avergonzada, pero él parecía no importarle su imagen, al contrario, su mirada era de absoluta aprobación.

—Lo sé, ¿te parece si paso por ti en media hora? No desayunes, yo me haré cargo —le dijo guiñándole un ojo. ¿Cómo podría decirle que no?

La llevó al Ajusco, almorzaron quesadillas recién hechas en aquellos puestos que estaban a las orillas de la carretera. Después caminaron por ahí mientras él le hablaba sobre su esposa fallecida y la culpa que cargaba. Glía sintió su dolor y lo único que atinó a hacer fue besarlo tiernamente. Sabía muy bien que no existían palabras que logran hacer sentir mejor ante esas pérdidas.

Más tarde subieron a una avioneta que él mismo piloteó y que ahora sospechaba que no tuvo problemas para alquilar, como supuso aquel día. Ella subió dudosa, pero una vez arriba rio y gritó excitada. Por la tarde organizaron un pequeño picnic cerca de varias familias, él incluso jugó fútbol con algunos jóvenes que estaban por ahí. Glía lo observó dándole ánimos, encantada. Cada vez que metían gol se acercaba a ella y le daba un dulce beso mientras la gente que ahí se encontraba chiflaba o aplaudía.

Esa tarde parecía tan lejana, tan irreal. Hizo tantas cosas en tan poco tiempo, las noches eran tan cortas a su lado, la sorprendía casi todo el tiempo, llegando por ella a un trabajo para llevarla al otro, apareciendo de sorpresa en la cafetería y esperando a que saliera mientras la observaba trabajar. Visitó lugares a los que no solía ir, su vida siempre era tan aburrida, tan solitaria, tan... complicada, que no recordaba haberse divertido tanto en toda su juventud. Pero había sido felicidad efímera, fugaz.

Antonio aterrizó en México casi a media tarde. Tenía una cena de gala que habría podido evitar, pero que le daba el pretexto ideal para ver a Glía. Sabía por Camilo que se encontraba mejor, pero no ahondaban en detalles. Necesitaba verla, no le importaba si discutían o si no hablaban, sólo quería admirar esa cabellera, esos ojos que no había logrado sacar de su mente en todos esos días, además, quería asegurarse por sí mismo que de verdad esa palidez hubiese desaparecido.

Llegó en la madrugada al apartamento. Había querido salir temprano de aquella fiesta superflua y llena de gente prepotente, pero esa modelo galesa parecía no querer soltarlo, al igual que un par de inversionistas incómodos. Al final, en una jugada maestra, logró montarles a la bella mujer que no despertaba nada en él y desapareció sin despedirse. Sentía que ese par de copas de champaña lo relajaron, pero no lo suficiente como para olvidar a esa chica endemoniada.

—*Maldição, feiticeira ruivo* —susurró al observar su puerta. Se quitó la pajarita y el saco dejándolos en la silla que estaba a un costado de su habitación. Abrió despacio. Todo estaba apagado, pero las persianas no estaban corridas, la ciudad iluminada quedaba expuesta sin problemas, al igual que la luz de la luna que se proyectaba en su piel que parecía de porcelana. Quería verla mejor, no se podía conformar con la pobre imagen que lograba absorber sus ojos cansados.

Se acercó sigiloso hasta quedar a lado de la cama. Estaba acurrucada. Las cobijas se encontraban en el suelo y solo la cubrían a medias la sábana de lino que dejaba expuesta una pierna flexionada. Se sentó con mucho cuidado. Ella ni siquiera se movió. Acercó lentamente una mano hasta uno de sus brazos y lo acarició apenas. La joven giró el rostro al sentir el leve contacto. Se detuvo, pero al ver que seguía dormida se aventuró más y lo recorrió con la yema de los dedos.

Definitivamente se veía mejor, sus ojos ya no tenían esas ojeras y su boca estaba sonrosada, perfecta. Sin poder contenerse descendió hasta ella cansado de luchar con el deseo, con las ganas de tocarla.

Glía despertó al sentir que algo tibio y húmedo tocaba sus labios, no supo qué hacer cuando se dio cuenta de que era él, sobre ella, besándola. Se quedó paralizada.

Antonio notó su reacción, abrió los ojos y los clavó en los suyos que se hallaban claramente turbados, confusos. Ella colocó una mano sobre su hombro alejándolo desconcertada.

—Basta de este juego... Glía, por favor —rogó y le dio otro beso mientras bajaba sus manos hasta su vientre hinchado—. Dejemos todo a un lado —suplicó con voz ronca. Se sentía confundida, no podía ser, no tenía ni idea de que estaba ahí.

—Antonio —pudo articular ahogadamente, pero su mirada era suplicante, agónica.

—Te deseo... tú me deseas. Esta vez será diferente —aseguró y justo cuando lo dijo tomó uno de sus sensibles pechos. Glía gimió algo asustada, pero no pudo oponer resistencia. Si él estaba ahí era por algo. Pidió que dejaran todo a un lado, eso era lo que quería, lo que ambos necesitaban.

Antonio notó que bajaba sus defensas y se relajó volviendo a besarla. Esta vez lo hizo de forma más decidida, más exigente. Glía parecía tensa, no saber qué hacer, sin embargo, le

devolvió el gesto de la misma forma.

Se quitó la camisa de inmediato, al tiempo que despojaba a Glía del camisón de algodón. Ella se ruborizó; estaba embarazada, sus pechos ahora eran más grandes y su barriga no debía resultar precisamente sensual. Sin embargo, Antonio, sentado a su lado la observó con adoración, con veneración al tiempo que tomaba sus manos para evitar que se cubriera.

—*Muito belo* —dijo en portugués. Pestañeó sin comprenderlo—. Eres perfecta, Glía. —Apresó con sus manos uno de sus hinchados senos mientras ella gemía ante los sensible que estaban. De inmediato sintió como algo primitivo despertaba en él ante ese gesto.

La tomó con cuidado y la recostó de un costado, sabía que para ella podían ser incómodas algunas posiciones, así que la colocó frente a él mientras pegaba sus glúteos a su increíble excitación. La joven soltó un suspiro, temblorosa, nerviosa. Antonio sujetó su rostro con delicadeza haciéndola girar para continuar besándola.

La saboreó como soñó hacer miles de veces. Su cuello, jugó con su lóbulo, con sus hombros, mientras ella gemía sin parar, era evidente que también sentía lo mismo. Probó uno de sus pechos con la boca, tocaba el cielo, era tan suave, tan succulento, tan tierno. Al sentirlo ahí dio un pequeño grito, al cual él respondió bajando una de sus manos hasta su entrepierna. Escondió sus dedos ahí mientras Glía jadeaba poniendo algo de resistencia. Abrió sus piernas con cuidado y comenzó a explorarla. La joven se arqueó sin poder apartarlo al sentir como la invadía de esa forma.

—¿Te gusta? —preguntó concentrado en su rostro mientras movía diestramente su mano. Ella parecía genuinamente asombrada por lo que estaba ocurriendo, no lograba articular palabra, ni siquiera mirarlo. Miles de terminaciones nerviosas despertaban al mismo tiempo, sentía como el líquido caliente que emanaba facilitaba ese juego del que era presa.

—Dios... Antonio... —logró decir con la boca seca y aferrándose a la sábanas.

—¿Me deseas? —cuestionó jugando con su oreja, fascinado con la reacción de su pequeño cuerpo ante su intrusión. Ella asintió sudorosa, temblorosa—. Dilo Glía, di que me deseas a mí. —No podía hablar bien, respiraba con dificultad y con él susurrándole al oído de esa forma y explorando su interior de aquella manera desconocida, no lograba ni siquiera pensar.

—Te... Dios... Te deseo, Anto—nio —articuló. Se separó de ella unos segundos, para después tomar su mano y colocarla sobre su dura excitación. La joven abrió los ojos asombrada.

—Eso es lo que provocas en mí... Yo también te deseo —rugió a punto de perder el control. Puso su espalda frente a su pecho acercándola lo más que pudo, elevó una de sus piernas con suavidad y comenzó a penetrarla. Glía se tensó al principio al sentirlo adentrarse, pero él empezó a jugar con aquel lugar debajo de su vientre—. Tranquila —musitó contra su oreja mientras la lamía. Entró lentamente. Dios, era tan estrecha, tan cálida. Apretó los dientes para contenerse, no repetiría lo de aquella ocasión, quería asegurarse de que esta vez fuese como debía—. ¿Te lastimo? —preguntó mientras le besaba el lóbulo.

Ella negó sudorosa, no dolía, se sentía... bien... muy bien. Al ver su reacción terminó de hundirse firmemente arrancando de sus labios un gemido tan dulce y único como ella. No pudo más y comenzó a entrar y salir deseoso, ansioso aunque cuidadoso.

Cada embestida era un reto, una agonía, Glía lo recibía en su interior apretándolo, humedeciéndolo. Sentir su respiración tan agitada, tan delicada, su aliento tan entrecortado por él, por su invasión, solo logró que fuera más rápido, más fuerte. No podía más, ya ella iba a tener su segundo orgasmo la sentía demasiado apretada, retorciéndose y jadeante. La espero lo más que pudo y cuando sintió que lo igualaba se dejó ir. Un sonido gutural salió de su garganta al derramarse en su interior mientras la joven colocaba una mano en su cadera con dureza ante lo

fuerte de la sensación.

Glía quedó muda, jamás pensó que hacer el amor podía llegar a ser así; sintió una explosión que arrasó con todo en su interior, la ocasión anterior no fue ni cercano ese cúmulo de sensaciones. Ninguno de los dos se movió por unos minutos, necesitaban recobrar el aliento, la respiración.

De repente él se alejó. Giró observándolo sentarse a la orilla de la cama perdiendo su atención en la noche que invadía la habitación. Acercó una mano tímida hasta su espectacular espalda. Antonio se tensó sin mirarla, sin moverse.

—Lo siento. De verdad lo siento, Glía —lo escuchó y enseguida retiró la mano confusa. Sujetó las sábanas y se cubrió instintivamente, algo en su voz la alertó.

—¿P-por qué? Yo... nunca pensé que esto pudiera ser así —le confesó comenzando a palidecer. Él puso distancia. Ella admiró su maravilloso cuerpo, a pesar de que llevaba una hija suya en su interior, era la primera vez que lo veía desnudo. Su actitud empezó a preocuparla, a ponerla nerviosa.

—Y me imagino que sabes de que hablas —atacó sin poder contenerse, sabiéndose un cretino por ello. La pelirroja apretó la tela que la cubría ante lo helado de su voz.

—Antonio, no... Yo solo he estado contigo —soltó al fin temblorosa. Él negó molesto al tiempo que se ponía el bóxer.

—Glía, me ofende realmente que me creas tan ingenuo. No me importa que hubieras estado con muchos antes de mí, aunque sé que no fue así, no por lo menos del todo, no soy ningún ser medieval, pero al mismo tiempo, me parece asqueroso.

—No te creo ingenuo, es la verdad, nunca he estado con alguien más —intentó hacerle ver hincada sobre la cama. Pero no la miraba, se estaba poniendo los pantalones y la camisa—. Si me crees una cualquiera, ¿para qué viniste? —exigió saber furiosa, indignada y profundamente humillada. Antonio la agarró por los hombros rabioso, herido, ella no comprendía esa mirada.

—Porque te deseo maldición, aun sabiendo que ese hijo podría no ser mío, te deseo como el vil idiota que soy —escupió como si eso fuera lo más bajo que había confesado en su vida. La soltó y salió de la habitación sin voltear.

Glía se quedó ahí, respirando con dificultad, por varios minutos. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. De repente decidió que se arriesgaría, le diría todo y esperaba que le creyera, la ayudara, era la única forma de terminar con todo eso.

Se puso de nuevo el camisón y salió decidida. Tocó a su puerta y sin esperar respuesta abrió. Él estaba aún con el pantalón puesto viendo por la ventana, ni siquiera giró.

—Antonio, tienes que saber la verdad... Por favor escúchame.

—Vete, Glía —le rogó con voz cansada. Su actitud le dolió, pero decidió no rendirse. Cerró tras ella y dio un par de pasos.

—Mira... yo... bueno... ese hombre, Gregorio. —Él la encaró furioso, rabioso, al escucharla nombrarlo después de lo que acababan de compartir.

—¡Con que familiaridad lo nombras! Vete, Glía, vete de una maldita vez, no mientas más. Si tan solo fueras sincera, sin tan solo me dijeras todo. Confié en ti. —Se acercó a ella peligrosamente, parecía un animal herido, mortíferamente lastimado—. Creí que eras diferente, que no te importaba mi posición, mi dinero... y te voy a decir algo, si de verdad eso te hubiera atraído no te habría culpado, pero usarme, tener dos hombres al mismo tiempo, es bajo, es asqueroso —rugió. Ella lo escuchó atónita.

—¡¿De qué hablas?! —gritó desesperada. La agarró por los antebrazos, agonizando. Su forma

de manipularlo... Todo era magistral.

—¿Me vas a negar que ese tal Gregorio lo conoces? ¿Qué te visita, va a tu casa? ¿Qué lo has visto?

—No, pero no es lo que crees —No le dio tiempo de más porque la soltó y le ordenó con el dedo que saliera.

—Lárgate, lárgate de una vez, no me obligues a irme yo.

—Por favor, Antonio, solo escúchame. No es así, él me persigue, él...

—Cuando estés dispuesta a decirme la verdad hablamos —la interrumpió con odio. Ella apretó las manos.

—Eso es lo que trato de hacer —le explicó con los puños a los costados, derramando lágrimas. Abrió de nuevo la boca pero la interrumpió de nuevo.

—No, lo que tú haces es intentar envolverme, ya te viste acorralada. ¿No? Es muy probable que ese hijo sea mío, lo acepto, pero te lo quitaré de todas formas y no me sacarás ni un centavo. Te hubiera aceptado como su madre si por lo menos fueras honesta —gruñó herido. Glía ya no sabía qué hacer, qué decir, pero eso último cambió el rumbo de sus pensamientos.

—¿No me la quitarás, es mía! —gritó llena de desesperación.

—No me conoces, no soy un millonario estúpido como tú y ese tal Gregorio creyeron, si no cedes por las buenas entregaré a las autoridades la información que tengo de ti y entonces quedarás enterrada en la cárcel, créeme —la amenazó indolente.

—¿La cárcel? —repitió sintiendo que perdería la conciencia. ¿De qué hablaba?

—Sí, la cárcel. ¿Qué? Ahora también vas a negar que te dedicas a negocios turbios... Dios, eres asombrosa, no pensarás que todo esto tiene solo que ver con mi hombría burlada, no... eres una delincuente, una sin escrúpulos. Vete de una maldita vez antes que me olvide de lo que tienes en las entrañas —bramó, pero al ver que no se movía, que sus labios carnosos temblaban, la tomó por el brazo y la sacó de ahí cerrando la puerta tras él. Glía no se movió por unos segundos, absorbiendo eso que acababa de decirle. Cuando sintió que podía moverse nuevamente, caminó hasta su habitación sintiéndose acabada, rendida, harta. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué Antonio inventaba todo aquello?

—No seas estúpida, quiere librarse de ti —dijo en voz alta unos minutos después. En ese instante se desmoronó y se sentó en el sofá con la vista perdida mientras las lágrimas manchaban su camisón.

Después de esa noche no salió prácticamente de su habitación.

Antonio no se sentía orgulloso por su falta de control, pero ya no lograba apagar ese deseo, aun en ese momento, sentía que le urgía volver a tenerla. Decidió abandonar México al día siguiente. No podía verla, no después de todo lo ocurrido esa noche. Sabía que si continuaba cerca le creería y olvidaría incluso su seguridad, la de su familia. Tenía que enfriarse, que alejarse.

Glía prácticamente no hablaba. Comía, dormía y leía sin importarle quién estuviera a su alrededor. Camilo la observaba sin decirle nada. Parecía un fantasma por todo el apartamento. Algo sucedió entre ella y Antonio, su jefe salió al día siguiente de su improvisada llegada hecho una furia y con el rostro más desconcertado que hubiese visto, incluso parecía pálido, desmejorado. Y ella, Glía, no se veía mejor, evidentemente su salud iba cuesta arriba, pero las cosas al parecer no le estaban saliendo como esperaba, como planeó junto a aquella sabandija con la que evidentemente estaba coludida.

La mujer del aseo le había entregado una nota que el tal Gregorio le dio para que se la diera

Glía. Por supuesto, antes de ingresar fue investigada y sabía muy bien que si quería dinero, ellos siempre le podrían dar más y así era como aquel papel llegó a sus manos. En él decía que el plan seguía en curso y que cediera a todo lo que quisiera, que si todo iba como tenía pensado la situación acabaría pronto.

Por supuesto no se la dio. No pudo evitar sentir cierta desilusión que enseguida desechó. Ese hombre no le gustaba en lo absoluto y tener a Glía ahí, tan cerca, menos. Pero ya había tomado cartas en el asunto. En unos meses tendría lo suficiente para quitar ese peligro de en medio. Sólo esperaba que esa niña no fuese de Antonio, porque el nombre de ella saldría a colación de una u otra forma y eso no ayudaría a la imagen de su jefe.

La siguiente visita al médico la hizo acompañada de Camilo. Algo había cambiado en su actitud respecto a ella los últimos días, pero ya no le importaba, defenderse era inútil, tan inútil como tratar de olvidar aquella noche tan espantosa.

Todo salió bien, estaba en perfecto estado y la bebé también. Un par de días después abordaba un *jet* en el hangar. Subió nerviosa, fijándose poco en la gente que la rodeaba y las miradas intrigadas. Se sentó en un mullido asiento de piel color hueso cerrando sus ojos. Sentía el corazón destrozado, su cabeza harta de tanto pensar en salidas para su situación y un cuerpo agotado por las malas noches y el desgaste normal del embarazo.

Antonio entró al avión acompañado de Víctor. Había llegado a México el día anterior, pero prefirió hospedarse en un hotel, lo mejor era evitar contacto. Sin embargo, no la dejaría volar sola hasta Río. Con ella todo era así: la deseaba y la despreciaba, la necesitaba y la repelía, la maldecía y pedía a diario que nada malo le pasara. Por eso a pesar de todas esas contradicciones decidió ir personalmente para asegurarse de que todo marchara cómo debía, aunque sabía muy bien que no era necesario.

Glía estaba en uno de los asientos del fondo con los ojos cerrados, llevaba su cabello suelto que brillaba con la luz del exterior logrando un efecto de color fuego en ciertas partes. Vestía una blusa negra de manga larga y cuello alto que contrastaba con su piel de una forma sombrosa. No estaba maquillada, como siempre, pero sus labios se encontraban como era usual; rosados y sus pestañas bien torneadas por esa espesura que las caracterizaba.

De repente ella abrió los párpados sintiendo que alguien la observaba y lo vio. Ambos quedaron inmóviles, sus miradas eran un puente de energía, de sentimientos, de sensaciones. Glía fue la primera que giró para terminar con el contacto. Antonio se sintió extrañamente vacío. Se acomodó en uno de los asientos delanteros consciente de que era lo mejor. Todo estaba muy reciente, sin embargo, no pudo darle la espalda, sabía que lo único que lograría era estar volteando una y otra vez como un adolescente, se veía tan angelical, tan hermosa, tan mujer, que prefería tener libre acceso a ella.

Glía no había esperado verlo, sentía una lápida en el pecho y unas ganas inmensas de llorar. Se regañó a sí misma y trató de controlar las hormonas. Puso ambas manos sobre su vientre intentando serenarse, lo sobó por varios minutos mientras sentía como alguien se movía en su interior ante su tacto. No pudo evitar sonreír al percibirla. Ella siempre lograba ese efecto en su ánimo; hacía que en segundos todo se le olvidase. Daba pataditas que podía sentir con facilidad si dejaba sus manos ahí un tiempo o si le decía lo mucho que la deseaba, que ya la quería. Antonio no se la quitaría, así tuviera que esconderse toda la vida. Él no se la quitaría nunca, era lo único que tenía, era su hija.

Jugaba con la yema de los dedos sobre su piel como leyó en uno de aquellos libros, ajena a todo. Antonio la observó en silencio, extasiado. Podía ser una mala mujer, pero era evidente que

ya quería a la pequeña que crecía en su interior. Verla sonreír lo tenía hipnotizado, hacía meses que no era testigo de esos hoyuelos que solo aparecían cuando reía. Sintió un aguijonazo en el estómago, de nuevo los recuerdos. Parecía que ese mes ocurrió hacía tan poco y a la vez hacía tanto tiempo y que duró no cinco semanas, sino una vida. Ella movía sus dedos de una forma muy peculiar sobre su vientre, parecía divertida, relajada, el cuadro era tan íntimo, tan dulce, que deseó con demasiada fuerza por un momento pertenecer a él, que esa pelirroja estuviese recargada en su pecho y ambos hicieran eso mismo en su barriga.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de esa imagen. Prendió su *Tablet* y comenzó a trabajar, el viaje era largo, ya tendría oportunidad de hablar con ella sobre su estancia en la casa de Río y de cómo debía comportarse. Sus tías no estaban precisamente felices con la noticia, sin embargo, no tuvieron más remedio; si esa niña era su hija, era una Arantes y tenía que nacer ahí, en Brasil.

Después de haber desayunado lo que la amable sobrecargo le dio, se puso a leer buscando que la situación fuera menos tensa y larga. Ocho horas de vuelo se extendían ante ella. Sin darse cuenta se quedó dormida.

Antonio le quitó el libro del regazo y pidió una manta que él mismo le colocó. Nadie, de los otros seis hombres que viajaban, se atrevió siquiera a mirarlo. Sólo Camilo y Víctor se observaron algo preocupados, era evidente que Antonio sentía mucho más por esa chica de lo que él podía o quería reconocer, y ninguno de los dos podía culparlo; lo que proyectaba era magnético, atrayente, era imposible estar en el mismo espacio y no verla, no sólo por su melena rojiza o por sus hermosos ojos, sino porque tenía un halo de inocencia, de poca malicia que desarmaba a cualquiera.

Sin embargo, sabían muy bien que eso no la definía; Glía podía ser incluso peligrosa por lo que implicaba. Antonio lo sabía también, pero era evidente la lucha que se libraba en su interior.

Camilo hubiera querido que una joven así fuera la que hiciera feliz a su jefe, se lo merecía. Por otro lado, la vida hubiera sido tan fácil para todos, porque una mujer de ese tipo a su lado sería la compañera perfecta, la señora perfecta; humilde, generosa, sonriente, vital, inteligente y de ninguna manera pretenciosa. Lidia fue un poco de todo eso, pero también podía ser muy inflexible, absorbente y bastante posesiva. La recordaba todo el tiempo molesta, enojada, buscando algún defecto para decírselo a Antonio y entonces comenzar las eternas discusiones de sobre la falta de atención hacia ella y el niño. La entendía, estaba en ese país, sin conocer a nadie, pero tampoco puso de su parte, ni siquiera con Augusta o Adelina logró intimar y vaya que la segunda buscó por todos los medios acercarse. Lidia era una buena mujer, pero demasiado caprichosa si le preguntaban, era evidente que siempre se salió con la suya y con Antonio se topó con pared en aquel entonces. Una chica como Glía hubiera sido ideal, lástima que fuera todo una pantomima, una ilusión.

Glía despertó cuatro horas después, parpadeó desconcertada. Miró a su alrededor, la realidad la aplastó logrando sentir deseos de volver a dormir. Antonio estaba absorto en su *Tablet*. Lo observó sin remedio. Su traje parecía hecho a mano y recordaba con asombrosa claridad lo que había debajo. Se ruborizó enseguida sintiendo la boca seca. Hacer el amor con él fue revelador, hermoso, sin embargo, lo que después sucedió lo opacó por completo. Tal parecía que las palabras entre ambos siempre lograban empeorarlo todo. Antonio sintió su mirada y alzó los ojos. De nuevo quedaron atrapados, pero ahora él fue quien rompió la conexión regresando sin más a lo que hacía.

Comió sin mucho apetito, no tenía ni idea de qué le deparaba en Brasil, pero no creía que

fuera a ser diferente a lo que el último mes había vivido; tanta indiferencia comenzaba a hacerla sentir inexistente, invisible.

—En una hora aterrizaremos —anunció Antonio sentándose frente a ella, serio.

—¿Y quieres que brinque de la emoción o del terror? —preguntó sarcástica.

—No te queda esa forma de hablar... Así que no me interrumpas —exigió molesto, su cercanía lo alertaba de una forma increíble. Glía perdió su atención en la ventana apretando la quijada, ¿qué caso tenía discutir?—. Llegaremos a mi casa, en las periferias de Río, tengo dos tías que viven ahí... Como te imaginarás no están muy de acuerdo con esto, pero al tener una posibilidad de que esa niña sea mía...

—Es tuya —reiteró sin verlo.

—Si es mía —recalcó ignorándola—, tendrá mi apellido y se criará bajo mis costumbres.

—Qué noble eres. —Antonio volvió a ignorar su ironía.

—Eso es lo que ellas saben, creen que tuvimos una aventura y...

—¿Aventura? —volteó hacia él rabiosa, indignada—. Tú y yo no tuvimos una aventura, tuvimos un enorme y gigantesco tropiezo, una mentira, algo de lo que no me alcanzará la vida para arrepentirme —gruñó con pasión. Antonio sintió como esas palabras se le encajaban en el pecho.

—Tienes razón, no fue una aventura, fue un engaño, un error, pero qué más da... Ellas no lo sabrán y te advierto; tú no se los dirás, no quiero que piensen que su probable nieta es hija de alguien como tú y mucho menos que he metido en la casa a una ficha de tu calibre. —Al notar su semblante palidecer supo que la había herido, no le gustó la sensación, mas no estaba mintiendo —. Así que las respetarás, ellas son las señoras de esa casa.

—Y yo una arrimada que tiene que esperar las limosnas que tú le quieras dar. En el mejor de los casos porque esto parece más un secuestro. Pero da igual, ya lo sé, ahórrate todo esto. Sé en qué papel voy, ya me harté de que repitas una y otra vez los pocos derechos que tengo, la basura que soy y lo despreciable que me crees.

—No seas dramática, no te secuestro, en realidad puedes irte cuando quieras, pero da la mala fortuna de que ese bebé que crece en tu interior podría ser mío y cualquier juez me daría la razón cuando supiera todo lo que aquí ocurre. Por otro lado, qué bueno que lo tengas tan claro, pero a mí no me gusta dejar nada al azar, así que estás advertida.

—¿Qué pasará cuando nazca? —preguntó de pronto torciéndose los dedos. Él la observó con gesto cínico.

—Depende de ti, pero si es mía y te portas bien, podré reconsiderar el que nunca vuelvas a verla, y recuerda, serás libre porque esa estupidez del secuestro no quiero volver a escucharla.

—No me la quitarás, te juro que antes...

—¿Antes qué? Ahora me vas a amenazar, primero me acusas y ahora esto —se burló contenido. Ella negó seria irguiéndose para poder mirarlo con determinación.

—No te amenazo, te lo advierto, si me crees capaz de todas esas cosas tan bajas, también sabrás que puedo hacer algo irreversible.

—Matarme —completó él riendo.

—Sí, haré lo que sea por conservarla —aseguró. Su seriedad lo erizó.

—Qué bueno que me pones bajo aviso y que al fin te quitas la careta... Pero para eso faltan algunos meses, mientras tanto, espero que no pienses envenenarme o hacer algo por el estilo, no ganarías nada y créeme, *feiticeira*, tú serás la principal sospechosa —le hizo ver alzando una ceja. La pelirroja no tenía idea de qué significaba ese apodo, aunque estaba segura de que nada bueno.

—Eres...

—Dilo, Glía, ya que te estás sincerando, dílo...

—Ojalá que no te arrepientas de todo esto —logró decir con un hilo de voz bajando la mirada.

—Lo dudo, de lo único que me arrepiento es de haberme cruzado en tu vida —aseguró con voz gélida logrando de regreso una mirada penetrantemente.

—En eso coincidimos —avaló. Antonio se puso de pie irritado.

—¡Ah! Y por favor, te di todo un guardarropa nuevo, te quiero presentable y maquillada, te ves siempre tan demacrada. —Ese comentario le dolió más que todos los anteriores, Ana siempre lograba hacerla sentir así; insignificante, fea, urgida de cosméticos y buena ropa para notarse.

—Púdrete —musitó. El hombre se encogió de hombros y desapareció sin refutarle, con los puños apretados, no era verdad tampoco eso, ella era sencillamente hermosa como estuviera, lo cierto es que la herida crecía cada vez que la veía y sentía una urgencia cruel de hacerla sentir tan mal como él se sentía.

Llegaron a Río una hora después, un par de camionetas los esperaban. Él entró en la misma que ella, hablando con Víctor en portugués. Durante el trayecto la joven observó la ciudad asombrada. Ahí eran tres horas menos, por lo que sabía. Ya había anochecido, pero todo parecía tan iluminado, tan asombrosamente latino.

Cuarenta minutos más tarde, dejaban el tumulto y el tráfico. Un tramo de carretera y la camioneta volvió a bajar la velocidad. Portones enormes e interminables paredes y bardas se extendían a los lados. Gracias a la oscuridad no lograba ver muy bien, pero algunas casas se encontraban sobre colinas que dejaban ver lo impresionantes que eran. Alto total. Y de repente volvieron a arrancar.

—Esta es *Villa Catarina* —anunció suavemente Antonio al notarla así de asombrada, de perpleja.

Hectáreas y hectáreas de jardines impresionantemente bien cuidados se podían ver sin dificultad gracias a la impecable iluminación. ¿Qué era todo eso? Antonio no podía vivir ahí, eso ya era un abuso, demasiado, ni siquiera lograba vislumbrar la casa y ya habían avanzado un buen trecho. De pronto la vio, era de proporciones apantallantes. Más de tres pisos y no tenía ni idea de cuantos metros cuadrados, pero eran cientos. Lo miró atónita.

—¿A-aquí... vives? —preguntó de nuevo con aquel tono de acusación que ya había empleado en otro momento y que alcanzaba a desconcertarlo.

—Por Dios, ¿seguirás con eso?, sabes que sí... Y tú por unos meses —zanjó harto de todo aquello.

—Pero esto es ridículo, los jardines son más grandes que una colonia entera —parecía molesta, indignada. Víctor no pudo evitar parpadear ante la pasión de aquel comentario.

—Ya me está cansando este juego, Glía, de verdad deja ese papel de una maldita vez.

—¿Papel? ¿Y lo dices tú? Eres un mentiroso, jamás me dijiste que vivías en un lugar donde podían vivir cientos de familias, como tampoco que tenías el dinero suficiente para tener tu propia isla —rugió frustrada. Antonio sonrió, la tenía y ella lo sabía, sus propiedades aparecían en varias revistas de cotilla o de economía.

—A ver, Glía, ¿qué es lo que te irrita? Que tú te irás de aquí de la misma forma en la que entraste: con una mano atrás y la otra adelante. No verás un centavo, ni uno solo.

—No quiero nada tuyo, me das asco —escupió de nuevo, herida. Víctor observaba el intercambio de palabras en silencio, su discusión era pasional, intensa, se miraban con odio, con deseo. De pronto Antonio ordenó que parasen. Tomó a Glía del brazo y la obligó a bajar, ella lo siguió sin remedio, su apretón no dejaba lugar a rechazo. La hizo descender sujetándola por la cintura con cuidado, pero evidentemente molesto, la condujo hasta un árbol a unos metros de la comitiva y la acercó hasta quedar a unos centímetros de su rostro.

—Estás acabando con mi paciencia, te lo advierto —rugió en voz baja, pero claramente harto.

—¿Me lo adviertes, qué más me harás? Tú eres el que me trajo aquí —le recordó retadora. Sintió su aliento sobre su rostro. Sin pensarlo la tomó del cuello y la besó. Sus labios se resistieron, luchó, pero él la tenía bien sujeta. La obligó a abrir la boca, a recibirlo. Cuando comenzaba a ceder Antonio la alejó triunfante.

—Me sigues deseando.

—Púdrete —respondió de nuevo. Él negó con soberbia.

—Si no te anclaré a mi cama y no saldrás de ahí hasta que lo aceptes todo. Me cobraré toda esta situación, así que deja de estar provocándome, Glía, en serio deja de hacerlo. —Sintió las lágrimas escocer. Se zafó de él y regresó hasta la camioneta, intentó meterse, Antonio quiso ayudarla pero ella lo hizo a un lado furiosa. Le importó un carajo, con esa barriga no podía subir, así que la agarró por la cintura y la subió. Un par de minutos después los vehículos se detenían.

Camilo la ayudó a bajar. Las cosas estaban llegando demasiado lejos, uno de los dos, o ambos iban a salir muy lastimados. Cada vez se sentía más desconcertado, más preocupado, una mala espina sentía que cada día que pasaba se hundía más en su pecho.

Glía caminó con la mirada gacha al lado de aquel hombre. Antonio dio, lo que parecían, órdenes en su idioma. Glía observó todo absorta, sintiéndose mínima, ridícula. La pura puerta de la entrada debía de costar lo que podría llegar a ganar en toda su vida o probablemente más; era madera tallada delicadamente y de proporciones igual de grandes que todo lo demás. Un enorme recibidor con un candil apantallante fue lo primero que vio, con unas escaleras dignas de un palacio varios metros al frente, coronado con un ventanal cuadrículado. Espejos cuidadosamente colocados, al igual que flores frescas y adornos justos. Los muros eran de cantera sólida y el piso de mármol.

—*Senhor*, Antonio —lo saludó un hombre que parecía un mayordomo salido de una película, pues llevaba puesto un traje de ese estilo y su actitud era de suficiencia.

—Atilio... *E minhas tias*. —Glía agachó la vista hasta sus pies, estaba a su lado tomándola por el codo y no entendía prácticamente ese idioma.

—*Agora vem, senhor*. —Unas voces se escucharon al fondo de la casa y al alzar la vista vio una sala gigante del lado derecho con ventanales por doquier. Tras de las escaleras parecía otro espacio enorme que tenía más muebles y lamparillas que iluminaban todo discretamente. Los murmullos se acercaron de inmediato. Comenzó a sentir las palmas sudorosas.

—Antonio —dijo una vocecilla agradable. El interpelado la soltó y saludó a una mujer mayor, con mucho cariño. Recordó que en algún tiempo él se comportó así con ella, parecía que habían pasado siglos. La mujer era sombrosamente guapa y bien conservada, tenía su cabello teñido de caoba oscuro con un corte clásico, pero a la vez contemporáneo. Vestía una blusa suelta de seda amarillo chillón, junto con un *palazzo* negro perfectamente bien alisado. Sus ojos miel y su piel asombrosamente parecida a la de él. Justo detrás, otra mujer similar pero un poco más alta y con ojos grises, su cabello estaba agarrado por un discreto moño. Toda su imagen era más dura, más severa. Dio la bienvenida a su sobrino sin tanto aspaviento. Ambas la estudiaron expectantes aunque una más dura que la otra. Se mordió el labio sintiéndose presa de una inspección sanitaria.

—Adelina, Augusta; ella es Glía. —La primera le sonrió tiernamente observando su vientre con aprobación. Puso una mano sobre las suyas.

—Hola, Glía, bienvenida a *Villa Catarina*, soy Adelina, pero puedes decirme Lina —saludó con dulzura. La otra mujer puso los ojos en blanco.

—Bienvenida, muchacha.

—Gracias y... mucho gusto —soltó tímida. Antonio tuvo ganas de abrazarla para que no pareciera tan asustada. Se contuvo.

—Debes estar rendida. Vamos, te mostraré tu habitación. —Hablaban español claramente, aunque con cierto acento igual al de Antonio. Fue estúpida, ni siquiera lo notó ese mes. Lina tomó su mano, maravillada por lo que veían sus ojos. La chica era una preciosura, algo joven, pero

igual muy hermosa, tenía una cabellera digna de despertar las más bajas envidias y un halo de inocencia que la deslumbró. No la juzgaría, la conocería y entonces emitiría su juicio, pero si era lo que proyectaba, esa era la mujer que su sobrino necesitaba.

Antonio las observó alejarse mientras su otra tía lo evaluaba a él. Su sobrino contemplaba a esa joven de una forma muy singular, ni siquiera a la difunta Lidia la miró de esa forma.

—¿Cuánto dices que le falta? —preguntó de pronto sacándolo de su ensoñación. Él pestañeó arrugando la frente.

—Tres meses —respondió. Augusta asintió seriamente, preocupada. Esa muchacha lo cambiaría todo, con tan solo verla lo supo.

Glía caminó por aquel iluminado pasillo observando cada detalle, absorta, impresionada. Ya había perdido la cuenta de las puertas que había atravesado. De repente la mujer se detuvo y abrió una.

—Pasa, aquí te quedarás. Espero que sea de tu agrado y te encuentres cómoda.

—Lo estaré, señora, gracias.

Pasó sonriendo tímidamente por delante de ella. La habitación era enorme, tenía un par de ventanas muy grandes al fondo y un desayunador de madera oscura justo en medio de ambas, una cama de las mismas proporciones enfrente con una cabecera lisa y oscura que contrastaba con la vestimenta de la cama en colores perla, un par de mesillas de noche que tenían sus lámparas circulares encendidas se encontraban a los lados de la base. Un amplio guardarropa en una puerta lateral y adivinó que detrás de la otra se encontraba un baño del tamaño de su antiguo apartamento. Un televisor gigantesco frente a la cama, pero a varios metros de ella y un par de libreros con algunos adornos a los lados.

—¿Te gusta, Glía? —deseó saber Adelina sin comprender esa mirada tan extraña de la joven. La huésped se ruborizó asintiendo. Adorable—. Me alegro, el teléfono que está ahí —señaló una de las mesas de noche—, tiene todas las extensiones, ya es tarde, pero en un momento te subirán la cena, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias.

—Descansa, en unos momentos vendrán a desempacar una de las mucamas. Tú refréscate, come y duerme, ¿está bien? —dijo contemplando su hinchado vientre—. ¿Puedo? —preguntó sintiendo cosquillear la mano por la ansiedad de posarla sobre ese pequeño bulto que podía ser su nieta, porque eso serían los hijos de Antonio; sus nietos. Glía asintió acercándose. La mujer posó sus delicadas yemas sobre ella—. Nunca estuve embarazada, ha de ser maravilloso —expresó emocionada.

—Sí, es lo más bonito que me ha pasado —aceptó sinceramente mientras también ponía una mano sobre su barriga. Lina la observó entornando los ojos al tiempo que la chica sonreía orgullosa de lo que crecía dentro de su ser.

Antonio permaneció observando el cuadro aun en el umbral, ninguna de las dos lo había visto. Glía parecía cómoda con la mano de su tía sobre su vientre, sintió una punzada de celos, él no la había tocado, no de ese modo. Su cabello cubría su rostro, pero alcanzaba a adivinar una sonrisa.

La nuca le cosquilleó, elevó los ojos y lo vio. Estaba de pie con una mirada muy extraña, en la entrada. La sonrisa se desvaneció de inmediato.

Antonio notó su actitud, turbándose.

Adelina percibió el cambio de la joven, de repente se tensó y parecía nerviosa, ansiosa. Giró y comprendió la causa. ¿Qué habría sucedido entre su sobrino y ella? Ambos desprendían sentimientos tan encontrados, tan contradictorios.

—Hijo, ¿qué haces ahí? —lo cuestionó acercándose a él y colgándose sonriente de su brazo. Glía caminó en dirección contraria colocándose tras una de las sillas del pequeño comedor.

—Quería verificar que hubieran traído el equipaje a la habitación correcta —contestó sin quitar los ojos de Glía. Se sintió un estúpido, ese era un pretexto bastante absurdo, la realidad era que quería hablar con ella, lo que sucedió hacía unos momentos no le gustó en lo absoluto.

—Sí, ya lo trajeron... —le informó palmeándole la manga de su camisa. Ya no llevaba saco, ni corbata, se había desabrochado un par de botones dejando al descubierto parte de su pecho bronceado—. A Glía se le ve cansada, debemos dejarla descansar, anda, vamos —lo apremió a salir al notar la actitud temerosa de la joven. Su sobrino podía ser muy duro con facilidad, pero no era un monstruo, sin embargo, la joven parecía estar en desacuerdo. Antonio bajó la vista hasta su tía sonriendo, sereno.

—Ahora te alcanzo, tengo que comentar unas cuestiones con Glía. —Le dio un beso en la frente y sin más la acompañó hasta la puerta, cándido. Una vez solos, cerró.

Glía perdió la mirada en el oscuro exterior. Hacía un calor endemoniado, pero sabía que si transpiraba no era por el clima, sino por el hombre que la observaba desde el otro lado del cuarto.

—Glía, deja esa actitud de niña asustada —pidió con severidad. No respondió, un enfrentamiento más en ese día y sabía que terminaría sollozando o arañándolo. Al notar que no diría nada anduvo hasta donde se encontraba, su rostro estaba congelado, parecía muy contenida —. Está bien, de acuerdo, no debí haber hecho lo de hace unos momentos —se disculpó. Ella apenas si asintió. Antonio apretó los dientes comenzando a perder la calma, su vulnerabilidad lo irritaba, una parte de su cuerpo le exigía ansioso que la tomara en brazos y jamás la soltara, pero la otra quería zarandearla para que dejara de generar eso en su interior—. Glía, mírame —ordenó molesto. Ella lo hizo, tenía los ojos vidriosos—. Vas a estar aquí un tiempo, lo mejor es evitar ese tipo de confrontaciones, intentemos que no sucedan... ¿Estás de acuerdo? —propuso. La pelirroja lo observó fijamente, se hallaba a un par de metros; odiaba sentir esa enorme atracción hacia él, ese enorme deseo de perderse entre sus brazos.

—Yo no soy la que te ataca cada cinco segundos —reviró despacio. Antonio se dirigió a la otra ventana contemplando la luna, llovería, las nubes comenzaban a cubrirla. Se metió ambas manos en los bolsos del pantalón.

—Veo que no será fácil, sólo te pido que frente a los demás lo evitemos.

—¿Cómo quieres que me comporte? No comprendo, apenas si me toleras, no debiste traerme aquí —refutó rabiosa.

—No discutiré contigo, estoy agotado de esto, estás en mis manos —le recordó mirándola—. Debes comprenderlo de una vez, tú debes estar tranquila por el bien del bebé.

—*Tu* bebé —insistió seria al notar que él no lo aceptaba por mucho que se lo decía. Una chispa de dolor cruzó por los ojos grises de Antonio.

—Ya veremos, aun así, tú eres su madre, debes estar bien, te quedan tres meses... Así que intentemos sobrellevar todo esto de la mejor manera. —Tenía razón, debía serenarse, su hija estaba absorbiendo todo su miedo, su angustia. Él notó como su expresión se ablandaba.

—No me provoques —le rogó susurrando y con la vista fija en sus pies.

—Ni tu a mí —le pidió con voz ronca. Sus ojos se encontraron por unos segundos, Antonio no se refería solamente al intercambio de palabras, Glía lo supo de inmediato.

Una mucama tocó abriendo discretamente. Ambos repararon en ella, incómodos. Antonio aprovechó el momento y salió de prisa, si esa joven no hubiera entrado la habría besado olvidándose de nuevo de todo.

Glía observó a la chica acomodar sus cosas, quiso ayudarla, pero no se entendían, al final la joven, que supo con esfuerzo tenía por nombre Íria, la condujo hasta el baño, donde prendió la regadera y le preparó todo.

Se duchó asombrada por la opulencia. Cuando salió se puso un albornoz que se encontraba cuidadosamente doblado sobre un gabinete. Se desenredó el cabello, encontró sus cosas ya ahí acomodadas; cremas, cepillo de dientes, desodorante. Las tomó y usó adorando la frescura que el baño le generó. Al salir se puso un camisón ligero, ya no se sentía tan mal, tan miserable, tan humillada. Se sentó en la silla del comedor y comenzó a comer con apetito los manjares que le sirvieron. Al terminar abrió una de las puertas que daban a un pequeño balcón y salió. El aire era húmedo, el mar no estaba muy lejos, de hecho alcanzaba a escucharlo tronar. Llovería, adivinó mirando la espesura de las nubes y los relámpagos aún lejanos. El lugar era cálido y suponía que hermoso, sin embargo, no distinguía bien por lo oscuro de la noche. Inhaló profundamente y acarició su barriga.

—Lamento mucho no poder luchar más por ti, mi niña, pero después de todo a ti te querrán, nada te faltará nunca, sé que tendrás un buen padre y te juro que intentaré ser la mejor madre. Discúlpame por todo lo que has tenido que pasar estos meses —susurró entristecida, una patadilla la hizo sonreír, sabía que la había escuchado. Minutos más tarde, en cuanto posó su cabeza sobre la mullida almohada, quedó profundamente dormida.

Un ruido ensordecedor la despertó, sobresaltándola. La casa se cimbró. Se aferró a las sábanas asustada. Llovía a cántaros, el agua caía de una forma descomunal, agresiva. De repente una luz que dejó a la vista toda la habitación y de nuevo un sonido espantoso. Las tormentas no le asustaban, pero eso parecía un huracán. El viento chocaba contra las ventanas gimiendo como si miles de fantasmas quisieran entrar. La lluvia caía ruidosa y a chorros sobre las ventanas. Su pequeño bulto se movía ansioso en su interior. Lo cubrió con ambas manos asustada, si eso era un ciclón o algo peor, de la última que se acordarían era de ella.

De nuevo otro ruido que esta vez se escuchó a unos metros y resonó ensordeciéndolo todo. Algo salió proyectado hacia uno de los ventanales provocando un fuerte golpe. Dio un pequeño grito, se tapó las orejas y cerró los ojos fuertemente. No se podía quedar ahí, el cielo se estaba cayendo.

Una mano cálida sobre su hombro la hizo volverse. Antonio. Se veía claramente en la oscuridad. Llevaba puesto solo unos pantaloncillos cortos. Después de todo sí se acordó de ella.

—Es un huracán. ¿Verdad? Tenemos que salir de aquí —dijo exaltada e intentando incorporarse. Él la detuvo sonriendo.

—No, escuché tu grito y vine, no pasará nada, tranquila —murmuró con suavidad, sentándose a su lado, observándola.

Estaba leyendo, intentando dormir, con ella en la habitación contigua le parecía imposible, pero él era el culpable; eligió esa recámara porque Glía era su responsabilidad, además esa niña, podría ser suya.

Llevaba rato escuchando llover. Esas tormentas eran algo común ahí; estruendosas, escandalosas, indómitas, en ese momento sintió que reflejaban exactamente lo que sucedía en su interior; caos, confusión, dolor, pasión. Ella, a pesar de todo, lo hacía sentir como nunca nadie. Una mirada de sus ojos verdes, una sonrisa, un gesto... lo que fuese... lo hacía sentir completo, satisfecho, dolorosamente hombre. Con ella sentía que quedaba al desnudo de una forma inevitable su verdadero ser, su esencia. Cuando la oyó se levantó de un salto y salió corriendo olvidándose de todo, algo le había pasado. Pero al entrar lo único que vio fue su pequeño cuerpo

sentado sobre la cama con los ojos cerrados, sus piernas flexionadas y sus pequeñas manos tapándole los oídos. Estaba asustada.

—Así llueve aquí... No pasará nada —dijo con ternura, pero Glía parecía no creerle, seguramente le mentía. De nuevo la luz blanca lo iluminó todo. Ella abrió los ojos sabiendo lo que vendría. No podía verla así, se colocó a su lado de inmediato y la acercó a su pecho. El ruido llegó enseguida. La joven se abrazó a él tensándose—. Sh, sh. Te juro que no pasará nada —murmuró. Asintió contra su pecho. Su cabello quedó a la altura de la nariz. Lo olió sintiendo en su barbilla la suavidad de aquellos hermosos rulos rojos. Ella parecía no ser consciente de lo que estaba sucediendo, de la excitación que la situación le causaba.

—Pero algo se estrelló contra la ventana, el viento —musitó intentando incorporarse. Él lo evitó, si la tenía así de cerca volvería a hacerla suya.

—Esas ventanas no se romperán, ni siquiera si esto de verdad fuese un huracán, que no lo es... Concéntrate en la lluvia, en el caer del agua.

—¿Cómo? —quiso saber atenta al exterior. Antonio sonrió y besó su cabeza sin poder contenerse.

Recordó la primera tormenta de Lidia, incluso a ella, que siempre fue tan pagada de sí, le sacó un buen susto. Aunque a diferencia de Glía, se levantó con practicidad evaluando furiosa al exterior, como si eso fuera a menguar lo que afuera sucedía. Antonio la había intentado regresar a la cama, pero se negó, odiaba parecer débil ante él. Al final no cedió y no durmió hasta que la tormenta cesó. Antonio la observó sabiendo que ese sería el último día que la despertaría una cosa como esas. Era admirable su manejo de emociones, pero muchas veces se encontró deseando sentirla necesitada de él, de esa forma en la que ahora Glía lo necesitaba. Junto a ella se sentía invencible, indestructible.

—Afuera hay viento, truenos, relámpagos, cosas volando, tú solo encuentra, entre todo aquello, el sonido del agua. Concéntrate, lo escucharás. —Eso lo tranquilizó muchas noches en su infancia. Su madre, un día como ese, muchos años atrás, lo abrazó como ahora abrazaba a Glía y le dijo exactamente lo mismo. Mágicamente el miedo desapareció al lograr seguir el sonido, después quedó dormido.

Glía lo hizo, buscó entre todo ese escándalo el sonido del agua al caer, poco a poco se fue conectando con él. Era asombroso, podía escuchar cómo se escurría sobre las paredes, sobre las ventanas, contra los pisos. Una luz blanca se proyectó de nuevo. Antonio apretó ese hermoso cuerpo contra el suyo. Enseguida el ruido ensordecedor, ella se tensó cerrando sus manos en un puño, pero rápidamente se relajó, continuaba buscando el agua, comprendió él enseguida. Varios minutos después sintió sobre su pecho su aliento tibio, su respiración regular, se había quedado dormida.

—¿Quién eres? —murmuró sintiendo un peso doloroso en el pecho. Colocó su antebrazo libre sobre los ojos, el otro rodeaba la espalda de Glía. Sin saber en qué momento acompañó a aquella joven a la inconsciencia.

Al amanecer sintió sus músculos entumidos, eso lo despertó. Glía continuaba acurrucada sobre él completamente relajada, serena. Aún no salía el sol, pero el alba comenzaba a pintar de rosado la habitación. Traía puesto un camisón de algodón color limón que no debía terminar por arriba de las rodillas, sus piernas estaban flexionadas delicadamente y su cabello caía sobre sus brazos, sobre su rostro. Con mucho cuidado la fue acomodando sobre el colchón, ella emitió un tierno quejido ante el cambio de almohada, pero no despertó. La cobijó con las sábanas y se alejó atormentado. Esa mujer sería su maldición, ya era su perdición.

Después de una larga ducha fría, bajó a desayunar recordando aún su aroma, su suavidad. Sacudió la cabeza sonriendo al recordar sus ojos asustados. De verdad creía que la tormenta sería un huracán.

—Hola, hijo —lo saludó Adelina sonriendo. Augusta apareció unos metros atrás.

—Buenos días... —respondió llevándose un pedazo de fruta a la boca. El desayunador se encontraba en el ala norte de la casa, daba al jardín, pero estaba revestido de vidrio para poder usarlo todas las épocas del año. Por ahora el calor de la mañana ya era húmedo, pero aún agradable, por lo que estaba completamente abierto.

—Espero que no te haya despertado la tormenta de anoche. —Antonio negó revisando algo en su *Tablet*, fingiendo interés.

—Y, ¿a la joven? —indagó Augusta, severa. Antonio alzó la vista, serio.

—Supongo que tampoco —sentenció evocándolo todo de nuevo.

—¿Qué haremos con ella? Nosotras tenemos ocupaciones, lo sabes... —habló su tía, de inmediato dejó el tenedor sobre el plato, algo irritado. Era evidente que no le agradaba que estuviese ahí, pero no era eso lo que le molestaba, sino su forma despectiva de referirse a Glía.

—Ella debe descansar, se agota con facilidad, su presencia aquí no alterará en nada sus vidas —refutó pidiendo a la mucama que le sirviera el siguiente platillo.

Augusta sorbió de su café enarcando una ceja incrédula; esa chica lo cambiaría todo, lo presentía con una absurda insistencia.

—No te preocupes, hijo, nosotras veremos que esté atendida y que se le dé lo que necesite —intervino Adelina picando su fruta y mirando a su hermana con advertencia.

—La genta hablará, el servicio —manifestó de nuevo su tía más inflexible.

—Sabes muy bien que lo que digan me tiene sin cuidado. Glía está aquí porque esa niña puede ser mía y hasta que no lo sepa con certeza se quedará en la *Villa* le guste a quien le guste...

—Lo sé, hijo, no lo tomes a mal, pero entiende que para nosotras es muy difícil explicar su estancia. Si estuvieras seguro de que esa criatura es tuya, sería diferente, aunque de todas formas sería inapropiado que viviesen bajo el mismo techo.

—¿Inapropiado? Tía, por Dios, es evidente que si dudo de mi paternidad es porque ya me la llevé a la cama —masculló. La mujer se puso de color escarlata, mientras Adelina sonreía relajada, aunque algo ruborizada. Antonio siempre disfrutaba escandalizándola.

—¿Qué forma de hablar es esa? —lo regañó con los ojos chispeantes—. Eso lo sé, pero esto no es una casa de mala reputación.

—No, esta es mi casa, y esa bebé muy probablemente mía, así que Glía se quedará aquí, se le tratará con respeto y educación, y cuando conozcamos la verdad entonces volveremos a hablar, mientras tanto es mi última palabra, Augusta —zanjó. Ambos estaban abiertamente enfadados, tenían caracteres muy similares, aunque Adelina creía que Antonio era más compasivo y Augusta más humilde.

—Hijo, no te preocupes por nada, todo aquí estará bien, a quien pregunte les diremos que...

—La verdad, además no saldrá de aquí, no tendrán que desgastarse demasiado —declaró ingiriendo molesto el desayuno. Que él la juzgara no lo hacía sentir cómodo. Sin embargo, se

había burlado de él. Pero que alguien ajeno, incluso esa mujer que consideraba como una de sus madres, la despreciara; lo irritaba, lo enfurecía. Unos minutos después se puso de pie—. Regreso al anochecer, las veré en la cena —les dio un beso en la frente a ambas—. Y a ella también, hagan que lo sepa.

—Lo haremos —contestó Adelina adelantándose a lo que Augusta diría.

Glía despertó entrada la mañana, se desperezó sintiéndose adolorida. De repente recordó lo que sucedió la noche anterior y se sentó de un brinco. Antonio. Giró hacia donde él estuvo. Pasó una mano temblorosa por el lugar que ocupó. Se quedó dormida... sobre su pecho. Se frotó la cara sintiendo que ya nada tenía sentido. Él se mostró tierno, paciente, cariñoso, ¿por qué? La odiaba, la despreciaba, la creía la peor de las personas.

Se dejó caer sobre el colchón sintiéndose perdida y muy cansada de toda la situación. Lo amaba, lo amaba como sabía nunca amaría, pero las cosas llegaron ya a un límite en el que aun él conociendo la verdad algún día, cosa improbable, ella no creía que le sería fácil olvidarlo todo.

Se duchó y luego se puso un vestido de color aguamarina de tirantes cruzados que le llegaba un poco arriba de la rodilla, junto con unas sandalias miel, cómodas pero bonitas. Recordó el comentario grosero y espantoso de Antonio en el avión. No se maquillaría, y salió satisfecha por no darle gusto. Su cama ya estaba tendida y en la mesilla el desayuno. Se puso de mil colores, ahí el servicio se movía como si fueran fantasmas, además era algo a lo que no estaba acostumbrada.

Comió observando asombrada el impresionante jardín.

—¡Por Dios! —logró decir con debilidad. Hectáreas verdes hasta donde alcanzaba a posar su vista, una gran fuente de cantera en forma de rectángulo cortaba un pedazo del lugar. Árboles a los lados y al final, donde su mirada se extraviaba, el mar. Sintió un escalofrío, se recargó en la silla agitada, asustada y desconcertada. ¿Dónde se había metido? Y lo peor, ¿quién diablos era Antonio? Jamás tendría la menor oportunidad de ganarle en una batalla legal, si él quería desaparecerla de la vida de su hija, lo haría.

En ese instante comprendió su paranoia, y con ese estilo de vida... ¿Cómo no? Pero lo cierto era que ella no tenía ni idea, aunque Gregorio sí, y comenzaba a sospechar de que no se hubiera conformado con unos miles, ese tipo asqueroso hubiera llegado mucho más lejos al saber de quién se trataba.

La piel se le erizó al pensar a Antonio en su poder. Recordaba con claridad el rostro de su papá aquella tarde que fue al encuentro pactado en un lugar que no tenía ni idea dónde quedaba y luego, al regresar, ya no era el mismo, algo muy malo ocurrió y jamás sabría qué.

Cerró los ojos sintiendo escocer las lágrimas, estaba harta de llorar, pero entre el embarazo y su vida, ya no encontraba forma de sonreír, de tener una alegría. Tocaron la puerta, distrayéndola.

—Adelante. —Adelina asomó la cabeza. Glía sonrió poniéndose de pie.

—¿Puedo pasar?

—Claro, pase. —La mujer entró sin esperar.

—Siéntate, no has terminado el desayuno —le dijo con un ademán. Glía la obedeció cohibida—. ¿Dormiste bien? —La pelirroja se ruborizó al recordar lo sucedido. Claro que lo hizo, una vez que Antonio la rodeó con sus brazos el miedo cesó y se había dejado llevar por la inconciencia.

—Sí, gracias —respondió. Lina notó el colorete en sus mejillas, pero decidió pasarlo por alto. Esa joven era fácil de interpretar, algo sucedió y sospechaba que su sobrino tenía que ver con ese gesto.

—Dime, Glía, ¿qué te gusta hacer? ¿A qué te dedicabas en México?

—Yo... bueno... trabajaba —admitió.

—¿En qué? ¿Estudiaste? —La tía del padre de su hija lo preguntaba sin sonar inoportuna, imprudente, simplemente parecía querer conocerla, eso la relajó y se llevó un pedazo de fruta a la boca.

—No he terminado mi carrera, estaba estudiando Pedagogía.

—¿Niños?

—Sí. —Una chica se asomó a la habitación y entró con otra taza para café, Glía supuso que Adelina se la solicitó antes de ir. La joven la llenó y se retiró de inmediato.

—¿Te gustan? —quiso saber poniéndole un par de cucharadas de azúcar a su bebida. Glía dejó su tenedor recordando su sueño.

—Sí, mucho...

—¿Por qué no la acabaste? —indagó intrigada. Su mirada se oscureció. Lina admiró aquellos ojos verdes, cambiaban de tonalidad según sus emociones, notó.

—Porque... tenía que trabajar, algún día la retomaré —logró decir perdiendo la vista en el paisaje. La mujer leyó la nostalgia y dolor en sus palabras. Sabría la verdad que encerraba todo esa situación, estaba decidida.

—Tus padres... ¿qué dicen de todo esto? —De nuevo dolor.

—Murieron —expresó tomando otro trozo, visiblemente afectada.

—Lo siento.

—Yo también —aceptó con una sonrisa torcida.

—¿Entonces estás sola?

—Podría decirse. —Lina bebió de su taza dejando volar sus ojos por la habitación, reflexiva.

—¿Cómo conociste a mi sobrino? —continuó. Glía pestañeó sin comprender—. Si te sientes incómoda no tienes que contestar.

—Yo... bueno... no. Fue una coincidencia. Le derramé un café encima y... pues... así fue —explicó. La mujer sonrió imaginando la escena.

—¿Se lo aventaste a propósito? —deseó saber, curiosa.

—No, no, fue un accidente. Yo soy... bueno... era mesera y él se levantó sin que yo lo notara, no me vio, chocamos y...

—*Deus, menina*, no puedo ni siquiera verlo en una situación semejante —rio con sinceridad. Glía no comprendía por qué le era tan inverosímil, aunque al recordar el lugar donde se encontraba, creyó saberlo.

—Se molestó, pero al final... decidimos que fue su culpa —concluyó. Aún podía evocar esa discusión unos días después de su primera salida juntos, sentados en una pizzería no conseguían llegar a un acuerdo, así que él sacó una moneda y se lo dejaron a la suerte, ella ganó. Glía rió al ver su rostro engreído completamente en desacuerdo. Varios más y lo mismo. Antonio sacó otra moneda argumentando que esa lo traicionaba. Glía ganaba una y otra vez. Ambos parecían niños, primero aventándola sobre sus manos, luego sobre la mesa, al final sobre el piso de aquel lugar sin gente. Ella brincaba burlándose triunfante. De repente él la tomó en el aire y la besó. “Tú ganas... pero solo esta vez”, le dijo con voz ronca. Sintió un agujero en el pecho al recordar aquellos días.

—Más increíble aún... Antonio no tiene mucha humildad —apuntó. Glía lo comenzaba a saber.

—Le costó mucho aceptarlo —admitió. Adelina posó una mano sobre la suya entornando los ojos.

—Glía, no sé qué ocurrió entre ustedes y mucho menos por qué Antonio cree que esa bebé

puede no ser suya, sus razones tendrá y yo no te conozco lo suficiente como para confiar en todo lo que digas... Pero te prometo que en mí siempre encontrarás disposición mientras estés aquí. Mi sobrino es un gran hombre y esto no está siendo fácil para él.

—Para mí tampoco —se defendió seria.

—Sí, pero tú sabes que eres la madre, él no tiene certeza y no te juzgo... —Glía retiró su mano acomodándola en su regazo.

—Esta bebé es suya, pero por mucho que se lo digo no quiere creerlo.

—¿Tan segura estás?

—Sí, no tengo la menor duda —declaró retrayéndose.

—De acuerdo... No quiero incomodarte.

—No se preocupe, no lo hace, usted es su tía y debe creer en lo que él cree —comprendió picando de nuevo en su plato. Adelina observó la figura de Glía, esa chica parecía estar muy segura, entonces ¿por qué Antonio no?

—Bueno, dime algo, ¿te gustaría conocer la casa, sus alrededores? —El cambio de conversación la tranquilizó.

—No quiero importunarla.

—Tonterías, termina de desayunar y en media hora te veo abajo, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Adelina le mostró cada rincón del sitio donde residiría por un tiempo, relatándole su historia. Era impresionante, contaba con una biblioteca que sería la envidia de cualquier escuela. Un estudio, salón de juegos, un bar, tres salas con diferente temática, un pequeño salón de fiestas, el comedor suficiente para que comieran al mismo tiempo más de veinte personas, la cocina no era menos impresionante y descomunal, un hermoso desayunador, un comedor más íntimo a un costado de la cocina para ocho personas. Ya había perdido la cuenta de cuantos baños existían pero eran muchos. Varias salidas a diferentes puntos del jardín que rodeaba la propiedad de forma majestuosa.

A la hora de la comida Adelina la dejó en su habitación notando que estaba agotada. Ahí le sirvieron sus alimentos y cayó rendida en cuanto terminó. Despertó poco antes de las seis. Dio vueltas por la habitación intranquila, Adelina le dijo que a las ocho se servía la cena y que la esperaban en el pequeño comedor. Salió al balcón con uno de sus libros y se sentó en una de las sillas que se encontraban ahí. Leyó atenta disfrutando de la frescura, del olor, del asombroso silencio. El tiempo pasó volando, a las ocho se echó agua en el rostro, se arregló un poco el cabello y bajó nerviosa.

Antonio había querido telefonar durante todo el día para saber cómo se encontraba, pero se detuvo colgando enseguida. Ella debía estar bien y más valía que dejara esa obsesión que le despertaba; Glía se iría de una u otra forma en unos meses y no debía pensar tanto en lo que le generaba, no debía dejarse llevar por lo que esa mujer despertaba en él, menos después de lo que acababa de saber.

Augusta y Adelina discutían por algo del servicio, Antonio ojeó el reloj de su muñeca, diez minutos habían pasado desde que dieron las ocho. De repente alzó la vista y la vio en el umbral. La respiración se le detuvo, su cabello ondeaba libre, un rubor precioso en las mejillas, sus labios sonrojados y un vestido que le quedaba perfecto. Iba a levantarse para acercarla, parecía estar decidiendo si se quedaba o salía corriendo.

—Muchacha, llegas diez minutos tarde, sin siquiera cambiarte y, ¿te quedas ahí? —Augusta se puso de pie, se acercó a ella instándola a entrar. Glía se mordió el labio torciéndose los dedos.

—Yo... lo siento, no encontraba el lugar.

—Pretextos, en esta casa se cena a las ocho. Antonio llega muy cansado de trabajar y lo menos que se merece es consideración, además no es posible que ni siquiera te hubieras dado un baño. Es increíble que nos impongas esto, Antonio.

—Basta. Glía, siéntate —intervino y le mostró un lugar a lado de Adelina. La mesa era redonda, pero él estaba flanqueado por sus tías. Obedeció, atónita, no comprendía por qué se molestaba tanto esa mujer, nadie se cambiaba para cenar en su casa. ¿O sí? Observó a Adelina, llevaba puesto el mismo conjunto de la mañana, pero ahora estaba más maquillada e impecablemente peinada, Augusta ni se diga, parecía que iba a salir.

—Augusta exagera —dijo la mujer a su lado con voz serena. Glía quería salir corriendo. Antonio la estudió apretando su servilleta de lino. Se veía hermosa, mucho, ese color la hacía parecer una ninfa, su vientre redondeado le daba un toque tierno y su rostro descansado la hacía ver irreal. El deseo lo atravesó.

—No exagero, si esta muchacha va a vivir aquí tendrá que por lo menos seguir las reglas, no hacer nada todo el día y llegar tarde... ¡Habrase visto!

—Me llamo Glía —le recordó la joven, harta.

—Lo sé, muchacha —respondió. Antonio notó la tensión en la mesa, quería defenderla, pero entre las ganas que tenía de sacarla de ahí y hacerle el amor como aquella noche, y la furia que le daba no poder hacerlo, decidió no intervenir. Ella no estaba de visita, era una embustera y si creía que todo sería fácil, ahí estaba la tía Augusta para recordarle que no—. Pero si quieres respeto, darás lo mismo... El desayuno se sirve a las ocho, la comida a las dos y se cena a las ocho, no es hotel, ni restaurante y no voy a estar consintiendo que ocupes a la servidumbre en ir y venir con tu comida —advirtió. Antonio notó la palidez en su rostro, sus ojos oscurecidos, era como si cada vez que la veía esa chispa que tuvo se fuera extinguiendo, se fuera apagando.

—No lo sabía, no volverá a suceder —logró decir en un hilo de voz, pero con evidente rabia.

—Eso espero, porque....

—Dije basta, Glía ya te escuchó y si tiene dudas sabrá a quién dirigirse —al fin habló. Augusta se calló al escuchar la advertencia en su voz. La pelirroja se concentró en su plato vacío, parecía querer atravesarlo con la mirada.

Adelina intentó romper la tensión, lo logró a medias. Augusta le siguió la conversación, mientras Antonio solo decía monosílabos y Glía absolutamente nada. Al principio, porque lo que se decía estuvo intercalado entre el portugués y el español, y cuando Antonio ordenó que solo se hablase español, tampoco cambió mucho, no le interesaba todo lo que ahí ocurriese, ni las mujeres que tenía a su lado y mucho menos él.

Al terminar no supo en qué más ocuparse.

—Quisiera irme a descansar —expresó con valentía al tiempo que levantaba el rostro. Antonio asintió, serio. ¿Cómo era posible que fuera el mismo hombre cariñoso y tierno de la noche anterior?—. Gracias —y un minuto después desapareció. Antonio se sintió vil, molesto. Se levantó necesitando estar solo.

—Yo también me retiro, que descansen... —En el marco de la puerta se detuvo—. Y si Glía no se siente bien para bajar a hacer alguna de las comidas, se le servirá en su habitación, ¿entendido?

—Hijo, lo sé. No soy una desalmada, pero debe entender que hay reglas —se defendió Augusta.

—De acuerdo, pero este es mi problema, no tuyo.

—Eso me queda claro.

—Me alegro, porque jamás me he metido en tu vida y no quiero que empieces a hacerlo en la mía y por ahora Glía es parte de ella —completó. Augusta lo miró molesta.

—Espero que no por mucho tiempo, no tiene clase, ni educación —se atrevió a decir.

—Fue más prudente que tú hace unos momentos, así que ya lo sabes, no la hostigues.

—Es mi casa también —argumentó roja de ira.

—Eso lo sé, y siempre será así. Pero te repito, si no quieres que me comience a entrometer en tus cosas, no lo hagas en las mías —advirtió. La mujer entendió enseguida a qué se refería; su gusto por el juego. Si bien no era una apostadora empedernida, sí había perdido de vez en cuando fuertes sumas que su sobrino jamás cuestionó.

—Está bien, sólo haz que cumpla los horarios de esta casa.

—Eso ya lo dejaste muy claro. —Sin decir más salió de ahí.

—Más vale que esa niña no sea suya —bramó dando un pequeño trago a su aperitivo una vez solas.

—Augusta, es de él, y debes aceptarla... Ella modificará la vida en esta casa.

—No digas tonterías, Adelina —gruñó, sin embargo, no dijo más. Sentía que su presencia en la *Villa* lograría dar ese viraje que tanto estuvieron esperando, por lo mismo intentó negar por miedo a la desilusión, a no escuchar nunca más sonrisas, a no volver a ver alegría a su alrededor. Romano fue su adoración, su muerte no sólo trajo un vacío impresionante en aquella casa, sino una tristeza honda y profunda para todos los que ahí habitaban, sobre todo a él, a su sobrino, que se había vuelto adusto y lejano. Aun así, no se confiaría, Antonio era presa fácil, no permitiría que nadie lo lastimase, no se lo merecía.

Glía permaneció varios minutos de pie frente a la ventana de su habitación. No podía seguir soportando todo eso, no se lo merecía. Apretó los puños y decidida salió. No supo a dónde dirigirse, quería hablar con él, ¿pero dónde estaría? Bajó las escaleras, cautelosa, caminó por todos lados sin encontrarlo, de repente una puerta abierta llamó su atención, el estudio, recordó. Entró estudiando a su alrededor. Él estaba ahí, una gran hoja de vidrio se hallaba abierta y se encontraba unos pasos afuera mirando la nada con las manos dentro los bolsos del pantalón. Tragó saliva e ingresó. Debía terminar con todo aquello, debía hacerlo de una vez.

—Antonio —lo nombró un tanto nerviosa. El hombre se puso rígido, pero no giró. Suspiró sabiendo que no se la pondría fácil, con él nada, lo era—. Quiero hablar contigo.

—Ahora no, Glía —le pidió aún perdido en el exterior, si la veía no podría controlarse. Glía cerró los ojos de nuevo apretando los puños. Él parecía cansado, derrotado.

—Tienes que escucharme.

—Si estás molesta por lo que sucedió en la cena, tienes que saber que Augusta y Adelina son las señoras de esta casa, no contradeciré una de sus órdenes. —Eso le dolió, no era que esperara que dijera algo a su favor, pero que lo hiciera tan patente sólo logró seguir abriendo la herida.

—No vine a eso —murmuró. Él volteó ya sin remedio. La joven estaba de pie a unos metros con sus manos entrelazadas sobre su pequeña barriga, su melena rojiza caía sensual por su cuello, por sus hombros y se enroscaba en lugares en los que moría por poner siquiera un dedo.

—Vete a descansar, no hay nada que tú y yo tengamos que decirnos.

—Te equivocas... Antonio —y anduvo, acercándose. El hombre retrocedió como si fuera algo desagradable, algo que no quería tener cerca. Sintió de nuevo las lágrimas escocer, respiró hondo y se detuvo.

—Glía, por favor vete, si lo que pretendes es volver a negarlo todo, estás perdiendo el

tiempo, si en algún momento tuve duda ahora no. Eres... —cerró los ojos silenciándose.

—Yo no he hecho nada, nada, yo no sabía que tú poseías todo esto —comenzó con la voz rota. El padre de su hija sonrió sacudiendo la cabeza, evidentemente no le creía—. Te lo juro, tú jamás lo mencionaste. ¿Cómo se supone que lo adivinaría?

—Eres increíble —soltó dolorosamente asombrado—. No conoces el límite.

—¡Deja de decir eso! No he hecho nada. Ese hombre; Gregorio...

—¡Cállate!, ni siquiera lo menciones —gritó sobresaltándola, caminó hasta ella y la tomó por el antebrazo, rebasado—. No tengo ni idea de cómo lograste burlar la seguridad de Camilo, pero nos dimos cuenta, Glía. —Sacó un papel de su bolsillo y se lo puso en la mano, furioso. La pelirroja parpadeó sin comprender.

—No sé a qué te refieres, ese tipo es malo —se defendió.

—Y por eso te dejé eso... Me crees el más imbécil. Qué, ¿no tienes ganas de saber que te escribió? Anda, lee —la apremió lleno de cólera. Lo hizo temblorosa, desdobló el arrugado papel.

“Pequeña: el plan sigue en curso, cede a todo lo que él quiera, si todo va como tengo pensado, todo esto acabará pronto, lo prometo.”

Sintió repulsión, náuseas. Se recargó en una silla que le quedaba al alcance. Había dado con ella, la encontró, sabía que estaba con Antonio. ¡No!

—¿Qué? ¿Te duele no haberlo visto, no haberte podido despedir? —Le preguntó ardiendo de celos. La noticia evidentemente la afectó.

—¿C-cuándo... cuándo?... ¿C-cómo? —tartamudeó aterrada. Antonio se alejó de nuevo, era evidente su confusión, por fin la careta se le caía.

—No tiene importancia, pero creo que como novedad en todo esto, te has quedado sin argumentos. Ahora sal de aquí antes de que pierda la paciencia... Eres lo peor con lo que me he topado, Glía, eres mentirosa, advenediza, ambiciosa...

—¡Cállate! —exigió apretando los dientes con el cuerpo entumido. Al verla así de turbada no pudo parar, quería herirla tanto como lo había hecho con él. Por la mañana, cuando Camilo le entregó aquella nota tuvo que salir de su oficina a tomar aire, no confiaba en su autocontrol, si hubiera podido y tenido cerca, hubiese ido corriendo y la habría corrido de ahí abandonándola a su suerte, pero el ajetreo del día consiguió serenar, mas no menguar, el sentimiento de traición.

—Si no quieres seguir escuchando todo lo que opino de ti, vete, sal de aquí de una maldita vez.

—Eso es precisamente lo que quiero, irme, no te soporto, no escuchas. Ese hombre está loco, él me amenazó, ¿por qué no me crees? —No pudo más, la sujetó del brazo y la arrastró hasta la puerta—. Antonio, por favor, por lo menos déjame explicarte, después...

—No tengo por qué hacerlo, eres una cualquiera, y eso es mucho más de lo que quería saber de ti —rugió hirviendo en rabia. Ella se zafó y le dio una bofetada, en reacción él la tomó por la nuca y la besó brutalmente. Sin poder evitarlo recordó el contacto agresivo y violento de aquel hombre. Intentó quitárselo de encima, pero eso solo lograba que la apretase más. Cuando al fin la soltó, ella lo miró como nunca antes alguien lo hizo. Sus ojos estaban atónitos, asustados y sus pupilas muy dilatadas.

Se limpió la boca con el dorso de la mano sin poder reaccionar. Antonio respiraba agitado, asqueado.

—Veo que creer en la mentira es más fácil que creer en la verdad, ni siquiera sé por qué pensé que me escucharías. Tú levantaste los cargos, me acusaste, me juzgaste y... yo, no tengo derecho a

defenderme porque soy tan insignificante, porque no valgo nada.

—No lo estoy diciendo yo —replicó abatido, exhausto de todo aquello. Glía asintió con la mirada gacha.

—No, lo digo yo. No sé por qué insisto en luchar contra eso, por ser otra cosa —murmuró y salió de ahí sin voltear ni una sola vez. La observó irse intrigado por sus palabras, su tono demostraba que realmente lo creía, que estaba harta de luchar.

Los días siguientes Glía parecía un fantasma. Desayunaba junto con ellos en silencio, llegaba puntual, comía sin decir media palabra y desaparecía en cuanto terminaba. Las comidas y las cenas no eran muy diferentes a pesar de los esfuerzos de Adelina por sacarla de ese ensimismamiento en el que se había recluso. Antonio no podía evitar sentir remordimientos, pero no haría nada, esa actitud aunque le dolía mucho más de lo que debía, era lo mejor.

El domingo llegó y sentía que había pasado un año desde aquella discusión. Ella no lo miraba, no le dirigía la palabra, nada, era como si hubiese dejado de existir. Augusta no volvió a reprenderla pues apenas si parecía consciente de su presencia, sin embargo, sabía por Adelina que por la mañana leía, o dormía y por la tarde le pidió autorización para poder pasear por los jardines. No se quejaba, no preguntaba nada y con ella siempre era amable. Al parecer Adelina comenzaba a tomarle cariño, cosa que le preocupó un poco, por mucho que Glía pareciera la inocencia y dulzura rencarnada, era una mujer vil y sin escrúpulos, pero no podía decirles nada a sus casi madres, no la aceptarían ahí y él no tendría argumentos para que se quedara.

Máximo, su mejor amigo de la infancia llegó, como solía, cada domingo, a aquella casa que era como su segundo hogar. Siempre se sintió bienvenido en la *Villa*. Antonio era como su hermano y esas mujeres como sus tías. Ambos muy diferentes, opuestos en casi todo, siempre congeniaron de una forma mágica, inexplicable. Max, como lo llamaban, gozaba de las mismas comodidades que su amigo, pero él era indómito, un espíritu libre, por lo que dejaba sus negocios en manos de quienes consideraba que eran más capaces. Él amaba el aire contra su rostro, las fiestas, la adrenalina, la vida. Corría caballos, lo que sí era su más grande pasión, gracias a eso era conocido por todo el mundo como uno de los mejores jinetes, teniendo ya muchas medallas y trofeos que demostraban su gran habilidad en ese deporte, además era un conquistador nato y un hombre a la par de atractivo que su mejor amigo.

Antonio y él, solían, cuando coincidían en Río, pasar los domingos por la mañana en el golf, comer con aquellas mujeres tan especiales para ambos y cabalgar toda la tarde. Antonio si bien no era un profesional, recibió clases de los mismos profesores que su amigo, algunas veces en el hípico, otras en las caballerizas de su casa o en las de Máximo, así se conocieron y era algo que disfrutaban siempre, pues podían platicar sin intromisiones, sin nadie alrededor.

—¡Vaya! Por fin te dejas ver —dijo Max a Antonio que había cancelado su partida de golf, no parecía tener ánimos.

Estaba al tanto de todo lo que en su vida acontecía, su amigo se lo había contado hacía unas semanas. Esa chica, la tal Glía, ya debía estar ahí. ¿Cómo era posible que su amigo hubiera caído en manos de una mujer así? Si tan solo la hubiera visto primero, le habría podido advertir. Tenía ojo clínico para ese tipo de mujeres, jamás le había fallado, no les temía, sabía muy bien cómo situarlas en su justo lugar sin que siquiera se diesen cuenta. Pero su mejor amigo, sin entender muy bien aún cómo, cayó. Él, si bien no era un mujeriego, tampoco era ningún ingenuo ni inocente, y ahora por ese error estaba metido en ese enorme lío. Lo compadecía, él tampoco dejaría a la deriva un hijo suyo jamás, pero tener la duda debía ser sumamente incómodo.

Se dieron un gran abrazo, sonrientes. Antonio lo recibió justo cuando entraba. Toda la mañana se la pasó fuera de casa con ningún motivo en particular, no tenía ánimos de permanecer ahí, como tampoco de ver gente. Necesitaba soledad, calma, por eso tomó su velero y navegó sin rumbo por horas.

—Lo sé, ya sabes cómo es esto de trabajar —se burló por su falta de interés en el tema.

—Sabes que no tengo ni idea —replicó descaradamente. Caminaron hasta el estudio como siempre, se encerraron y se sirvieron un par de copas como habitualmente hacían—. Te ves... más viejo —expresó despreocupado Máximo. Así justamente se sentía. Se pasó una mano por el cabello sin peinar. Los domingos solía dejar los formalismos; *jeans*, una camiseta con cuello, sandalias o calzado deportivo y el cabello libre de cualquier producto.

—Gracias... Supongo que tú aún has de sentirte de veinte como la última vez que te vi —reviró burlesco. Alzaron sus copas sonriendo.

—¿Y dime? ¿Cómo va todo? —Su amigo no quería hablar de eso, pero su invitado era persistente, no se rendiría.

—Tan complicado como lo esperaba —admitió evaluando el líquido ámbar de su vaso con

seriedad.

—Entonces, la trajiste —comprendió. Asintió recargándose en su enorme escritorio—. Y por tu expresión no ha sido fácil lidiar con ella. Ya me la imagino. Esas mujeres son siempre una molestia; insistentes, provocadoras... Aunque espero que el embarazo la mantenga a raya —expresó negando. Antonio no respondió de inmediato, Glía era todo lo contrario a lo que acababa de decir su amigo.

—En realidad no se entromete, supongo que como dices, el embarazo la frena.

—De verdad que es increíble que con la tecnología que ahora existe y lo mucho que ha avanzado la medicina, una prueba de ADN no sea aún segura —replicó poniéndose de pie y acercándose a las puertas de vidrio abiertas que daban a una terraza que terminaba con el comienzo del jardín principal.

—En su caso no es lo recomendable, los médicos de aquí piensan igual. —De repente Máximo se detuvo arrugando la frente con la bebida en la mano a medio camino de la boca. Antonio notó su silencio y se acercó intrigado. Al seguir su mirada se quedó helado. Glía estaba sentada en una banca recatadamente, llevaba puesto un vestido veraniego color coral, con unas sandalias miel, su cabello adornaba su rostro de esa forma irreal que él tan bien conocía. Ajena a todo, leyendo atenta ese libro que se encontraba sobre su regazo. Parecía más un ángel, que una mujer terrenal.

—¿Es ella? —preguntó atónito Máximo. La forma en la que lo dijo no le gustó, parecía haber quedado cautivado.

—Sí, pero no te dejes llevar, ya tú sabes quién es en realidad.

—Pero, Antonio, si es un bombón... Nunca había visto ese color de cabello, ¿es natural? —El hombre puso los ojos en blanco asintiendo, él mismo se lo preguntó en una ocasión, aún recordaba el rubor al aceptarlo. Se dio la media vuelta y volvió a entrar conociendo sus límites, Glía parecía un imán.

Unos ladridos a lo lejos lo hicieron girar, los perros sólo se soltaban por la noche. Eran altamente agresivos y violentos, estaban entrenados para atacar a cualquiera que no conocieran, de hecho cada sirviente que entraba a trabajar a la casa tenía que familiarizarse con esas bestias para que no los llegasen a atacar si sucedía algún imprevisto. Pero sólo obedecían a sus cuidadores, a Camilo, a Danilo y a él.

—¿Quién diablos soltó a esos animales? —logró preguntar con un hilo de voz Máximo.

Todo sucedió en segundos; Glía, sola, en el jardín. Soltó el vaso sin escuchar el vidrio proyectarse contra el piso y salió corriendo como nunca lo había hecho directo hasta ella.

—¡Glía! —Le gritó alertándola. La joven lo miró desconcertada sin comprender. Antonio señaló hacia uno de los costados del jardín donde tres perros *Doberman* iban directo a ella. Se levantó de un salto, pálida, y corrió hasta donde se encontraba al tiempo que la sujetaba y la ponía tras él protegiéndola con su cuerpo. Cuando estuvo seguro de que ya nada podía ocurrir sintió un inmenso alivio—. *¡Alto!* —gritó enérgico. Un par de guardias iban varios metros atrás corriendo agitados. Los animales de inmediato, ante su orden, se detuvieron rabiosos, veían a Glía, ladrando, gruñendo. Ella asomó el rostro por un costado del brazo de Antonio, azorada—. *¡Silêncio!* —ordenó en su idioma natal de nuevo sin dejar dudas de quien mandaba ahí. Glía lo observó colocando una de sus manos sobre su codo y evaluando lo que sucedía, atenta.

Los animales chillaron ansiosos, agachándose. Los hombres por fin llegaron agitados hasta donde ellos se encontraban. Antonio los reprendió fuertemente en portugués. Los guardias miraban a Glía que aún seguía tras él espiando por un costado. Algo le decían, pero no comprendía, así que les sonrió tranquila. Parecían muy conmocionados y apenados, dedujo que se estarían

disculpando. Antonio giró hacia un lado y reparó en su dulce rostro. Había esperado verla llorosa, a punto de un ataque de pánico, pálida. Pero en vez de eso les sonreía con candidez a ese par de idiotas como haciéndoles ver que no había problema. No parecía asustada, aunque no salía de su escondite.

Volvió a gritarles menos molesto, pero aún espantado. Esos animales eran en alto grado violentos, de hecho él no estaba del todo de acuerdo en que estuvieran ahí, pero Camilo insistió cuando unos chicos llegaron hasta su playa y dañaron seriamente parte del jardín y para colmo atacaron a una mujer de la servidumbre. Después de eso, se gestionó un permiso especial para tenerlos y entrenarlos, y cada noche los dejaba sueltos. La gente de ahí no corría peligro, pero los extraños eran otra cosa y él cumplía legalmente con tener letreros en los alrededores avisando que ahí había perros entrenados. Pero no pensó en Glía, en hacer el procedimiento de presentación. Ella salía a diario al jardín por las tardes, si eso hubiera pasado cualquier otro día no estaría tras él sonriendo como lo hacía. Los animales fueron retirados con órdenes contundentes después de varios segundos.

Antonio giró serio. Glía aún veía tranquila los animales alejarse.

—¿Estás bien? —quiso saber turbado al comprender lo que sentía por ella, jamás experimentó tanto miedo en su vida.

—Sí... gracias —lo miró acalorada, con una media sonrisa. Él no pudo evitar y acomodó un rizo detrás de su oreja.

—¿Segura? Deberíamos ir a que comas algo dulce, un susto así no es bueno en tu estado —argumentó. De pronto ella emitió un gemido y arrugó la frente llevándose las manos al vientre. Antonio se alertó de inmediato—. ¿Qué? ¿Te sientes mal? —preguntó ansioso. La joven lo observó sonriendo y negando. Tomó su mano, dudosa y la colocó sobre su abultada barriga. Él pestañeó desconcertado, unos movimientos abruptos hicieron que la mirara a los ojos olvidando el evento anterior, olvidándolo todo en realidad.

—Creo que ella sí se asustó —dijo mientras sentía los movimientos inquietos de su hija dentro del vientre.

—¿Cómo diablos se salieron esos animales? —Interrumpió la escena Máximo. Antonio retiró la mano de inmediato terminando con el momento más íntimo que había vivido.

Máximo estuvo observando toda la interacción, desconcertado. Eso no lo esperaba, bueno, en realidad nada de lo que era testigo. Glía se sintió de nuevo sola y volteó hacia aquella voz, turbada. Ese hombre alto, bronceado, de cabello negro rizado bastante corto y de ojos verdes, la estudiaba confuso.

Al ver esos impresionantes ojos, sus labios carnosos entre abiertos, ese cabello desordenado sensualmente alrededor de ese hermoso y tierno rostro, se quedó mudo. Esa no podía ser la mujer de la que Antonio hablaba, esa chica parecía dulce, ingenua, limpia. Glía se ruborizó al notar que no le quitaba los ojos de encima, en respuesta Antonio apretó los dientes ante el desgarmo de su mejor amigo.

—Ella es Glía, Máximo, Glía él es Máximo —los presentó. La joven le sonrió de una forma cándida, serena. De inmediato le tendió su mano para tocar esa blanca piel.

—Mucho gusto, Glía.

—Igualmente —contestó educada dando un paso instintivo hacia Antonio. Máximo observó el gesto sin comprender, ella parecía percibir su don con las mujeres, pero ser inmune a él.

—¿Sabes que esos animales son unos asesinos? —apuntó intentando diluir el ambiente.

—Creo que no me conocen —replicó tranquila. Ambos la observaron, perplejos.

—Creo que tienes razón —admitió Máximo clavando la vista en su amigo con miles de preguntas en la mente.

—De todas formas, te llevaré a la cocina para que te den algo —insistió el dueño de la Vila buscando alejarla de su amigo sin comprender por qué sentía hervir la sangre al ver cómo la estudiaba.

—No hace falta. Estoy bien —admitió yendo hacia la banca donde soltó el libro debido al susto. Antonio fue más rápido y se lo tendió, no sin antes ver que era sobre embarazo. Glía lo tomó sin saber qué debía hacer, era el primer acercamiento con él desde hacía una semana prácticamente.

—Puede que tú sí, pero ella... —y señaló su redondeado vientre—. No, te acompaño.

—No, yo iré, se dónde se encuentra —lo evadió y volteó hacia Máximo educadamente—. Mucho gusto. —Éste aceptó con la cabeza observando cómo se alejaba. No debía medir más de uno sesenta y cinco, su cabello ondeaba delicadamente con el viento, traía puesto un vestido largo que cubría incluso un poco sus pies y que la hacía ver tremendamente tentadora, el color de la tela contrastaba de forma inigualable con su cremosa piel blanca. Nunca había visto una criatura tan sensual y magnética.

—Cierra la boca y acompáñame con los guardias. Esos imbéciles me deben una explicación —rugió Antonio críptico. Máximo asintió bobaliconamente.

Comieron a las dos, como siempre, sólo que ahora en el jardín. Glía llegó a tiempo sentándose en silencio. Máximo y Antonio, un segundo después, el primero se acomodó a su lado provocando la rabia del anfitrión.

La comida fue extraña. Glía sonrió discretamente en un par de ocasiones con los comentarios de Máximo, mientras Antonio fingía no darse cuenta y Augusta y Adelina conversaban relajadas. A Glía le cayó bien de inmediato, pero su forma de mirarla la incomodaba, era evidente que sabía todo y creía lo mismo que su amigo; que era una cualquiera que necesitaba con urgencia dinero y alguien en su cama.

—¿Te gustan los caballos? —Ella alzó la vista sin saber qué responderle, hasta hacía unos segundos estaba conversando con Augusta. Todos la miraron esperando que contestara.

—Bueno, creo —aceptó.

—¿Te has subido alguna vez a uno?

Un rubor tiñó sus mejillas. Si se había subido una vez, con él, ya hacía mucho tiempo. En uno de sus paseos Antonio alquiló un caballo cuando fueron a un pueblo a una hora de la capital. Conoció el lugar sobre el lomo de ese animal sentada frente a él, con las manos enroscadas en su cintura. Ese día también, como todos los demás, fue mágico y ahora muy lejano.

—Sí, una vez —logró decir sin mirarlo. Antonio supo a qué ocasión se refería de inmediato. Recordar su cadera frente a la suya lo excitó lo indecible, lo inimaginable, pero al ver su rostro de felicidad, de abandono y sus ojos estudiándolo todo, curiosa, dejó de lado el deseo y se concentró en mantener ese gesto en sus labios y en su rostro el resto del día. Apretó la servilleta bajo la mesa frustrado, cansado.

—Aquí hay caballerizas, si quieres te llevo a que los veas, tienen unos ejemplares asombrosos, ¿no es así, Antonio?

—Glía debe descansar, así que no la hostigues —ordenó. Máximo percibió sonriendo su molestia. Su amigo estaba completamente prendado de esa ninfa de cabellos rojos.

—¿Tú que dices, Glía? —Su nerviosismo era palpable. Le sostuvo la mirada a Antonio por varios segundos que parecieron interminables.

—Creo que será en otra ocasión, gracias —aceptó al fin logrando que el padre de su hija soltase el aire contenido.

—Ni hablar. —Antonio se puso de pie serio.

—Vamos, te acompaño, después de lo que sucedió no debes excederte —determinó viéndola con amenaza. Glía quería gritarle, golpearlo, pero de nada serviría. Cerró los ojos asintiendo. Se puso de pie y lo siguió, rendida. Cuando iban subiendo las escaleras la tomó por el brazo y la hizo girar, estaba de nuevo furioso—. Eres rápida, ya te diste cuenta de que si no soy yo puede ser alguien más —rugió, ella se zafó asustada y molesta.

—Tienes la mente tan torcida que piensas que todos somos igual que tú. No me importa lo que creas, hace mucho que dejó de importarme, y te hago caso porque quiero evitar precisamente más enfrentamientos, así que déjame en paz de una maldita vez —exigió y subió las escaleras con la cabeza en alto.

—No dejas de asombrarme —escuchó a sus espaldas, se detuvo y lo enfrentó sin expresión alguna.

—Ni tú a mí, cuando creo que ya nada peor puedes hacer, me sorprendes y lo haces. Así que como ves, estamos en igualdad de posiciones; me desprecias, y te desprecio profundamente, y no te preocupes por tu amigo, creo que es mayorcito y si algún día me fijara en alguien créeme, lo primero que averiguaría es si tiene algún nexo contigo.

—Tan importante soy para ti.

—No, tu para mí ya no eres nada, todo lo que fuiste lo has matado, pero sé que algún día esto terminará y... haré mi vida como la soñé y ni siquiera me acordaré de tu asquerosa existencia, te lo juro.

—Una vez que me entregues a la niña, si es que es mía, serás libre de largarte y hacer de tu vida un papalote.

—¡Nunca te la daré! —bramó bajando un par de escalones para quedar a su altura.

—No te la pediré —la retó sintiendo su aliento. Estaba de nuevo rabiosa, pero él no estaba mejor y menos después de lo que acababa de decirle. Ella respiró profundamente, giró buscando tranquilizarse y subió de nuevo erguida, digna.

Antonio permaneció unos minutos más ahí, al pie de la escalera, intentando no gritar de la desesperación, de la impotencia. Ya no aguantaba más todo ese maldito infierno.

Glía lloró por horas buscando una salida a todo aquello. No la encontró, mucho tiempo después quedó dormida al fin.

—De verdad que no quisiera estar en tu situación —manifestó Máximo sobre el lomo del caballo contemplando el mar. Habían estado cabalgando durante un par de horas sin decir media palabra. Su mejor amigo parecía estar al límite, nunca lo había visto así.

—No parecías pensar eso hace unas horas —lo acusó sin quitar los ojos del horizonte.

—Sé que no es pretexto, pero Glía, bueno, no es como la esperé.

—Me creíste tan imbécil como para caer en los típicos encantos femeninos. ¡Por Dios, Máximo! Me conoces mejor que eso, si caí con ella fue porque me cautivó, porque me enloqueció. —Max lo escuchó comprendiéndolo. El aire soplaba fuerte y el mar parecía cabreado, pero estar ahí, sobre un caballo, con ese paisaje frente a sí lo llenaba de paz, sin embargo, le preocupaba Antonio.

—Ahora lo entiendo, yo tampoco me hubiera podido resistir... —admitió sinceramente dándose cuenta de cómo su amigo se tensaba sin girar—. Te juro que si no fuera porque Camilo jamás se ha equivocado y es un tipo letal y certero, te podría asegurar que esa chica no es lo que

te dijeron —murmuró contrariado. Antonio lo miró desconcertado—. Sé que no es lo que esperabas oír, pero es la verdad y sé que tú también lo piensas. Sin embargo, es imposible, tu jefe de seguridad es la envidia de todo Río, nunca se ha equivocado, tiene contactos hasta por debajo de las piedras, y si él lo dijo; es... No hay más que decir.

—No sabes cuantas veces he pensado en eso, si por algo, de alguna forma, esto resultara una equivocación... Dios, no quiero ni pensarlo. Pero es imposible, creo que solo es mi deseo de creer que no fui tan imbécil.

—Dime una cosa... —le pidió su amigo girando con el caballo hacia él—. Si Glía no hubiera resultado ser lo que es, ¿hubieras seguido adelante, o solo hasta conseguir tenerla en tu cama? —Antonio se tensó perdiéndose en el horizonte otra vez, la primera era la respuesta, no tenía duda, pero eso qué más daba.

—Si Glía no hubiera sido lo que es, jamás se hubiera acercado a mí para empezar.

—¿No dices que su encuentro fue casual, fortuito?

—Eso supongo, pero en cuanto a ella no tengo certeza de nada, dudo de todo. No sabes lo horrible y desgastante que es, el mínimo gesto, la más mínima palabra le encuentras miles de significados posibles, no sé qué es real y qué no.

—Es una pesadilla. ¿Y si la llevas a otra parte, lejos?

—Lo he pensado, pero Camilo teme que haga contacto con esos hombres, son peligrosos y no pienso arriesgar a esa bebé, no si no sé si es mía.

—Tienes razón, por lo menos de *Villa Catarina* es imposible que salga o que se comunique al exterior —avaló. Antonio asintió inescrutable—. En serio espero que todo salga bien, no va a ser fácil este tiempo, la mujer es magnética y tú... parece que no puedes evitar responder ante eso.

—¿Y puedes culparme?

—No, la verdad no, pero mantenla lejos, Antonio. Glía, si no me equivoco, es la clase de mujer que siempre mantengo a buena distancia, por las que realmente uno puede olvidarse de todo, incluso de lo que realmente es.

—Lo sé —aceptó trotando con el animal para que no se enfriase.

Tres semanas después a penas si habían intercambiado monosilábicos. Antonio viajaba, salía temprano de casa y llegaba tarde. Los fines de semana optó por no estar ahí, por alejarse de ese lugar donde todo le recordaba a esa joven tan tierna y peligrosa.

—Aquí estás, Glía —escuchó la joven y sonrió en el acto.

Adelina solía conversar unos momentos con ella en el día, le gustaba su compañía, las cosas que decía y las opiniones tan objetivas que emitía sobre algún tema. Era una chica con conciencia social, con agudeza mental y bastante suspicaz, sin embargo, era humilde y de corazón bueno.

Glía se puso de pie con esfuerzo, ya tenía siete meses y la barriga había crecido mucho últimamente, ya no se sentía tan ligera y se cansaba con facilidad, por las noches dormir comenzaba a ser incómodo, pues no lograba encontrar la posición adecuada y el calor la hacía tener que ducharse en la madrugada.

—Hola, señora —la saludó mientras la mujer la ayudaba a sentarse de nuevo. Se hallaba en una sala del jardín que estaba techada pero que era muy fresca y llena de plantas.

—Siéntate, no te levantes, ya te lo he dicho, como también te he dicho que me digas Adelina o Lina.

—No puedo —se excusó dejando a un lado su libro.

—Pues inténtalo, me haces sentir muy vieja, *menina* —replicó con ligereza. Glía rio relajada, con esa mujer era con el único habitante de esa casa que se sentía cómoda, tranquila. La servidumbre ni siquiera reparaba en su presencia e incluso a veces hablaban frente a ella en portugués y aunque no entendía el idioma, sabía por algunas palabras similares al español y por sus gestos, que era la comidilla de la casa. Por otro lado, Augusta parecía ni siquiera querer verla, el hacerlo le generaba un malestar generalizado y en cuanto a Antonio; él era la peor parte, cuando coincidían, a veces una o dos veces al día, ni siquiera soportaba posar sus ojos en su ser, la ignoraba deliberadamente, como si quisiera borrar de su mente su imagen, su existencia.

—Adelina —dijo frotando su vientre.

—Mucho mejor, y dime cómo te has sentido hoy.

—Bien, la bebé ya se encaja si estoy en ciertas posiciones, pero creo que podría ser peor, es muy grande, supongo... —susurró fatigada. La mujer tocó su vientre como siempre que estaban solas.

—Toda mi juventud soñé con ser madre, pero fue un regalo que se me negó —habló suavemente. Glía no se atrevió nunca preguntarle cuál era la razón de que estuviera sola—. Mi marido murió cuando era muy joven, fue mi gran amor, nunca quise volver a casarme pues... nunca encontré a otro hombre que despertara en mí ni la mitad de lo que él despertaba con una sola mirada.

—Casarse así de enamorada debe ser muy hermoso.

—Lo es, Glía, pero nuestro amor no tuvo frutos —recordó nostálgica.

—No siempre se tiene todo lo que se quiere —murmuró Glía observando aquella fina mano morena sobre su abultado vientre.

—Lo dices con mucha seguridad... Si te refieres a esto.

—No, era sólo un decir.

—Dime una cosa, ¿cuál es tu sueño? No pienses en lo que ahora estás viviendo, ni en la bebé... Hace tiempo, cuando todo esto no había sucedido, ¿cuál era tu sueño, cómo pensabas tu vida? —quiso saber. Glía sintió una opresión en el pecho. Desvió la mirada con tristeza.

—Siempre soñé con... terminar mi carrera, ejercerla. Tengo muchas ganas de estar frente a pequeños explicándoles algún tema o contándoles alguna historia. A lo mejor, más adelante, conocer a un hombre, uno que quisiera lo mismo que yo, que trabajáramos para lograr vivir tranquilamente, casarnos, amueblar poco a poco un pequeño apartamento alquilado. —Sonrió como imaginándolo con la vista nublada. Qué lejos se veía todo aquello, que imposible sería—, y no se... cuando nos sintiéramos listos a lo mejor tener uno o dos hijos, sacarlos adelante con esfuerzo como cualquiera y al final del día, saber que era lo que elegí, lo que soñé, aunque cada día por la mañana me costara trabajo levantarme por el agotamiento de la rutina.

Antonio estuvo buscándola, la mañana siguiente tendrían la cita con el ginecólogo que atendería el parto muy temprano, pero al escuchar lo que su tía le preguntaba se detuvo en la entrada. Cada palabra que dijo parecía ser justo lo opuesto de lo que en realidad sucedía, de lo que su vida sería. Se apoyó en la pared cerrando los ojos. Hablaba con tanto dolor, con tanta convicción, que si verdaderamente eso era su sueño él jamás habría tenido la menor oportunidad.

—Es muy hermoso —admitió Lina mirándola con ternura. Glía intentó sonreír encogiéndose de hombros.

—Es sólo un sueño, algo imposible... —murmuró limpiándose una lágrima traicionera.

—¿Te puedo preguntar algo, Glía?

—Lo que quiera.

—¿Alguna vez sentiste algo por mi sobrino? —Antonio ya iba a entrar para terminar con esa pantomima cuando escuchó esa pregunta y se detuvo de nuevo con el pulso acelerado.

—Yo... bueno... No creo que eso importe... si existió algún momento en el que creí sentir algo, ya no. Él y yo jamás debimos conocernos, Adelina —determinó contrariada. Esas palabras se le enterraron justo en medio del pecho como un par de flechas certeras y mortales.

—Él está enojado, Glía, no tienes que explicarme el porqué de su desconfianza, pero la duda no es una buena consejera.

—Supongo, pero yo jamás le he mentado, aun así da igual, las cosas están así —reviró con delicadeza. Antonio cerró las manos en un puño, no quería ni podía escucharla más. Entró abruptamente silenciándolas de inmediato. Glía abrió los ojos, desconcertada e incómoda, mientras que Adelina sonreía tímidamente.

—Mañana tenemos consulta con el médico a las nueve, así que desayunaremos antes —ordenó severo penetrándola con la mirada. Glía asintió.

—Yo los dejo... debo ir a hacer una llamada, ahora regreso —mintió Adelina al notar la tensión tan común entre ambos, algún día tendrían que hablar y solucionar su malentendido, más aun por la hija que pronto nacería y que los uniría para siempre. Glía quería rogarle que no se marchara, pero la mujer no le dio tiempo de nada y desapareció dejándola sola con él. Antonio no se movió, la evaluaba amenazante.

—Yo creo que también me voy —iba a levantarse cuando sus palabras la detuvieron.

—¿Así que ese era tu sueño? —Lo encaró mordiéndose el labio. La había escuchado—. ¿No te parece que todo lo que has hecho no tiene nada que ver con él? —prosiguió con voz dura. Glía se puso de pie con esfuerzo y lo escudriñó intentando no caer de nuevo en sus provocaciones.

—Tú no sabes nada de mí... —dijo con simpleza y caminó rumbo a la salida sujetándose la barriga.

—Sé más de lo que hubiera querido saber —contraatacó. Glía se detuvo, pero no volteó. Respiró hondo mandando ese comentario a algún lugar que no le doliese, que no la tensase y negó reanudando la marcha.

Antonio permaneció ahí lleno de rabia, de impotencia. ¡No podía querer eso, ella no podría haber soñado jamás con eso!... ¡Dios, estaba perdiendo la razón, estaba perdiendo la voluntad! De pronto y sin comprender cómo, se imaginó siendo ese hombre del que hablaba, ese hombre con el que soñaba y al cual jamás podría igualar. Pero eran mentiras, se recordó intentando convencerse.

La visita al ginecólogo transcurrió en un absoluto silencio entre ambos. Todo iba bien y aunque Glía no subió mucho de peso, la niña era grande por lo que necesitaba empezar a usar una pequeña faja que ahí mismo le proporcionaron.

Su presión estaba perfecta y sólo restaba esperar. Tenía un poco más de siete meses, ya quedaba cada vez menos tiempo. Antonio entró al ultrasonido, pero cuidando estar lo más lejos posible de ella. Su cercanía ya era insoportable, dolorosa, agonizante.

Pasaron dos semanas de esa cita. Glía cada día pesaba más por lo que había ocasiones que solo bajaba para ingerir los alimentos. Antonio y ella intercambiaban frases amables, pero nada más. Él le preguntaba por su salud al verla tan redonda y ella le contestaba educadamente que todo iba bien, aunque a veces sintiera que los huesos de la cadera no aguantarían el peso.

Una noche iba subiendo las escaleras con mucho esfuerzo después de cenar. Antonio notaba que comía poco últimamente y que se movía con mucho esfuerzo, así que en cuanto se levantó de la mesa le ordenó a Atilio que todas las comidas comenzaran a llevarselas a su habitación. Salió tras ella para comunicárselo. Pese a que no le agradaba la idea de no verla por lo menos aquellos cortos momentos, de ninguna manera se consideraba un ser tirano e inhumano, por lo que lo mejor era que supiera que tenía libertad de descansar y comer en su habitación.

Glía se detuvo para tomar aire agarrándose del barandal, cada paso era más agotador y no iba ni a la mitad.

—Glía —giró al escucharlo. Él se aproximó ágilmente. La había visto detenerse y tomar aire agotada.

—Dime —consiguió contestar serena, pero algo agitada. Antonio sintió un nudo en el estómago, estaba algo pálida, su vientre ya era muy grande para lo pequeña y estrecha que era. Pasó un brazo por detrás de sus piernas.

—Sujétate —le advirtió al tiempo que la elevaba. La joven se aferró a su cuello, asustada.

—¿Qué haces? —chilló.

—No puedes ni subir. ¡Por Dios!, ¿por qué no me lo habías dicho? —Le reclamó comenzando a moverse con ella a cuestas. Su olor la mareaba, despertaba en ella todo aquello que creía dormido.

—Bájame... puedo sola —insistió con voz queda. Él sintió sus rizos en la nariz, olía a flores después de una larga lluvia, como siempre, y seguía sintiéndose igual de suave.

—Lo haré, pero en tu habitación. A partir de hoy no quiero que estés bajando, se te servirán ahí todos tus alimentos.

—Pero tu tía Augusta se molestará —le recordó aferrada a él, sabía que debía pesar mucho, aunque parecía no notarlo.

—Eso no es tu problema, debes descansar, si esa niña es mi hija quiero que esté bien —sentenció. Glía ya no reviró su comentario, no tenía sentido, además, se sentía extraña, aletargada y un tanto molesta. Vencida recargó la cabeza en su hombro disfrutando de la seguridad de sus

brazos y del esfuerzo que le estaba ahorrando. Antonio sintió como su cuerpo se relajaba, no pesaba mucho, aunque definitivamente no era la mujer delgada que podía cargar con extrema facilidad.

—Lo estará —susurró contra su pecho.

—Sólo cuídate, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Al llegar a su habitación abrió la puerta y la bajó con mucho cuidado a un lado de la cama. Glía lo miró cohibida. El hombre no pudo evitar levantar una mano y rozar su mejilla.

—Duerme.

—Sí, lo haré —aceptó perdida en sus ojos grises que por primera vez en semanas volvían a ser los que ella tanto extrañaba. Antonio bajó la mano desconcertado y salió de ahí sin más. Ambos permanecieron aturridos por ese simple gesto varios minutos, pero mientras Glía se cambiaba con esfuerzos y se metía a la cama, Antonio se daba una larga ducha con agua fría.

Varias horas después no había logrado conciliar el sueño, de repente un ruido sordo proveniente del cuarto de Glía lo alertó. Se levantó sin perder el tiempo y entró deprisa a su habitación. Ella se encontraba de pie recargada en la mesa del desayunador, una silla estaba en el suelo, con una mano se apretaba la cabeza y con la otra sujetaba su vientre, lloraba, gemía.

Antonio se quedó lívido. Se acercó enseguida haciéndola girar. Sus ojos estaban desorbitados, su rostro empapado, algo le dolía.

—Glía... ¿Qué pasa?... ¿Qué tienes? —rogó saber muerto de miedo. Ella lo miró llorosa, suplicante.

—Ayúdame... ayúdame... No aguanto la cabeza, me duele... Dios... Me va a estallar, la bebé... Antonio, ayúdame, por favor —rogó con voz cortada. La sentó de inmediato sobre la cama y descolgó el teléfono.

—Danilo, prepara los coches y habla al médico, Glía está mal —ordenó. Camilo, un par de días atrás pidió permiso para ausentarse debido a un asunto personal, no tenía mucha idea de cuándo regresaría, nunca había solicitado algo así, por lo que no pudo negarse.

—Antonio... Duele... ¡Auuu!... La bebé... duele —escucharla sufrir podría entrar entre las peores cosas que había tenido que pasar en su vida. Regresó a su lado intentando pensar con claridad.

—Glía, mírame, mírame, mi amor —pidió con dulzura. Ella intentó enfocarlo, pero el dolor era insoportable, sentía que el cerebro le explotaría en mil pedazos y el vientre estaba duro—. Todo irá bien, no pasará nada... Me voy a poner algo encima... Espera —la recostó mientras ella gemía ansiosa. Cada ruido que salía de su garganta lo desgarraba. No le pasaría nada, no lo permitiría. Se puso una camiseta encima y unos *pants*, regresó por ella, seguía llorando sin soltarse la sien. La tomó en brazos y salió corriendo.

—Me duele, Antonio... Tengo miedo... me duele —gemía.

—Todo irá bien, te juro que todo irá bien, no te asustes —suplicó. Llegó a la planta baja y sus tías ya estaban ahí en bata, al igual que personas de la servidumbre.

—Dios, ¿qué pasó? —preguntó Adelina preocupada.

—No lo sé, la llevo al hospital, les hablo cualquier cosa —informó con apuro. Glía no era consciente de nada ni de nadie, sólo de su cabeza, de la vena palpitante en la sien y de que su hija estaba en peligro.

—Me cambio y te alcanzo —anunció su tía mientras la otra veía el cuadro sin moverse.

—Llévale un cambio de ropa —ordenó saliendo de inmediato.

—Duele... Dios... Me duele —murmuraba ya sin tanta fuerza. Antonio la acomodó a su lado en la parte trasera de la camioneta y enseguida arrancaron. Limpió su rostro empapado por las lágrimas, su cabello se le adhería a la cabeza y estaba muy pálida.

—Glía, por favor... ya vamos en camino, tranquila. —Pero ella cerraba los ojos fuertemente y apretaba los dientes.

—No lo soporto, no aguanto —musitó entre jadeos lastimosos. Jamás había sentido tanta impotencia. Glía estaba mal, muy mal y él no podía hacer nada por ayudarla. Si hubiera tenido manera, habría dado su vida en ese momento para ser él quien sufriera todo aquello, lo hubiera hecho sin dudar.

El camino fue eterno, Glía no paraba de llorar y de quejarse mientras la besaba en la mejilla, en la frente, en los labios, en todo su rostro intentando que se calmara, nada. Al llegar, el médico ya los esperaba. La subieron en una camilla sin que pudiera protestar. Antonio la siguió, pues no lo soltaba, estaba muy asustada.

—Deténganse, deténganse —rogó llorando. Antonio temblaba. Glía aferró su mano con fuerza y lo miró penetrantemente—. Sé que serás un buen padre, si me pasa algo, siempre cuídala, júralo —le imploró. El dolor que sintió de que la posibilidad siquiera existiera, lo fulminó.

—Nada te pasará... Tranquila —replicó sudando por el miedo.

—Júralo —le suplicó aferrándose de nuevo la cabeza.

—Lo juro —tuvo que decir y besó sus labios haciendo a un lado su cabello húmedo de la frente—. Estarás bien, todo saldrá bien —aseguró. Asintió llorosa y con la mirada más temerosa que hubiese visto.

Casi dos horas después salió el doctor, estaba a punto de hacer un gran escándalo, nadie le informaba lo que con sucedía. Si algo le pasaba no podría vivir con eso.

—Señor Arantes.

—Dígame qué sucede. —Se sentía asombrosamente ansioso.

—No logramos estabilizarla, la presión está muy alta y los medicamentos no surten efecto... —explicó. Antonio se pasó la mano por el cabello.

—Haga lo que tenga que hacer... pero ella debe estar bien.

—Hay que adelantar el parto, es la única forma.

—Pero aún falta —logró decir, lívido. No podía estar ocurriendo eso, simplemente no era posible.

—Sí, pero la bebé ya está lo suficientemente fuerte como para tener prácticamente todas las posibilidades, no obstante, si permanece dentro de la madre las cosas para ambas no serán en lo absoluto buenas —le hizo ver sereno.

—Hágalo entonces, pero júreme que las dos estarán bien —pidió impotente. El médico le colocó una mano sobre su hombro, de verdad parecía muy asustado, no era lo que esperaba ver en aquel hombre con gesto duro.

—Haremos todo lo que está en nuestras manos, la señorita en teoría debe mejorar en cuanto la bebé salga pues podremos suministrarle medicamentos más fuertes y controlar de forma más eficiente la presión. En cuanto a la niña, estará en una incubadora, pero solo al verla podrá el neonatólogo evaluar su situación —informó calmo.

La cesárea duró una hora, que para él parecieron cinco. Adelina esperaba sentada en una silla, mientras Antonio miraba fijamente por la ventana. No podía sacarse de la cabeza su mirada, su rostro, por mucho que intentó odiarla, despreciarla todo ese tiempo, no lo logró. Glía se clavó en un lugar profundo en el que nadie nunca tuvo acceso, ni siquiera Lidia. No quería pensar en que

algo pudiese salir mal, no sabría continuar, no sin saberla por lo menos en este planeta, no sin poder ser un espectador lejano de su vida. Un cabello así, unos ojos así, no podían dejar de existir por muy sucios que estos fueran.

—Antonio —lo llamó Adelina. Ya venía el médico. Se acercó a él de inmediato.

—Todo salió bien, la niña es grande y está muy sana, la mantendremos en observación hasta que el pediatra lo crea necesario... un par de horas tal vez.

—¿Y Glía? —quiso saber, atormentado.

—Débil, cansada. Está en recuperación y ya comenzamos a suministrarle los medicamentos pertinentes. Tendremos que esperar unas horas más para ver cómo va reaccionando. —No estaba fuera de peligro comprendió. Apretó los puños asintiendo—. Me tomé la libertad de solicitar el examen que me pidió... Sólo falta su muestra. —Adelina lo miró mordiéndose el labio mientras Antonio se tensaba.

—De acuerdo.

Amanecía sin que hubiera dicho ni media palabra, no sabían nada de Glía. Ya había conocido a la niña a través del cristal de los cuneros pues acercaron la incubadora para que fuese visible; era hermosa, grande y muy despierta. Adelina soltó un par de lágrimas, sin remedio.

—Eres tú de bebé —sollozó enternecida. Antonio supo en cuanto posó los ojos sobre aquel pequeño cuerpecito que era suya. Su cabello, sus ojos, el color de piel de Glía, era una mezcla tan perfecta y asombrosa de ambos que no tenía que esperar el resultado de esas pruebas; era papá, por segunda vez lo era y en esta ocasión se juró sería diferente. Esa niña tendría en él lo que Romano no pudo y no supo darle—. Es bellísima, Antonio...

—Sí, lo es —avaló rodeando por el hombro a su tía y sintiéndose muy orgulloso de que esa personita le perteneciera.

Sentado en aquella incómoda silla observaba el reloj avanzar desesperado. Glía tenía que estar bien, ella tenía que salir adelante.

—Señor Arantes. —Ambos se acercaron.

—La señorita comenzó a responder, demoró un poco, pero su presión por fin se normalizó. Estará bien, en unos días podrá irse a su casa.

—Esa son magníficas noticias —sonrió Adelina relajándose.

—¿Podemos verla? —Si no lo hacía colapsaría, pero lo preguntó intentando maquillar sus ansias.

—La estamos trasladando a un cuarto, en cuanto esté instalada podrá pasar, pero es probable que aún continúe adormecida.

—Esperaré —sentenció exhausto.

Glía sentía los párpados pesados, se removió sintiendo un pequeño dolor bajo el vientre. Se quejó al tiempo que abría los ojos lentamente. ¿Qué había pasado?

—Tranquila. —La voz de Antonio la volvió en sí de inmediato. Lo observó lo que parecieron siglos. Él lucía desaliñado, tenía una incipiente barba y su cabello oscuro y lacio caía a los lados de su rostro relajado, aunque su expresión era de preocupación, expectación.

—¿Qué... ocurrió? —logró preguntar con la garganta seca. Se llevó las manos al vientre por instinto, estaba vacío, plano. Intentó levantarse asustada. Antonio se lo impidió, cariñoso.

—Ella está bien, está sana —dijo enseguida. Glía lo miró con aprensión, temblorosa.

—¿Ya nació? ¿Cómo, por qué? —Su confusión lo conmovió hasta la médula. La contempló dormir por más de una hora. Gracias a eso pudo acariciar su rostro con paciencia, estudió cada una de sus facciones, tener entre sus manos la suyas laxas. Hubiera dado lo que fuera porque ella

hubiese sido suya, suya nada más.

—¿No recuerdas nada? —quiso saber. La joven pestañeó comenzando a llenar su mente de imágenes, el dolor de cabeza, en el vientre, la llevaron al hospital, pero después nada.

—Un poco —murmuró pálida aún.

—La presión te subió mucho, la bebé tenía que nacer para que ninguna de las dos corriera peligro.

—Pero todavía no era tiempo... Quiero verla —exigió intentando de nuevo incorporarse. Antonio colocó ambas manos fuertes sobre sus hombros, acercándose peligrosamente hasta su rostro. Eso logró inmovilizarla.

—No, no puedes, Glía. Ella se encuentra bien... te lo juro, está en una incubadora.

—¿En una incubadora? ¿Por qué?, dijiste que nació sana. —Negó intentando quitar esas manos férreas de su piel.

—Está en observación, nada más, por rutina debe estar ahí unas horas. Por favor deja de intentar ponerte en pie, Glía —ordenó entre molesto y asustado. Las lágrimas asomaron por sus enormes ojos verdes.

—No te creo, si estuviera mal no me lo dirías... —lo acusó, desconfiada.

—Te prometo que lo sabrías, pero a diferencia de ti, ella no tiene nada.

—Quiero verla —repitió con voz apagada. Antonio cerró los ojos suspirando.

—De acuerdo, pero no te moverás de aquí.

—Entonces ¿cómo? —Tomó su móvil y le pidió que esperara con un ademán.

—Danilo... —Habló en portugués por lo que no entendió qué le decía. Colgó y la observó con una media sonrisa que le recordó el porqué se enamoró de esa forma tan dolorosa hacia varios meses. Antonio era guapísimo, pero además tenía algo que la atraía como un imán; sus ojos, la forma de mirarla, su rudeza, su voz, su... sonrisa—. Traerán en la *Tablet* un video y unas fotos, ¿de acuerdo? —le informó con suavidad. Ella asintió no muy convencida—. Ahora dime, ¿cómo te sientes? —Glía se ruborizó.

—Bien, adolorida, pero bien...

—Tienes que cuidarte, Glía, estuviste en una situación crítica.

—Todo iba bien... No comprendo —musitó desconcertada. Antonio acarició su mejilla relajando la expresión.

—Esas cosas pasan, no hay forma de saber qué lo produjo, pero ya no hay peligro ahora... Eso es lo que importa.

—¿Crees que la pueda ver pronto? —La ansiedad que tenía por conocerla le pareció muy dulce, era como si su salud fuese lo de menos.

—No lo sé, pero en cuanto termines de ver lo que mandé pedir, llamaré a los médicos para que contesten todas tus preguntas, ¿está bien? —Asintió haciendo a un lado su cabeza para que dejara de rozar su piel. Le dolía sentirlo tan cerca, sabía que en cualquier momento de nuevo la atacaría y entonces le sería muy difícil recuperarse, más aun ahí, tumbada en una cama de hospital.

Antonio notó su resistencia y apartó la mano alejándose. Ambos esperaron en silencio hasta que tocaron la puerta. Salió y entró unos segundos después con el aparato en la mano. Ella extendió los brazos expectante. Cuando la vio las lágrimas salieron.

—Dios... es perfecta... hermosa.

—Sí, lo es —confirmó a su lado sintiendo que una marea de emociones barría con todo su interior. Los ojos de Glía eran de devoción, de adoración, esa misma mirada la vio cuando compartió varios días en aquella ciudad. Le puso el video, su hija estaba dentro de la incubadora.

Ambos lo contemplaban extasiados, como dos padres orgullosos, felices. Sonrieron y disfrutaron juntos de ese momento tan íntimo, tan único.

Los médicos acudieron al llamado de Antonio casi enseguida. Él tuvo que traducirlo todo aunque a veces el ginecólogo conseguía hablar un poco español y dirigirse directamente a ella. Entre los dos lograron convencer a Glía de que la bebé se encontraba en perfecto estado.

Las preguntas concisas e informadas que emitía los dejaron asombrados a los tres, Glía parecía dulce e inocente, pero evidentemente era aguda y bastante inteligente. Antonio, sin entender por qué, se sintió orgulloso de ella y de las miradas atónitas y de evidente aceptación de ambos médicos.

Glía no podría alimentarla por en ese momento ya que la toma de medicamentos afectaría la leche. Él no había pensado que quisiese hacer eso, conocía muchas mujeres que más bien huían de ello, decían que era esclavizante y desgastante por muy buenas madres que de verdad fueran. Lidia pensó de aquella forma y no la juzgó, después de todo era su cuerpo y sabía que no era un arte fácil, pero Glía consiguió desconcertarlo de nuevo deduciendo que si ella misma se la extraía y pronto se recuperaba, podría llegar a alimentarla. El pediatra la alentó a hacerlo mientras que su ginecólogo no podía garantizarle que dejara pronto los fármacos provocando una evidente desilusión.

Después de una hora de preguntas y respuestas, en esa habitación se dijeron cosas que él jamás pensó y mucho menos se le ocurrieron. Por último acordaron que la bebé podría conocer a su madre, si ésta continuaba bien, al día siguiente por la mañana, cosa que Glía aceptó con un gesto duro.

—Es ridículo, por qué si está sana no me la traen de una vez, aunque sea un minuto, soy su madre —se quejó claramente molesta y frustrada.

—Glía, debes descansar, aún estás débil, no podrías ni sostenerla. Mejor duerme y verás que mañana consigo que pase aquí algunas horas.

—No quiero unas horas, es mía, quiero todo el día —exigió irritada. Sonrió ante su talante caprichoso, moría por besarla aun con esa palidez y esa bata de hospital. Después del susto mortal que le sacó y esas horas de angustia, lo único que quería era tenerla bajo una lupa. Logró contenerse.

—Veré qué puedo hacer, pero no moveré un dedo si no duermes —advirtió. La joven lo estudió más tranquila.

—¿En serio harías algo? —quiso saber desconfiada. Él no pudo evitar poner una mano sobre la suya y llevársela a los labios.

—Te lo juro, *feiticeira* —avaló. Ella frunció el ceño apenas si perceptiblemente. Ya le había dicho en otra ocasión de esa forma y continuaba sin saber qué significaba esa palabra que en sus labios se escuchaba tan sensual y atrayente.

—Gracias.

Adelina fue a felicitarla por el nacimiento de la bebé. Glía sonreía relajada y la escuchaba atenta sin siquiera parecer consciente de la presencia de Antonio, que hablaba por teléfono con Víctor para organizar su apretada agenda; no se despegaría del hospital, todo lo que pudiera solucionar desde ahí, entonces lo haría, lo demás, tendría que esperar.

Más tarde se dio se duchó en el baño de la suite mientras ella dormía y se pudo cambiar gracias a la ropa que su asistente le llevó. Trabajó en la sala que estaba fuera de la habitación todo el día. Adelina ya se había ido a descansar y Augusta habló para saber cómo iban las cosas; no pretendía ir, no hasta que no cupiera duda, perder a Romano había sido un golpe mortal para ella y era evidente que se estaba protegiendo. Cuando el examen confirmara lo que él ya sabía, entonces Augusta bajaría la guardia, no con Glía, pero sí en todo lo concerniente a su hija.

Glía obedeció sin chistar, comió lo que se le llevó, durmió y estuvo tranquila. Por la noche Antonio entró para ver cómo seguía, durante el día intentó mantener la distancia, ella definitivamente lo estaba embrujando.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras ella comía un par de panqueques. Tenía mejor color, aunque aún se le notaba cansada. Se detuvo con los brazos cruzados a los pies de la cama. La joven se pasó el bocado avergonzada y regalándole una pequeña sonrisa.

—Mejor...

—Me alegro. Hablé con los médicos, mañana, si tú estás en condiciones, la bebé podrá permanecer aquí por la mañana y por la tarde, incluso la podrás alimentar —le informó sereno. Su rostro se iluminó excitada.

—¿En serio?

—Sí, pero aún te encuentras delicada y en observación, por lo que no puedes hacerte cargo de todas sus necesidades, así que decidí que una enfermera se quedará aquí mientras la niña está contigo —completó y de inmediato notó cómo su mirada se oscurecía un poco.

—No creo que sea necesario —refutó seria. Su disgusto no le molestó, al contrario, sería una buena madre.

—Por ahora sí, Glía, si quieres estar bien para ella harás lo necesario —determinó. Enseguida suavizó la expresión asintiendo, sus palabras, aunque no le gustaban, estaban cargadas de razón.

—Sé que todo esto te... incomoda y... prometo no hacerlo más difícil —y le dio otro bocado a su cena.

—¿Ya pensaste cómo quieres que se llame? —preguntó con gesto tranquilo. Glía arrugó la frente desconcertada, ¿desde cuando tomaba en cuenta su opinión? Ella sabía que no tardaría en saber que era su hija y cuando eso sucediera, lo que quisiera saldría sobrando.

—No en realidad —respondió sin verlo. Antonio notó su cambio de actitud, supo exactamente qué era lo que pensaba.

—Creí que lo sabrías, hoy por la mañana demostraste haber invertido mucho tiempo en todo lo concerniente a ella —reviró entornando los ojos. Sabía que no era una acusación, sin embargo, ella lo encaró herida.

—No creí que tuviera ese derecho, después de todo, lo que yo quiera es lo de menos, se llamará como tú lo decidas, ¿no es así? —contraatacó. Antonio admiró sus agallas y lo clara que

era para ella la situación en la que se encontraba, pero eso no evitó que se sintiera incómodo. Estaba olvidando quién era en realidad y era increíble que fuera Glía quien se lo recordara. Anduvo hasta una de las ventanas cromadas con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Tienes razón, mañana entregarán los resultados, si es mi hija mañana mismo la registramos con mi apellido y llevará el nombre de mi madre: Camelia —sentenció. Glía no mostró ninguna emoción, aunque por dentro se sentía furiosa, desgarrada. Sin embargo, en ese momento lo primero era su hija, nada lograría que lo olvidase. Si así se llamaría, entonces así sería. Lo único que no iba a permitir es que la separaran, eso nunca.

—Muy bien —consiguió decir comiendo otro pedazo.

—Me alegra que podamos comportarnos civilizadamente.

—Esto no es civilidad, es abuso e imposición, pero no tengo opciones, estoy en tus manos por lo que el nombre de mi hija no es precisamente lo que me quita el sueño —argumentó con simpleza. Antonio negó frotándose el puente de la nariz, se sentía agotado. Ahí iban de nuevo.

—Si esa es tu forma de verlo no es mi asunto, además, sí... sí estás en mis manos y me reconforta saber que aún lo tienes presente. Y en cuanto a lo que te quita el sueño, te lo seguirá quitando, tu jamás volverás a ver a ese hombre, no si Camelia es mía. —Salió sin esperar respuesta alguna, creer que ella podía sentir algo por otro lo enloquecía, lo aniquilaba.

Glía no logró descansar como debía, la emoción de conocer por fin a su bebé, la extraña actitud de Antonio a lo largo del día haciéndola sentir segura, protegida, pero al final la típica caída a la que aun intentando estar preparada, no lograba evitar que le doliera como siempre y por otro lado, la herida, era un tanto molesta e incómoda.

Antonio llegó temprano, su sueño fue inquieto, pero una noche como la anterior tumbaba hasta el más fuerte. A las nueve le llevarían a Camelia y quería estar ahí, para él también sería la primera vez que podría abrazarla, tocarla, sentirla.

Glía estaba dando unos pasos con mucho cuidado cuando entró a la habitación. Dejó de respirar por un segundo.

—¿Qué haces? —casi gritó lívido y corriendo hasta donde se encontraba para tomarla de la cintura y regresarla a la cama.

—El médico me dijo que lo hiciera... —logró decir cuando ya lo tenía enfrente, preocupado.

—Pero no tienes ningún apoyo a los lados, además, debió dejarte con alguien para que te ayudara... Ese hombre es un inepto —rugió indignado. La pelirroja sonrió tomándose de sus antebrazos, sentía su calor, su respiración, estaba recién bañado, olía a jabón de hierbas y a esa colonia que no tenía idea de su nombre, pero que siempre le recordaría a él.

—No sé si me dijo que esperara, no le entendí muy bien... —confesó buscando que no descargase ese asombroso carácter contra el pobre hombre que intentó darse a entender amablemente hacía quince minutos.

—Dios, lo siento, no pensé en que te dejaba sin poder comunicarte... Lo siento de verdad... Danilo permanecerá aquí por la noche, no volverá a suceder —prometió arrepentido. Glía se ruborizó al notar que la disculpa de Antonio era genuina.

—No pasa nada, estabas agotado y creo que nadie lo pensó —murmuró. El hombre pasó saliva y dio unos pasos hacia atrás lentamente mientras Glía lo seguía adolorida.

—¿Duele mucho? —indagó estudiando su gesto.

—Algo, pero nada fulminante —lo minimizó concentrándose en apoyar bien los pies que cosquilleaban un poco.

La puerta se abrió de repente logrando que los dos girasen. Una enfermera llevaba a la niña en

brazos envuelta en una cobija rosa pastel. Glía quería correr hasta ellas. Antonio notó su ansiedad y la ayudó a sentarse en un sofá cercano. Tomó a la niña con sumo cuidado. Era una preciosidad, estaba dormida plácida, feliz. Le dio un beso en la frente y la acercó, sin quitarle los ojos de encima, hasta la ansiosa madre. Se la tendió con cuidado mientras Glía extendía los brazos desesperada, cuando la dejó sobre su regazo, Glía la acercó a ella con lágrimas en los ojos. Su mirada era limpia, pura, de amor incondicional. La pegó con cuidado hasta su corazón disfrutando de la sensación. Al fin la tenía así, ahí, con ella.

—Ya quería conocerte —le susurró con voz cálida, llena de alegría. Le dio un dulce beso en la frente y tomó una de sus manitas estudiándola—. Eres perfecta... Dios, pero si eres muy hermosa —continuó con suavidad y besó sus dedos con la vista nublada. Antonio permaneció congelado observando el cuadro. Si todo fuera diferente, si no se hubiese enterado nunca de la verdad, ellas serían su familia, su todo. La joven alzó la vista, llorosa—. Es hermosa —repitió en voz baja. Él se sentó a su lado asintiendo, se acercó a ellas y los dos la observaron dormir absortos.

—Bellísima, Glía —le dio un beso en sus rizos rojos y la atrajo con cuidado sin quitar los ojos de aquella personita que ambos habían creado.

Permanecieron ahí sentados sin que el tiempo importara. La inspeccionaban y sonreían ante cualquier gesticulación de ese pequeño rostro.

—¿Se puede? —Era el doctor que ya asomaba la cabeza, hablando en español. Antonio se puso de pie contrariado. Enseguida se dio cuenta de su falta de voluntad. No podía seguir así, todo lo que estuvo sucediendo desde hacía casi cuarenta y ocho horas lo estaba doblegando, lo estaba haciendo actuar sin usar la razón.

—Pase... —dijo notando como la nueva madre ni siquiera le prestaba atención, sólo tenía ojos para la pequeña.

—Me dijeron que había llegado.

—Sí, hace unos minutos. —El hombre sonrió.

—Acaban de llegar los resultados de los exámenes, preferí traerlos personalmente. —Le tendió un sobre sellado. Antonio tomó el envoltorio con manos seguras.

—Gracias...

—A mediodía regresaré para revisar cómo sigue la paciente, pero le adelanto que todo va bien, es fuerte y muy decidida, si todo continúa igual en un par de días podrá llevarla a casa —informó optimista. Antonio miró a Glía, que no había entendido la conversación, pero que observaba el sobre deduciendo su contenido.

—De acuerdo...

—Los dejo, con permiso —dirigió su atención a Glía—. Felicidades, es hermosa —le dijo en su idioma, ella sonrió agradecida.

En cuanto quedaron solos, Glía volvió su atención a Camelia. Antonio abrió el papel como hubiera abierto cualquier otro. Sacó la hoja y leyó sin mostrar ninguna emoción; era positivo. Lo dobló y lo guardó en una bolsa de su saco. Glía ni siquiera intentó investigar su expresión, sabía muy bien qué era ese documento, pero era evidente que estaba completamente segura de la paternidad. En eso al parecer no le mintió, aun así, no debía dejarse llevar, eso no cambiaba nada. Glía probablemente solo se hubiese acostado con él, pues no había tenido muchas opciones y sabía usar la táctica más vieja de todas; darse a desear. Además, por otro lado, tener a esa bebé sería una forma de atarse a su vida de una forma definitiva, contundente. No, el que Camelia fuera suya no cambiaba en nada lo que sucedía con la madre de su hija, al contrario, sus conjeturas solo

lograban empeorar lo que pensaba sobre ella.

—En un par de horas vendrán a registrarla, Camelia llevará mi apellido a partir de hoy —sentenció. Glía asintió acariciando la cabecita de su hija indiferente a él o a lo que le decía. Salió molesto. Creyó que lo vería triunfante, que buscaría justificarse argumentando que ella nunca le mintió, que merecía una disculpa, pero ni lo miró, parecía tenerle sin importancia lo que sabía que contenía ese sobre, como también el que la registraran en unas horas con el apellido de él. Sus actitudes lograban desorientarlo. ¿Qué era lo que en realidad quería?

Más tarde ambos firmaban el acta de nacimiento de la niña. Camelia Arantes Rivas. Glía apenas si había prestado atención al delegado, ayudó a poner las huellas de su pequeña sobre el papel y luego, con mucha delicadeza, le despintó su pie. Ya la había alimentado y no dejaba de contemplarla, de tocarla, de olerla. Una enfermera la ayudó a recostarse en su cama pues debía mantener reposo, mientras otra sujetaba a la bebé. En cuanto quedó sobre las almohadas pidió ansiosa de nuevo a la niña. Antonio observó todo el movimiento desde el marco de la puerta.

Casi a mediodía llegaron por Camelia. Antonio había decidido salir de ese lugar, que tanto lo martirizaba horas atrás, dejando a uno de sus escoltas en la puerta que dominaba el español. Cuando intentaron llevarse a Camelia para cambiarla y que Glía pudiese descansar; se negó. Las mujeres no podían comunicarse con ella por lo que entre ambas se la intentaron quitar. El escolta entró al escuchar el alboroto. Alejó a las mujeres de Glía y les preguntó qué sucedía. Las enfermeras le explicaron mientras Glía se limpiaba una lágrima. Cuando el hombre comprendió la miró serio y le tradujo todo con calma.

—Pero yo estoy bien, no quiero que se la lleven, Antonio dijo que una enfermera se quedaría aquí... —sollozó aferrando a su hija con cuidado. El hombre les informó a las jóvenes lo que acababa de escuchar. Otro intercambio de palabras que ella observaba frustrada.

—No tienen esa orden, debe dárselas, son reglas del hospital —le informó estoico. Glía negó.

—Dígalas por favor que un poco más, se las daré en un rato más —rogó, pero una de las enfermeras negó con firmeza ya molesta argumentando algo que para variar no comprendió. De repente una voz muy familiar intervino con sequedad. Glía observó a Antonio haciéndole señas a los tres para que salieran. La mujer que parecía enojada intercambió un par de palabras con él, sabía perfectamente que esa chica no era ni su esposa, ni su querida, incluso habían mandado a hacerle una prueba de paternidad y al parecer se sentía ya muy segura de su posición. Antonio le contestó algo que la dejó lívida. Los tres salieron sin agregar nada más. Unos minutos después él entró de nuevo con una mujer de gesto amable, pero vestida de blanco.

—Glía, ella es Fábía, habla español y te ayudará con Camelia aquí y en la casa —le comunicó sin delicadeza. La pelirroja pestañeó contrariada.

—Mucho gusto, Fábía —la saludó sonriendo con boca temblorosa, pero enseguida miró a Antonio—. Sé que no estoy del todo bien, pero no es necesario... Yo puedo cuidarla —argumentó desconcertada, pálida y desencajada. El hombre no comprendió.

—Salga un momento Fábía y lleve a Camelia a los cuneros —pidió con autoridad. Glía, atónita, posó sus ojos en los suyos, asombrada por su monstruosidad—. Glía, dásela, te la traerán en una par de horas —ordenó. Las lágrimas salieron al darse cuenta de que había perdido la batalla. La enfermera se acercó y con cuidado se la quitó.

—No se preocupe, no me despegaré de ella... Se lo prometo. —Parecía hablar en serio, pero esa promesa fue justo lo que la asustó. En cuanto se quedaron solos él giró sombrío.

—No me la quites, Antonio, te lo ruego. Yo puedo cuidarla en cuanto me mejore... Por favor —imploró desesperada. Él sintió escocer en las manos, en su piel, la necesidad de consolarla, no

pudo. Se alejó perdiendo su atención en el exterior.

—No sé lo que sucederá, pero por ahora no es lo que tengo planeado. Un recién nacido necesita de su madre y aunque esté convencido de que no eres el mejor ejemplo, no puedo dudar de tu devoción por ella, que espero no sea fingida y otra pantomima, por si es, o no, Fábía ayudará en todo. Cuidar a un bebé es extenuante y no quiero que le falte nada.

—No le faltará nada —expresó con un hilo de voz. Glía se daba cuenta de que la creía capaz de cosas que ni siquiera se podía llegar a imaginar. Se sentía al borde de la histeria, de la locura y si no fuera porque Camelia era ahora su vida, sabía que ya hubiera perdido la razón hacía algún tiempo.

—Es precisamente de lo que me voy a asegurar... —Sabía que discutir con él era como hacerlo contra una pared, Antonio ya había sacado sus conclusiones y nada lo movería de ahí.

—¿De verdad la traerán más tarde? —quiso saber llorosa y derrotada.

—Sí, tú mientras tanto debes comer y descansar... Así que no te quito más tu tiempo y por favor, no quiero volver a presenciar un escándalo como el de hace unos minutos, si vienen por Camelia se las das y asunto terminado —sentenció.

Glía ya se había acurrucado en la cama como una animalillo herido. La imagen volvió a conmoerlo y enojarlo en la misma proporción. Salió cerrando tras él. La jefa del departamento de enfermeras ya estaba esperando visiblemente nerviosa.

Una cosa era que Glía fueses lo que era y otra muy diferente que en ese lugar, que valía una fortuna la noche, la trataran así. Cuando entró y escuchó lo que ocurría experimentó una rabia tal que se tuvo que contener para no estrangular a esa mujer amargada que le hablaba de esa forma tan golpeada y poco desconsiderada a la madre de su hija. Después de exigir que a esa enfermera la relegaran de ese piso y de cerciorarse de que Glía recibiría la atención que él quería, abandonó el hospital.

Un par de días después la dieron de alta. Tenía que ir con calma y cuidarse; reposo relativo y estar al pendiente de la presión. Antonio se felicitó por contratar a Fábía, la necesitaría para Camelia y... para la salud de Glía. Sobre todo para la segunda, pues cuando se trataba de la niña parecía que se olvidaba de sí y eso era lo que de verdad le preocupaba, el amor que le profesaba a la recién nacida era indiscutible, incuestionable.

Augusta ya había ido a conocerla, pero solo por unos minutos demostrando así la inconformidad ante la situación, al contrario de Adelina que pasó dos tardes enteras ahí hablando de todo lo que ya había comprado para la habitación de Camelia.

Al llegar a casa Antonio la ayudó a bajar a pesar de que la joven parecía no querer ni que la tocara. Anduvo lentamente con la bebé en brazos. Pero cuando entraron se la quitó con delicadeza y se la dio a su nana.

—Yo puedo —se defendió siguiendo a su hija con la mirada. Antonio colocó una mano por detrás de sus piernas, negando.

—No lo discutiré y queremos llegar hoy a la planta alta —argumentó. Glía se aferró a su cuerpo estirando el cuello para ver a la niña. Cuando Fábía se adelantó a petición de Antonio, Glía descansó la cabeza en su hombro mirando al frente.

Seis semanas pasaron de aquella terrible noche. Glía se encontraba muy bien, se recuperó con asombrosa rapidez. Al principio, instaurar una rutina fue complicado, primero porque Camelia no tenía horarios, pero por otro lado, la actitud de la madre no ayudaba. Insistía en que debía dormir con ella en su habitación, cosa a la que Antonio accedió parcialmente, solo en el día, por las noches no, Glía necesitaba reponerse. Discutieron por eso en algunas ocasiones, al final la

objetividad de él triunfaba. Además también quería pasar tiempo con su hija y si la madre la acaparaba de esa forma era imposible, por lo que en las tardes después de comer y también después de cenar iba a la habitación de la niña y permanecía con ella en brazos varios minutos disfrutando de poder tenerla solo para él, pues Glía con Antonio era con el único que no chistaba y parecía sentirse tranquila cuando la tenía.

No coincidían mucho, así lo procuró, sin embargo, a veces era imposible evitarla. Siempre meciendo a la niña, cantándole tiernas canciones de cuna, cambiándola con pericia y paciencia, alimentándola mientras le hablaba sobre sus abuelos o cosas que le ocurrieron durante la infancia.

Glía parecía haber florecido, si eso era posible, ya era la misma mujer esbelta de antes debido a los pocos kilos que subió, el brillo en los ojos regresó y se le veía satisfecha con lo que hacía cada día, aunque sabía que vivía con el constante miedo a que tomara por fin una decisión respecto a ella y su hija. Y la realidad era que había pasado noches enteras medítandolo; la deseaba más que a ninguna otra mujer, no podía imaginarse su vida sin su presencia a pesar de todo.

Esa joven de cabello color fuego lo cambió en más de una forma; soñaba con sus ojos, moría por tocar ese dulce y bello cuerpo, tenerla bajo su peso gimiendo de placer, de excitación, escucharla hablar, contemplarla observarlo todo asombrada, su rubor, su boca, su melena esparcida en la almohada. Esa mujer lo enloquecía y por mucho que fuera un ser codicioso, manipulador e interesado, no la dejaría marchar tan fácil de su vida. Ella quería dinero, comodidades, se las daría, pero a cambio la tendría en su cama cada noche solo para él, y su hija tendría una madre, que hasta ese momento, era amorosa y paciente.

Un domingo, sintiéndose más optimista, fue a jugar golf con Máximo que había regresado de una larga temporada en el extranjero y quería conocer a la nueva heredera Arantes.

En cuanto llegaron, Antonio subió directo a la habitación de Glía, la niña a esas horas estaba ahí, ya sea solo con su madre o con Adelina meciéndola maravillada y platicando relajadamente con ella. Tocó y entró casi al mismo tiempo. Lina tenía a Camelia en brazos mientras Glía las observaba sentada sobre su cama sonriendo. De verdad era hermosa, su cabello lo llevaba sujeto en un moño suelto que dejaba unos cuantos rizos alrededor de su rostro, traía una blusa de algodón blanca junto con una falda larga y un cinturón que quedaba flojo y provocador a la altura de la cadera. La pelirroja lo encaró serena apenas si un segundo para enseguida posar la atención en su hija. Así solía ser cuando estaba Camelia; nada lograba sacarla de ese mundo de serenidad y tranquilidad que en cuanto entrabas a la habitación, se podía percibir.

Caminó hasta su hija y besó su frente amorosamente. Era una niña muy bella, su piel blanca con cabello negro un tanto rizado y ojo claro, aun no sabían cuál sería el tono definitivo pero se adivinaba gris. Siempre estaba atenta a su entorno, respondía con facilidad, sin embargo, no era dócil ni serena, al contrario, su carácter era impetuoso, voluntarioso, lloraba con facilidad si había mucho barullo a su alrededor o escuchaba alguna discusión, le gustaba estar en brazos y a veces solo se tranquilizaba cuando Glía le cantaba o la pegaba a su pecho. La conexión entre ambas era asombrosa y muy conmovedora, se necesitaban con la misma urgencia y parecía que ambas solo encontraban calma cuando estaban juntas.

—Máximo está aquí, quiere conocerla —dijo relajado. La joven se tensó de inmediato, era un tanto aprensiva en todo lo concerniente a su hija, quedaba clara su desconfianza hacia todos los integrantes de esa casa. La ignoró y tomó en brazos a Camelia caminando rumbo a la salida sin esperar su opinión.

—Pero aun esta en pijama, hay que cambiarla —murmuró levantándose.

—No hace falta, serán unos minutos... —reviró, pero Glía iba tras él, ansiosa. Antonio se

detuvo y le dio su hija a Adelina, serio. La joven también se detuvo, intimidada—. Llévala abajo, ahora voy —ordenó a su tía. Ésta los observó contrariada e hizo lo que le pidió. Antonio tomó del brazo a Glía y la guio hasta su dormitorio que estaba contiguo al suyo. Una vez dentro, cerró la puerta y la miró penetrantemente—. ¿Qué sucede contigo?, Camelia es mi hija y es natural que quiera que mi mejor amigo la conozca —bramó molesto. Glía se alejó un poco jugando con sus manos.

—Yo... lo sé, pero...

—Pero nada, nadie le hará nada, eres su madre, no un dechado de virtudes, yo puedo cuidarla tan bien como tú lo haces... No me gusta que te comportes como si le fuéramos a hacer algo —rugió. Ella le dio la espalda y anduvo hasta una de las ventanas.

—No es eso... Es sólo que... —Él avanzó hasta quedar a un escaso metro de ella.

—Es solo que la culpa y el miedo no te dejan pensar con claridad —completó indolente. Los ojos de la joven se nublaron encarándolo con ira y súplica.

—Pues sí, no sé si cada día que pase sea el último que me permitas estar a su lado, ¿cómo quieres que viva tranquila? —Le hizo ver claramente temerosa. Antonio sujetó su barbilla acercándola a su rostro.

—Eso depende de ti. —Pestañeó sin comprender.

—Sabes que no quiero dejarla, moriría sin ella. —La sinceridad que leyó en sus ojos lo desconcertó, hasta ese momento no había reparado en lo nerviosa que se encontraba cuando estaba alejada de la niña y el esfuerzo enorme que hacía para no transmitírselo a su hija.

—Glía... Camelia te necesita, y yo te deseo, te deseo locamente —habló sin reparos. La pelirroja se ruborizó intentando zafarse, pero no se lo permitió, su aliento rozaba su piel y veía sus labios como si fueran unos caramelos succulentos que debía probar.

—Antonio... —replicó al sentir como su cuerpo reaccionaba ante ese gesto.

—Glía, quiero proponerte algo, algo que nos conviene a ti, a mí, y a Camelia. —Ahora sí la dejó libre. La joven lo estudió arrugando la frente, parecía no tener ni idea de lo que él diría. De repente no le pareció tan buena opción, su mirada inocente e ingenua lo conmovió y se encontró pensando que sería muy bajo proponerle algo como lo que tenía en mente. Se dio la media vuelta, abrió el balcón y observó el exterior serio.

—¿Qué? —Escuchó su vocecilla dolorosamente ansiosa.

—Vamos a olvidarlo todo, vamos a pretender que nada de lo que fue sucedió. Tú eres la madre de mi hija y eso siempre será así, ese vínculo nos mantendrá unidos toda la vida, así que... creo que debemos pensar en una solución práctica, no quiero que mi hija crezca entre gritos y peleas. —Cada vez entendía menos. Él parecía estar hablando muy en serio. Tomó sus manos y la miró fijamente—. Glía, tendrás una casa, no les faltará nunca nada, tendrás lujos, comodidades, todo lo que desees, nadie te quitará a Camelia, podrás hacer de tu vida lo que quieras, siempre y cuando estés a mi disposición... —terminó. Ella retiró delicadamente sus manos frunciendo el ceño.

—¿A tu disposición? —repitió sintiendo que lo golpearía.

—Sí, a mi disposición, quiero que...

—Sea tu amante —concluyó ella. La forma en la que lo dijo no le gustó, lo hacía parecer algo sucio, algo bajo. Pero era la mejor opción para ambos. Glía retrocedió asqueada y más humillada que nunca.

—Es lo mejor, tú también me deseas, lo sabes, no te hagas la inocente, bastó que me metiera en tu cama aquella noche para que reaccionaras de inmediato.

—Es asombroso como has logrado ensuciar los mejores momentos de mi vida. Nunca, jamás me rebajaría a algo así —espetó contundente con lágrimas en los ojos, pero con absoluta certeza.

—¿Qué esperabas? ¿Qué te propusiera matrimonio? Por Dios, Glía, eso nunca sucederá, date cuenta de quién eres, de quién soy yo... Me atraes, no lo niego, pero casarme contigo jamás. Eso es un privilegio que tú no mereces. Te estoy dando una salida, una opción, miles de mujeres estarían brincando de emoción por esto y más después de lo que yo sé de ti, creo que incluso me estoy pasando de condescendiente —gruñó. Glía se limpió rabiosa las lágrimas que salían sin lograr contenerlas. Una opresión descomunal creció justo en medio de su pecho. Con esa propuesta acabó de aniquilar los sentimientos que alguna vez le generó.

—No dudo que eso sea lo que muchas quieren, pero yo no, yo simplemente quisiera que desaparecieras, que nunca hubieras existido, que aquella noche que llegaste a mi apartamento no hubiéramos... hecho lo que hicimos. —Al recordar ese suceso Antonio apretó los dientes.

—Si no hubiera sido esa noche, hubiera sido en una subsecuente, ¿por qué la indignación? O pensabas que iba a soltar dinero sin recibir nada a cambio —argumentó con voz dura.

—Te desprecio, Antonio, y no veo cómo podemos ser eso que quieres si siento esto por ti.

—No hace falta que te inspire tiernos sentimientos, Glía. Este será un acuerdo entre una mujer y un hombre que se desean, un intercambio comercial, yo te mantengo y tú me pagas con tu cuerpo —repuso. Glía lo miró atónita. Antonio hablaba de un modo que se le helaba la sangre.

—¿Si no acepto...? —lo desafió temblorosa.

—Te irás sin Camelia —zanjó. Glía perdería la conciencia, la razón. La estaba acorralando. Tuvo que sentarse en la orilla del colchón para no caer.

—No puedes hacerme esto, Antonio... Déjame ir, déjame ir con ella, te juro que siempre la podrás ver, que podrás estar a su lado, esto no tiene forma de terminar bien.

—Imposible, este es el trato y o lo tomas o lo dejas, no negociaré. Eres mi amante o sales de una maldita vez de mi vida. Tienes veinticuatro horas para darme una respuesta —sentenció. Glía tenía encorvados los hombros, lucía más derrotada y doblegada que nunca y eso no le provocó ningún placer—. Si aceptas, no existirán más peleas y el pasado quedara ahí, en el pasado —prometió.

La joven asintió con la cabeza apuntando a sus pies. Se levantó lentamente y lo observó profundamente decepcionada. Antonio sintió una descarga en el pecho ante esos ojos verdes clavados en los suyos.

—Gracias por tu oferta, pero no soy una prostituta —y salió un segundo después mientras él miraba su delgado cuerpo alejarse. Una angustia abrumadora y la sensación de que había llegado demasiado lejos lo embargaron. Moría por tenerla de nuevo, pero no así, no derrotada. Sin embargo ¿qué otra cosa podía hacer? Pensó perdiendo la atención en el jardín, con un creciente nudo en la garganta, con un agujero en el pecho que lo comenzaba a consumir.

Máximo se quedó a comer como solía. Glía los acompañó como últimamente, no quería ser presa de nuevo de la amargura y dureza de Augusta que siempre la veía como un bicho raro y no muy bien recibido en su casa. No habló en toda la comida, se ahogaba, quería correr lejos y gritar hasta que su voz se extinguiera, se acabara. Su vida ya no estaba en sus manos y por mucho que intentaba encontrar la forma de recuperarla, no veía cómo lo lograría.

Cuando el mejor amigo de Antonio la vio acercarse no pudo evitar abrir los ojos asombrado, era una criatura que no podía pertenecer a este mundo. Pasó saliva sacudiendo la cabeza para alejar todos los pensamientos que le provocaba, después de todo era la madre de la hija de su casi hermano, entre ellos jamás podría existir nada. Adelina notaba la actitud taciturna y ensimismada de Glía, no es que fuera un ser conversador, sólo cuando se encontraban solas, pero con gente a su alrededor solía ser retraída y callada, sin embargo, en ese momento estaba segura de que algo muy malo sucedió entre su sobrino y ella, ambos se percibían tensos, extraños.

En cuanto fue prudente Glía desapareció mientras Antonio la observaba molesto, inquieto.

Máximo y él cabalgaron sin hablar de nada profundo, recuerdos de la infancia y de la situación del mundo. Al llegar a casa el crepúsculo asomaba.

—Señor —escuchó aquella familiar voz. Camilo se encontraba a un lado de las caballerizas, iba vestido informalmente y no lucía muy bien. Llevaba fuera del trabajo más de un mes, al parecer su problema no se había solucionado, pues su talante y el que estuviera ahí en domingo, demostraba justo eso.

—Camilo, qué bueno es verte... —lo saludó mientras éste se acercaba a ellos. El hombre de verdad estaba desenchajado, preocupado. Eso lo alertó de inmediato—. ¿Pasa algo? —No supo por qué, pero en lo único que pudo pensar fue en ella.

—Sí, señor, necesito hablar con usted de inmediato. —Máximo arrugó la frente desconcertado, ninguno de los dos vieron alguna vez a ese hombre así; parecía culpable, arrepentido.

—Vamos al estudio... Acompáñanos, Máximo —pidió. Éste los siguió intrigado, contento de poder saber qué era lo que tenía así a un hombre tan inquebrantable.

Al llegar Camilo cerró la puerta tras él, traía un sobre color vainilla en la mano y lo aferraba como si fuese una joya. Antonio le indicó que se sentara en uno de los sillones, mientras él y su amigo hacían lo mismo en otro. Lo que ese hombre tuviera que decirle estaba seguro que Max podría oírlo.

—Señor, no sé cómo comenzar, pero... —Negó perdiendo la vista en un punto lejos de su jefe. Antonio no le gustaba nada lo que estaba ocurriendo. Camilo abrió el sobre y sacó una hoja—. Tome, es mi renuncia —y se la tendió pero él ni siquiera la agarró.

—¿De qué diablos hablas? Eres mi jefe de seguridad... Explícame qué sucede. Sabes que no me gustan los rodeos —acotó. El hombre asintió transpirando a pesar de que los meses de frío estaban llegando. Se puso de pie y lo miró culpable.

—Antes que nada debe saber que mi mayor prioridad siempre ha sido su seguridad y la de su familia, que he obrado en base a eso... Nunca, jamás he querido hacerle daño a nadie y gracias a mi soberbia creí que era imposible que fallara alguna vez, pero... me equivoqué. He cometido un

error imperdonable y no podré verlo a los ojos después de que le diga de qué se trata —habló sombrío. Antonio sintió que su corazón se aceleraba, sus manos temblaron casi imperceptiblemente, pero consiguió permanecer impassible como estaba habituado.

—Habla de una vez, hombre, no me gusta nada lo que dices. ¿Sucedió algo que deba saber?

—Sí, en realidad muchas cosas y... todas tienen que ver con la señorita Glía —confesó profundamente turbado. Su jefe sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo, negando aterrado. Enseguida adivinó por dónde vendrían las cosas, ese nudo en la garganta que lo había estado acompañando desde que habló con ella por la mañana no se había ido y empezó a ahogarlo.

—Camilo, es mejor que digas de una vez lo que sucede... —lo alentó Máximo al ver el rostro lívido de Antonio. Camilo se acercó a su jefe y le tendió el sobre, este lo tomó dudoso.

—Señor Antonio, la señorita Glía... Bueno... He cometido un error imperdonable. Ella no estaba coludida con esos hombres, las fotos que le di son de su hermana Ana. Son asombrosamente parecidas, sólo que ella es mayor y... con un carácter muy diferente. —Él mismo la había visto; esa mujer era descarada, vulgar y... una delincuente.

Un agujero bajo sus pies lo tragó de un solo bocado sin contemplación, sintió como si una mano estrujara sus pulmones a tal punto que respirar dolía, ardía.

—¿Qué diablos estás diciendo?! —rugió al tiempo que sacaba el contenido y comenzaba a leer lleno de temor. Máximo distinguió cómo el rostro de su amigo pasaba de la sorpresa, al horror y al dolor en la medida que sus ojos absorbían las letras ahí escritas. Esperó en silencio al igual que el escolta.

Antonio supo todo de golpe. La vida de Glía fue digna de una película de suspenso. Su hermana desapareció hacía casi cuatro años, andaba en malos pasos con una banda de traficantes y secuestradores de alto nivel, jugó mal sus cartas y vendió información al hermano del líder convirtiéndose en su amante y despertando la sed de venganza de ese tipo. Así que visitaron la casa de Glía y amenazaron a su padre exigiéndoles el pago de lo que perdieron. El hombre era contador y vivía tranquilamente sin lujos, simplemente con lo necesario. Le dieron tres meses para hacer el pago, pero al no conseguir esa exorbitante cantidad lo citaron para que les diera las escrituras aún hipotecadas de la casa y todo lo que tenía en sus ahorros para su vejez y la de su mujer, pero para ellos no fue suficiente y le pidieron que hiciera un trabajo... de esa forma no matarían a su mujer y a Glía. Tuvo que asesinar a tres chicos menores de edad que les debían dinero. Después de eso el hombre se vino abajo, perdió el trabajo, se dedicó a tomar y las deudas comenzaron a crecer dejándolos sin pan en la mesa. Glía abandonó sus estudios para buscar otro trabajo, continuó en la papelería y consiguió también empleo en aquella cafetería...

Ya era imposible respirar, temblaba y transpiraba sin poder contenerlo. Con el pecho oprimido, abrió las grandes puertas y salió buscando aire. Perdería el conocimiento. El aire no entraba a sus pulmones como debía y la garganta la sentía terriblemente cerrada, la piel la sentía pegajosa y no lograba enfocar con claridad.

La joven mantuvo a duras penas la casa durante un tiempo, pues su madre estaba deprimida y vendía uno que otro pastel de vez en cuando. Un día ella se encontraba trabajando cuando ese tal Gregorio dio la orden de incendiar su casa con los padres de Glía adentro. Ella se quedó de un momento a otro sin nada.

¡Mierda, mierda, mil veces mierda! Negaba mientras leía. Durmió una semana en casa de Azucena, su amiga. Recordó que se la había mencionado durante aquel mes que salieron juntos. Se recargó en el barandal de piedra respirando profundamente, no podía ser verdad todo aquello, ella no podía ser la misma chica que ahí describían. La sangre lo recorría vertiginosa quemando su

interior cual lava. Giró hacia Camilo hirviendo de coraje, de indignación, de rabia, de... miedo. Dejó los papeles en una de las mesas y lo sujetó furioso por la camisa.

—¿Qué carajos significa todo esto?! ¡Dime que no es lo que estoy pensando, dime que Glía intentó usarme, que ella no es una víctima en todo esto! ¡Dime que no he cometido la peor de las estupideces, la peor de las injusticias! ¡Dímelo de una maldita vez, Camilo! —Antonio gritaba y zarandeaba al hombre que parecía no tener la menor intención de defenderse.

Máximo lo comprendió todo de inmediato. Dios, eso sí que era toda una pesadilla, una infernal. No obstante, su amigo estaba fuera de sí, jamás lo había visto de esa manera, lo mataría, si seguía lo haría pues el otro no parecía tener la intención de defenderse.

—Antonio, tranquilízate, no ganarás nada, suéltalo —y se lo quitó de encima con dificultad.

—Señor, lo siento mucho, la señorita Glía es inocente. Soy un miserable, en realidad ella lo protegió mejor que nosotros, usted estuvo en peligro, ella quiso salvarlo cuando esos hombres la buscaron...

—¿Cómo que la buscaron? ¿Protegerme? —logró preguntar zafándose de Max e intentando pensar con claridad, aunque no lo lograba del todo, lo único que podía pensar era que había lastimado al único ser que debió haber venerado. Toda la información se le revolvía en la cabeza como un gran huracán.

—Sí, señor, ellos la querían obligar a sacarle dinero. Ese hombre, Gregorio, está obsesionado con ella, por eso no la mataron en el incendio. Pensó que podría serle útil de una u otra forma, la quería de su amante... —escupió con desprecio—, pero también vio posibilidades en ella que podrían ayudarle antes de hacer eso, fue entonces cuando usted apareció y la extorsionaron. La señorita Glía sabía que le harían daño, el día que le di el informe supe que ella lo iba a dejar para evitar que esos hombres lo lastimaran. Ella... no tenía ni idea de quien era usted —admitió acongojado.

Antonio cerró los ojos recordando las veces que se lo dijo, sus miradas, sus palabras... De pronto todo cobró sentido. Se giró sacando de su pecho desgarrado un grito doloroso para enseguida tirar la mesilla que tenía varias botellas y copas de cristal, aventó objetos que salieron proyectados contra los cristales, lámparas, aparatos electrónicos, todo acabó deshecho en el suelo mientras los dos hombres lo observaron sin saber qué hacer. Máximo estaba atónito y Camilo se sentía culpable.

—No puede ser, no puede ser —repetía apoyando la frente en uno de los fríos muros golpeándose la cabeza sin poder contenerse, las lágrimas humedecían sus mejillas y se sentía sumergido en un letargo lastimoso.

—Señor... Todo está ahí. Averigüé hasta el menor de los detalles. Cuando empezó a salir con la señorita y comencé a investigar, infiltré a un hombre en esa banda. Fue por él que supe lo que le dije, no me mintió, eso era lo que creían. Pero cuando terminaron lo saqué ya que era arriesgado. Pero aquel día que la dejó en el apartamento, cuando la trajo de ese albergue, debo confesar que al ver su rostro, su mirada, la duda apareció, era muy inocente, muy ingenua y algo no cuadró... Por eso decidí ahondar en la investigación. Me enteré muchas cosas, todo lo encontrará ahí. Esos hombres son muy peligrosos, asesinos, están locos, la señorita Glía lo sabía y jamás dijo nada por miedo, la tenían amenazada con la señora de la cafetería; Margarita y a su amiga, además, de a todos sus familiares que radican en diferentes lugares de México. Obviamente con esos hombres no pude investigar más sobre la señorita y para esas alturas sentía que tenía una deuda personal con ella, intenté por semanas sacarle información a la dueña de la cafetería por medio de agentes encubiertos... No soltó nada, todo este tiempo que me ausenté estuve en México, cooperé con la

policía de ese país, los operativos lograron terminar casi con todos, pero aún me faltaba conocer todo sobre la vida de la señorita así que decidí buscar a la mujer y contarle toda la verdad, fue hasta ese momento que me dijo lo que sé. Lo redacté y... ahí lo tiene. No sabe cómo lamento todo esto. Es por ese motivo que le doy mi renuncia —murmuró vencido.

Antonio se sentía ajeno y asintió sin verlo, temblaba tanto como el día en que Lidia y Romano tuvieron ese funesto accidente, con la diferencia de que ahora él era el responsable de la miseria de alguien a quien amaba. ¿Cómo la miraría a los ojos? ¿Cómo volvería a siquiera hablarle? Glía, esa joven ingenua y maravillosa que lo hechizó desde el primer momento fue víctima de humillaciones, maltratos... Él no era mejor que esos hombres se lamentó furioso, impotente, perdido, más perdido que nunca.

Alguien llamó a la puerta. Máximo abrió discretamente al notar que los otros dos no parecían si quiera haberla escuchado.

—¿Está el señor Antonio? —Era Fábía, lucía agobiada.

—Ahora se encuentra un poco ocupado... —dijo Máximo educadamente evitando que viese el interior del estudio que se encontraba completamente destrozado.

—Es importante, la niña Camelia tiene fiebre y la señorita Glía está muy nerviosa —explicó con premura. Antonio, en cuanto escucho aquello, se limpió el rostro con el dorso de la mano y salió de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó con urgencia, descompuesto.

—Camelia tiene fiebre y se acaba de convulsionar, ya llamé al médico pero la señorita Glía está muy asustada —ahondó en lo que ocurría. Antonio no esperó más explicación, subió en menos de un segundo. Respiró hondo y entró a la habitación de Glía, no estaban ahí, enseguida fue a la de Camelia. Al verla su mundo se desquebrajó, cerró con fuerza los puños y entró. Ella la mecía de pie y le cantaba con voz temblorosa. La opresión en el pecho lo torturaba, su fragilidad, su vulnerabilidad, su inocencia, no fueron fingidas, eran sinceras, reales y él había pisado una y otra vez su orgullo, su dignidad.

De pronto ella se percató de su presencia, agobiada. Nunca olvidaría esos ojos verdes sobre sí, rogando ayuda. Deprisa se acercó y tocó la frente de su hija.

—Tiene treinta y nueve, se convulsionó, Antonio, fue horrible... —sollozó llena de Angustia. Sin poder contenerse, le dio un beso en la frente y acunó su bello rostro para que lo mirara.

—No pasará nada, ella estará bien. Confía en mí, ahora desvístela, la meteremos a la bañera, ¿de acuerdo? —Asintió obediente, sabía muy bien que no era momento para rechazarlo, para odiarlo. Él preparó la tina de inmediato. Glía llegó pálida. Le quitó a la niña de sus brazos y metió parte de su cuerpecito en el agua tibia. Lloraba, se quejaba. Romano, de muy pequeño, cuando aún vivían en México, también tuvo fiebre, entre Lidia y él así se la bajaron. Glía permaneció a su lado observando cómo la manejaba con seguridad, con maestría. Se limpiaba las lágrimas de vez en vez, escuchar a su hija llorar así la partía en dos. Quince minutos después la sacaron y su madre la enrolló en una toalla de inmediato.

—¿Habrá bajado? —preguntó ella posando sus tiernos labios en la pequeña sien.

—No lo sé, vamos a tomarle la temperatura. —Pasó una mano por su cintura y entraron a la habitación. Fábía ya estaba ahí. Antonio tomó el termómetro y se lo colocó en su oreja un segundo —. Treinta y ocho —dijo. Glía lo miró con sus grandes ojos verdes agradecida, pero aún asustada.

—Sí bajó... —habló agobiada. Él acarició su mejilla, enternecido. ¿Cómo mierdas enmendaría lo que hizo? Sin embargo, en ese momento lo primordial era Camelia, así que volvió

su atención a su hija.

—Vamos a ponerle algo ligero... Fábía, prepara su biberón.

Antonio observó cómo Glía la vestía, sus manos delgadas y delicadas lo hacían con pericia, con ternura, con suavidad. Cada minuto crecía más ese hueco hondo y profundo en el corazón. Esa mujer era su vida, siempre lo fue y ahora la perdería... Se sintió un miserable, un mezquino.

Mientras Glía la alimentaba con esfuerzos, pues Camelia aún se quejaba, el pediatra llegó. La examinó enseguida. Antonio no pudo evitar rodear el tembloroso cuerpo de Glía por los hombros y acercarla, para su sorpresa ella se recargó en su pecho, agotada. Besó su cabellera con los ojos enrojecidos, ese gran dolor que producía el saber todo lo que tuvo que pasar por haberse equivocado de esa forma tan garrafal, tan imperdonable, lo consumía. El detestable error que cometió no podría resarcirlo ni en toda una vida.

Camelia tenía un virus, muy común a esa edad, lo que no era normal era que se hubiese convulsionado por lo que les dio una orden para hacerle unos estudios al día siguiente. Glía no pudo evitar ponerse nerviosa y atacó con miles de preguntas que aún no tenían respuesta y que Antonio tradujo al pie de la letra.

Fábía acompañó al doctor hasta la salida, mientras Glía acostaba a la niña en su cuna ya sin fiebre.

—Debes ir a descansar... —la instó al ver su figura frágil notoriamente exhausta.

—No, me quedaré aquí —dijo con suavidad, se hallaba recargada en el barandal de la cuna acariciando la cabeza de la niña con dulzura. Antonio la hizo girar para que se irguiera. Sus ojos estaban rojos, dilatados. Sintió una infinita ternura y supo, en ese momento, que por ella sería capaz de cualquier cosa, lo que fuera.

—Yo me quedaré. Te prometo que estaré al pendiente, cualquier cosa te llamaré... —propuso. Glía dudó apretando la boca, mirando en dirección a su hija. El hombre sintió una necesidad feroz de besarla. ¿Qué había hecho con todo lo bello que esa dulce mujer le había dado? ¿Qué?

—Tú mañana trabajas... —Buscaba algún pretexto, no se atrevía a encararlo después de la conversación que tuvieron a mediodía, ya había llorado bastante. Recordar lo que le dijo sólo logró hacerlo sentir peor. Acunó su barbilla sereno y cariñoso.

—Y tú también, ser madre es un trabajo agotador. Por favor, Glía, ve a descansar, intenta dormir... Prometo que te avisaré al menor cambio.

—¿De verdad?

—Sí, *feiticeira* —avaló. La acompañó hasta su habitación, pero antes de entrar la joven volvió a detenerse.

—Antonio...

—Glía, de verdad, ya tuve un pequeño, ¿lo recuerdas? Sabré cuidarla, yo por la noche, tú durante el día. Es lo justo —le hizo ver. Ella asintió e ingresó en silencio.

Varias horas después ambos permanecían despiertos, solo que por diferentes razones.

Glía se dio cuenta de que jamás podría vivir sin su hija, que si para estar con ella tenía que pasar por encima de su orgullo y dignidad; lo haría. Antonio se portó muy bien durante toda la crisis. Sabía que si aceptaba, él cumpliría su promesa y no discutirían, ni reñirían. Sin embargo, moría de miedo de pasar tanto tiempo a su lado, de volver a compartir la cama con aquel hombre impresionante. En algún punto ella de verdad olvidaría todo lo que ocurrió, la injusticia que era su vida y el odio que intentaba tenerle y que no lograba hacerlo crecer a pesar de todo. Él se casaría con alguien de su posición, tendría sus propios hijos y entonces... probablemente la olvidaría, haría a un lado a Camelia y a ella... Eso se supondría que fuera lo ideal, pero sospechaba que

sería lo más doloroso de toda esa historia.

En algún momento dejaría salir todo ese amor contenido y le sería imposible rehacer su vida. Sin embargo, lo más importante era su hija, no tenía más salidas ni opciones, era eso... o perderla y se había jurado que ella siempre estaría a su lado, aunque fuera rebajada a ese nivel.

Escapar con la niña era una idea que cruzó por su cabeza... un millar de veces, pero si por alguna remota razón lo lograba, cosa que ahora sabía era casi imposible, ¿de qué vivirían? No hablaba portugués, estaba muy lejos de México, no conocía a nadie y haciendo a un lado el hecho de que Antonio las encontraría en un pestañeo y tenía su pasaporte, ¿cómo mantendría a Camelia?

Ella sabía lo que dolía el hambre, lo que era no tener un techo encima, lo difícil que era salir adelante, sin embargo, sola no lo hubiera dudado, no permanecería un segundo más ahí, pero teniendo a la niña era diferente y peor aún en esas circunstancias.

Su vida no tenía nada que ver con lo que había planeado, con lo que soñó, hacía años que todo a su alrededor era un caos, confusión. Su futuro se le salió de las manos en el momento en que Ana decidió irse, ese fue el acto más egoísta del que hubiera sido testigo. Arruinó la vida de su familia, incluso sus padres murieron de esa forma tan espantosa por su causa. ¿Cuándo terminaría todo aquello?... ¿Terminaría siquiera? Regresar a México tampoco sería nunca una opción, Gregorio estaría a la caza y no podía arriesgarse, estaba acorralada, sin salidas. Y como si su vida no fuera lo suficientemente complicada ahora la salud de su pequeña, ¿qué pasaría si tuviese algo grave? No podía dejar de pensar en ella, en su cuerpecito tembloroso y sonrosado. Quería ir a verificar que de verdad estuviera bien, tenerla lejos era agónico, siempre era así, ella era lo único seguro que tenía, era suya y eso nadie, nunca podría cambiarlo.

Antonio ni siquiera se cambió, permaneció de pie junto a la cuna de su hija sospechando que no siempre estaría así de cerca. Pronto tendría que decirle toda la verdad a Glía y eso implicaba dejarla libre, no entendía en qué momento algo tan bello se torció de aquella forma tan atroz, tan espantosa. Sin embargo, reconocía que él mismo fue parte del enredo, si por lo menos hubiera hecho caso a lo que le decía su conciencia, a sus dudas, a esa sensación constante de que estaba cometiendo una injusticia. Si tan solo la hubiera escuchado y le hubiera dado el beneficio de la duda... Pero era tan complicado, él era un hombre lleno de enemigos, un blanco para extorsión, manipulación. Camilo se dedicaba a protegerlo, y eso hizo, aun no leía el informe, pero sabía que era muy probable que las cosas no hubieran terminado bien ni para él ni para Glía.

Apretó los puños al saberla expuesta a esa gente, con esos ojos verdes asustados, sola, sin salida. Recordó que Gregorio dio con ella en el albergue, un día o dos fueron la diferencia y luego la nota que mandó con aquella mujer... Se le heló la sangre al comprender lo cerca que ese hombre estuvo de Glía y que él, sin saberlo, la salvó metiéndola a una prisión no mucho mejor.

Aquella noche, la noche que le hizo el amor en el apartamento, nunca pensó poder vivir algo tan erótico, tan increíble con una mujer y ella se entregó, no puso trabas, ni negativas a pesar de todo... Pero después las palabras que le escupió, los insultos, las insinuaciones... Fue un patán, un animal. Su estancia en esa casa, las humillaciones que sabía tuvo que soportar del personal, el miedo a que le quitara a su hija. Por Dios, ¿cómo lograría que lo perdonara? Ni siquiera creía que él pudiese hacerlo, y lo que más le dolía era que ella no era un ser rencoroso, vengativo, lo único que le pediría era que la dejase ir y para él, eso era peor que todo lo demás.

El leve rechinado de la puerta lo hizo volverse. Era ella. Por supuesto que no se iba a quedar tranquila, su misma situación la transformó en una mujer desconfiada y una madre aprensiva, ¿cómo podría juzgarla por esas actitudes que él mismo propició una y otra vez?

Glía cerró despacio para que Antonio no despertara pero cuando giró, lo vio. Se detuvo

avergonzada, él se molestaría. Él notó su duda.

—Yo... bueno... lo que pasa —dudaba por lo que el hombre sonrió ante su nerviosismo. Era evidente y comprendía que no se había sentido tranquila, al igual que él, con lo sucedido a Camelia y, por otro lado, percibirla tan dudosa lo consumía, era bien consciente de que provocó esa actitud temerosa con todas esas palabras que jamás había siquiera pensado, pero que pretendían herirla y que cumplieron su cometido.

—Es que estás preocupada por la salud de Camelia —terminó Antonio. Glía avanzó con cautela. Llevaba puesto un camisón de algodón color malva que iba cuidadosamente cubierto por una bata del mismo color.

La admiró mientras se acercaba. Era tan hermosa, tan etérea, su sola presencia le daba paz, tranquilidad, serenidad y al mismo tiempo despertaba con fuerza todos los sentimientos que creyó dormidos y otros que ni siquiera imaginó existieran. Era su cuerpo, su cara, su corazón, su mente, era toda, completa la que lo tenía en ese estado, por la que había logrado sentir que volvía a vivir, por la que se olvidó por primera vez de lo que implicaba ser él. Glía logró cambiarlo, darle una razón para despertar cada mañana, para sonreír, para tener una ilusión, por ella perdió la cabeza y el corazón, y era aterrador comprender que difícilmente lo perdonaría, que podrían tener un futuro juntos.

Glía sujetó los barrotes de la cuna y observó a su hija dormir.

—No se ha quejado en toda la noche, está bien... —dijo Antonio a su lado. Olía delicioso, aspiró deleitado, con la piel erizada, de pronto ella giró agobiada.

—Antonio, ¿crees que... tenga algo malo? —Su preocupación dolió, lo atravesó, porque aunque él también la sentía, la de ella iba cargada de esa sucia angustia que provocó. Acarició con suavidad nostálgica su mejilla al notar sus ojos anegados.

—No lo sé... Pero te juro que no permitiré que le pase nada —murmuró sin soltar su mirada. La joven agachó la cabeza, avergonzada. Notó como llenaba sus pulmones de aire y comenzaba a andar temblorosa hacia la cama matrimonial que estaba a un par de metros de la cuna. Él frunció el ceño y la siguió dándose cuenta de que algo ocurriría.

Cuando estuvieron uno frente al otro ella apretó los puños y lo encaró nuevamente, decidida

—Antonio, ya lo pensé y... no tengo muchas opciones. Acepto lo que me propusiste por la tarde —anunció con la barbilla en alto. El hombre deseó que la tierra se abriera bajo sus pies en ese mismo instante. Sintió náuseas, asco de sí mismo. Glía fue contundente, pero después de ver a Camelia mal era evidente que decidió rebajarse y hacer lo que debía para poder permanecer a lado de su hija. Admiró su coraje, sus agallas y se repudió.

La pelirroja fue presa del miedo al notar su mutismo, quizá se había arrepentido, lo había reconsiderado y la prefiriera lejos. Los labios le temblaron, mientras él la estudiaba de esa forma tan extraña, era como si le hubiese dicho la peor de las barbaries.

—Antonio, no has cambiado de opinión, ¿verdad? Te juro que no seré un problema, que haré lo que quieras, pero por favor no me separes de ella —rogó. Él dio un paso atrás, negando, comprendiendo que la había perdido definitivamente. La joven lo malinterpretó, llorosa y con mirada firme, se comenzó a desabrochar la bata.

—¿Q-qué haces? Glía, por favor, olvida lo que te dije —suplicó congelado. En respuesta ella lo miró horrorizada. Avanzó hasta él tragándose la poca dignidad que le quedaba y dejó caer la bata. Antonio la observó extasiado, asustado, pero sin que pudiera verlo venir ella bajó ambos tirantes y la prenda cayó a sus pies dejando un charco de tela a su alrededor. Sus mejillas, aún con la poca luz, se vislumbraban estaban teñidas de rojo y taladraba al piso como si quisiera fulminarlo.

Antonio contempló ese cuerpo perfecto cubierto solo por una pequeña braga blanca, su cadera, sus piernas, sus senos. La ira y el dolor lo sometieron así que hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, se agachó y volvió a colocar el camión intentando no tocarla, ella temblaba. Se maldijo una y mil veces, no podía creer hasta dónde la orilló. Glía era capaz de todo por Camelia, él mismo lo era, pero nunca pensó que ese día, en ese momento, recurriera a eso al pensar que se arrepentía.

—Ya no deseas el trato... —murmuró derrotada y con lágrimas surcando por sus mejillas. La poca dignidad que le quedaba la abandonó, se sentía sucia y muerta de miedo. Él quería golpear algo, matar a alguien. Tomó la bata y se la puso con sumo cuidado, se la ató, tomó sus pequeñas manos, se sentó en la orilla de la cama logrando así que hiciera lo mismo. Con las náuseas atascadas en medio de la garganta, acunó su barbilla intentando buscar las palabras adecuadas. Cerró los ojos con fuerza y aspiró profundo, no podía errar, ya no.

—Glía, no tienes idea de lo que tú despiertas en mí, pero olvida lo que dije hace unas horas, jamás, nunca te quitaré a Camelia, ni nadie mientras yo viva, y para conservarla no necesitas hacer nada, es tuya, siempre lo será y tu lugar está a su lado —aseguró con ese nudo en el pecho que crecía y crecía. Ella, esperanzada, clavó sus ojos verdes sobre los suyos.

—¿Entonces tú y yo, bueno... solo seremos sus padres? ¿No estás jugando conmigo? —preguntó incrédula. Antonio intentó jalar aire, todo el que pudiera, porque nada llegaba a sus pulmones y es que sus palabras lo mataban, lo desangraban.

—Sí, sólo eso, nada les faltará nunca. Es mi hija y tú su madre, así debe ser, ¿comprendes? —La joven contempló sus manos suspirando aliviada, aún dudosa.

—Sé que yo... no soy lo que tú... —La silenció colocando un dedo sobre sus dulces labios. No podía escuchar más, no en ese momento. Haberla rechazado supuso un esfuerzo titánico, la deseaba hasta la locura y ahora que la había visto así, con la luz de la luna reflejada en su piel blanca, no dormiría en días, pero no podía lastimarla más y mientras él viviera nadie nunca lo volvería hacer.

—Sh... Por favor no digas nada, hay mucho de qué hablar, pero por ahora lo primero es nuestra hija y quiero que te sientas tranquila, segura. Pase lo que pase no estás sola, lo enfrentaremos juntos, ¿de acuerdo? —pidió con voz queda. Ella asintió mirándolo fijamente.

—Estás extraño —musitó desconcertada y temerosa de que en cualquier momento volviera a atacarla. En respuesta él perdió la vista en la noche que se asomaba por las grandes ventanas.

—No me hagas caso, estoy preocupado, eso es todo...

—Yo también... —confesó—, sé que es un tanto nerviosa e intranquila, por eso soy así con ella, pero... creo que al final no es suficiente, el embarazo... todo... Dicen que esas cosas se absorben, ¿y si yo tengo la culpa? —Al escucharla hablar así no pudo evitarlo, acercó su frágil cuerpo y la abrazó acariciando su cabello, negando con los ojos enrojecidos. Todo aquello era una maldita tortura, pero una que definitivamente se había ganado por idiota.

—Ni siquiera lo pienses, nada de esto es tu culpa. Si existieran responsables tú serías la única exenta, Glía. Eres una gran madre, por favor no digas esas cosas... Ya verás que todo irá bien —dijo con la voz cargada de impotencia. Pero ella lloraba convulsamente.

La joven ya no podía más, era horrible vivir de aquel modo y por instinto escondió el rostro en aquel fuerte pecho, sintiendo, de forma inexplicable, que bajo su abrazo nada pasaría, que podía rendirse y que él la sostendría, que a su lado... todo iría bien como acababa de decir.

Antonio se limpió una lágrima silenciosa que escapó de sus ojos y la mantuvo ahí por varios minutos. Claro que la niña absorbió muchas cosas, pero no eran culpa de su madre, si no de él, de esos infelices... Ella lo único que intentó hacer era sacarla adelante con todo en contra.

Se sentía rabioso y más impotente de lo que nunca creyó. Afligido como nunca antes, perdido por primera vez en la vida, la arrastró hasta que quedaron recargados sobre las blancas almohadas. Con un brazo la mantuvo bien cerca y con el otro acariciaba su cabello con movimientos lentos, suaves. Presentía que ese era probablemente el último momento que podría tenerla así de cerca.

—Me hubiera gustado que todo fuera diferente —la escuchó decir en voz muy baja. Besó su cabeza dejando sus labios ahí un rato más de lo necesario. Dios sabía que hubiera dado todo absolutamente para que así fuera.

—A mí también, pero te prometo que de ahora en adelante todo mejorará.

—Eso me gustaría —admitió sintiéndose de pronto muy cansada, agotada. El día había sido largo, extenuante y... espantoso.

—Así será, *feiticeira* —aseguró con firmeza.

De repente, sin saber en qué momento, terminó profundamente dormida entre sus brazos. Los sentimientos que él le despertaba eran tan contradictorios y tan intensos, que en ese momento ya no quiso ni pudo luchar más, esperaba que le hubiera hablado con la verdad y no para hacerla sentir mejor por su rechazo.

Antonio se dio cuenta por su respiración pausada y serena que se había perdido en la inconsciencia. Posó de nuevo los labios sobre su cabeza con aprensión. Se odiaba, se odiaba más que nunca, pero Glía jamás volvería a hacer algo que no quisiese, de eso él se encargaría. Sería libre, cumpliría sus sueños aunque eso implicara perderla. Ya la había lastimado demasiado, su

vida ya fue lo suficientemente difícil como para que continuara siendo un factor de agobio o preocupación para ella. Sin embargo, dejarla iba a ser una de las cosas más duras que tendría que hacer en su vida, la sentía suya y saberla esos meses bajo su techo lo hizo sentir, de una forma torcida, completo.

Nuevamente se encontraría solo, al parecer esa iba a ser su vida por una u otra razón y debía aceptarlo de una vez pues lo merecía. Aún no leía todo el documento, pero sospechaba que el agujero en su interior se abriría aún más, alejándolo definitivamente de esa hechicera de cabellos rojos que de forma inexplicable descansaba tranquila y segura en sus brazos, sobre su pecho.

Glía fue como una lluvia en la sequía, como un oasis en un eterno desierto. Evocó todo ese mes; sus sonrisas, su ingenuidad, sus besos, la confianza que le tuvo, era tan fácil agradarla, sorprenderla... Esas semanas gastó lo que en un día de cortejo con Lidia, no es que no lo hubiese valido, por supuesto que sí, pero ella provenía de un mundo más similar al suyo, intereses comunes, la forma de ver la vida también. Con Glía no, ella se mostró ofendida cuando notó la posición que él tenía. En algunas de sus citas insistió en ser la que pagase, sin embargo, lo rechazó pues era evidente la situación apremiante en la que vivía.

De verdad se comportaba como si el dinero ni clase social existiesen. Jamás lo vio de esa forma en la que las mujeres lo veían; más como un objeto que un ser humano. Ella logró adentrarse en su alma en segundos, se dejó llevar sin siquiera sospechar del hombre que en realidad era. Se mostró tal cual era sin esconderle nada.

De sólo recordar cómo la hizo suya por primera vez le hervía la sangre, debió ser tan diferente y él lo arruinó, eso y muchas cosas más. ¡Dios! ¿Cómo era posible que después de eso durmiera segura entre sus brazos? La amó, en ese momento supo que amaba con todo su ser a esa mujer que tenía respirando tranquilamente sobre su pecho. Se limpió otra lágrima de rabia, de impotencia.

Lucharía por ella, por su perdón, no la dejaría, no sabiendo que jamás podría llegar a sentir eso por nadie más, no comprendiendo que ella también, a pesar de todo, debía sentir algo por él. Lo cierto era que llevaría tiempo y debía ser paciente. Glía era buena, pero sospechaba que por lo mismo iba a ser todo mucho más complicado.

Por la mañana ella despertó desconcertada. De golpe recordó todo lo ocurrido la noche anterior. Se incorporó de inmediato sin saber qué hora era. El sol aun no entraba de lleno a la habitación.

—¿Descansaste? —preguntó Antonio sentado en un sofá con Camelia en sus brazos alimentándola. Lo encaró ruborizada. Él sonrió. Se veía preciosa; su melena alborotada, sus ojos hinchados y sus mejillas teñidas de rojo.

Dormir a su lado fue casi tan natural como respirar el aire de la mañana, pero Camelia despertó media hora atrás pidiendo su desayuno, él la sacó de inmediato para que no despertara a su madre, le cambió el pañal y preparó el biberón. En esa habitación estaba todo lo que amaba, todo lo que deseaba y nunca se sintió tan invencible como en ese momento. Glía dormida relajada en esa cama y su hija en sus brazos, quería que esa fuera su realidad, que fuera genuina, eterna.

—No escuché cuando se despertó —murmuró tallándose el rostro como un gatito.

—Te encontrabas agotada, para eso estaba yo —le guiñó un ojo sonriente, accesible.

—¿Está mejor? —quiso saber acercándose.

—Sí, su temperatura está bien, ya la cambié y come perfectamente —informó. Glía lo evaluó admirada, sabía que conocía la labor de ser padre, pero no que la dominara de esa forma.

—Eso es bueno —musitó dirigiéndose a la ventana, rodeándose con los brazos su torso.

—Muy bueno —repitió estudiándola. Era hermosa, en todas las formas que se puede ser.

—Antonio...

—Mmm —contesto atento a su hija, adivinando que algo le diría.

—¿Lo que dijiste ayer... sobre Camelia?

—Todo lo que te prometí por la noche sigue vigente hoy y siempre... ¿De acuerdo?

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —deseó saber intrigada y desconfiando de su suerte. Lo observó para estudiar su rostro, pero continuaba atento a su pequeña. Se veían maravillosos juntos; él tan grande, tan viril y ella tan pequeña, tan indefensa.

—Es complicado... Ya habrá tiempo de hablar —admitió capturando su iris verde, con el suyo gris. Glía pasó saliva, algo había cambiado en su manera de verla, de tratarla. No comprendía nada—. Ahora, me parece que deberías ducharte, el desayuno ya debe estar en tu habitación, tenemos que salir en una hora —le recordó con suavidad. Ella pestañeó confusa ante tanta consideración, ese hombre se parecía mucho al que le dio su corazón y eso, fuera de agradarle, le dolía porque sabía que el golpe no tardaría en llegar y ya se sentía exhausta de tanto luchar. Al recordar esos días su pecho se oprimió.

—Tú también debes cambiarte —le hizo ver con voz neutra.

—Ahora que termine llamaré a Fábía, tú tranquila, yo me encargo. —Glía asintió, muriendo por darle un beso a su hija, pero decidida a no acercarse a él más de lo necesario. La noche anterior se volvió a dejar llevar como cada vez que estaba angustiada, tenía que aprender a manejar sus emociones sino iba a salir aún más lastimada.

—Está bien, con permiso —dijo escueta. Antonio comprendió su actitud, de nuevo se alejaba, de nuevo huía. Tensó la quijada cerrando los ojos. Nada sería sencillo y aunque lo merecía, le dolía. Aun así, lucharía, ella lo valía, siempre lo supo.

Los estudios tardaron toda la mañana. Glía permaneció nerviosa a su lado pero evitando cualquier contacto. Caminaba de un lado a otro mientras él la observaba ansioso por rodear su pequeño cuerpo y arroparlo con su seguridad. En algunos exámenes le pidieron que entrase, en otros, Antonio la convenció para que fuese Fábía, Glía ya estaba muy ansiosa y era evidente que se lo estaba transmitiendo a Camelia pues lloraba alterada.

Para mediodía el calvario acabó, en cuanto la nana de Camelia salió con la pequeña en brazos, Glías se acercó a ella susurrándole cosas para tranquilizarla. El médico les informó que en tres días tendrían los resultados, pero que a simple vista parecía que todo iba bien.

De regreso a casa Glía ni siquiera lo miró, permaneció con la niña dormida en su regazo con la atención puesta en las calles transitadas de Río. Llevaba ahí casi cuatro meses. Antonio, hasta ese momento, cayó en cuenta de que no había salido de ese lugar donde la recluyó. Se sintió peor, un desalmado y muy lejos de merecer a una joven cómo ella a su lado.

Adelina los recibió cariñosa. Glía caminó junto a su tía explicándole todo lo ocurrido y lo que el médico dijo. Ambas subieron las escaleras sin fijarse en que Antonio las observaba en silencio, aún en el recibidor.

—¿Pasa algo? —lo interrumpió Augusta el percibirlo tan reflexivo. Algo lo preocupaba, algo muy grande y tenía que ver con la pelirroja. No era tonta, se daba perfectamente cuenta de que lo que los unía no se limitaba a la paternidad que compartían. Glía no era santo de su devoción, aún no estaba de acuerdo en albergar en su casa a una chica de reputación tan dudosa, no obstante, demostró ser una buena madre y una joven respetuosa en todo lo concerniente a las reglas de la casa. Sin embargo, no era ciega, ni tapaba el sol con un dedo; Glía era infeliz, insegura, cautelosa cuando él estaba cerca, no era que fuera un pajarillo parlante todo el tiempo, pero la presencia de Antonio la tensaba, la ponía en alerta.

Al quedar comprobado que la niña era de él esperó un cambio drástico en la chica, supuso que enseguida buscaría sacar provecho y lograría así, asegurar su futuro. Después de todo Antonio no abandonaría a su hija y eso quedó más que claro, pero al contrario, la chica lo veía con mayor recelo que antes y todo el tiempo parecía estar preparada para correr con la pequeña en brazos si era preciso. Esa joven miraba a su sobrino con admiración incluso con adoración, pero con miedo y dolor en la misma proporción.

En cuanto a Antonio, con él era todo diferente. Glía parecía ser el eje de su estado anímico, pero parecía odiar el hecho de que así fuera. Por un lado, era muy duro con ella, implacable, pero en cuanto desaparecía de su campo de visión su mirada se transformaba en turbia y agónica, no soportaba que Máximo ni siquiera la mirase y hacía todo para que desapareciera rápidamente. La forma en la que la observaba cuando no se percataba era algo que no había visto con Lidia. Antonio parecía desearla con desesperación, parecía estar dispuesto a besar el piso que pisaba, siempre y cuando Glía no lo notase.

No le quedaba duda de que si alguien intentase atacarla, con el primer obstáculo que se toparían sería con él, ella misma ya lo había experimentado, por lo mismo evitó llevar a sus amistades a la casa, comprendía perfectamente bien que si alguien cometía alguna indiscreción o se les ocurría hacer algún comentario y él se hallaba cerca, como últimamente, las sacaría personalmente de la *Villa* importándole muy poco las reglas de etiqueta, pues sabía bien que hiciese lo que hiciese siempre sería bien recibido en cualquier lugar; era un Arantes, tenía todo el poder y el dinero para aplastar a quien quisiese en minutos, por lo mismo comprendía muy bien que nada lo detendría si de Glía se trataba.

Antonio giró negando suavemente. Su mirada estaba llena de arrepentimiento. Nunca lo había visto así.

—Nada, Augusta, estoy cansado —y se dirigió a su despacho buscando un poco de soledad, de sosiego.

—No es verdad, te conozco desde niño, ¿qué sucede con Glía? ¿Es la niña? ¿Está mal? — Antonio giró serio.

—No, Camelia se encuentra bien.

—Entonces es por la muchacha —conjeturó. Él endureció enseguida el rostro.

—Creo recordar que ella te dijo su nombre, ¿es tan difícil que lo uses?

—No buscaba molestarte —se defendió al notar su ánimo más que sombrío. Sin embargo, Antonio se acercó de nuevo a ella con paso firme.

—Augusta, las cosas van a cambiar, he cometido un error, uno muy grave y lo voy a enmendar a cualquier costo. Pero en lo que eso sucede esa... “muchacha” como tú la llamas, quiero que se le trate con consideraciones y respeto, como la madre de mi hija. Ella es libre de ser y hacer lo que quiera dentro y fuera de esta casa, y ya que estamos tocando el punto; habla con la servidumbre porque si me vuelvo a enterar de que dicen cosas a sus espaldas o frente a ella aprovechándose de que no los comprende, ese será su último día en *Villa Caterina*, ¿quedo claro? —Lo decía en serio.

—No sé por qué lo dices, hijo. Pero yo no puedo controlar eso —replicó con suficiencia y soberbia.

—Muy bien, si tú no puedes lo haré yo, y mañana mismo *Villa Catarina* tendrá nuevo personal.

—No exageres, llevan años aquí.

—Me importa un carajo el tiempo que lleven aquí; es mi casa, soy quien les paga y estoy

dando una orden, si alguien en este lugar se siente insultado o incómodo con su presencia lo comprenderé, pero entonces se tendrá que ir, ¿de acuerdo? —De verdad estaba molesto y Augusta sabía bien que esa era su última palabra, lo conocía de sobra.

—Hoy mismo le diré a Atilio que los reúna y les de tu orden.

—Perfecto... Una cosa más; eso también va para ti —advirtió. La mujer lo miró indignada.

—Esta es mi casa... —chilló—, además la trato cortésmente.

—Te equivocas, esta es mi casa y Glía la madre de mi hija, y si no la convierto en la señora de este lugar no es por falta de ganas, créemelo, así que no quiero tu cortesía, quiero tu consideración y que la trates de la misma forma en la que tratas a esas mujeres intrigantes a las que frecuentas o como a alguna de tus ahijadas... ¿Estamos? —La mujer tensó el rostro y asintió sin remedio—. Muy bien. Ahora, voy al despacho, no quiero que nadie me moleste, ¿puedo contar con ello?

—Eres el dueño, ¿no?

—Así es y me alegra que comiences a entenderlo, Augusta, tú y Adelina son mi única familia y las quiero, pero no voy a permitir que ni ustedes, ni nadie lastime a mi hija y a su madre —amenazó y desapareció sin dejarla contestar a eso.

No comprendía ese cambio tan abrupto en él, ¿a qué error se refería? ¿De verdad la haría su esposa? La respuesta la conocía muy bien; sí, claro que sí. Llena de impotencia fue en busca del mayordomo, no tendría problemas con Antonio a causa de la servidumbre.

Antonio comenzó a leer el informe con más detenimiento. Glía pasó dos años muy tormentosos y llenos de carencias después de la muerte de sus padres, tres trabajos, horarios agotadores, ganancias insultantes para esas jornadas, comía en los camiones, se logró inscribir a esa universidad virtual en la que procuraba estudiar por las noches cuando tenía tiempo en la cafetería. Era una chica tenaz, fuerte, sabía cuidar de sí misma y nunca se metió en líos, sin embargo, ese hombre estuvo a su acecho todo ese tiempo.

Le deba escalofríos pensarlo tan cerca de ella.

Glía fue, poco a poco, saliendo adelante, hasta que él apareció. Margarita, en su relato, decía que nunca aceptó los coqueteos de nadie, que siempre fue indiferente a cualquier chico que intentaba acercarse, pero que con él se olvidó de sus defensas.

Sonrió al saber eso; también hizo lo mismo.

Ese mes la vio contenta por primera vez desde que la conocía. Glía no tenía ni idea de quién era, ni siquiera Margarita, sin embargo, la mujer le advirtió que un hombre como él solo estaría buscando algo en ella y que en cuanto lo consiguiera, la dejaría y... Antonio había actuado justo de esa forma.

Cerró los ojos recargando su nuca en el respaldo de la silla. Recordaba su rostro ese día, tenía los ojos llorosos, pero había estado lo suficientemente herido en su amor propio como para preguntarse el porqué y luego... como un hombre de las cavernas, se abalanzó sobre ella pensando solo en su placer. Esa fue su primera vez y él... él se comportó como el mayor patán.

Margarita le contaba a Camilo que Glía fue chantajeada por esa alimaña, por lo que decidió terminar la relación que apenas nacía entre ambos, pero lo que esa mujer sabía era que él se adelantó dejándola devastada. Gregorio entró a su apartamento unos días después y Glía, esperanzada, le dio el dinero que Antonio le aventó creyendo que sería suficiente, pero no fue así, el hombre no desistiría y estaba convencido de que Antonio tampoco. Hijo de puta.

Al tiempo se enteró de que estaba embarazada y temió por la seguridad de su hijo, sabía que los hombres la seguían y la tenían muy bien amenazada con la vida de toda la gente que le

rodeaba. Margarita, con el afán de apoyarla, la ayudó a huir y la mandó a ese espantoso lugar a Oaxaca. Glía no encontró otra salida, no contaba con él, y ni siquiera sabía cómo localizarlo. Eso era demasiado.

Se levantó y salió al jardín, necesitaba aire, aspiró profundamente llenando sus pulmones del frío incipiente de abril. Sentía un hondo dolor en el pecho.

El otro informe decía que Gregorio estuvo vigilándola y acosándola una y otra vez, que al perderle la pista enfureció, no obstante, dio con ella, un día antes que él, sin embargo, no alcanzó a enterarse que estaba embarazada. Lo que ese hombre deseaba era mantenerla bajo su yugo y convertirla en su mujer a cualquier precio, por eso la buscó.

La piel se le erizó. Si ese hombre se hubiese enterado que ella llevaba un hijo de Antonio en el vientre, las cosas para ambas hubieran terminado bastante mal, probablemente nunca hubiese conocido a Camelia, y no quería ni imaginarse qué hubiera sido de Glía.

Ese hombre no se habría limitado a que le sacara dinero, ella lo sospechaba, según Margarita, pero ahora estaba seguro según la investigación de Camilo. Esos hombres pensaban secuestrarlo, y si era sincero, con lo involucrado que estaba con Glía no hubiera sido difícil si no hubiesen terminado aquel día. Ella intentó protegerlo. Eso lo conmovió más que ninguna otra cosa y él le pagó con desconfianza, con humillaciones, aunque comprendía que no se podía arrepentir de haberla llevado a Brasil, ni mucho menos de haberla sacado de ese horrible lugar, pero sí del cómo la maltrató una y otra vez.

Ella quiso decírselo aquella noche en México, cuando sin poder contenerse se metió a su habitación y le hizo el amor de esa forma tan asombrosamente pasional, pero él, molesto por su falta de control y con su orgullo herido, la lastimó de nuevo. Recordaba su dulzura, su ingenuidad, su cuerpo vibrar con tan solo un roce suyo, su olor, sus gemidos tiernos y ansiosos. Fue un estúpido, un verdadero estúpido.

La célula de maleantes fue prácticamente disuelta en México gracias a la colaboración de Camilo, pero en definitiva no era un lugar seguro para ella ni para su hija, no podían regresar, no podía exponerlas.

Leyó sobre Ana, asombrado de que un par de hermanas fueran tan diferentes. La razón y la culpable de todo el embrollo escabroso en el que Glía fue la principal víctima; era ella. Una chica ambiciosa, concedora de sus atractivos, manipuladora y de mente calculadora. Se encontraba en esos momentos prófuga, al igual que algunos integrantes más de la banda de Gregorio. La policía estaba aún tras ellos pero no conocían su paradero.

No arriesgaría a Glía, ella debía permanecer en Brasil, su parecido era asombroso, aunque la joven que alojaba segura bajo su techo contaba con una dulzura e inocencia que la hacían mucho más deseable, más atractiva. Sin embargo, su hermana, Ana, podía usar eso a su favor y sacarles un buen susto a Glía y a él.

No, Glía no saldría de Brasil bajo ningún motivo.

La puerta se abrió, varias horas atrás había oscurecido, ni siquiera prendió las luces pues se mantuvo perdido en sus pensamientos, en el dolor, en el arrepentimiento.

—Dije que nadie entrara —rugió por lo bajo desde su silla tras su escritorio.

—Lo sé —era Max—, pero después de lo que sucedió ayer tenía que venir a ver cómo estabas. —Sin embargo, ya se daba cuenta. Antonio debía estarla pasando muy mal, no había salido de ahí en toda la tarde según Adelina.

—¿Cómo quieres que esté? —preguntó irónico. Máximo cerró tras de él y se sentó frente a su amigo, por las luces que se proyectaban del jardín lo podía ver sin problema; parecía derrotado,

terminado.

—Antonio, si Glía no es lo que creías... habla con ella.

—¿Qué se supone que le diga? ¿Que soy un imbécil, que la herí sin necesidad, que sé que ha vivido una vida miserable y que ahora yo también contribuí?

—Sí, creo que es lo que debes hacer —aceptó. Antonio se puso de pie y recargó la frente en una de las ventanas, lleno de frustración.

—Toda la tarde he estado dándole vueltas... No tienes idea de cómo me porté con ella. Camelia no existiría si yo no hubiese pensado que ella era una oportunista.

—¿A qué te refieres? —deseó saber su amigo, a su lado.

—A que... me cobré pensando que me utilizaba. Glía no había estado nunca con nadie... — Escuchó resoplar a Max—, no sabes lo miserable y mezquino que me siento. La deseaba, por supuesto que sí, pero el rencor me nubló el pensamiento y... digamos que no fue como debía ser.

—Antonio... tú a Glía, la amas. ¿No es cierto? —dedujo el hombre al verlo tan mal.

—No sabía cuánto hasta hace unas horas. Con ella todo ha sido tan... diferente. Aquel mes me mostró una parte de mí que ni siquiera pensé que existiera. Pero eso no cambia nada.

—Lucha por ella, después de todo tienen una hija en común, eso debe pesar.

—No puedo volver a chantajearla, a manipularla, Máximo. Tú no sabes lo que ha tenido que pasar, la clase de vida que ha tenido. Ha sufrido mucho... No la orillaré a hacer algo de nuevo que no quiera.

—No creo que casarse contigo sea un sacrificio para nadie, tampoco para ella.

—No la quiero a mi lado porque no tenga más opciones, deseo que esté conmigo porque siente lo mismo que yo. Pero por ahora eso es imposible porque cuando le diga todo sé que me pedirá irse. —Max lo miró asombrado.

—Tú no la dejarás, ¿o sí? Está de por medio Camelia, Antonio.

—¿Y qué propones? ¿Qué la tenga aquí a la fuerza, infeliz y cada vez más alejada de mí?

—No, bueno...

—No lo haré. Seré sincero con ella y le dejaré la decisión de su vida, por lo menos parcialmente porque no puede regresar a México aún.

—¿Estás dispuesto a perderla? Se llevará a tu hija.

—Sé que no se opondrá a que vea a Camelia las veces que yo quiera, pero no tengo ni idea de qué será lo que me pida, lo único que sé es que sea lo que sea se lo daré...

—Dios, amigo, te dio fuerte —y le dio una palmada en la espalda sirviéndose un trago al tiempo que le ofrecía uno a Antonio.

—Algún día sabrás lo que es sentir que eres capaz de todo por alguien.

—Espero que no —se defendió relajando el ambiente.

—Sería una lástima, Máximo, porque aunque se sufre, es como ver todo de otra forma, es como si la vida de pronto tuviera sentido.

—Nunca hablaste así de Lidia —le hizo ver serio, pero sin censura.

—Lidia fue mi primer amor, una mujer extraordinaria, inteligente, compleja... Nos complementábamos. Con ella todo era sereno, tranquilo, seguro... Planeamos nuestra vida y vivimos conforme a ello mucho tiempo. La amé, muchísimo, pero con Glía es diferente... Ella, ella es el amor de mi vida. Lo sé, lo supe desde el primer momento en que la vi en la cafetería. La deseo de una forma que no creí posible, su vulnerabilidad e inocencia me atraen de una forma magnética, y me hace sentir completo a pesar de todo lo que ha ocurrido, somos tan distintos que me intriga todo lo que piensa, todo lo que cree...

—Dile lo que sientes, ruégale perdón...

—Han pasado muchas cosas entre ella y yo, la última fue ayer... Le dije que si no se convertía en mi amante le quitaría a la niña. —Un silbido de asombro salió de la boca de Máximo.

—Ella no parece ser de ese tipo, lo supe desde el primer día en que la vi... Te lo dije.

—Sí, Camilo también vio lo que tú y lo que yo vimos y gracias a eso averiguó más, de no haber sido así, Glía, con el tiempo habría quedado reducida a la sombra de sí misma. No la conoces como yo... Ella no es ese gatito asustadizo que ahora es. Glía es impetuosa, vital, sonriente y jamás puede estar en silencio... Iba a tres empleos y, aun así, siempre tenía un comentario positivo, optimista, parecía que la vida para ella era tan fácil, tan sencilla... Dios, es que soy un imbécil. Ayer con lo que le dije la humillé y lo peor no es eso, después de lo que pasó con Camelia me buscó acorralada para aceptarlo.

—Mierda.

—Ya nada es tan sencillo —aceptó Antonio ansioso.

—¿Lucharás?

—Hasta el último día de mi vida; la quiero a mi lado y no descansaré hasta que así sea, pero llevará tiempo...

—¿Qué fue exactamente lo que descubrió Camilo? —Antonio y él se sentaron al tiempo que le tendía el informe.

Glía permaneció en su cama recostada sintiéndose nerviosa, alterada, desconfiada. En toda la tarde no vio a Antonio, se encerró en su despacho y no salió de ahí para nada. No comió, ni cenó con ellas y no había pasado a ver a Camelia. Algo no andaba bien, algo estaba diferente en su comportamiento... Algo cambió y eso la aterraba.

Por un lado, moría por verse libre de toda esa situación, estaba harta de que la juzgara de esa forma, de vivir así. Pero por otro, temía que hubiera decidido alejarla definitivamente, que ella y Camelia no volvieran a tenerlo cerca... Antonio no era malo; era arrogante, un hombre con poder y acostumbrado a ser víctima de gente sin escrúpulos, lo entendía, aunque eso no lograría que olvidara todo lo que ya había sucedido entre ambos. Sin embargo, tenía que ser práctica, si la liberaba porque estaba hartado o cansado de ellas lo mejor era que intentara rehacer su vida, ¿pero cómo? Regresar a México; Gregorio daría con ella algún día, no obstante, quedarse ahí tampoco era lo ideal, ni siquiera hablaba portugués... ¿Cómo sacaría a su hija adelante?

Se retorció en la cama sin saber qué hacer. Debía terminar su carrera, tenía que ser alguien en la vida, conseguir un ejemplo, no podía depender de la buena voluntad o corazón de Antonio, ni tampoco abusar del hecho de que ella fuera la madre de su hija, tenía que lograr volver a ser una mujer autosuficiente, independiente, pero de nuevo el “cómo” la devastaba. Por otro lado, si él algún día se casaba y engendraba hijos legítimos, ellas quedarían relegadas a un segundo o tercer plano. Glía tenía que ver por ambas, era su obligación. Nunca se rindió, jamás agachó la cabeza, era momento de enfrentarlo todo... Tenía que hablar con él y si era verdad que nunca le quitaría a la niña entonces debía ver en qué términos quedaría su situación, porque como se encontraba todo ya no lo soportaba, era humillante y la estaba convirtiendo en alguien que no reconocía, en alguien que no era ella.

Era de madrugada cuando escuchó a Antonio dirigirse a su habitación. Sus pasos duros y certeros eran inconfundibles y en el silencio de la noche se oían aún más fuertes. Anduvo por la recámara y luego escuchó la ducha. Sin poder evitarlo, un líquido caliente viajó por todas aquellas zonas que solo él había explorado. Cada vez que lo tenía cerca sentía como los poros de su piel reaccionaban por mucho que intentaba sentirse indiferente a su presencia, recordarlo así; desnudo, colosal, asombroso, solo logró dejarla con la boca seca y deseando que él la hiciera sentir mujer, deseada, segura.

Se cubrió hasta el rostro con las cobijas regañándose a sí misma; ese hombre no era para ella y ella no era para él, se lo acababa de decir y eso era lo mejor... Antonio la despreciaba y la creía capaz de lo peor. Además, ella jamás podría pertenecer a ese mundo lleno de superficialidad y despotismo.

Cerró los ojos e intentó pensar en su infancia, en las cosas agradables de su vida, pero Ana siempre aparecía recordándole que no era la que brillaba, que nada de lo que hacía nunca era suficiente. Con lágrimas en los ojos se levantó y fue hasta la habitación de Camelia, la observó dormir serena, tranquila. Esperaba que de verdad todo estuviera bien con ella. Se sentó en un sofá lejos de la cama que ocupaba Fábía y perdió la atención por la ventana intentando poner su cabeza en blanco. Sin darse cuenta de la hora, quedó dormida ahí hecha ovillo en aquel sillón para una persona.

Antonio despertó temprano y ansioso por ver a su hija y... a ella, pero por ahora se tendría que conformar con Camelia, Glía debía estar aún dormida.

Entró sigilosamente a la habitación de la niña. Lo primero que vio fue a su pelirroja acurrucada sobre ese sofá, con una cobija encima, con los ojos bien cerrados. Fábía se acercó a él sin que se percatase.

—Parece que no podía dormir, creo que llegó en la madrugada —explicó con voz suave. Antonio asintió observándola deleitado. Le dio un beso a la niña mientras su nana la traía en brazos y le daba un biberón. Caminó hasta Glía sin saber muy bien qué hacer, lucía incómoda. No tenía corazón para dejarla así allí, sin embargo, temía despertarla. Se puso a su lado en cuclillas y la observó con detenimiento. Respiraba tranquilamente, su cabello cubría parte de su mejilla y tenía sus labios entre abiertos. Sin pensarlo mucho la cargó pegándola a su cuerpo. La joven se agitó pero no despertó y enseguida se volvió a acomodar sobre su hombro musitando cosas entre sueños. Salió de la habitación llevándola a la suya y la depositó con cuidado sobre la cama. De pronto abrió los ojos y lo miró desconcertada, incluso asustada. Eso le partió el alma.

—No quería despertarte, *feiticeira*... Lo siento —musitó. La madre de su pequeña retrocedió buscando con los ojos algo que la cubriera.

—No era necesario... Gracias —murmuró claramente nerviosa. Él le acercó la bata para que pudiera cubrirse y se sentó a su lado, sobre la cama.

—Glía... debemos hablar —anunció. De inmediato se mordió el labio recordando todo lo que estuvo pensando por la noche. Sí, debían hacerlo, admitió para sí. Alzó la barbilla buscando parecer menos insegura.

—Sí, yo también creo que debemos hacerlo —avaló. Él enarcó una ceja alegre al notar resolución y no miedo.

—¿Te parece por la noche? Iremos a cenar y podremos conversar con calma.

—¿Cenar? —repitió con los brazos cruzados sobre su pecho, parecía no desear que la mirase.

—Sí, Fábía puede quedarse con Camelia tú y yo tenemos muchas cosas que acordar y aclarar.

—Está bien —aceptó desconcertada. El padre de su hija se puso de pie y caminó hasta la puerta haciendo acopio de todo su auto control para no saltarle encima, ese camión dejó poco a la imaginación y aunque era recatado la forma en la que lo portaba hacía que hasta un hielo se derritiera.

—Deberías intentar dormir un poco más, dudo que se pueda descansar en ese sillón, avisaré que te suban el desayuno —dijo con elocuencia. Ella pestañeó asombrada debido a tanta condescendencia, lo cierto es que le dolía el cuello y la espalda.

—Gracias... —logró decir. Antonio sonrió con ternura. Ese simple gesto la derritió y la dejó con problemas para mantener el ritmo cardíaco dentro de lo normal.

—Que tengas un buen día, nos vemos a las ocho. —Asintió ruborizada, él no espero más y salió de una vez, el deseo era incluso doloroso.

El día transcurrió con calma. Glía le hizo caso a Antonio e intentó dormir de nuevo, lo cierto era que después de haberlo tenido tan cerca ya no pudo calmar la ansiedad, así que se desperezó y aceptó la invitación de Adelina para pasear por los jardines a Camelia en su carrito para bebé, por lo que parte de la mañana caminaron relajadas por aquel precioso y majestuoso sitio.

No hablaron de nada serio, la mujer sentía un afecto muy especial por Glía y en ella fue encontrando una especie de confidente, mientras que la pelirroja respondía a esa confianza con consejos y contándole cómo era su vida antes de conocer a Antonio. Adelina incluso ya conocía la difícil relación entre Ana y Glía y lo mucho que le afectó. Por lo mismo esa dulce joven se

convirtió en ese ser tan inteligente, realista, amable, recatado e inocente. Su hermana lastimó su autoestima en más de una forma, pero Glía no parecía ser consciente de eso, sin embargo, cuando le relataba algún suceso o un enfrentamiento, dejaba claro lo mucho que la dañó, ya que aunque luchaba contra ella frontalmente, su hermana se escondía en sus padres logrando así ella ser siempre la castigada o regañada.

Comieron a la hora de siempre, Antonio no apareció cosa que la alteró un poco y la relajó otro más. Augusta parecía un poco más amable con ella, al grado que se encontraron las tres conversando relajadamente en la sobremesa. Más tarde cuando iba rumbo a su recámara se detuvo en seco. ¿Irían a la ciudad? Si era así no tenía nada que ponerse, todo era ropa de maternidad y aunque se suponía que no debía importarle, lo cierto era que sí. No era un ser banal ni vanidoso, pero tampoco una mujer despreocupada por completo de su imagen. Fue hasta su armario y lo revisó completo. Encontró un vestido que usó un par de veces en México pues después ya no le quedó. Era largo de colores alegres, con tirantes y le quedaba un poco grande. Buscó un cinturón entre sus cosas, algo que le sirviera para ceñirlo. Nada. Resopló torciendo el gesto. Adelina. Pensó de inmediato. Anduvo hasta su habitación, iba a salir, pero una hora más tarde. Cuando la vio ahí de pie la hizo pasar enseguida.

—Glía, qué milagro, nunca vienes por acá. —Ésta avanzó tímida. Su habitación era de las mismas proporciones que la suya, pero tenía todo su sello. Le gustó; colores vivos y cosas colgadas por doquier—. ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó mientras la guiaba a un sillón color miel.

—Bueno... —se ruborizó examinándolo todo. La mujer esperó paciente—. Es que... Antonio y yo vamos hablar y dijo que iríamos a cenar. —Adelina no pudo esconder su asombro y aprobación, esperaba de verdad que por fin decidieran conformar una familia. Se mostraban claramente enamorados, ¿para qué perder el tiempo?

—Me da gusto, Glía —admitió con dulzura. La joven se torció los dedos.

—No es una cita... —aclaró de inmediato nerviosa—, es que hay mucho que acordar y que aclarar.

—Como sea, me da gusto, tú mereces distraerte un poco, además, me daría mucha alegría que las cosas fueran claras entre ustedes de una vez.

—A mí también —avaló con sinceridad.

—Y bien, supongo que no viniste a contarme tus planes...

Con mucha pena le contó su situación. Lina se mostró encantada de poder ayudarla y sin más sacó un vestido verde oliva de su inmenso guardarropa. Era discreto y parecía estar diseñado justo para Glía. La alentó a probárselo ahí mismo. Le llegaba por debajo de los tobillos, tenía la espalda y el pecho un poco descubierto pero nada provocador, se ceñía a su cintura de forma casual y a la vez elegante. El contraste con su cabello era asombroso. Adelina tomó un cinto que haría juego y se lo colocó alrededor de la cintura.

—Es precioso...

—Sí lo es, lo compré en un viaje a Turquía, lo cierto es que me quedaba un poco pequeño y nunca tan impresionante como a ti. Sabía que algún día podría encontrarle la dueña perfecta.

—No, no, solo será esta noche —dijo Glía avergonzada.

—De ninguna manera, te lo regalo... Sé que a nadie se le verá como a ti, es difícil tener ese color de cabello y la estructura ósea exacta para que se vea de esa forma —le guiñó un ojo con complicidad—. Somos amigas, ¿no es cierto?

—Sí, pero es demasiado.

—Claro que no, de hecho me molesta mucho saber que ni siquiera tienes ropa de tu talla. Mañana mismo me encargaré de ese tema, no me había fijado que usabas todo tan holgado por lo mismo.

—No, por favor, Adelina, yo así estoy bien, es cómoda y me queda... De verdad.

—Desde luego que no —refutó con mucha firmeza—. No sé todavía lo que sucedió, ni por qué llegaste de esta forma a la vida de Antonio, aun así, esto no es una cárcel, ni tú una prisionera, eres la madre de una Arantes y tendrás un guardarropa completo en esta misma semana... Si no confías en mi gusto, puedes acompañarme.

—No puedo aceptarlo, además, no creo que Antonio esté de acuerdo... En serio, así estoy bien —buscó convencerla, pero la mujer tomó su barbilla e hizo que la mirara directamente.

—Sé identificar el estilo de las personas en cuanto las veo por primera vez, no tendré dificultad de escoger cosas que te agradarán... En cuanto a Antonio; más le vale que no se meta en esto porque por muy fiero que sea, sabe que yo lo soy más. Hoy mismo hablaré con él —determinó y Glía palideció—. Quitá esa cara, *minha menina*, tú eres justo lo que esperaba. —Glía frunció el ceño, pero Adelina ya no le dio tiempo de preguntar más, le colocó, riendo, unos pendientes de oro viejo y una pulsera a juego, junto con un coqueto abrigo—. Ahora tengo que dejarte, espero que todo salga bien por la noche, *minha menina*. —La mujer salió dejándola ahí en medio de su habitación.

Adelina tenía una jugada de canasta, pero antes pasaría a visitar a su sobrino, estaba llevando las cosas hasta un límite que la indignaba y enfurecía, quería conocer la verdad, de otra forma no podía comprender la falta de consideraciones a esa tierna joven.

Antonio la recibió enseguida, extrañado de que se encontrara ahí. Sabía que todo estaba bien en la casa, tenía a gente que le informaba cualquier cosa.

—Hola, Lina, ¿a qué se debe este milagro? Creí escuchar que estos lugares te desagradaban —se burló. La mujer le dio un beso en la mejilla y se sentó rígida en uno de los sofás de piel de la inmensa y elegante oficina.

—Y es verdad, pero hoy decidí hacer mi superficialidad a un lado —refutó. Antonio enarcó una ceja.

—¿Algo de tomar? —Su tía negó seria. Ella nunca se comportaba de esa forma. Se sentó esperando a ver qué era lo que le sucedía—. De acuerdo, te escucho. —Había tenido un día muy pesado, no pudo dejar de pensar en Glía; iba a decirle todo, pero eso no lo reconfortaba, al contrario, lo consumía, por lo mismo decidió no ir ni a comer... La situación estaba terminando con él, pero se lo merecía por imbécil por haber sido un sordo.

—Vengo a exigirte la verdad.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad. No sé qué sucede entre tú y Glía —comenzó. Antonio se frotó el rostro al comprender lo que pasaba, Adelina le había tomado un afecto muy grande a Glía, por supuesto que ya no estaba conforme con la historia que había decidido que supiera—, y no quiero equivocarme, necesito saber qué pasa en realidad... Ni siquiera tiene ropa de su talla. ¿Sabes lo que necesita? ¿En calidad de qué está en la casa? Tú amante no es y no creo que llegue a serlo, Glía parece no ser así, pero temo estar equivocándome de una forma atroz. Dime ¿quién es ella, qué pasó entre ustedes? —cuestionó. Antonio se puso de pie aspirando fuertemente.

—Adelina... sé que la quieres, y no te has equivocado, ella es lo que crees; una hermosa y buena mujer, yo he sido un bruto y desalmado... —admitió y se sentó de nuevo frente a ella para relatarle la historia a grandes rasgos. Su tía lo miró azorada una vez que terminó.

—¡Por Dios! —Se llevó las manos a la boca con lágrimas en los ojos—. Lo que me dices es horrible, Antonio. Pobrecita.

—Lo sé, no tenía modo de creer lo contrario, Lina, y aunque no es justificación, es por eso que la traté así.

—Hijo, la cena de hoy... ¿Le dirás todo?

—Debo hacerlo.

—Pero Glía podría irse.

—Lo sé.

—No puedes permitirlo, tú la quieres.

—Con toda el alma, Lina, por lo mismo dejaré que decida lo que quiere de su vida... Aún recuerdo aquella tarde en la que te contaba su sueño, era verdad, y yo no me acerco ni un poco a eso, sé que no fui solo yo el que la puso en medio de esta espantosa situación, pero contribuí...

—Sin embargo, la salvaste, aun sin saber la verdad, la salvaste.

—Lina, sé que la quieres, sé que ella seguirá frecuentándote, te quiere... Glía es así: genuina, sin máscaras, pero la he visto extinguirse, no lo soporto. Quiero ver de nuevo a esa mujer que me enloqueció. Para eso necesitará tiempo y si puede perdonarme...

—Te perdonará, lo presiento.

—Eso espero, pero no la presionaré más. Merece paz, se la daré.

—Jamás pensé que esto estuviera sucediendo, ella no mencionó nada, nunca.

—Se lo prohibí —confesó recordando con dolor esa conversación en el avión y como si la tuviera frente a él, evocó sus palabras.

—Pues espero que logres solucionarlo, una mujer como ella dudo que puedas volver a encontrar, con todo el respeto que me merece Lidia; Glía es más adecuada para un hombre como tú, pero mientras eso sucede, te aviso que mañana mismo me encargará de que tenga todo lo que necesita.

—¿A qué te refieres?

—A que no entiendo cómo se las ha arreglado para sus efectos personales, a que pediré todo un guardarropa de acuerdo a su talla y tamaño, a que Glía encontrará en mí una madre si es preciso.

—No había pensado en eso.

—Por supuesto que no, has sido egoísta, Antonio, y comprendo que te sintieras herido, pero si estabas asumiendo el hecho de hacerte cargo de ella me parece que fuiste en muchos aspectos descuidado.

—Lo sé —admitió acongojado. La mujer se levantó más relajada y colocó una mano sobre su hombro. Su sobrino lucía vencido, abatido y tenso, no le gustaba verlo así, pero el error fue, debía enmendarlo y esperaba lo lograra.

—Sé que esta es una mala pasada del destino, la felicidad cuesta, hijo, y nunca se sabe cuáles son las formas que tiene la vida para averiguar si eres digno de poseerla... Espero que logres dar con ellas porque sin amor, no hay nada.

—Yo también, Lina. Y por favor no escatimes en nada respecto a lo de Glía, yo lo pagaré todo, ¿de acuerdo?

—Así lo haré. —Ambos caminaron rumbo a la salida perdidos en sus pensamientos.

—Espero que todo salga bien por la noche.

—Gracias. Solo deseo verla reír de nuevo —murmuró. La mujer le dio un dulce beso en la frente y acunó su mejilla.

—Sé inteligente, piensa con el corazón y usa la razón para este combate, creo que eso es justo lo que te podrá ayudar con esa jovencita. Demuéstrate que puedes conseguir tu felicidad y la de quienes te rodean. Créelo de verdad, Antonio. —Un segundo después desapareció dejándolo mudo y sin poder moverse. No decepcionaría nunca a nadie más y si amar era dejar en libertad, él lo haría.

Glía estaba lista justo a las ocho. Se había puesto el bello vestido junto con unas sandalias de piso del mismo color del cinturón, que gracias a Dios, le compraron hacía unos meses junto con la ropa de maternidad. Se recogió el cabello en un moño suelto y se aplicó un poco de rímel y rubor que prácticamente nunca había usado y que adquirió de la misma forma que lo demás. Jugó un rato con Camelia. Fábía al verla no pudo esconder su aprobación, por lo que se sentía más segura de sí.

La puerta se abrió de repente. Él estaba ahí, la había ido a buscar a su habitación y al no verla, dedujo dónde se encontraría, no falló. Se hallaba de pie junto a la cuna con Camelia en brazos cantándole una canción de cuna. Su pulso se detuvo, parecía una diosa griega, jamás pensó verla así. Era tan perfecta, tan elegante y no necesitaba grandes artilugios para lucir como en ese momento, sabía muy bien que si acudiera a un lugar concurrido sería el objeto de envidia de muchos.

—Buenas noches —saludó cauto, deleitado. Glía giró y clavó sus inmensos ojos verdes sobre él, su corazón dio un vuelco.

—Buenas noches —contestó al notar que no iba vestido con ese rígido traje. Llevaba unos pantalones oscuros de tela de gabardina que sospechaba estaban hechos a su medida, pues le quedaban como guante en ese asombroso cuerpo que poseía, una camisa gris abierta casualmente en el cuello y su cabello húmedo sin peinar. Respiró con dificultad, un poco nerviosa sintiendo cómo cada célula traicionera reaccionaba ante su presencia imponente.

Antonio entró unos segundos después y se acercó a ellas presa del hechizo que ejercían sobre él.

—¿Puedo? —preguntó elocuente. Glía le dio a la pequeña sin chistar y sin quitarle los ojos de encima, lo observó mecerla y acariciarle su rostro de esa forma en la que solía—. Te ves... hermosa —escuchó que le decía mirándola de pronto. La joven se ruborizó.

—Gracias, tú... te ves bien —admitió nerviosa. Él sonrió complacido, sabía que se sentiría más relajada si iba con menor pomposidad, además, recordaba que en un par de ocasiones le dijo que se veía más joven y accesible con el cabello sin fijadores, por lo mismo decidió dejarlo así.

—¿Nos vamos? —preguntó sereno, sin embargo, la causa de sus noches sin dormir y de millones de duchas heladas, miró a su hija un tanto aprensiva. Era la primera vez que la dejaba sola, él sabía muy bien lo que sentía, de nuevo lo experimentaba, pero la niña estaría bien.

—Yo me encargaré de Camelia, no saldré de aquí para nada, Glía —le recordó Fábía tomando a la bebé, sonriendo.

—¿Estás segura? —consiguió decir dudosa.

—No estaremos lejos, Glía, y Augusta también permanecerá en casa, todos aquí saben qué hacer, pero además nuestra pequeña está bien... —buscó convencerla. La joven suspiró asintiendo.

—Lo sé, es sólo que...

—No te justifiques, es normal —la apoyó acariciando su mejilla y clavando sus ojos grises en esos preciosos pozos verdes. Ella se alejó por instinto dejando a Antonio aturdido aunque sabía bien la razón—. Camelia tiene a la mejor madre —completó con ternura. Glía sonrió torciendo

sus dedos.

—Vamos antes de que me arrepienta —dijo al fin, determinada.

Al salir de la casa, en vez de subirse a uno de los autos, como ella esperaba, un pequeño carro de golf estaba ahí. Glía se detuvo sin comprender.

—Iremos a un lugar donde nadie nos interrumpa —murmuró escondiendo la marea de sentimientos encontrados que crecían en su interior. La joven se subió a su lado, inquieta. Antonio, la miraba de hito en hito, imposible saber lo que en su cabeza ocurría, pero la suya la sentía estallar. Condujo a través de los jardines hasta llegar a la playa. Glía no había ido hasta esa parte de la casa durante el tiempo que tenía viviendo ahí.

—Es hermoso —susurró. La luna se mezclaba con el océano de una forma asombrosa.

—Sí... mucho —admitió contemplándola. La joven bajó del auto de inmediato sin lograr comprender esa actitud.

Una lancha de lujo estaba aparcada en un muelle junto a un yate impresionante. Glía lo observó atónita sin poder evitar abrir la boca de par en par. ¿Qué era todo eso?

—¿Son tuyos? —quiso saber. Él sujetó una de sus manos y la guio hasta la más pequeña de las embarcaciones.

—Sí... ven. —Al comprender que iban a subirse a es diminuto bote, dudó.

—Yo... No creo que sea buena idea, no sé nadar y... —Él no pudo esconder su asombro, divertido. ¿Eso era posible?

—No caerás, además llevarás un salvavidas, ¿de acuerdo? Serán unos minutos.

—Pero a dónde vamos, ¿por qué no en auto? —pidió saber agobiada. No pudo más con esa actitud, lo desarmaba, la acercó a su cuerpo tomándola por los brazos con suavidad, ella tragó saliva sin moverse mientras Antonio sonreía.

—¿Dónde quedó tu ánimo temerario? —la desafió. La pelirroja pestañeó ruborizada. ¿Por qué la acercaba así, la veía así?

—Bueno... lo que pasa es que tampoco soy una suicida —se justificó un tanto nerviosa y otro tanto confundida.

—Verás que te gustará —prometió, la tomó de la mano y la condujo hasta la embarcación. Bajó de un brinco al bote, sacó un chaleco, subió de nuevo y se lo colocó con pericia y paciencia —. Listo, estás protegida.

—Eso espero —musitó sintiéndose ridícula con aquella indumentaria, pero no se la quitaría. Él la rodeó sin avisar por la cintura y la dejó de pie a su lado en el bote.

—Siéntate donde gustes, ya salimos —dijo con tono ligero. Glía obedeció enseguida, observando la facilidad y conocimiento con el que encendía y comenzaba a manejar.

Iban rápido, pero Antonio parecía saber muy bien cómo funcionaba ese bote que evidentemente estaba hecho para ir a toda velocidad. Sin darse cuenta empezó a contemplar a su alrededor, se distinguían varias islas iluminadas, la noche estrellada y la espuma que iban dejando detrás. Él la miró de reojo, le tendió la mano alentándola a ponerse de pie. Glía dudó por unos segundos, pero terminó aceptando y rodeó con sus pequeños dedos la suya, nerviosa. Deprisa se colocó a su lado y un segundo después perdió su atención en lo que la rodeaba, maravillada con sus pupilas dilatadas por la intriga y curiosidad. Antonio sonrió con nostalgia. Esa joven sí se parecía demasiado a la que dañó sin saberlo una y otra vez.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó de pronto y es que se sentía derretido al ver sus ojos de nuevo chispeantes, estaba bajando las defensas. Ella arrugó la frente, temerosa.

—¡Claro que no, chocaríamos! Maneja tú.

—¿Contra qué imaginas que podríamos chocar exactamente? —Se burló relajado mirando a su alrededor. No había ya nada, solo mar y más mar.

—Bueno, hace mucho tiempo que no conduzco ni un auto, yo creo que... —y sin que pudiera seguir poniendo más pretextos, Antonio la ubicó frente a él y colocó sus manos sobre el volante. Ella profirió un pequeño grito de asombro, pero la ignoró recargando la barbilla sobre su hombro.

—Mira al frente y sujeta bien el volante, ¿sientes lo fácil que es? —Ella sonrió complacida.

—Sí —contestó deleitada, maravillada. Cuando había que virar, él ponía sus manos sobre las suyas y suavemente la hacía girar. Sentir su cuerpo suave, su piel, su aroma, lo tenían al límite, ella era su mujer, y se juró que volvería a serlo y cuando eso ocurriera, se dedicaría a verla sonreír de esa forma para siempre.

Poco a poco se fueron acercando a una isla, imaginó que de medianas proporciones, no se distinguía del todo debido a la oscuridad, pero no era pequeña, eso seguro. Antonio disminuyó la velocidad con unos botones que estaban en el tablero, luego comenzó a maniobrar sin permitir que Glía se apartase, se fueron acercando hasta que llegaron a otro muelle frente a una gran casa completamente iluminada. La joven dejó de respirar, estaba azorada.

—No es tuya, ¿verdad? —Antonio asintió avergonzado sin comprender muy bien por qué.

—Por Dios, ¿quién eres? —murmuró más para sí que para él. El hombre, un tanto descompuesto, tomó su rostro entre las manos delicadamente buscando ser lo más sincero posible.

—Un hombre, Glía. Solo eso.

—Pero no es normal poseer una isla, por Dios, tu casa, los yates... Te juro que no tenía ni idea —repitió asustada, apabullada.

—Sh... —la silenció colocando el dedo pulgar sobre su boca—. Hoy vamos a aclararlo todo y si te traje aquí es para que nada, ni nadie, nos interrumpan... Pero no te dejes llevar, esto es dinero.

—En exceso —manifestó todavía desconcertada, sin poder contener el comentario.

—Puede ser, pero es así —reviró él con voz ronca, contenida. Glía asintió bajando la vista, no le gustaba nada todo eso, en la posición que la colocaba, lo cierto era que no tenía nada que decir al respecto.

—Lo siento, no quiero ser pedante.

—Al contrario, eres perfecta —escuchó de repente. Alzó el rostro desconcertada, pero él solo le sonreía con dulzura, una que no tenía idea de cuánto había extrañado hasta ese momento—. Vamos, te mostraré el lugar. —Sin darle tiempo a réplica la bajó del bote, le quitó el chaleco y aferró su delicada mano.

El muelle daba a la entrada de la casa. El sitio era encantador, íntimo. Cristales por doquier, colores vivos y alegres, flores exóticas en cada mesa y muebles que no desentonaban en lo absoluto.

—¿Te gusta? —preguntó desde su espalda.

—Sabes que sí, es hermosa.

—Mi padre la hizo para mi madre, ella adoraba estar aquí, pasaban semanas enteras.

—¿En serio?

—Sí, se amaban mucho y nunca tenían suficiente el uno del otro —explicó sintiéndose cómodo al hacerlo.

—Mis padres también se amaban —musitó Glía recordando de repente la última triste parte de su matrimonio.

—Es una suerte poder encontrar en un mundo tan grande a la persona ideal —habló él,

observándola fijamente. La joven colocó su atención en los detalles de aquel mágico lugar, suspirando. Para algunas personas, seguramente, pero ella no entraba dentro de ese paquete.

—Supongo que sí —solo respondió. Al percibir su ánimo decidió cambiar de tema.

—Debes tener hambre, ven... —la guio hasta un ala de la casa que daba al mar. Un comedor iluminado de forma tenue y una mesa perfectamente decorada apareció frente a ellos. Pestañeó atónita, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, nada.

—¿Y esto?

—Nuestra cena... Siéntate —la invitó tomando una de las sillas de madera clara, haciéndola para atrás. Glía lo hizo despacio y desconfiada—. ¿Quieres tomar vino o prefieres otra cosa? —preguntó solícito.

—No he comido, prefiero algo sin alcohol —respondió desconcertada. El hombre tomó una jarra con agua que al parecer llevaba fresas y le sirvió en una copa larga que contenía fruta picada cuidadosamente colocada en su interior.

—Esta es inofensiva, pero te gustará —aseguró con elocuencia. Sorbió despacio; era dulce y ácida, sonrió asintiendo.

—Sabe bien —aceptó. Antonio se sentó también y llenó su copa con la misma bebida. Había canapés de diferentes tipos sobre la mesa y le ofreció de todos. Los probó intrigada, eran tan pequeños y decorados que le asombró que supieran tan bien. Después de una charla relajada y superficial, Glía decidió ir al grano, la tensión era evidente y no podría comer más si no hablaba antes—. ¿Quiero saber por qué estamos aquí? ¿Por qué este cambio de actitud? Por más que intento comprender no lo logro, hace unos días me despreciabas y ahora... No sé... Me tratas con respeto. No entiendo. —Él cerró los ojos comprendiendo que había llegado la hora de decirle todo, de enfrentar la realidad, dejó salir un suspiro hondo y la encaró, serio.

—Glía, no sé ni siquiera cómo empezar... —Se detuvo unos minutos evaluándola, lo miraba fijamente, decidida, pero a la vez con cautela, expectación. Era evidente que no confiaba en su suerte, tampoco en él—. Pero primero debes saber que conocerte ha sido lo más hermoso que me ha ocurrido, sin embargo, cómo ya te has dado cuenta, mi vida es... complicada y... estoy expuesto a muchas cosas, más de las que quisiera.

—Sí, no ha de ser fácil poseer tanto —secundó serena, él negó atormentado.

—Por eso cuando tú y yo estuvimos saliendo aquellas semanas, Camilo... decidió hacer una breve investigación —confesó. El semblante de Glía cambió, enseguida sintió un sudor frío.

—¿Me investigaron? —repitió incrédula. Antonio asintió avergonzado antes su tono acusador—. No tenían derecho —reclamó con sus pozos verdes llameantes.

—Lo sé, pero ese es su trabajo, protegerme. El día que... tú... Bueno... Yo...

—Jamás olvidaré esa noche, Antonio —zanjó respirando agitada—. Ese día, ¿qué?

—Ese día me dio un informe sobre ti... Decía que estabas coludida con Gregorio y que planeaban extorsionarme, sacarme dinero aprovechándose de mi indiscutible atracción por ti. —Ella bajó la vista sin saber qué decir—. Me sentí furioso, Glía, decepcionado, dolido, me había abierto a ti como con nadie, a tu lado me sentí libre y de pronto todo indicaba que había sido utilizado, engañado... Vi incluso fotos de ti vendiendo drogas, robando...

—Pero yo no... —La detuvo con un ademán.

—Lo sé, no eres tú, era Ana —corrigió. La joven abrió los ojos de par en par, temblorosa—, por eso me comporté así, por eso caí tan bajo. Nadie nunca me había lastimado tanto y no tengo pretextos, ni justificación porque de todas maneras no tiene nombre lo que te hice.

—¿Por qué me cuentas todo ahora? Intenté explicarte y ni siquiera me dabas oportunidad... No

entiendo —expresó abatida. Su mirada entre temerosa y desconfiada le dolió. Antonio se puso de pie y anduvo hasta las enormes ventanas que daban al exterior. La brisa marítima le ayudó a serenarse, las palabras eran vitales en todo aquello, su vida estaba de por medio.

—Porque... lo sé todo... Sé todo sobre tu vida los últimos cuatro años.

—¿Todo? —preguntó ella acercándose. ¿A qué se refería? Lucía tan extraño, era como si se estuviese consumiendo, como si estuviera... arrepentido, dolido verdaderamente. Lo cierto es que aún se sentía incrédula, desconfiada y demasiado lastimada, herida.

—Sí, Glía. Jamás me imaginé que hubieras tenido que pasar por esa pesadilla, que esos hombres fueran los responsables de la muerte de tus padres. —Los ojos de la pelirroja se anegaron al comprender por dónde iba todo. Deseó, miles de veces borrar eso de su memoria, de su cabeza, pero tal parecía que nunca se libraría de esos recuerdos espantosos y que le cambiaron la vida para siempre—. Que tu hermana fuera lo que es y que tú hubieras sido la víctima de todos nosotros. —Glía se aferró mareada el barandal que dividía la terraza de la playa y agachó la cabeza sintiendo que todas sus defensas caían sin poder oponer ni la más mínima resistencia—. Has sido una mujer muy fuerte, muy valiente y no tengo palabras para agradecerte que hubieras intentado protegerme...

—T—te harían daño —soltó sin mirarlo y con la voz quebrada, lloraba. Dios, cómo le dolía verla así, tan vulnerable.

—Lo sé... planeaban secuestrarme —señaló serio. Ella lo enfrentó perpleja con lágrimas en los ojos, eso era justamente lo que sospechaba y no se había equivocado—. Sí, gracias a Dios Camilo, al verte en el apartamento, aquel día que te encontré en el albergue, notó lo que todos han visto en ti; inocencia, ingenuidad... Dudó de lo que me informó y realizó una investigación exhaustiva, no solo de ti, si no de esos hombres. Hace unos días me dio el resultado de su nueva indagatoria.

—¿Te dijo dónde está mi hermana? —quiso saber. Él se acercó a ella, preocupado. Mierda, era tan dulce y en medio de todo aquello lo único que le preocupaba era esa chica advenediza, oportunista y sin principios.

—Glía, ella es parte de todo esto... Ahora esta prófuga, pero cuando la encuentren, irá a prisión —le informó con suavidad. La joven palideció al escucharlo y se alejó un par de pasos.

—¿Prófuga? ¿Por qué? —Recordaba lo que Gregorio le había dicho, pero no podía ser cierto.

—Ven; te contaré todo lo que sé, no omitiré nada, pero tú debes de sentarte, parece que te desmoronarás en cualquier momento —expresó preocupado. Ella accedió sintiendo justo eso. La tomó de la mano y la acomodó en una de las sillas del exterior ubicándose enfrente.

Le narró todo sin detenerse, la mirada de Glía iba del asombro, al horror, al dolor, al miedo y a la impotencia. Quería rodearla y jurarle que todo iría bien, que ya nada nunca le pasaría, que la protegería, pero presentía que lo alejaría. Una hora después terminó. Glía estaba muda y paralizada.

—Yo... no sabía todo esto, no sabía quién eras... te lo juro —rogó porque esta vez le creyera, ya no podía más, se sentía exhausta desde el centro de su ser. Antonio sujetó con suma dulzura una de sus manos y las besó con ternura.

—Lo sé, y no veo cómo lograré que me perdones... Fui vil, despiadado. —Ella se zafó, de inmediato se puso de pie acercándose al barandal.

—No sé qué decirte, enterarte de todo esto seguro no fue nada grato. Yo misma no sabía muchas cosas... No me conocías, Antonio, todo se conjugó... Te entiendo —admitió al fin. El hombre no daba crédito por lo que no pudo evitar clavar sus ojos grises en su pequeña figura.

—Glía... perdóname. —Se puso a su lado buscando su mirada. La joven asintió perdida en la noche, en la luz de la luna proyectada en el agua salada que iba y venía.

—Te comprendo, Antonio. No tuviste más opciones, así como yo jamás las tuve... Lo cierto es que no debí ser tan inconsciente aquel día que te derramé el café, no debí olvidar quién era, te arrastré a cosas que no tenías por qué vivir. —Escucharla hablar de aquella manera hizo que la sangre se le helara de inmediato. Eso era lo que provocó con cada una de sus palabras, con cada una de sus malditas acciones; que ella, el amor de su vida, se arrepintiera de haberse cruzado en su camino.

—¡Ey! No digas eso, ahora estás bien, nuestra hija también, podemos superarlo juntos — interrumpió nervioso como jamás en toda su vida. Ella lo encaró entornando los ojos.

—¿Juntos?

—Sí, juntos. Glía... Cástate conmigo —soltó. Sin pensarlo se alejó un par de pasos, perpleja y descompuesta. Entró a la casa negando asustada. Antonio la observó desconcertado, sudando como un adolescente. Parecía que le había dado una pésima noticia.

—¿Casarnos? —La siguió serio intentando deducir lo que por su cabeza pasaba.

—Sí, tenemos una hija y...

—Espera, Antonio —lo detuvo en seco pero con la voz más firme que le hubiese escuchado—. Te perdono, te lo prometo, pero eso no implica que pueda surgir algo entre tú y yo —determinó. Sintió un balde de agua fría que sabía bien merecía y de sobra. Se engolosinó, soñó, pero eso era lo que en realidad esperaba si era sincero, aun así, dolió como los mil demonios—. Pasaron muchas cosas, necesito recuperar mi vida, no será fácil pero... no puedo vivir así... Soy la madre de tu hija, siempre lo seré, sin embargo, entre tú y yo se abrió un abismo enorme. Yo no sabía que poseías todo esto, que eras un hombre con tanto poder... Pensé que sí, tenías dinero, pero no a este extremo. Jamás vi a uno de tus escoltas hasta el día en que fuiste por mí al albergue. No tenemos nada en común, somos dos personas que no tienen coincidencias, y el cuento de la cenicienta sé muy bien que es eso, un cuento... No estás en deuda conmigo porque nada de lo que me pasó es tu culpa. Sé que serás un buen padre, que a Camelia no le faltará nada, pero yo soy otra cosa y... no creo que un matrimonito bajo estas condiciones sea la respuesta.

—Glía... —un agujero enorme se abría en su pecho, ese era su castigo, la consecuencia de sus fallas, al dolor que le infligió tantas veces.

—No, no digas nada, te lo suplico. Esperé mucho este momento y ahora que sucede no me siento mejor. Creí que cuando supieras la verdad podría sentirme feliz, tranquila al fin, pero no es así. Sé que no actuaste correctamente, yo tampoco en muchos casos... Necesito acomodar mis ideas. No puedo ni siquiera regresar a México.

—Glía, aún es peligroso —se escuchó decir Antonio inmutable. En todo podía ceder menos en eso, no por ella, no por su hija. Jamás las arriesgaría, podía no tenerla a su lado, pero esa joven estaría a salvo el resto de sus días.

—Lo sé, pero aquí no me siento cómoda, no sé hablar portugués, ¿cómo lograré abrirme camino? Dios, todo es tan complicado. —Se sentó en la silla del comedor y escondió la cabeza entre sus manos. Ya no sabía qué seguía, qué le depararía la vida, cómo tomar el control de su destino.

—Glía, tú no puedes vivir como antes, por mucho que yo en este momento quisiera darte todo lo que pidieras, eso no es posible. —Tuvo que decirle pues esa era la realidad, *su* realidad.

—Por Camelia... —dedujo apesadumbrada.

—En parte... Tú ahora estás ligada a mí, siempre será así, no puedo arriesgarlas,

¿comprendes? Tu vida, bueno... no podrá ser como la de cualquier otra mujer —informó acongojado pues notaba como eso la hería más. ¡Mierda!, sentía como si la estuviese mandando al paredón, más aun con esa mirada llena de miedo, de preguntas, de... ingenuidad.

—No comprendo —admitió llorosa.

—Glía, tengo muchos enemigos, gente que sabe que al hacerles daño a ustedes me lo haría directamente a mí, personas como Gregorio los hay en todas partes, no puedo exponerlas de nuevo.

—¿Eso qué implica? —deseó saber apretando la servilleta con la que se había estado limpiando las lágrimas.

—Implica que tendrás custodia las veinticuatro horas, que no les faltará nada y vivirán sin sobresaltos de ningún tipo. Pero que trabajar en un lugar como en los que trabajabas no podrá ser —concluyó. Glía palideció más si eso era posible. Antonio, fuera de irse sintiendo mejor, se iba sintiendo peor con cada minuto, con cada palabra. Se desmayaría, estaba seguro.

—Yo... no quiero eso —logró articular con voz débil—, quiero una vida normal, quiero salir adelante por mis propios medios, no puedo aceptar esto —espetó irritada por no poder decidir sobre sí misma.

—Te entiendo, pero comprende que se trata de tu vida, de la de Camelia...

—Y del qué dirán si ven que la madre de tu hija trabaja en una cafetería, ¿no es cierto? —lo acusó repentinamente molesta, harta.

—También —confirmó sombrío.

—Yo no pedí esto, estoy cansada de no tener el control de mi vida —le dijo con impotencia, frustrada.

—Glía, podrás estudiar, terminar tu carrera, ejercerla más adelante si quieres... Eso no será un problema, además, seamos sinceros, tú no estás dispuesta a dejar a Camelia más tiempo del necesario, si trabajaras como solías no la verías.

—Lo sé —admitió reconociendo eso.

—No te estaré haciendo ningún favor, es mi obligación velar por ustedes, yo te metí en este lío, no te dejaré sola. Olvídalo.

—¡Tú no me metiste en nada! —lo corrigió alzando un poco la voz.

—Eso es muy cuestionable, algún día probablemente lo decidiremos. —Ambos recordaron de pronto cómo era que se conocieron, y con cuál pretexto él la invitó a salir. Glía se levantó y caminó al interior de la casa buscando alejarse. No quería evocar todo eso, ya no quería recordar nada que le causara dolor. Tenía que pensar en el futuro, en cómo enfrentar su situación.

—No quiero ser una mantenida —declaró repentinamente mirándolo a lo lejos desde la sombras de esa parte de la casa.

—Estoy consciente de ello, y no es lo que serás... Confío que con el tiempo puedas sentir lo contrario, pero no debes privar a Camelia de lo que yo puedo darle.

—No quiero privarla de nada, pero no es mi realidad... ¿Qué tal que algún día tú te casas y tienes familia? No puedo estar a expensas de ti y tampoco puedo permitir que ella sufra por no tener a lo que estaba acostumbrada.

—Eso no pasará —declaró con firmeza.

—No lo sabes... —replicó con el mismo tono.

—Podrías ser tú quien conociera a alguien, la que deseara casarse con un hombre como el de tus sueños —refutó con furia contenida. De solo pensarlo quería destrozar el lugar, pero era consciente de que había llevado las cosas hasta un límite que era difícil el retornar.

—No, ese hombre ya lo conocí y... eso no pasará. —La impotencia de su confesión le nubló la vista y se le clavó como una espina venenosa en el alma.

—Podrías cambiar de parecer y entonces Camelia viviría a su lado lo que no puede conmigo: la cotidianidad. Deseo por lo menos darle seguridad, estabilidad. No puedes negarme eso.

—Está bien —murmuró Glía después de unos minutos, tranquila de que él no pudiera ver su rostro con claridad, gracias a las penumbras del lugar donde se encontraba observándolo. Antonio fue ese hombre, lo supo en cuanto lo vio, pero... eso fue un sueño, nada más. Hacía unos días se lo dijo muy claro; ella nunca estaría a su altura. Sin contar que la propia situación era tan torcida y enredosa que nada podría terminar bien entre ellos y menos sin que una de las partes no estuviera igual de enamorada que la otra—. Sé que por ahora no puedo regresar a México, sin embargo, quiero tu palabra de que cuando todo termine, lo podré hacer. —Antonio apretó los dientes tenso, sintiendo como una mano ardiente se adentraba en su pecho y lo estrujaba.

—Te lo juro —le prometió sin remedio.

—No quiero vivir en tu casa, sé que no puedo exigirte nada, pero creo que es lo mejor para todos. —Y por supuesto eso le pediría, lo supo en cuanto conoció la verdad, aun así sintió unas enormes ganas de gritar, la perdió, la había perdido con cada cosa que hizo, con cada frase hiriente.

—Tú puedes pedir lo que quieras y si no te sientes cómoda ahí, entonces te compraré una en la ciudad.

—No hace falta que compres nada, espero que no sea por mucho tiempo —prosiguió con seguridad, tanta que lo asombraba. Sin embargo, en ello tampoco cedería.

—Estará a nombre de Camelia, además cuenta con Fábía y un maestro particular de idiomas para que te enseñe portugués y puedas sentirte independiente... Sé que terminar la escuela en línea no será problema, así que podrás seguir estudiando —le explicó como si de un balance mensual de la situación de la empresa se tratara. No sabía cómo enfrentar toda esa marea de sensaciones que estaba desgarrándolo por dentro.

—No es necesario, cuando regrese a México...

—Glía, no tenemos ni la menor idea de cuándo sea eso, pueden ser años, lo mejor es que termines, sé que es lo que quieres.

—Sí, lo es —admitió susurrando decepcionada.

—Lo último que deseo es que te sientas mal por todo esto, te daré una cantidad al mes que tú administrarás cómo prefieras, no me darás cuentas de nada ni tampoco te las pediré, quiero que te sientas lo más libre posible... —le informó sabiendo que eso era lo que debía hacer.

—Es muy vergonzoso, me cuesta trabajo aceptar todo esto, Antonio. Es demasiado —y era verdad, no le gustaba en lo absoluto lo que ocurría y de nuevo, no tenía muchas opciones... o ninguna.

—Lo sé, pero por ahora es tu realidad, acéptala, Glía, como yo he tenido que aceptar la mía —reviró. Ella pasó saliva ante lo amargo de sus palabras.

—De acuerdo. —Unos minutos después se acercó de nuevo a la mesa sin saber qué decir, ni que hacer.

—Debes tener hambre, siéntate, la cena está lista —murmuró. La joven pestañeó desconcertada ante su calma, su fría indiferencia. Al parecer dijo justo lo que él quiso oír y por fin se sentía librado de su presencia, de toda esa pesadilla.

—Gracias.

Comieron en silencio uno frente al otro evitando verse a los ojos. Al terminar el primer

platillo ella se atrevió a encararlo, él se encontraba serio, pensativo. Por mucho que le aliviara que se alejara de su vida, siempre fue evidente que amaba a Camelia; era un gran padre, en todos los sentidos.

La albergó en su casa y se ocupó de ella y la niña aun dudando de su paternidad y una vez que la confirmó, no reparó en atenciones, en cariño. Toda esa situación le afectaba a él también, por eso le pidió que se casaran. Sin embargo, un matrimonio bajo esas condiciones no tenía la menor posibilidad de salir adelante. Todo estaba en contra, pero lo más importante era que no sentían lo mismo y eso en algún momento la destruiría. No dudaba de su deseo, de la atracción que existía entre ambos, pero no había amor, no de su parte y por mucho que lograra de verdad olvidar las humillaciones y cada una de sus palabras no podría superar el hecho de que se encontrara perdidamente enamorada de aquel hombre que le hizo ver la vida de otra forma y que se daba cuenta que fue una ilusión, una fantasía.

—Antonio... —dijo. Encontró sus ojos grises clavados en los suyos. No parecía estar más contenta que él—, Camelia es tu hija, eres un gran padre, no la alejaré de ti nunca. Sé que el hecho de que me quiera ir a México no te agrada y lo entiendo... Creo que con el tiempo conseguiré adaptarme a este sitio, no quiero que ella tampoco sufra por tu ausencia —murmuró. El hombre relajó la expresión torciendo la boca en lo que parecía querer ser una sonrisa, pero que era en realidad una mueca.

—Yo la seguiré a donde sea preciso, Glía. Ahora no te preocupes por eso.

—Lamento mucho todo esto. Jamás pensé que algo así pudiera pasar. Desde que Ana desapareció ya nada fue igual y veo que ya nunca lo será.

—Glía, tú no eres culpable de nada, no has hecho nada malo, al contrario... y debo de confesar que aún no comprendo cómo es que unas hermanas pueden ser tan distintas; Ana está metida en un lío gigantesco —apuntó tiernamente al percibir su dolor. La joven observó su plato mordiéndose el labio.

—Siempre fue así... y me duele mucho saberla en problemas, pero era egoísta, ni siquiera apareció cuando mis padres murieron... No digo que sea su culpa, sin embargo, en parte fue su responsabilidad. —Se limpió las lágrimas de coraje y dolor contenidas por años.

—Eres bondadosa, no quiero hablar de alguien que no conozco, pero ella sí es la responsable de todo aquello... —expresó convencido. Glía clavó sus ojos llorosos en esos duros pozos grises que amó desde el primer momento por la bravura que transmitían—. ¿Cómo es que se metió con gente como esa? Son delincuentes.

—No lo sé, siempre fue... banal, ambiciosa. Mis padres nunca lograban complacerla y tal parecía que entre más lo intentaban, más quería. Siempre fue hermosa, acostumbrada a salirse con la suya en todos los sentidos. Para ella no existía la palabra “no”. Mis papás vivían atentos al más mínimo capricho, a la menor necesidad de ella... Creo que eso influyó en su mala toma de decisiones —conjeturó. Antonio se dio cuenta de lo mucho que le afectaba todo aquello y no le gustaba en lo absoluto saber que su sufrimiento era aún más viejo de lo que pensaba.

—¿Y tú? —preguntó de pronto bastante interesado por conocer todo sobre esa mujer que lo tenía completa y absolutamente hechizado. Glía sonrió con tristeza, no supo por qué, pero por primera vez en su vida quería decir lo que llevaba cargando, no quedarse con nada.

—Yo... supongo que me convertí en todo lo contrario, nunca lograría, por mucho que quisiera, ser como ella. Así que me refugié en los estudios, en las lecturas, casi no salía y me volví una chica... aburrida —explicó. Él sonrió al escucharla; Glía era todo menos eso—. Intenté de todo cuando éramos niñas, pero al darme cuenta de que nada daba resultados y de que Ana tenía una habilidad asombrosa para lograr que todos hicieran lo que ella quería, decidí dejar de luchar.

—Debió ser difícil —murmuró. Glía se encogió de hombros, serena.

—A veces, mientras a mí no se me ocurriera salir de mis libros, todo iba bien... Nos llevamos un año y eso no ayudaba mucho, reprobó en secundaria por lo que estuvimos en el mismo grado; lidiar con eso creo que fue la peor parte... Pero ya ves, lo que no te mata te hace más fuerte y aunque me duele mucho que esté en esta situación y no le deseo ningún mal; creo que Ana debe aprender algunas cosas, aunque no de esta forma —reflexionó. Antonio la escuchó admirado,

maravillado.

—¿Cómo era su relación? —continuó con su interrogatorio. Glía evocó aquellos días con facilidad y sin comprender cómo, ni por qué, comenzó a relatarle su niñez y adolescencia. Él la escuchó atento, como si presenciara una conferencia de una persona brillante y muy interesante. Ana fue despiadada, incluso cruel con ella, pero lo más asombroso era que Glía no parecía verlo de esa forma. Al escucharla fue comprendiendo con mayor profundidad a esa mujer por la que perdió la razón y el corazón.

Ella era resultado de tantas cosas, de tantas situaciones, sin saberlo Ana logró con su actitud que Glía fuera una persona con principios y valores, honesta, leal y muy fuerte. Por eso cuando ocurrió todo lo de sus padres y luego el incendio esa dulce pelirroja no se dejó vencer, como tampoco cuando tuvo que dejar de estudiar o cuando él la abandonó de esa forma tan cruel. Glía era la clase de persona que por mucho que el huracán que la rodeara terminara con todo a su alrededor ella conseguiría continuar de pie contra todos los pronósticos.

Comprendió, entre líneas, que Antonio fue lo más cercano a un novio en su vida, aunque era difícil pensar que una chica con ese rostro y ese cuerpo no hubiese salido con otro, sin embargo, en definitiva parecía que buscó con desesperación diferenciarse de su hermana, por lo que el tema “hombres” era parte de su lista de cosas a rechazar.

Terminaron de comer con menos tensión. Antonio le explicó sobre las empresas que poseía y para que servían cada una. Glía, buscando alejarse de terrenos personales, lo bombardeó con preguntas sobre sus quehaceres mientras lo escuchaba atenta y relajada. Para la hora del postre ella parecía haber bajado de nuevo todas las defensas. Antonio aprovechó su actitud y se explayó en cada respuesta sintiéndose más cómodo que nunca pues ver a Glía fascinada simplemente era mágico.

—¿Puedo preguntarte algo más... personal? —indagó. Él bebió de su copa complacido, disfrutando de esa nueva e inexplicable intimidad.

—Lo que quieras —contestó. Ella se ruborizó mientras jugaba con su postre.

—Tú me contaste sobre tu... esposa, pero no comprendo, ¿viviste en México antes o después de que ella... falleciera? —Antonio pensó que recordar aquello le dolería y regresaría aquel agujero en el pecho, no obstante, se equivocó, quería contarle todo, ella se había abierto a él, necesitaba corresponderle. Le narró su pasado con calma, evocando cada cosa, limpiando con cada palabra que salía de su boca la culpa, las heridas—. Creo que hiciste lo que te dictó tu corazón, Antonio. Aunque sé que eso no debe de suavizar el dolor de haberlos perdido, pero si lo hubieses hecho de otra forma la duda y la culpa también te hubieran carcomido.

—Supongo... Lo cierto es que ahora veo con mayor claridad que hice lo que tenía que hacer y que esa no fue la razón por la que ya no están aquí, conmigo.

—Claro que no, sería muy ególatra pensar que la gente muere por algún error nuestro. Creo que las cosas deben de suceder, la vida es eso; una madeja de situaciones, de decisiones, de momentos, no tiene caso buscar los culpables, los porqués de todo, encontrar qué fue lo que propició lo sucedido nos llevaría al inicio de los tiempos.

—Con que también te gusta la filosofía, ¿eh? —reviró fascinado. Ella sonrió negando.

—No es eso, pero me parece que pasamos mucho tiempo deseando lo que no podemos tener, buscando culpables, responsables, creo que prefiero vivir, ser lo que quiero ser e intentar ser feliz con lo que tenga... Aunque no siempre sea lo que deseo.

—Cuando te conocí... Así pensabas, ¿no es cierto?

—Sí, con todo lo ocurrido me ha sido difícil recordarlo, pero siempre logré salir adelante y

así seguirá siendo. Tú deberías hacer lo mismo, ahora que ya no te sientes culpable... Podrías intentarlo.

—Creo que tienes razón, pero a diferencia de ti, yo voy a luchar hasta el último momento por lo que deseo y lo tendré, sé que lo tendré... Porque es la única forma de que vuelva a vivir, a ser lo que quiero ser y de verdad ser feliz con lo que tenga —aseguró mirándola intensamente, como queriendo traspasarla.

—Supongo que tiene que ver con perspectivas. Si yo quería una rosa y consigo un girasol, está bien, ambas son flores, tienen colores fuertes y adornarán algún rincón de mi casa. No por eso soy conformista, sino agradecida con lo que la vida me da.

—Te entiendo, pero yo no podría aceptarlo porque simplemente quiero una rosa, no una flor. A lo mejor me llevará más tiempo, más esfuerzo, sin embargo, sé que valdrá la pena.

—Creo que vemos las cosas de formas diferentes, supongo que es lógico, nuestras circunstancias han sido desde el principio distintas. Sabes muy bien que si tú quisieras una rosa, o cualquier flor que existiera, la tendrías...

—¿Has escuchado eso de que “el dinero lo compra todo”? —Ella asintió sin estar completamente de acuerdo con esa frase tan superficial, pero no era tonta, hacía las cosas más sencillas en muchos casos—. Pues créeme, no es el mío y entiendo muy bien tu postura e incluso la comparto; es inteligente y madura, sin embargo, hay situaciones en las que no aplica y una rosa es una rosa, ninguna otra flor podría adornar ningún rincón de tu casa, ni de ningún otro sitio.

—Puede ser... —admitió un tanto decepcionada. Él se refería a Lidia o a alguna otra mujer. De solo pensarlo sintió como una punzada de celos se apoderaba de su cuerpo. Ella nunca lo podría tener, no de la forma en la que deseaba, pero eso no implicaba que fuera de piedra, le dolía saber que las cosas entre él y ella siempre serían así; imposibles.

Antonio detectó su cambio de actitud de inmediato, se retraía de nuevo y parecía otra vez lejana.

—No quiero sonar caprichosa, pero... ¿crees que podamos mudarnos pronto Camelia y yo? Sé que no estoy en posición de pedir nada pero ¿podría ser? —preguntó de pronto desconcertándolo fuertemente. Le urgía irse, eso era evidente, por mucha charla amena, por muchas confesiones y recuentos de sus vidas, ella quería alejarse de él lo antes posible.

—En cuanto encontremos el lugar adecuado... Unos días —expresó serio.

—Esta noche ha sido agotadora y aún no logro acomodar todo en mi cabeza. Además, ya es tarde, ¿podríamos irnos?

No comprendió su cambio tan abrupto, estaban en medio de ese juego de palabras, cuando de repente cortó la conexión. ¿Qué ocurría? Dios, intentaba dar un paso y retrocedía dos, y sospechaba que eso apenas sería el principio.

—Si tú quieres —dijo con voz dura.

La joven se levantó de inmediato, la noche había tenido muchos matices, pero al fin las cosas estaban claras entre los dos y al parecer no habría rencores ni reclamos. Sin embargo, de eso, a escucharlo hablar de su vida como si a ella no le afectara ya era demasiado. Esperaba que con la distancia lograra olvidarlo y olvidar tantos momentos hirientes entre ambos paulatinamente, aunque lo dudaba. Antonio fue el único hombre por el que se dejó llevar, el único que logró derribar todas sus defensas en segundos y no iba a humillarse más, a perder su orgullo y dignidad, no después de todo lo que ya había tenido que pasar.

—Creo que todo está claro entre nosotros y necesito pensar. Enterarme de lo que mi padre tuvo que hacer, lo que es en realidad mi hermana, lo cerca que estuve de esos hombres... No es

precisamente alentador ni buenas noticias, así que te agradezco todo, porque aunque creías lo peor de mí de una u otra forma sin saberlo me pusiste a salvo. Gracias por ser honesto conmigo, por decirme la verdad de lo que ha ocurrido y que yo nunca tendría forma de saber. Sólo deseo con ansias cerrar este capítulo de mi vida, olvidarme de lo que ocurrió y volver a comenzar —confesó con vehemencia.

Sus palabras quemaban, él no quería su agradecimiento, ni su comprensión, no quería que se olvidase de todo, que lo dejara a un lado y volviera a empezar. Maldición, Glía se le estaba escurriendo entre las manos, cualquier palabra, cualquier confesión, en ese momento sonaría a que buscaba hacerla sentir mejor, no a lo que realmente era. Antonio se acercó a ella desconcertado, aturdido. ¡No! No podía perderla.

—Sé que lograrás superar todo esto, eres valiente y fuerte... Pero no tienes por qué hacerlo sola —y tomó sus manos entre las suyas mirándola fijamente. Glía arrugó la frente.

—Antonio, si te refieres a lo de casarnos...

—No solo a eso, entre tú y yo existen cosas, lo sabes... Hay que darnos la oportunidad. Glía, sé que te he lastimado, que dije cosas hirientes, humillantes, solo puedo decirte que estaba molesto, enojado, pero no eran ciertas —intentó explicarle. La joven se soltó retrocediendo un paso.

—No sigas por favor, en serio no lo hagas... —le suplicó dolida.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo a que te diga lo que hay entre tú y yo?

—No, tengo miedo a que digas lo que sea necesario para no alejarte de Camelia y me lastimes de nuevo... Sé que la pérdida de tu otro hijo fue muy dura, que superar algo así es imposible y que separarte ahora de ella será doloroso y por eso dirás o harás todo para convencerme de lo contrario... —aseguró llorosa.

Antonio no comprendía cómo era que se metió en todo ese embrollo, si en ese momento le declaraba lo que sentía, ella no le creería, sentiría que la estaba usando, engañando para poder permanecer a lado de su hija, y aunque era capaz de todo por esa dulce niña, esa no era la razón por la que le estaba diciendo todo aquello. Glía en ese momento no estaba lista para escucharlo, se encontraba a la defensiva, su cabeza era un huracán y se sentía muy asombrada y desconcertada. Tendría que esperar, darle tiempo para que fuera asimilando todo, después le diría lo que había dentro de él y esperaba que lo aceptara, si no haría todo para que así fuera, todo.

—Nunca haría algo como eso, *feiticeira*... Pero entiendo que han sido muchas verdades para una sola noche y lo último que quiero es volver a lastimarte, eso nadie lo hará mientras yo viva —prometió. Ella bajó la vista con los ojos anegados.

—Quiero irme —insistió con voz débil. Antonio acunó su barbilla conmovido, ansioso. La amaba, la amaba más que a nada, no la dejaría ir tan fácilmente.

—Solo quiero que sepas que en ningún momento, aun pensando lo que pensaba, me he arrepentido de lo que ha pasado entre tú y yo... Esos días a tu lado siempre estarán en mi memoria.

—En la mía también —declaró hipnotizada por aquellos ojos grises.

—Y que lo que más deseo en el mundo es borrar de tus recuerdos todo los malos momentos que te hice pasar... Sé que llevará tiempo, pero tendré la paciencia necesaria para recuperar lo que es mío —zanjó con decisión. La joven desvió la vista. Camelia siempre sería de él, pero ella no volvería a exponer su corazón de esa forma, nunca más, ni por su hija, ni por nadie.

—Antonio, quiero ir a la casa —rogó de nuevo. Él aspiró fuertemente asintiendo, algo la detenía, algo la perturbaba.

El viaje transcurrió en silencio, Glía no hablaba y lucía triste. Antonio, por su lado, se sentía más impotente y perdido que nunca. Al llegar ella bajó sin esperarlo y entró. Ya en las escaleras, y segura de la distancia que había entre ambos, se detuvo y lo encaró.

—Gracias... por todo.

—No es necesario que las des, estoy en deuda contigo. —La pelirroja ya no quería seguir discutiendo sobre eso. Asintió y subió sintiéndose abatida y liberada a la vez.

A la mañana siguiente Lina apareció en su habitación, Glía tenía los ojos hinchados, había llorado toda la noche y ya no sabía por qué de todo, pero por mucho que lo intentó el torrente de lágrimas no cesó hasta la madrugada. No podía regresar a México, vivía en un país extraño, se sentía tan herida que la inseguridad en gran parte la tenía sometida, esa no era su casa y a donde se mudara tampoco lo sería, no era libre y ya nunca más lo sería debido a Camelia y su seguridad, que evidentemente no pondría jamás en juego. Se sentía sola, perdida, asustada. Qué si él de pronto la creía capaz de nuevo de algo atroz, la dejaría sin su hija, estaría a la deriva. Los pensamientos se retorcían en su cabeza taladrándola, lastimándola.

—*Minha menina*, no dormiste... —inquirió la mujer al notar su semblante. Glía, con la niña en brazos, meciéndola, solo le sonrió restándole importancia. Se colocó a su lado, sentándose en la cama y tomó su barbilla para que la mirase—. Pensé que las cosas se arreglarían ayer —murmuró acongojada.

—Creo que sí, ya todo está claro entre nosotros.

—¿Entonces? —Glía le tendió a la niña con cuidado y se levantó torciendo los dedos, de nuevo sentía ganas de llorar, pero logró no soltar una lágrima.

—No podré regresar mi país y... Este no es mi sitio.

—Sabes que las cosas allá son peligrosas, es mejor que permanezcan aquí —explicó comprendiendo que Antonio no había hablado de sus sentimientos o si lo hizo, ella no los había aceptado y ¿quién podría culparla? Esos meses fueron realmente tristes e hirientes.

—No quiero parecer mimada, lo entiendo. Pero aquí no sé cómo haré para rehacer mi vida.

—Poco a poco, paso a la vez. Debes ir haciendo cosa por cosa.

—Dijo Antonio que buscaría un maestro para que aprendiera portugués —musitó contrariada, perdiendo la vista en la ventana. Lina la observaba, afligida, Glía estaba en medio de una crisis bastante razonable, si le preguntaban, debía distraerse.

—Si lo dijo, entonces cuenta con él. Seguramente esta misma semana aquí lo tengas —aseguró. Glía se acercó a ella, nerviosa.

—Tengo miedo de... que algo pase de nuevo y... —La mujer silencio sus labios, negando con ternura.

—Me tienes a mí, independientemente de que sé que nada pasará de nuevo, puedo asegurarte que Antonio es recto en todos los sentidos. Cometió muchos errores contigo e intentará reparar cada uno de ellos, ya verás. Pero, aun sin eso, para mí tú eres parte de mi familia y sea lo que sea mientras esté en mis manos haré que tu vida aquí sea tranquila, feliz.

La pelirroja suspiró soltando una lágrima de agradecimiento.

—Han sido tantas cosas, la verdad es que tampoco tenía una situación sencilla allá por eso no quiero parecer quejosa. Quizá con el tiempo, poco a poco, como dice, logre hacer de este sitio algo que me signifique. Es el lugar donde nació mi hija, eso debe bastar.

—Es una nueva oportunidad, Glía, eso es lo que es. Tómala —la instó sonriente. La joven le regresó el gesto, pensativa. Sí, eso debía hacer, se dijo observándolas—. Por ahora... quiero que me acompañes, ¿qué dices? —preguntó alegre.

—¿Yo? ¿A dónde?

—Ya verás, anda, si tienes algo que hacer hazlo ahora, porque en veinte minutos nos vamos. Recuerda que aquí las cosas ya no serán como antes, todo cambiará, incluyéndote.

Pasaron el día de boutique en boutique, Glía se mostró reacia a gastar en nada que no fuese indispensable, pero Adelina era incansable y la obligó, prácticamente, a elegir cosas que ni en sus más locos sueños se hubiese comprado. Lo sentía un exceso, por lo que acabaron en una tienda de cadena, jovial y menos costosa y solo así ella accedió a llevarse más. Al final del día las dos estaban exhaustas, pero la mujer mayor no cesó en su misión y la llevó a comer algo a un sitio cercano donde le confesó la conversación que sostuvo con Antonio en donde se enteró de todo. La pelirroja la miró sin pestañear, pero luego Lina se levantó y la rodeó con afecto.

—Nunca más, *minha menina*, nunca más —prometió. Glía derramó de nuevo lágrimas, respondiendo el gesto.

—Si hubiera sabido todo lo que provocaría el haber aceptado su invitación el día que lo conocí, jamás lo hubiese hecho —murmuró cuando se alejaron. Lina negó recargando los brazos sobre la mesa, estudiándola.

—No, hiciste lo mejor. Esto será un mal recuerdo, parte de tu pasado, tu futuro será hermoso, lo mereces y haremos que así sea. Aquí puedes estudiar, ejercer incluso...

—¿Cree que podría ser maestra en Brasil? —quiso saber de pronto entusiasmada, limpiándose el rostro con la yema de los dedos.

—¡Por supuesto! Solo que paso uno; el idioma, a la par de tu carrera, luego investigaremos todo lo necesario y te prometo que eso harás.

—Eso me gustaría mucho.

—¿En qué quedaron él y tú ayer? —indago después de darle un sorbo a su café. Glía resopló.

—Me iré a otro sitio a vivir. —Lina abrió de par en par los ojos.

—¡Por qué! ¿Él te lo dijo?

—No, yo se lo pedí. Entiéndame, ha sido muy duro todo esto, me ha herido de muchas formas, tantas que no me reconozco y aunque siento tanto por él, creo que será mejor la distancia, que de alguna manera él rehaga su vida, yo la mía.

—Por supuesto que te entiendo, pero antes, quisiera que me respondieras una pregunta que te hice ya hace tiempo... ¿Qué sientes exactamente por mi sobrino? —Glía pestañeó y desvió su atención, nerviosa.

—No es fácil hablar de eso.

—Solo dime, no haré nada que pueda herirte con ello. Somos amigas, ¿no es así?

—Sí, pero —y pasó saliva, turbada— ni yo misma lo tengo ya tan claro. No imagino mi vida con otro hombre, desde que lo vi la primera vez se metió en mi cabeza tan fuerte que creo que nunca logré sacarlo, pero por ahora me siento insegura a su lado, poca cosa... No confío en él —determinó con tristeza. Lina asintió comprendiendo. Antonio tenía un largo camino frente a sí, pero uno que definitivamente tenía altas posibilidades y eso la alegró.

—Bueno, eso es cuestión de tiempo.

—Quizá, por ahora no quiero pensar en ello. Necesito sentir que puedo ser alguien, que puedo salir de todo esto.

—Saldrás, eso te lo aseguro —murmuró Lina con una mano sobre la suya.

—Gracias por todo, siempre ha sido amable conmigo.

—No lo agradezcas, eres una joven lindísima. La vida te hará feliz, lo sé.

Llegaron al anochecer, exhaustas, pero riendo. Lina se empeñó en que fueran a una estética donde Glía notó que ya tenía cita, le dieron un tratamiento a su cabello no sin antes adulárselo sin parar, le despuntaron un poco, manicure, pedicura y una charla amena pues la dueña hablaba español y pudieron conversar con soltura sobre cualquier cantidad de tonterías, por primera vez en casi un año, prácticamente desde que salió con él, volvía a sentirse serena gracias a esa bella mujer que ya quería como se le quiere a alguien especial.

—Lleva todo a la habitación de Glía. —Escuchó Antonio que su tía ordenaba, estaba sentado en una de las salas aledañas al recibidor. Sabía dónde se encontraban, Lina se lo comentó, además de sus escoltas. El día había transcurrido agitado, pero él se sentía desalentado. Necesitaba verla por lo menos un segundo, intercambiar alguna palabra, en el desayuno no bajó y sospechaba que había sido de forma deliberada, tampoco lo había visto en la habitación de su hija.

—Iré con Camelia —dijo Glía, eso lo alertó y salió de su escondite de inmediato. Lina sonrió al verlo ahí, con esa mirada suavizada mientras contemplaba a la madre de su hija con dolor y amor.

—Buenas noches —habló para hacerla girar, la pelirroja se tensó, pero no le quedó más remedio que encararlo, nerviosa. Al toparse con sus ojos grises y esas facciones tan masculinas, pasó saliva, pero logró responder el saludo con serenidad—. ¿Lo pasaron bien? —preguntó sin quitarle los ojos de encima, ella miraba hacia otro lado y solo asintió. Lina sonrió encantada, era cuestión de tiempo, lo sabía, pero mientras tanto, disfrutaría el ver a su sobrino conquistando a esa dulce jovencita.

—De maravilla, verdad, *minha menina*.

—Sí.

—Me alegra. Glía, podrías acompañarme al estudio —pidió en tono neutro, logrando con ello que lo mirase de nuevo con aquellos ojos verdes desconcertados, nerviosos.

—Iba con Camelia, no la he visto en todo el día —murmuró recelosa.

—Si deseas puedo pasar a tu habitación más tarde —propuso con voz ronca, provocándola. La joven se ruborizó negando.

—No, vamos, de todas maneras decidí que pasaré la noche con mi hija —soltó con seguridad, alzando la barbilla. Lina sonrió orgullosa ante su manera de plantarse. Antonio la escrutó notando lo mismo, un tanto aliviado. Ya no asumiría sus órdenes y eso le agradaba porque demostraba que le estaba creyendo o por lo menos intentando, y cualquier paso en falso era consciente de que lo arruinaría.

—Si es lo que deseas. ¿Vamos? —Y con un ademán caballeroso le mostró el camino. Giró un segundo hacia su tía, ésta le guiñó un ojo, alentándolo.

Cerró tras él, logrando con ello que ella diera un respingo, odiaba notar el nerviosismo que le generaba su cercanía, pero se prometió que eso, junto con todo lo demás, dejaría de ser.

—Tu cabello luce hermoso, aunque siempre ha sido así —escuchó tras ella. Asintió apenas, sin girar.

—Gracias, ¿qué sucede? —quiso saber con las manos entrelazadas para ocultar las sensaciones que le despertaba. Antonio la rodeó, se recargó en el escritorio y la observó. Llevaba

puesto un pantalón que se ceñía a su dulce figura de una manera única, junto con un suéter de punto que iba bajo su cadera, oscuro. Tan sencilla, tan irresistible.

—Mañana vendrá una maestra, se entrevistaron varios candidatos, espero no haber errado, aunque eso lo juzgarás tú. Si no te sientes a gusto solo debes decirlo y buscaremos otras opciones —le informó con los brazos cruzados, a un par de metros de su cuerpo. Ya comenzaba a sentir esa excitación que esa mujer le despertaba, pero tuvo que luchar por mantenerla a raya. Glía asintió sin mirarlo a los ojos. Le rehuía y eso dolía y aumentaba su ansiedad por lograr llegar a ella de nuevo.

—Gracias.

—¿En qué horario prefieres que venga? —preguntó logrando así que su pelirroja lo mirase, extrañada. Sonrió—. No pretendo decidir nada que no sea necesario, Glía. Como te dije ayer, quiero que te sientas libre, que decidas.

—Por la mañana está bien.

—Perfecto —dijo dándole una palmada a la mesa para rodearla un segundo después y sentarse en la silla, lo observó abrir un cajón y de pronto sacó tres cajas de diferentes tamaños y las colocó sobre la superficie—. Acércate. Esto te lo debo y es tuyo —expuso con voz ronca, esa que la hacía temblar. Sus ojos se encontraron un segundo, uno que bastó para que ambos sintieran la potencia de su atracción, de sus sentimientos, sin embargo, ella rompió el contacto e hizo lo que pidió. Era un celular última generación, una *Tablet* y una computadora personal. Pestañeó sin comprender.

—¿Por qué? Eso no es mío.

—Lo es. El celular está configurado, ahí está tu número y guardaron en la memoria el teléfono de Margarita y Azucena, así como el mío, el de Lina y Fábía. Tiene descargado todo lo que podrías necesitar, pero eres libre de hacer lo que desees con él. La *Tablet*, verás que es útil para leer, para ponerle videos a Camelia cuando sea mayor, para muchas cosas. Y la computadora, si reanudarás tus estudios, es indispensable —explicó tranquilo, evaluándola. No lucía muy convencida y eso le fascinaba aún más. La joven ladeó el rostro sin tocar nada.

—No puedo aceptar todo eso.

—No es un regalo, es tuyo. Lo necesitas, no puedes estar incomunicada. Tiene los niveles de seguridad adecuados para que no pases algún susto —dijo irguiéndose. Glía arrugó la frente.

—¿Susto?

—Glía, sé que va más allá de lo que imaginas, pero tu seguridad es vital para mí. Entre mis enemigos, los delincuentes y esos malnacidos con los que tuviste que desafortunadamente lidiar en México, debo ser cuidadoso.

—¿Ellos podrían...? —No logró terminar la frase, azorada. Antonio se acercó, aunque no la tocó y asintió.

—Sí, no mentiré. Pero despreocúpate, todo está revisado. Son tuyos, así que ahí están.

—No puedo, es demasiado, además esa marca es muy costosa. No es necesario.

—Si los regreso la vendedora quedará sin una jugosa comisión que logró hoy y... no sabemos cuál sea su situación, quizá tenga hijos o una familia, no sé, a lo mejor.... —Ella notó el chantaje, sabía que por ahí la convencería, entornó los ojos y resopló.

—Ya. Está bien. Gracias —musitó medio sonriendo. Ese gesto lo desbarató por completo.

—De nada, *feiticeira*. Vamos, te acompaño para que los subamos.

Como anunció Glía durmió con su hija, Fábía sonrió ante su determinación y se acomodó en otra habitación que Atilio, el mayordomo al que Antonio había instruido en obedecer cualquier

petición de Glía, le dio.

Al día siguiente se presentó en el desayuno llevaba puesto un vestido que iba por completo con su estilo y que, además, le llegaba apenas si unos centímetros arriba de sus rodillas junto con unas botas a juego. Antonio tuvo que apretar la servilleta bajo la mesa, la entropierna no soportaba esa visión perfecta. Lina sonrió complacida al verla ahí, usando lo que el día anterior compraron, mucho más repuesta que la mañana anterior. Augusta si bien no se mostró alegre, sí tranquila y dio los buenos días, solemne.

—¿Camelia durmió toda la noche? —preguntó Antonio, maravillado por lo repuesta que se le veía. La joven lo miró un segundo, orgullosa y contenta a la vez.

—Sí, despertó muy temprano, pero volvió a dormir casi enseguida —respondió tomando un poco de pan.

—¿Deseas que coloquen otra cuna en tu habitación? —indagó. Glía se detuvo con el pedazo a medio camino, nuevamente extrañada, pero asintió mientras Augusta y Lina observaban la interacción—. Le informaré a Atilio antes de irme.

—Gracias. Solo para dormir, sé que en el día quieren verla, tú estar con ella... No quiero entrometerme.

—Eres su madre. Jamás te entrometes en algo referente a ella. Lo que decidas está bien para mí —musitó con seguridad, tanta que logró hacerla sonreír de nuevo y eso para él era un logro más. Debía ir con cuidado, pero sabía que ese era el camino.

Antonio, ilusamente, pensó que avanzaba respecto a ella, pero con el paso de los días comprendió que al contrario. Glía lo evitaba deliberadamente. Si él llegaba al cuarto de la niña, ella lo saludaba con cortesía y salía de inmediato. Durante las comidas permanecía ahí el tiempo justo y en absoluto silencio, respondía lo que se le preguntaba con educación, pero nada más. Lucía ensimismada, reflexiva y distante. Ya les habían dado los resultados de Camelia, la niña se encontraba bien y a pesar de que creía que ese sería el pretexto perfecto para acercarse, no lo logró, Glía seguía indiferente a él y si avanzaba un paso, ella lo retrocedía sin disimulo.

La mujer que le daba clases aseguró que aprendería rápido, pasaba toda la mañana con ella, por las tardes con su hija. Sabía por Adelina que ya estaba revisando lo referente a sus estudios, por lo que cenando, uno de esos días, se ofreció a ayudarla con lo que necesitara, a lo que solo le respondió con un gracias y una media sonrisa. Era tan frustrante. Buscaba acorralarla en algún lugar, pero conseguía escabullirse sin problemas pues no estaba dispuesto a que se sintiera nuevamente vulnerable cerca de él, jamás.

Pensó en que aplazar la compra de la casa con cualquier pretexto ayudaría, lo cierto era que no, tenerla bajo el mismo techo de esa manera estaba consumiéndolo y pronto solo lograría que ella creyese que no fue del todo sincero y no respetaba los acuerdos que él mismo propuso. Era como estar en punto muerto. Ella cada vez se alejaba más pese a tenerla tan cerca, era consciente de que ese era su castigo, pero peor era darse cuenta de que no lo hacía con ese afán sino porque de verdad estaba tan concentrada en sí misma que no lo notaba. Más de una noche la pasó sin dormir, rabioso, impotente, con un temor al que no estaba familiarizado de que después de todo lo ocurrido de verdad la hubiese perdido.

Dos semanas después, iban camino a una casa muy bien ubicada en una zona muy hermosa de Río. El lugar era de buen tamaño y contaba con todo lo necesario para que vivieran sin limitarse, ni complicarse. Glía cruzó con él solo palabras de cortesía que lo desesperaban más. Aquello ya era además de insostenible, doloroso, y peor saberse atado de manos.

La pelirroja, en cuanto la vio, se quedó asombrada.

—Es... hermosa, pero no es necesario que sea tan grande y elegante. Algo más pequeño preferiría —musitó al terminar el recorrido que les dio la mujer de bienes raíces. Antonio, con un ademán le pidió que los esperara afuera. Tomó su mano y la llevó al jardín, donde se soltó enseguida, nerviosa. Él se pasó una mano por el cuello, suspirando, aun así, decidido.

—No se hará nada que no quieras, creo que ya lo has notado —susurró, ella asintió rodeando su pequeño cuerpo con sus brazos—. Pero este lugar cumple con los requisitos para tu seguridad y la de nuestra hija. Si no te gusta, podremos buscar otra, pero el tamaño no puede variar ni la ubicación.

—Yo... Es que no necesitamos tanto. Entiende que esto no podría sostenerlo sola —explicó agobiada. El hombre frunció el ceño, negando, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—No sucederá eso jamás. ¿De qué hablas? —quiso saber.

—De que no tiene sentido. Esta no es una realidad de la que pueda hacerme cargo.

—Creí que ya lo habíamos discutido hacía unas semanas. El dinero no es problema ni lo será jamás para ti, hagas lo que hagas —aseguró, pero leía la duda y resquemor en su iris verde. Sin poder contenerse, arriesgándose a un nuevo rechazo, la tomó por los hombros, acercándola. Su aroma lo envolvió y tuvo que cerrar los ojos por un segundo, su suavidad lo hechizaba. Perdió la vista en sus labios sonrosados, esos que moría por probar y luego alzó la mirada, se encontró con la de ella, atenta a él, respirando agitadamente—. Sé que eres capaz de lograr todo lo que te propongas, que esto no era exactamente lo que alguna vez soñaste, que tu vida va por un rumbo desconocido y que estás luchando para conseguir tomar las riendas, pero el lugar donde vivas no cambiará en nada todo eso. Ahora es que puedes acabar tus estudios, que se te abren las posibilidades. Esto, Glía, esta casa, el dinero, serán parte de lo que ahora es tu vida... Puedes pelear contra ello o aceptarlo, pero eso no lo cambiará. Es nuestra hija, es tu situación, todo lo que pasaste, es lo que te debo, es lo que por obligación me corresponde, pero sobre todo es lo justo.

—Temo que todo esto vuelva caerme encima. Ya no sabré cómo salir —aseguró con el labio tembloroso. Hubiese dado la vida por evitar eso que pasaba, pero solo atinó a acariciar su mejilla con ternura.

—Estará legalmente asentado. Ni yo podría llegar a cambiar lo que quede estipulado. Pero además, nada semejante volverá a ocurrir en tu vida —prometió. Glía se alejó, si continuaba frente a él lo besaría. Le dio la espalda por un segundo buscando recuperarse.

—Sabes bien que tuve una vida llena de carencias en muchísimos sentidos, y agradezco mucho que hagas todo esto —murmuró encarándolo, a un par de metros. Él asintió contenido—. No quiero que parezca que me aprovecho.

—Si eso parece, me importa un carajo, pero además, aquí el único que se aprovechó fui yo, aunque la verdad agradezco de alguna forma haberlo hecho porque gracias a eso estás aquí, a salvo y tengo una preciosa hija —concluyó entrando de nuevo a la casa, dejándola ahí, aturdida por la pasión con la que dijo aquello. Glía suspiró perdiendo la vista en el cielo. No podía tenerlo cerca, era tan doloroso y a la vez tan maravilloso que lidiar con ese nudo en el estómago la tenía al límite, por eso lo evitaba cada vez que podía.

Esa misma tarde la casa estaba a nombre de Camelia. Frente a Glía, mientras comían, con ánimo sombrío le pidió a Lina que contratara un diseñador de interiores que entendiera los gustos de su nueva inquilina. La pelirroja lo miró, atónita, pero no objetó, notaba a Antonio tan ausente como taciturno.

Esa noche, al borde de sí mismo, entró a hurtadillas a la habitación que compartían Glía y su

hija, se detuvo a los pies de la cama y la observó dormir. ¿Cómo la recuperaría? ¿Cómo lograría cambiar la dirección que tomaban las cosas? La necesitaba para respirar, para vivir, para sonreír y la había lastimado tanto que aún le parecía imposible que siquiera le respondiera sus saludos, lo que le preguntaba. Anduvo hasta la pequeña cuna y se agachó para poder acariciar la cabecita de Camelia. Le sonrió al ver que despertaba apenas. Era grande y maravillosa. Se irguió y volvió a posar su atención en la dueña de todo lo bueno que habitaba en su ser.

“Ustedes estarán a mi lado, esta vez no dejaré ir mi felicidad.” Determinó y salió un segundo después.

Al día siguiente decidió que era el momento justo para realizar un par de viajes pendientes así poner un poco de distancia, después de todo el que se fuera iba a ser lo mejor, no podía saberla en el cuarto contiguo cada noche dormida, enfundada en ese camisón o en cualquier otro y que él no pudiera tener acceso a ese cuerpo que ya lo tenía hasta con fiebre. No obstante, la realidad era que Glía parecía haberse quitado un peso de encima y eso le daba cierta paz, deseaba que se sintiera relajada, nadie lo ameritaba más que ella.

Esa tarde, después de sus clases, donde sentía que avanzaba cada día, maravillada por lo hermoso que era ese idioma, se enteró de que él había salido de Brasil. No supo qué sentir, solo atinó a sonreír apenas y seguirla la plática a Lina y Augusta, la realidad es que dolía pese a comprender que era lo mejor.

La siguiente semana la pasó ocupada, entre sus clases de portugués, entre sus paseos con Camelia y Lina cada tarde afuera de casa, donde le mostraba sitios de Río que ella frecuentaba, casi no tenía tiempo de pensar. Se topó con algunas miradas de desaprobación que prefirió ignorar y de las cuales Lina se disculpó después, molesta. Sabía que eso ocurriría, podía ignorarlo a decir verdad, pero no dejaba de ser algo constante. En casa estudiaba por la noche lo aprendido en el día y cuando llegaba la hora de dormir, a hurtadillas iba hasta su habitación, tomaba una de sus almohadas y se la llevaba a la nariz.

¿Por qué todo tuvo que ser así? ¿Cómo pasaría los días que estaban por venir sin su presencia? En esas semanas había demostrado la voluntad que tenía para que ella se sintiera realmente tranquila y la verdad era que lo estaba logrando paso a paso, como le dijo Lina. Poco a poco iba reconociéndose y se sentía más segura, más alegre y optimista, asumiendo lo que era su realidad, tomando de ella lo que pudiera. El sueño de ser docente se estaba convirtiendo en su motivo, demostrarle a su hija que ella era alguien y que amaba lo que hacía. Todo eso era bueno, no lo que soñó, pero bueno definitivamente, de todas maneras allá sus oportunidades eran escasas, casi nulas y ahora podrían ser las cosas diferentes. En agosto comenzaría el siguiente curso para retomar sus estudios, los trámites estaban hechos y en dos años podría ejercer sin problemas, averiguó Lina.

Antonio ya llevaba fuera más de una semana. Glía sabía, por su tía, que hablaba a diario para informarse de cómo iban las cosas, sin embargo, eso no la hacía sentir feliz. La realidad era que saberlo en la misma casa era doloroso, no entendía muy bien cómo fue que logró hacer a un lado todo lo malo que les sucedió e incluso justificarlo en su cabeza. No era tonta, ni soberbia, él de verdad estaba arrepentido y con su forma de proceder le estaba demostrando que se encontraba dispuesto a cumplir su parte y reivindicarse, aunque la forma le parecía excesiva e incómoda. Sin embargo, en ese momento no había nada que hacer al respecto y ya lo iba asimilando. Se encontraba sola, en un país extraño, con una hija y sin la menor posibilidad de regresar a México sin exponer su vida o la de Camelia.

Tenía, desde esa conversación, pesadillas sobre la muerte de sus padres y del rostro de Ana

indiferente ante su dolor, no comprendía cómo fue que ella se convirtió en todo lo que Antonio le narró, sin embargo, en lo profundo de su alma, sabía que era cierto, pero eso no evitaba que doliera como dolía.

Ana era su hermana, crecieron juntas y era la mayor responsable de todo lo malo que había ocurrido en su vida. En cuanto a Antonio, decidió que lo mejor era mantenerse alejada de él, no quería seguir incomodándolo, ni tampoco invadiendo su espacio, además quería que se quitara de la cabeza esa idea de acercarse a ella para tener acceso ilimitado a Camelia, por lo mismo procuraba dejarlos solos cuando iba a verla, le había dicho ya con total claridad que podía visitarla o llevarla a pasear cuando lo deseara.

Lo cierto era que lo quería, lo amaba, todas las noches le costaba conciliar el sueño imaginándolo con una mujer digna de él colgada de su brazo, o comprometido con una morena alta y despampanante. A veces, incluso, se encontraba arrepintiéndose de no haberle dicho que sí a la propuesta de matrimonio. Sin embargo, a los minutos lograba recobrar la conciencia; un matrimonio como el de ellos no tenía la menor posibilidad. Pertenecían a dos mundos diferentes, opuestos, además, ella contaba con un pasado que seguramente no sería muy agradable para su reputación. No era tan ingenua, en los círculos donde se movía jamás sería aceptada ya lo había notado, y por si fuera poco, no la amaba y no iba a perder la poca dignidad que le quedaba siendo la esposa de un hombre como él, que ni siquiera sentía algo salvo deseo.

No, definitivamente hizo lo correcto, un matrimonio con amor era difícil, lo vio en sus padres, uno sin eso, era imposible.

En ese momento que no estaba en Brasil, comprendió, con dolor, que superar lo que por él sentía iba a ser un caso perdido, cada cierto tiempo se encontraba aun lado de la ventana esperando verlo llegar en uno de sus enormes autos. O si sonaba el teléfono se sentía esperanzada a que fuera él y pidiera hablar con ella. No sabía qué día regresaría, por lo mismo, cada hora era agónica. La realidad era que necesitaba verlo llegar con ese porte asombroso y dar órdenes a diestra y siniestra como siempre. Moría por ver sus ojos grises clavados en los suyos o en su hija. Deseaba oler su perfume cuando salía de una habitación... Dios, lo quería a él con urgencia, con desesperación, con deseo y por muy patética que se sintiera mentir no era parte de su vida y no lo haría consigo, lo amaba, la haría por mucho tiempo, por no decir... siempre. Aceptarlo supuso tristeza, una leve depresión pero a la vez la comprensión de que debía salir con urgencia de esa casa o ya nada podría reparar las heridas que se seguían abriendo en su alma.

En cuanto a la casa, Lina insistió en que eligiera todo, pero Glía prefirió que ella lo hiciera, no se sentía entusiasmada con ello y confiaba en su gusto, estaba segura de que el encargado de la decoración sabría elegir mejor que ella. Adelina buscó convencerla, pero al final se rindió comprendiendo que Glía se sentía incómoda con todo aquello. Pero a pesar de su renuencia, la tía de Antonio, ya la había llevado en un par de ocasiones a la casa y si era sincera parecía un sueño; colores vivos, detalles únicos en cada rincón, y el sello de Glía en cada cosa, era como si ella misma hubiese elegido todo. Era evidente que Adelina la conocía muy bien y que se esmeraba por lograr que ese lugar tan grande y extraño la hiciera sentir acogida y en su casa. Al paso que iba el acondicionamiento de su próximo hogar, en unas tres semanas podrían mudarse, todavía faltaba arreglar algunas cosas y modificar otras que no tenía idea de cuáles.

Era asombroso lo que el dinero lograba, sin embargo, la idea le oprimió el pecho, en el momento que saliera por esa puerta la relación entre Antonio y ella se limitaría a Camelia y Glía buscaría por todos los medios evitar estar en el mismo espacio que él cuando fuera, en esos momentos Fábía sería de gran utilidad, esa era la única forma de poner un poco de distancia entre

ambos.

Antonio decidió ir a México durante ese viaje. Hablaría con Margarita y Azucena, sabía que a Glía le resultaría una gran sorpresa si alguien que ella quisiera iba a verla a Brasil o por lo menos tenía noticias suyas, sabía que no las había buscado esas semanas desde que tenía su celular el cual no usaba. Después averiguaría la razón.

También deseaba entrevistarse con el comandante encargado de todo el caso de esa banda y de la persecución a la hermana de Glía. Gracias a la ayuda que Camilo brindó, no le fue difícil concertar la cita. Por supuesto no permitió que su jefe de seguridad renunciase, era un magnífico elemento, sin embargo, le pidió que cuando Glía viviera sola él fuera el encargado de su custodia, todo el tiempo temía que esos hombres dieran con ella e intentaran hacerle algo. Camilo, en cuanto se lo propuso, aceptó. Se sentía en deuda con esa linda mujer, así que protegerla era una manera de resarcir el daño que le provocó, pero eso no sucedería hasta que no estuviera fuera de *Villa Caterina*, por lo que ese viaje hizo que lo acompañara y de esa forma fuera delegándole poco a poco todo a Danilo.

Su jefe de seguridad ajustó todo para que esa reunión tuviera lugar en un sitio privado y Antonio estar al tanto con santo y seña qué medidas debían tomar para protegerlo a él y sobre todo, a su familia. Y por último, quería ir aquel albergue donde hacía varios meses sacó a Glía. Después de lo que la madre de su pequeña vivió, se sentía en deuda con aquel lugar y se encargaría de ayudar personalmente a esas mujeres que llegaban en peores situaciones que su *feiticeira*.

Glía se encontraba en su habitación con Camelia y Fábía, aquella tarde, los días sin verlo cada vez eran más largos, más lentos. Dos semanas. Algo había cambiado en su percepción hacia él. De una forma que no comprendía, pues aunque los recuerdos dolorosos aún continuaban en su interior machacando su cabeza sin parar, también los recuerdos más hermosos de toda su existencia. Ese hombre era lo mejor que le había pasado y hasta cierto punto lo peor, aun así, lo extrañaba, necesitaba ver sus duros ojos grises, su caminar seguro, sus pasos firmes, escuchar su voz.

La puerta se abrió sin más. Enseguida el corazón le martilleó. Una mujer alta, de largas piernas, morena, de cabello largo y bien alisado, con ojos de gato color miel, apareció frente a ella mirándola como una serpiente a un ratón.

—¿Sí? —preguntó Glía desconcertada.

—Dios, creo que me equivoqué de habitación... —fingió ruborizarse. Hablaba español, aun así, supo de inmediato que era brasileña, y una muy impresionante. Glía pestañeó confusa. En su vida la había visto, por otro lado, la mujer parecía moverse con mucha naturalidad por la casa, ¿si no como era que llegó hasta ahí?—. ¿Tú eres Glía? —deseó saber con tono meloso, acercándose a ella y mirando a la niña de soslayo.

—Sí... ¿Y tú? —No le gustaba nada su presencia ahí, la hacía sentir insignificante, desaliñada, a pesar de portar esa bonita ropa.

—Luzia.

—Mucho gusto —la saludó tendiéndole la mano con educación, gesto que Luzia miró desdeñosa y por supuesto no devolvió pues comenzó a caminar por su recámara revisándolo todo con ojo crítico.

—Parece que vives cómoda... —la acusó tomando un perfume de su tocador, que junto con muchas cosas más, Lina le había comprado aquel día y otros subsecuentes. Glía frunció el ceño y miró a Fábía sin saber qué hacer.

—¿Perdón? —La mujer la revisó de arriba abajo y siguió hurgando.

—Soy una de las ahijadas de Augusta, estuve de viaje pero ya regresé... y con lo primero que me topo es con la noticia de que mi adorado Antonio metió la pata. —Glía se paralizó de inmediato y le pidió a Fábía que saliera con un ademán. La nana desapareció sin cerrar por completo la puerta que separaba ambas habitaciones, Glía le caía bien y esa mujer parecía ser una víbora bien calada.

—Pues creo que, en efecto, ya te diste cuenta de que esta no es la habitación de tu madrina... —reviró con seguridad. Luzia la observó y se acercó a ella como un felino al acecho. Esa pequeña pelirroja de ojos asombrosos tenía agallas, se le notaba. Entornó la mirada y la escrutó; tenía que cambiar de táctica.

—¿De mi madrina? ¡Por Dios!, si la de ella queda en el otro extremo, pensé que era la de Antonio, siempre me confundo, no son cinco si no seis puertas después de las escaleras. Él siempre se divierte por mi falta de atención —murmuró riendo. Glía sintió la sangre hervir. Antonio y ella tenían una relación... o por lo menos eso parecía, no quiso conjeturar así que intentó sonreír cándida.

—Bueno, pues erraste...

—Sí, lo siento, es que hoy llega y bueno... quería darle una sorpresa, no quería importunarte —expresó en voz baja y ruborizada. Glía enarcó las cejas caminando hasta la ventana, necesitaba aire—. ¿No sabías? —La pinchó sentándose inocente en la orilla de su cama. No pensaba irse pronto, dedujo la pelirroja pensando si sacarla de los cabellos era una buena opción, enseguida la desechó, no debía perder la calma.

—Antonio y yo no tenemos ese tipo de relación —se justificó restándole importancia.

—Sí, lo sé, me lo dijo... Tú eres solo la madre de su hija. Por cierto, está linda. —Hablaba de Camelia como si fuera un cachorro de *french pudle*, no de una niña. Simuló una sonrisa torcida.

—Gracias —agradeció tomando el respaldo de la silla, irritada.

—Pero bueno, ya que tuve esta confusión... Podríamos aprovechar para conocernos, después de todo nos veremos con mucha frecuencia, ¿no?

—Yo estaba en medio de algo con la bebé y...

La mujer se levantó sonriéndole amistosamente, tomó su mano y la hizo sentarse en la silla del desayunador frente a ella. Era muy hermosa, demasiado, había pensado que sería una chica bonita, Antonio no podía tener malos gustos, pero no imaginó que sería así. Tenía cabellos rojos oscuros con reflejos naranja que caían hasta la mitad de su espalda enroscándose con grandes rulos que cualquier modelo mataría por tener, incluso ella. Una cara perfectamente proporcionada, boca carnosa que debía incitar a cualquier hombre a poner sus labios ahí, sus ojos eran de un verde oliva muy singular y tenía unas pestañas largas y oscuras bien rizadas y lo más asombroso; no traía una gota de maquillaje. Su cuerpo se adivinaba delgado, pero fino, delicado y lo peor de todo, era ese halo de dulzura, de inocencia. La odió, la odió en serio. No por él, sino por sí misma, jamás lograría verse así por muchas cosas que se hiciera.

Entre ella y Antonio no existía nada, ni lo habría jamás. Era más su primo que otra cosa, pero cuando Augusta la telefoneó hacía unas semanas para decirle todo lo que ocurría la escuchó llorosa, desolada, todo estaba cambiando en la *Villa* con la llegada de esa joven a la casa, así que sin dudar lo pensó en ayudarla. Después de todo una arribista no era ninguna dificultad para ella.

Le dejaría muy claro su papel en la vida de Antonio y la envenenaría un poco si era preciso, sin embargo, jamás contempló que se toparía con otro tipo de chica, no con esa belleza perspicaz y serena. Esperaba no estarse equivocando.

—No te pongas así, no muerdo.

—No, no es eso, es solo que...

—Mira, Glía. No estoy molesta contigo, ni siquiera con él —comenzó. La aludida se quedó helada.

—¿Molesta? —repitió. Luzia pestañeó desconcertada.

—Dios, ¿no te ha dicho nada? —Esa chica estaba enamorada de Antonio, lo supo enseguida. Perfecto.

—¿De qué? —Quería salir corriendo de ahí.

—Bueno... lo que pasa es que él y yo teníamos una relación... De hecho sé que va y viene, después de lo de Lidia no le exijo mucho, pero ya teníamos planes más formales, hasta que tú apareciste. Cuando me enteré se disculpó conmigo rogándome que no lo dejara. Él es hombre y no puede evitar la tentación cuando la tiene enfrente. —Glía apretó las manos sintiendo que se quemaba por dentro. ¿De qué diablos hablaba?—. No lo tomes a mal, pero ya sabes cómo son; ven un reto y hasta que no lo obtienen no descansan. Eso fue lo que le ocurrió contigo, así me lo confesó... En fin, obviamente me enojé, ¿a qué mujer le gusta que su hombre se acueste con otra? A ninguna. Sin embargo, lo vi tan arrepentido que no pude negarme. Después tú resultaste embarazada y yo tuve que viajar... Por supuesto él me consultó todo esto y le dije que tenía que cumplir con su parte. Es débil en cuanto a la carne, aun así un gran hombre... —continuó. La pelirroja dejó de respirar, el corazón lo sentía martillar fuertemente en el pecho, tanto que creyó que la mujer lo podía escuchar, eso sin contar con ese silbido molesto que sentía en las orejas y que no le permitía pensar con claridad. Eso no podía ser... No podía ser—. ¿Te encuentras bien? Te pusiste pálida —fingió preocupación Luzia. Glía asintió buscando serenarse. Antonio la usó, jugó con ella desde el principio, Margarita tenía razón. Fue ingenua, estúpida, crédula—. Yo, lo siento, no debí decirte todo esto... —se disculpó la escultural morena poniendo una mano cariñosa sobre la de Glía.

—No te preocupes, como te dije, entre Antonio y yo no hay ninguna relación, así que no debes darme ninguna explicación de tu vida a su lado, mucho menos de sus planes —logró decir recobrando el habla. No obstante, Luzia notó el dolor en su voz, acertó. Rogaba que fuera suficiente, porque si él se enteraba de lo dicho en esa habitación las cosas se podían poner mal para ella. Antonio era difícil, complejo, e implacable, no quería ser presa de su ira, de su enojo.

—Tienes razón. Es mejor que me vaya, Antonio no debe tardar y... bueno —sacudió la cabeza arrepentida. Glía observó cómo su larga cabellera reluciente reflejaba los rayos del sol de una forma que no creía posible. Era muy hermosa, sensual, fina... Jamás podría ser ni siquiera un poco parecida a Luzia, comprendió muy turbada. Por supuesto que ese era el tipo de mujer con la que Antonio se casaría, formaría una familia. La morena caminó hasta la puerta y antes de abrirla se detuvo—. Glía, pensé que lo sabías, no podías creer que él sintió algo más, ¿verdad? —La joven negó posando su atención en el exterior, con la mirada nublada—. Antonio no es diferente a cualquier *playboy* con esta cantidad de dinero. A veces yo también siento que me utiliza, en cada revista de sociales sale con mujeres diferentes, aunque lo nuestro es distinto, pertenecemos al mismo círculo, al mismo mundo, fuimos educados con esmero y por lo mismo siempre regresa a mí... Lo siento, creo que es mejor que lo sepas para que todo quede claro ahora que él y yo formalicemos —soltó. Glía la encaró sin poder esconder su asombro—. Dios, de nuevo cometí

una indiscreción. Es mejor que salga de una vez, si no seguiré diciendo cosas que a mí no me corresponden... Pero si no me crees, ve a la habitación de tía Augusta o de Adelina, ellas siempre tienen muchas revistas de cotilla, podrás verlo con tus propios ojos. Con permiso y mucho gusto, Glía —dijo y cerró tras de ella con cuidado.

Glía permaneció sentada sin sentir siquiera cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas por la rabia que sentía. ¡Fue una estúpida, una tonta! ¿Pero qué otra cosa creía? ¿Qué él simplemente se sintió atraído por ella y que con el tiempo se había, a lo mejor, enamorado y que por eso le dolió tanto su engaño? Por supuesto que no. Tonta, mil veces tonta. Su ego se vio dañado y al creer que ya no tenía que hacer más embustes para conseguir lo que quería, la tomó, la tomó de esa forma vengativa.

¿Cuántas veces le dio entender que no eran lo mismo? En primer lugar; ¿por qué la invitó a salir? Él no buscaba una mujer para pasar el resto de su vida, no por lo menos una sacada de una cafetería de una zona cualquiera de la Ciudad de México. Antonio la buscó para divertirse, para salir de la rutina, para tener un nuevo reto... La vida de millonario excéntrico a veces le debía resultar aburrida.

Se quitó las lágrimas con rabia. Esa mujer, la tal Luzia, sabía que ese día regresaría. Sabía bien dónde dormía. No podía estarle mintiendo, además, era lógico que si pensaba formalizar, tenía que hablar con la madre de la hija de su futuro esposo. Ese encuentro debía de darse tarde o temprano. Sin embargo, aquella noche en la que le narró todo, ella percibió la honestidad en sus ojos, en sus caricias, el dolor de pensar que lo había traicionado, incluso los días subsecuentes lo notaba contenido, taciturno.

Todos esos días creyendo que la atracción los había sometido, que ese deseo que era evidente que existía los había hecho vivir los mejores momentos de su vida. Cada acusación, cada palabra, cada momento de rabia e impotencia regresaron como si una ola chocara contra ella, despertándola de ese letargo donde se había sumergido esas semanas.

Fuera de sí, salió de prisa directo a la habitación de Lina. Tocó ansiosa pero no estaba, así que sin importarle entró, no tomaría nada, solo quería ratificar lo que esa escultural morena decía. Encontró aquel revistero que ya había visto a un lado del sofá. Tomó un montón con dedos temblorosos y comenzó a hojearlas con desesperación.

Antonio salía en algunas solo, con sus tías, con... algunas mujeres impresionantes, pero al ver las fechas notaba que eran antes de que la conociera. Lina tenía revistas de hacía dos años, ¿con que objeto?, no le importó y continuó frenética buscando algo, lo que fuera, ni siquiera sabía lo que podía encontrar. Siguió tomando una tras otra sin parar, limpiándose las lágrimas. Luzia no le mintió, había fotos de él con mujeres, con ella, pero no tantas como supuso, de hecho no en todas las revistas salía.

De repente una captó su atención. No entendía el idioma de la revista, pero la fecha la agarró por sorpresa, era el mismo día que entró a aquella habitación en México y le hizo el amor de esa forma única y maravillosa. Jamás olvidaría ese día. Él salía en la imagen con un traje negro impresionante al lado de una mujer rubia con cuerpo perfecto y ojos color turquesa tomándola por la cintura y mirando ambos felices hacia la cámara.

La arrugó contra su pecho, sintió que las piernas le fallaban, que el aire le faltaba. Acomodó lo mejor que pudo todas aquellas revistas esparcidas y salió con esa en la mano. Si había mas no quería verlas, esa noche él se acercó después de haber estado con esa mujer, o quizá como no logró nada con ella se le hizo fácil ir a donde Glía y saciar su cuerpo. Al final era una mujer de clase baja, embarazada de él, a la que no tenía que rendirle cuentas y a la que con solo un beso la

tenía a su completa disposición.

¡Estúpida, mil veces estúpida!

Por eso le propuso que fuera su amante, porque así podría quedarse con Luzia y con ella. ¡Imbécil! Pero al ver que eso no sucedía, decidió que no tenía más opción que hacerla su esposa. ¿Cuántas veces le dijo que Camelia no debía estar con una mujer como ella? Y él, ¿qué era él? Un maldito mujeriego, un tipo que iba de cama en cama teniendo una relación formal. Un hombre egoísta listo para recibir placer sin importarle los sentimientos de los demás. Un hombre capaz de juzgar a las personas sin darse cuenta lo poco que él valía.

Bajó hecha una furia y salió al jardín necesitando acomodar sus ideas. Era una tonta. ¿Cuántas veces más debía de comprobarlo? Su falta de malicia la había colocado en esa situación tan degradante. Ana tenía razón, la vida afuera era muy diferente a lo que pensó.

Recordó la conversación de hacía unas semanas, los momentos posteriores. Lo perdonó, no le reclamó ni uno de sus insultos, de sus humillaciones, quiso ponerse en sus zapatos y logró, con esfuerzo, justificarlo. Sin embargo, ya no podía, sentía que todo el amor que estuvo almacenando y alimentando, ahora se convertía en odio, en desprecio, uno enorme, que la comía viva.

Al día siguiente se iría de ahí, estuviera la casa como estuviera y vería la forma de no volver a ver a Antonio nunca más, o lo menos posible.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas empapando su rostro. Caminó rabiosa, dolida, harta, cansada, decepcionada. Llegó sin saber cómo hasta la playa, se sentó en la arena y dejó salir el llanto libremente, serían las últimas que derramaría por él, no se las merecía, ya no, sollozó con el rostro escondido en sus rodillas flexionadas.

Antonio llegó a mediodía ansioso por verlas, revitalizado y listo para la lucha. Su visita a México salió mejor de lo que esperaba. Margarita iría en un par de semanas gracias a que él le prometió que encontrarían a alguien que se encargara de la cafetería. Hablaron casi una noche entera y reconoció en ella una buena mujer, que además de todo, adoraba a Glía.

Azucena era una joven despreocupada, pero que en definitiva le importaba la vida de su pelirroja, así que iría a verla en cuanto tuviera vacaciones, se mostró, al igual que Margarita; al principio reacia con él, pero al escucharlo y saber lo que sentía por Glía y todo lo que ocurrió, las defensas cayeron y aceptó su oferta de conocer su país y pasar una temporada con su amiga.

En cuanto al tema de su hermana y esos hombres, las cosas no estaban fáciles, tanto que le sugirieron que Glía no pisara México en una temporada y que tramitara un acilo político. Sería sencillo que las características físicas tan similares a las de Ana la colocaran en una posición complicada y riesgosa, por otro lado, era mejor no darles ninguna oportunidad a esos hombres de que buscaran en ella una tabla de salvación o un buen negocio. Esa parte sería difícil de conversarla con Glía, pero no existían muchas alternativas, menos siendo Glía ahora la madre de su hija.

Agarró aquel peluche verde tan espantoso, sonriendo. Al entrar al albergue, Berta, la directora, lo saludó contenta y le mostró todas las mejoras que se hicieron con el dinero de su donación. Sin embargo, como siempre en esos casos, aún faltaba mucho. Le dio un paseo por los comedores y las áreas comunes, cuando de repente una niña de no más de cinco años llamó su atención. Traía abrazada un iguana idéntica a la que él le dio a su *feiticeira* aquel increíble día en la feria. Se acercó para verla mejor. La niña lo miró intrigada, pues era evidente que no la veía a ella, sino a su peluche.

—¿Pasa algo, señor Arantes? —quiso saber Berta desconcertada con su reacción. Antonio se puso en cuclillas y le sonrió a la cría.

—Esa iguana... es linda —le dijo cauteloso. La niña sonrió dulcemente y se la mostró con inocencia.

—Sí, se llama Toño —respondió. Antonio pestañeó desconcertado.

—¿Toño?

—Sí.

—Es un nombre original —expresó. Berta sonrió.

—Una de las chicas que ya se fue de aquí se la regaló —intervino rápidamente la mujer sin comprender por qué tanto interés en ese peluche tan feo. Ni siquiera recordaba quién lo había llevado al albergue.

—¿Quién? —le preguntó Antonio a la niña con complicidad.

—Se llamaba Glía... Me la dio cuando se fue. Era buena... Nos contaba cuentos, ¿sabe? — Antonio sintió que el corazón se le saldría por la garganta. Esa iguana era la misma, y ella la llevó hasta ahí junto con las pocas cosas que pudo sacar de su casa aquella noche que se fugó de la capital y por si fuera poco; se llamaba “Toño”, el diminutivo de su nombre ahí en México. Si la hubiera tenido enfrente le hubiera importado un comino todo y se la hubiera comido a besos. Después de todo eso era una esperanza y usaría esa carta a su favor.

Negociar la adquisición de esa iguana le costó un peluche enorme, una caja de bombones y dos cuentos para dibujar. Lo cierto era que le hubiese dado lo que pidiese a esa criatura que a su corta edad ya sabía sacar provecho de las oportunidades y se aseguró de que nunca le faltara nada, por lo menos económico. Alegre de haber ido y de poder salir con algo más que una sensación de ayuda al prójimo, decidió que era el momento de regresar. Le habló a Adelina para que supieran, pero le rogó que no le dijera nada a ella, quería sorprenderla con esas buenas noticias sin que tuviera tiempo de resguardarse detrás de ese muro que construyó para evitarlo y refugiarse.

—Hijo, ¡llegaste temprano! Supuse que lo harías en la noche. —Adelina venía llegando de uno de sus múltiples compromisos.

—Salimos muy temprano, Lina... —contestó con prisa. Su tía lo observó sonriendo, sabía muy bien en dónde quería estar en ese preciso momento y le alegraba, las dos últimas semanas, si bien Glía iba floreciendo, la notaba ansiosa, atenta a cualquier noticia sobre él.

—Anda ve, no le informamos que llegarías —dijo con una mirada de complicidad. Antonio le dio un beso en la frente y desapareció escaleras arriba. Tocó su puerta, nada, enseguida fue al cuarto de Camelia, también moría por verla. Entró cauteloso, a esa hora no solía estar dormida, pero eso a veces variaba. Fábía lo miró sonriendo con la niña en brazos, la estaba dando biberón.

—Hola... —susurró entrando y buscándola con la mirada. No estaba, frunció el ceño y avanzó hasta su hija.

—¿Quiere terminar de alimentarla? —lo invitó la nana viendo como el hombre se derretía por la niña. Pero a pesar de que moría por hacerlo, negó. Le dio un beso en la frente y acarició su cabecita.

—Gracias, Fábía. ¿Sabes dónde está Glía? —La enfermera bajó la vista hasta la bebé. Escuchó todo, pero sabía que no debía inmiscuirse en sus asuntos.

—Salió al jardín hace un par de horas. La vi caminar creo que rumbo a la playa —le informó. Antonio le dio las gracias y salió de inmediato. Fábía observó la puerta abierta con reproche. No lo podía creer aún. Hubiera jurado que sentía algo muy fuerte por Glía, la veía con adoración, con veneración a pesar de las miles de veces que presenció sus discusiones. Todavía no comprendía qué era lo que sucedió entre ambos, pero era evidente que sentían más de lo que estaban dispuestos a aceptar. Sin embargo, no era verdad o no era suficiente. Esa mujer fue mortalmente

clara y eso derrumbó por fin la frágil tranquilidad que Glía se esforzaba cada día en construir.

Esos hombres eran iguales. Sabían que nada los podía detener, que siempre lograban lo que querían, pero hubiera jurado que él era diferente, que el señor no hacía caso a ese tipo de prejuicios sociales y clasistas, después de todo se enteró gracias a la cotilla de la servidumbre, que su madre fue huérfana, sin dinero y mucho menos posición social. En fin, lo cierto era que los padres no eran siempre iguales a los hijos y su jefe era como todos; vil y egoísta.

Antonio Anduvo por el jardín entre excitado y desconcertado. Divisó a uno de los guardias y lo llamó con un dedo. El hombre se acercó de inmediato.

—La señorita Glía, ¿la viste?

—Sí, señor. Ha estado en la playa desde hace un rato —respondió. Su corazón dejó de martillar fuertemente pensando que algo le había ocurrido. Ellos estaban ahí para resguardarlos, ¿cómo podía pensar que algo le sucedería?

—Gracias, Tulio.

—¿Quiere que llame a uno de los carros?

—No es necesario, iré a pie...

—Con permiso, señor. —Antonio asintió y prosiguió. Minutos después llegó, la temperatura ya había bajado y ahí más pues el mar estaba a un par de metros.

Glía se hallaba sentada sobre la arena abrazando sus rodillas, mirando el horizonte. El crepúsculo estaba en su máximo esplendor, pero para él no había más que ella. Llevaba, como siempre, su cabello suelto, una falda larga al estilo gitana y una blusa de manga larga ajustada. Perfecta.

—¿Glía? —La llamó feliz de volver a verla, la había echado de menos como nunca imaginó. No permitiría que volviera a evitarlo, confesaría sus sentimientos de una vez y le pediría, le rogaría si era preciso, otra oportunidad. Sin embargo, la chica se irguió tensa sin girar. Caminó hasta donde se encontraba, sereno, intrigado—. ¿Glía? —Ya estaba a su lado. Ella no volteó. Algo sucedía, podía sentirlo, olerlo. Esa joven era dolorosamente transparente. Notó su rostro enrojecido y sus mejillas... húmedas. De repente la madre de su hija se puso de pie y caminó en dirección a la casa ignorándolo deliberadamente. Él pestañeó aturdido. La tomó del brazo deteniéndola—. ¿Por qué me huyes todo el tiempo? —quiso saber con sinceridad. Glía observó su mano sobre su brazo como si una alimaña se hubiera colgado de ahí. Se zafó de un jalón y lo encaró. Estaba furiosa, sus ojos chispeaban rabia, rencor... odio.

—¿No vuelvas a tocarme! —exigió roja de furia, de indignación. ¿Qué era lo que pretendía? Antonio se alejó un poco pálido, nunca la había visto así.

—Sé que aun estas dolida, pero pensé que... —La joven se acercó apretando los dientes.

—¿Qué?! ¿Qué podrías divertirme un rato más conmigo? Claro, si eso fui para ti; un pasatiempo, un entretenimiento, ¡una maldita burla! —gritó. Antonio comprendió menos.

—¿De qué hablas? —preguntó ecuánime. La dejó evasiva, pero no furiosa, ¿a qué se debía ese cambio? Glía puso un dedo sobre su pecho sintiendo que debía sacar toda su cólera en el lugar adecuado, con la persona correcta, sino la consumiría, la ahogaría.

—¿De qué hablo?! En serio eres increíble, asombroso, pero yo soy una estúpida y de eso tú no tienes la culpa. Una cosa sí te digo, ¡nunca más! No te quiero cerca nunca más. Esto ha sido demasiado... Ya te has de haber reído lo suficiente de mí. Mañana mismo me iré y no quiero volver a verte, ¿comprendes? Jamás —advirtió. Él sacudió la cabeza, completamente perdido. Glía estaba fuera de sí.

—La casa aún no está lista, además, compartimos una hija —le recordó un tanto molesto por su tono.

—Ella es lo único bueno que has dejado en mi vida, de lo único que jamás podré arrepentirme. Pero tú bien sabes que yo no elegí esto, el cómo fue concebida jamás lo podré olvidar, las razones por las que me buscaste, nunca. —Sintió un temblor recorrer su cuerpo y retrocedió sintiendo como si hubiera recibido un buen gancho en el estómago—. Veo que aún sigue en tu memoria... Pero a ti qué más te da, eso era lo que querías, ¿no? Acostarte conmigo. Felicidades, lo lograste y no una, sino dos veces —señaló con sus dedos.

—Glía, para —le rogó perplejo, descompuesto. Pero ella estaba muy lejos de volver a escucharlo, de obedecerlo. Se acercó de nuevo a él rabiosa, con las mejillas encendidas de coraje.

—¿Qué pare! Y cuando yo te lo pedí, ¿tú por qué no lo hiciste? ¡¿Dime?! Por qué ahora yo sí debo de hacer lo que me pides cuando yo mil veces te rogué que me escucharas, cuando lo único que recibí de ti fueron humillaciones.

—Glía, ya te dije que no sabía. Yo pensé que...

—Que era una cualquiera. Sí eso ya lo sé, pero el que tú lo fueras no importaba, ¿verdad? —Frunció el ceño completamente perdido y a la vez culpable—. ¿No sabes de qué hablo? —Lo desafió irónica. Giró abriendo los brazos, exasperada—. Claro que no sabes, porque tú eres hombre, tú sí puedes ir de cama en cama sin que nadie te lo reclame, entre más macho mejor. Qué arrogante eres... Qué insoportable eres... —No pudo más y la aferró por la muñeca, molesto. Él era muchas cosas pero eso no, y mucho menos desde que la conoció. ¿Qué no se daba cuenta de que lo dejó eternamente inservible para cualquier otra mujer?

—¿No sé de qué diablos hablas, y quiero que me lo expliques de una maldita vez! —exigió. Ella entornó los ojos clavándolos fijamente en su rostro. Le importaba un comino su enojo, su ansiedad; estaba harta y se lo haría saber de una vez.

—Que ahora yo soy la que te digo que no quiero que mi hija crezca a lado de un hombre como tú. Que para ti fue fácil amenazarme durante meses con quitármela, con arrebatármela porque según lo que sabías era una cualquiera advenediza. Pues ahora te digo yo esto, no quiero un ejemplo como el tuyo para ella. Tendrás mucho dinero, mucho poder, pero no tienes valores, no tienes moral, no tienes sentimientos —rugió herida, temblando de ira. Antonio reaccionó de inmediato y la soltó apretando la quijada.

—¿Por qué dices todas esas tonterías? —quiso saber.

—¿Las vas a negar? —Y le aventó la revista que hasta ese momento él no había visto, pero que la tenía hecha rollo en la mano—. Eres asqueroso —soltó. Antonio se agachó completamente confundido y la tomó arrugando las comisuras de sus ojos.

—¿Qué es esto?

—¡Ash! Por Dios... Ahora resulta que no las conoces. —Se burlaba, estaba siendo sarcástica. Esa no era ella—. Pero sabes algo, me da igual con cuantas te hayas acostado, lo que sí debes saber es que jamás te perdonaré que hayas buscado en mí un pasatiempo, un reto. Yo ya tenía una vida lo suficientemente complicada como para eso, me acabaste... ¿Comprendes? —Ahora lloraba, lloraba y vociferaba. Él no podía moverse—. Era ingenua, tonta, pero tú terminaste gracias a Dios con todo eso. Creí en ti, sentí que de verdad surgió entre tú y yo algo aquellas semanas. Por eso me dejé llevar, por eso me mostré tal cual soy como nunca lo había hecho. Por eso hice de lado mis complejos, mis inseguridades... Fui estúpida. ¿En qué mundo tú te fijarías en alguien como yo? Y si lo hacías, ¿cuál sería el verdadero motivo? —terminó en susurros. Él comenzó a comprender un poco más, aunque aún sentía que le faltaban piezas. No entendía por qué ese cambio tan abrupto de actitud, sin embargo, se tranquilizó, respiró hondo y avanzó hasta ella

más sereno. Todo eso era consecuencia de su asqueroso proceder, debía enfrentarlo y asumirlo.

—Glía... escúchame, no es así.

—Sólo contéstame una cosa —lo interrumpió ansiosa, dolida—. ¿Por qué me invitaste a salir aquél día en el café? Quiero decir, ¿con que fin? —Él humedeció sus labios contemplándola. Sufría y eso lo partía en dos, aun así, era el momento de dejar todo claro, sin mentiras, sin matices.

—Por las mismas razones por las que tú aceptaste hacerlo; ambos sentimos esa enorme atracción —explicó. Ella agachó la cabeza asintiendo triste, era evidente que eso no era lo que buscaba.

—Y ¿después qué? ¿Hacerme tu amante, irte sin despedirte, divertirme un rato y nada más, acostarte conmigo y olvidarte al fin de mi existencia? ¿Después qué, Antonio?

—Glía, no lo sabía, me dejé llevar... No fue algo premeditado, ni siquiera me detuve a pensar qué sucedería. Tú me hechizaste desde el primer momento, en el mismo segundo que tu cabello se estampó contra mi rostro, ¿de qué hablas? —La joven se alejó incrédula, desconfiada. Le dolía verla así, pero esa era la verdad... Ese mes lo único que había eclipsado su mente fue ella, no qué sucedería. Lo admitía, no era común en él actuar así, pero eso ocurrió si era sincero.

—Hablo de que para ti fue fácil todo eso. Te divertirías, vivirías algo diferente a lo que comúnmente haces, sería refrescante, novedoso, salir con una chica como yo, pero jamás te detuviste a pensar en lo que a mí me hacías, yo me enamoré... No había un segundo que no pasara pensando en ti, que no quisiera verte, he sido muy ingenua... —sollozó.

—¿Enamorarte? —repitió fascinado sintiendo que todo se arreglaría de alguna u otra forma con esa pequeña confesión que era para él lo mejor que había oído en años. En respuesta su pelirroja lo fulminó con la mirada, y es que solo eso le faltaba, que él se burlara, pero ya que más daba.

—¿Qué no escuchas?! ¡Para mí no eras una aventura! —gritó acercándose al mar. Él sonrió aspirando fuertemente.

—Para mí tampoco —confesó acercándose. Glía no volteó, ni siquiera se movió, podía contemplar su perfil, no le creía. La joven se encogió de hombros.

—Ya no importa. Ahora harás tu vida y yo... la mía. Espero algún día regresar a mi país y olvidarme de todo este desastre, de ti, de lo que pasó, de todo... No te deseo un mal, pero no quiero verte, no quiero que te acerques a mí. Sé que con el tiempo reharé mi vida y... —Antonio sintió que la sangre se detenía. Con ella avanzaba y retrocedía en segundos, era como pisar un suelo movedizo todo el tiempo.

—Con el hombre de tus sueños, ¿no? —dijo hirviendo de celos. Lo miró al fin con una honda tristeza y nostalgia.

—No, Antonio, con él no... Ese hombre se quedó en aquellas cinco semanas perfectas e increíbles y ahí se quedará para siempre, porque aunque fue una mentira, una actuación... para mí siempre serán reales.

La vida le volvió al cuerpo de golpe, no pudo más, eso ya era demasiado y aunque se había prometido no actuar impulsivamente simplemente no podía evitarlo con esa mujer. La sujetó por el cuello y la besó.

Ese gesto la tomó desprevenida, ¿qué hacía? Intentó quitarse débilmente, pero su sabor iba bajando su resolución varios niveles de forma vertiginosa. Su mano en la nuca temblaba y sus labios se movían suavemente de forma dulce, tierna. Por un momento se rindió, eso era mucho mejor de lo que recordaba.

Una alarma lejana, que sin más fungió de doloroso recordatorio de su situación le hizo ver que eso le costaría días para recuperarse. Luchó para deshacerse de él, cuando al fin lo logró, le dio una bofetada. Antonio se quedó pasmado ante aquel arrebato.

—¡No vuelvas a hacer algo así nunca! ¿Me oíste? No estoy bajo tu dominio, ni bajo tu control, así que no te serviré para saciar tus deseos nunca más. —Él sonrió tranquilo sobándose la mejilla.

—En serio que pegas fuerte... —reviró. Glía sacudió la cabeza sin comprender, estaba furiosa, herida y él se burlaba. ¡Increíble!

—¡Te odio! —bramó frustrada. Él dejó caer su mano mirándola fijamente, sentía que sus ojos la desnudaban de todas las formas en las que era posible. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no se mostraba asombrado?

—No, no me odias. Estás molesta, enojada y te juro que te entiendo, pero no me odias.

—Eres un arrogante, un prepotente —escupió desesperada porque todo eso acabara de una maldita vez.

—Puede ser... Pero se terminarán de una vez estas medias verdades, estos mal entendidos —sentenció serio y más seguro que nunca, Glía sería suya para la eternidad así vendiera su alma al mismo infierno. Ella por instinto retrocedió.

—Pues no cuentes conmigo para hacerlo, para mí ya todo está muy claro y no me interesa continuar esta conversación patética y absurda. —Giró con la intención de alejarse, pero él la detuvo por la cintura pegándola a su pecho.

—Ahora me explicarás a que viene todo esto... —Ella intentó zafarse, pero su carcelero no aflojaba ni un poco su férreo abrazo.

—Suéltame... ¡Déjame! ¿No me has humillado lo suficiente?

—Glía, dime de una vez qué se debe este cambio de actitud. Si bien no sonreías ante mi presencia, no parecías querer asesinarme y temo que si te dejo buscarás algo para hacerlo. Tengo instinto de supervivencia muy desarrollado, ¿sabes? No te soltaré —aseguró. Ella notaba la burla y la seriedad con la que hablaba, eso la puso peor.

—¡Antonio, déjame! No te haré nada... Sólo déjame —le rogó retorciéndose en sus brazos.

—Eso nunca, Glía. Bórralo de tu cabeza, jamás te soltaré —aseguró. Dejó de luchar y arrugó la frente desconcertada.

—Quieres terminar con la poca dignidad que me queda, ¿no es así? —Comprendió exhausta, a su lado era un ratón junto a un león, no la dejaría si no quería y odiaba sentirse de nuevo indefensa.

—De ninguna manera. Con lo que quiero terminar es con todo esto... —afirmó. Ella volvió a intentar alejarse.

—Deja de moverte así si no quieres que te haga olvidar en donde estamos —advirtió. El rubor escarlata de sus mejillas lo enloqueció, ella supo enseguida al notar su dureza de qué hablaba.

Sentir su menudo cuerpo luchar contra el suyo era más de lo que podía soportar, pero no la soltaría, hablarían de una maldita vez, sin embargo, no ahí. Sabía muy bien que los hombres que custodiaban ya habían escuchado bastante y aunque no comprendían el español, el lenguaje corporal era obvio. Ya había sido suficiente espectáculo por hoy. La alejó de él y la sujetó por la mano para que fueran hasta el muelle.

—¿Qué haces? —exigió saber la joven luchando por soltarse de ese apretón, pero él no la miró y continuó avanzando—. Me dejare caer, ¡déjame!

—Hazlo y te cargaré —la amenazó. No parecía enojado, en realidad divertido, aliviado, contento. ¿Qué diablos le ocurría? La discusión era seria, estaba diciéndole que ya no quería

volver a verlo y lo único que consiguió era que la arrastrara contra su voluntad hasta ese maldito bote. Llegaron a la misma embarcación de hacía unas semanas.

—No subiré ahí, debo ir con Camelia —aseguró. La tomó por la cintura y la depositó en la lancha sin el menor esfuerzo. De inmediato se aferró al asiento sintiendo como el agua lo balanceaba peligrosamente.

—Es mejor que te sientes, no traes salvavidas —le recordó acorralándola. Le fascinaba esa nueva faceta en ella, se veía celestial enojada y tentadora hasta lo inimaginable.

—¡Eres un animal, un bruto! Quiero irme —ordenó melodramáticamente y realmente muy enojada.

—Si sigues insultándome tendré que acallar esa dulce boca tuya de una forma en la que dudo que por ahora estés de acuerdo.

—¿Qué ganas con esto? No entiendo. No te pediré nada nunca, verás a Camelia cada vez que quieras. Siempre y cuando no nos tengamos que topar. Sabes que no tengo un céntimo, no soy una amenaza para ti... No hagas esto más difícil —rogó llorosa, desesperada por terminar de una maldita vez con todo eso.

—Glía, siéntate, voy a arrancar. —Ni siquiera parecía haber escuchado lo que le acababa de decir, palideció y lo obedeció de inmediato sin remedio. Evaluó el mar ideando la forma de salir de ahí, la llevaba a la isla, pero ¿para qué? Maldición.

—No sabes nadar, así que ni se te ocurra... El mar aquí es muy profundo y si no llego a tiempo te hundirás como una roca —le advirtió leyendo sus pensamientos.

Era asombrosa molesta, le encantaba pues su carácter a floraba sin restricciones, colosal, indómito, fuerte. Después de todo la Glía de aquellas semanas había emergido. Ella lo miró atónita por lo sereno de su voz, ni siquiera la veía o gritaba para que lo escuchara por encima del motor. Se aferró al asiento perdiendo la vista en la nada. Se sentía cansada de tanto pensar, de que todo le saliera mal, de que no fuera lo suficientemente fuerte para resistirse a él, para odiarlo.

En cuanto llegaron la bajó como la había subido, pero Glía no se movió de ahí cruzando los brazos. Antonio la observó con expresión tierna, dulce. Esa joven haría de él lo que quisiera con tan solo un dedo, ahora lo sabía y en lo absoluto le molestó, al contrario, por ella sería capaz de cualquier cantidad de estupideces, más de las que ya de por sí había hecho.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —preguntó encantado, con las manos en la cadera, aguardando. Sabía muy bien que lo haría. Bufó y caminó hacia la casa. Todo estaba apagado, así que él entró sin dificultad por la enorme puerta de cristal dejándola detrás. El interior se encontraba deliciosamente cálido. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que tenía frío. Antonio encendió unas lámparas con unos controles y todo quedó finamente iluminado. Fue hasta una de las habitaciones y al minuto regresó con una frazada que se la colocó sobre los hombros.

—Esto ayudará —dijo. Ella frunció el ceño ante su extraña actitud, no era que las últimas semanas no se hubiese portado protector, esa era su esencia, pero ahora lucía realmente diferente —. Traes los labios morados, entrarás en calor. —Sujetó la frazada y la apretó a su cuerpo, aliviada de pronto. Glía temblaba de frío, pero debido al enojo no lo había notado—. Siéntate —pidió con suavidad. Lo hizo suspirando.

—¿Para qué me trajiste aquí? —quiso saber al tiempo que él se acomodaba en la mesa del centro para quedar frente a ella, parecía nervioso, pero a la vez decidido. Esperó sin quitarle los ojos de encima.

—Glía... Todo entre tú y yo ha sido un lío... —comenzó y se frotó el rostro, ansioso. La joven agachó la vista. Antonio estaba a escasos cincuenta centímetros de su rostro, también lucía

cansado. Su cabello se encontraba fuera de lugar y en algún momento se había quitado la corbata. Pasó saliva con dificultad, era todo un hombre, uno por el cual cualquier mujer suspiraría tardes y días enteros—, y debe terminar —determinó decidido. Sintió una losa caerle encima, sin embargo, sabía que era lo mejor. Él tomó con dulzura sus manos, las acarició y se las llevó a los labios—. Yo jamás podré perdonarme lo mucho que te lastimé. Lo que hice no tuvo nombre, ni justificación, pero quiero que sepas que cada una de las palabras que usé fue con la intención de herirte, de lastimarte, no porque las creyera de verdad. Llegué muy lejos...

—Pensabas lo peor de mí —volvió a justificarlo sin saber cómo. Él sonrió triste.

—Glía, el primer día que te vi, Dios... me cautivaste —confesó evocando ese momento. Con ternura agarró uno de sus mechones recordando esos momentos con asombrosa claridad—. Nunca, en toda mi vida, sentí algo así... Era como si necesitara acercarme a ti de una u otra forma... Te invité a salir con ese pretexto absurdo porque si no lo hacía sabía que pasaría noches enteras preguntándome por qué fui tan estúpido. Me mostraste un mundo diferente, me volviste a hacer sonreír, me olvidé de quién era, de mis problemas, de todo lo que me atormentaba. Tú, desde el primer momento, ocupaste todos mis pensamientos. Me sentía un adolescente cuando estabas alrededor, aún me siento así... —admitió y acarició su mejilla al notar sus ojos llorosos, atentos, incrédulos—. Eres muy hermosa, sin embargo, no es solo eso... Es lo que irradian, lo que hay dentro de ti. Sentí que en segundos conocías mi alma, que me mostrabas la tuya... Por eso salí contigo, no hubo nada torcido, nada sucio te lo juro. —Ella quitó las manos girando levemente su rostro. Nuevamente se retraía.

—Conocí a Luzia —soltó sin querer ver su expresión. Él no comprendió a qué venía eso, en ese momento. Dejó salir una pequeña risa de desconcierto. Glía no pudo evitarlo y lo encaró incrédula—. Me lo dijo todo —continuó. Pero el hombre que tenía frente de sí ni siquiera se inmutó, en realidad parecía que le hablaba de algo que le daba lo mismo.

—Glía, ¿qué tiene que ver Luzia en todo esto? Si te refieres a que no te la había presentado... Bueno, viaja mucho y casi no va a casa —explicó confundido. La joven palideció ante su cinismo, se levantó de nuevo molesta.

—¿Así? ¿Nada más? ¿De verdad eres tan descarado? —Enseguida se acercó verdaderamente confundido. De nuevo los insultos.

—Glía, termina con esto de una vez... En serio me estás enloqueciendo. He sido un bastardo, lo sé... A lo mejor tardaré años para que me perdones, lo entiendo, pero ¿descarado? ¿A qué viene eso? —quiso saber. Ella se frotó el rostro con desesperación.

—Luzia entró a mi habitación y me habló de la relación que tienen, me habló sobre su próximo compromiso. No puedo creer que te perdones después de todo lo que le hiciste, pero ese no es mi problema, sin embargo...

—Detente —le ordenó Antonio con voz grave y dura. Lo hizo enseguida—. ¿De qué diablos me estás hablando? Luzia en tu habitación, ¿para qué? ¿Cuál compromiso? —repitió completamente perdido. Glía lo miró acusadora y un tanto dudosa.

—No finjas más, lo sé todo. Sé que estás todo el tiempo rodeado de mujeres hermosas, de hecho aquel día que... bueno... pasó eso en tu apartamento, venías de estar con una mujer rubia escultural, te vi en las revistas, pero claro, yo era la insulsa tonta con la que ya no tenías nada que perder. Después de todo vivía y vivo a tus expensas y no te costaría trabajo convencerme para que eso sucediera diciéndome mentiras. —Antonio dio una vuelta impaciente por la sala dejando un silencio abrumador entre ambos.

—¿Luzia habló contigo y te dijo todo eso? Porque sinceramente no comprendo —preguntó

aturdido. Necesitaba entender esa situación que no tenía ni pies ni cabeza.

—No, ella me dijo lo que existe entre ustedes, lo de las revistas yo lo descubrí en la habitación de Lina... Pero no tienes que darme ninguna explicación, tampoco estoy en posición de pedírtela, no somos nada, lo sé, es sólo que ahora entiendo muy bien lo que es sentir que se burlen de ti —zanjó.

Antonio quería golpear algo, gritarle a alguien, y mucho mejor si podía cantarle unas cuantas verdades a Luzia. Sin embargo, se tranquilizó, en ese momento no era su prima la que importaba, tomó a Glía de la mano y la sentó de nuevo frente a él. Luzia tendría que esperar.

—Glía... No entiendo cómo pasó todo esto pero seré lo más claro que pueda. Entre Luzia y yo no hay nada, nunca ha habido nada, crecimos como primos. Por Dios, esos sería incestuoso —argumentó horrorizado. Ella enarcó una ceja desorientada—. Te lo juro, sé que puedes no creerme, pero Lina no te mentiría y puede corroborarlo. Por otro lado sí, me han retratado con mujeres en muchas revistas, en periódicos, pero eso no implica nada. No pasa de esa foto generalmente. No te voy a decir que he vivido célibe desde la muerte de Lidia, sería mentirte, pero nunca he prometido nada, ni ha pasado de un encuentro casual... —aseguró. La joven agachó la cabeza sintiéndose aludida. Antonio lo notó y acunó su barbilla ansioso por darse a explicar correctamente, sin embargo, con ella le costaba tanto trabajo pues por sus estupideces los había colocado en una situación por demás vulnerable, llena de desconfianzas, de miedo, de vacíos—. Te estoy diciendo la verdad, y no, no fue tu caso. Glía, tú me embrujaste, perdí la voluntad en el mismo momento en que te conocí...

—Pero entonces ¿por qué ella inventaría algo así? —deseó saber completamente perdida.

—Eso lo averiguaré te lo prometo, pero supongo que se debe a que es incondicional de Augusta; la quiere muchísimo y últimamente entre ella y yo no han fluido las cosas como siempre... —confesó con voz sedosa al ver que iba bajando su molestia.

—¿Por mí? —comprendió. Él acomodó un rizo rojo detrás de su oreja.

—En parte...

—Yo no quiero seguir con todo esto. Por un lado tu tía, no me soporta, ahora tu “prima” —dijo entrecomillándolo—. Siempre hay algo y ya me siento muy agotada, no sé por dónde llegará la siguiente puñalada. Estoy consciente de que no estoy a tu altura ni siquiera para ser la madre de tu hija, que no tengo tu educación y bueno... jamás seremos iguales. A lo mejor si me voy a otro país, no sé... —propuso con voz atropellada.

¡Mierda! Cada una de sus palabras le calaban hondo, demasiado y peor el saber que solo eran repeticiones de lo que le restregó frívolamente una y otra vez. De inmediato la acalló con un dedo sobre su dulce boca. Glía parecía tener un torrente de ideas que estaba dejando salir sin pensarlo.

—Veo que me esforcé mucho para que tengas esa imagen de mí. Glía, intento hacerte comprender algo desde hace dos horas, si no lo hice en la cena de la otra noche, ni durante este mes, fue porque no me lo permitiste, porque me has mantenido a raya y lo comprendo, incluso intenté respetarlo, ya bastante te lastimé, pero ahora me importa un carajo todo eso. Mírame a los ojos —suplicó ansioso. Tenía una mezcla de emociones que solo sirvió para intensificar lo que por ella sentía—. Glía... en algún punto, en algún momento, en medio de todos esos días asombrosamente inigualables que pasamos juntos, me enamoré de ti —declaró al fin temeroso de su reacción.

—Antonio —susurró inmobilizada. No podía ni pestañear. No podía ser. Su corazón se detuvo al igual que su pulso.

—Sí, no sé si fue cuando me derramaste el café, o cuando te echaste la culpa creyendo firmemente que yo había sido el responsable. O cuando te avergonzaste tanto por esa pésima exposición y no tuve más remedio que besarte. O te podría enumerar cada uno de los días y cada uno de los detalles por los que perdí la cabeza... Pero esa es la verdad, la única, por eso me dolió tanto pensar que no sentías lo mismo, que habías jugado conmigo... Por eso te volví a buscar a pesar de creer que estabas con esa alimaña que consideraba tu novio. Por eso cuando supe que estabas embarazada me importó un bledo y te llevé conmigo acorralándote. Por eso no pude ver la verdad, porque lo que sentía por ti no me dejaba ver con claridad. Por eso te pedí que te casaras conmigo la otra noche —concluyó nervioso, pero sintiendo que se quitaba un peso enorme de encima. Ella abrió los ojos de par en par. No podía ser cierto todo lo que le decía, le costaba creerlo. Era imposible, increíble.

—P-pero... No pertenezco a tu mundo... —logró decir sin saber por qué.

—Hasta donde sé, vivimos en el mismo —le recordó ecuánime, era evidente que no le creía del todo. Se puso de pie y desapareció de su campo de visión unos minutos, dejándola sola con esa confesión en la cabeza. No se atrevió a moverse, ni siquiera a respirar. ¿Él, enamorado de ella? No podía ser cierto, no después de ver con las mujeres que se codeaba, la manera en la que vivía, todo lo que poseía, lo impresionante que era. No, no podía ser. Él regresó un momento después con un papel en la mano algo amarillento—. Es asombroso que aún siga aquí —musitó para sí con su peculiar voz gruesa. Se sentó a su lado y se lo tendió.

—¿Q-qué es esto? —preguntó tomándolo. Era un acta de nacimiento.

—La partida de mi madre —le confió. Glía torció el gesto creyendo que ya había perdido el juicio. Antonio se acercó más a su pequeño cuerpo con familiaridad y señaló unos renglones para que los leyera. Concentrarse en ese documento estaba costándole un trabajo titánico gracias al calor que desprendía su cuerpo. Sin embargo, observó las líneas. Portugués—. Era huérfana, Glía... —De nuevo ojeó el documento. No entendía lo que decía, en sus clases apenas iban avanzando pero no como para leer aquello. Él sonrió ante su tontería, ella no comprendía. Así que le explicó la traducción. La joven quedó helada. Era cierto, los espacios para el padre y la madre

tenían varias rayas horizontales y ningún nombre.

—Dios —expresó asombrada. Antonio le quitó con delicadeza el documento y lo colocó sobre la mesa. Luego volvió hacia ella.

—Mi padre fue durante su adolescencia un chico difícil, mi abuelo estaba bastante decepcionado y harto de su actitud. Así que un buen día lo amenazó con dejarlo en la calle si no cambiaba, si no maduraba. Mi padre, sin tomárselo muy en serio, decidió darle por su lado unos meses, así que entró a uno de los albergues a los que la financiera apoyaba en aquellas épocas, y que aún existe. Ese día su vida cambió. Mi madre vivía ahí, una adolescente también, ellos dicen que fue amor a primera vista y la verdad es que nunca creí que eso fuera posible... hasta ahora —admitió acariciando su mejilla con una ternura desconocida por completo—, se enamoraron tanto que mi padre se transformó por totalmente, volviéndose el orgullo de mi abuelo. Al poco tiempo él se enteró de la razón. Camelia, mi madre, era la medicina justa para su hijo descarriado. Les pidió que se dieran un tiempo, que se conocieran y que si lo hacían, contarían con su apoyo. Nunca recibió quejas de su parte y cuando fue el tiempo prudente y convenido, se casaron. Mis tías la adoraron y la adoptaron enseguida como su hermana menor y mi abuela feliz de ver a su hijo hecho un hombre, la ayudó a superarse, aunque mis tías cuentan que siempre decía que mi madre fue la que ayudó a su familia a ser mejor y no al revés.

La historia era hermosa y conmovedora, Antonio creció rodeado de cariño y en un dulce hogar.

—Glía, si te mostré este papel, si te estoy contando todo esto es porque sí, en parte quiero que sepas de donde provengo, mi historia, pero por otro lado, porque leo la duda en tu mirada, el miedo. Tú para mí eres igual o mejor que cualquier persona que he conocido. Si te educaste en la opulencia o con carencias es algo que no tiene importancia, tú eres lo que eres, eso es lo que vale, lo que me enamoró de ti, lo que ha logrado que te ame con locura, con desesperación... —Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de la joven—. Cuando estoy contigo todo cambia, me siento capaz de cualquier cosa. Tengo ganas de besarte, de cuidarte, de escucharte, de verte reír, de olerte, de tocarte... Dios, te amo como nunca pensé que fuera posible hacerlo. Glía; eres la mujer de mi vida —aseguró con voz grave, cargada de verdad.

Sin pensarlo lo rodeó y escondió el rostro en su pecho, sollozando, aferrando su camisa temblorosa. El hombre, desconcertado respondió el gesto y la arropó frotando su espalda.

—Herí lo que más amo en el mundo, solo dame la oportunidad de demostrarte que las cosas pueden ser distintas, lo que soy capaz de hacer por ti.

—Han sido tantas situaciones —escuchó que decía sin separarse. Bajó la vista, no soltaba su camisa y su nariz estaba enrojecida al igual que sus mejillas. Acarició con una mano su rostro, ésta se alejó un poco para verlo a los ojos. Lucía asustada, desconcertada. Él sonrió enamorado y besó su frente quedándose ahí durante unos segundos de más, era consciente de que tenía que ganársela, luchar por ella.

—Déjame volver a ser ese hombre de tus sueños, Glía. Déjame pasar el resto de mis días arrancándote esa sonrisa tan maravillosa y perfecta que tienes... —suplicó perdido en su iris verde.

—Mi pasado no es desconocido como el de tu madre, el mío es... incómodo, doloroso —murmuró.

—Y gracias a él eres lo que eres, y estás aquí, conmigo... No me importa lo que nadie piense, Glía —aseguró. Ella negó agobiada. Ansioso acunó su barbilla, serio—, ni lo que nadie opine, nunca me ha importado y ahora menos. Luzia no debió inventar todas esas cosas, por eso quería

que conocieras la historia de mis padres, para que te dieras cuenta de la manera en la que crecí, en la que me educaron. He decepcionado a mucha gente y estoy decidido a no seguir haciéndolo, no a partir de hoy.

—Antonio, puede ser que tú no lo veas así, pero ella no será la única que creará que estoy contigo por interés, cuando he salido con Lina me ven con reprobación y no los juzgo, jamás creí que alguien pudiera vivir de la forma en la que tú vives —señaló observando todo a su alrededor aún incrédula.

—Glía, así crecí, esto soy, sé que es mucho y que asusta, incluso huí hace años de toda esta opulencia. Sin embargo, he aprendido a encarar las cosas, a enfrentarlas, así que lo que Luzia, mi tía o cualquiera diga o haga, será su problema, a ti nunca nadie te tocará ni siquiera un cabello y te prometo que lo único que me quitará el sueño de ahora en adelante será verte contenta, realizada, completa, feliz... Eso es lo que quiero, lo que haré hasta que muera... Lo demás me tiene sin cuidado.

—No puedes esconder la realidad —argumentó llorosa. Él percibía su miedo, su desconfianza. Se resistía y la comprendía, más aun siendo como era; sencilla, noble, ingenua... Era normal que todo eso la apabullara, la amedrentara de esa manera.

—Sólo dime algo...

—¿Qué? —Antonio acunó su barbilla de nuevo para que esos ojos verdes se apresaran en los suyos.

—¿Qué sientes por mí? —indagó. La pelirroja no pestañeó respirando un tanto agitada, se humedeció la boca con la lengua, pero ni así Antonio soltó su mirada—. Glía... —insistió ahogándose ante su falta de respuesta. Ella dijo en la playa que se enamoró de él, pero después de todo lo que la insultó y lastimó, era altamente probable que su sentimiento hubiese disminuido o desaparecido.

—Creí... en algún punto... que te odiaba, que habías matado lo que sentía, que el rencor ganaba a esto que despertaste esas semanas, pero basta un gesto dulce, una palabra tierna, una caricia y lo olvido. Te amo, Antonio, creí que era obvio. —El hombre sacudió la cabeza con alivio y dolor entremezclados.

—Tal vez para ti, pero para mí no, no después de lo mucho que te herí y que sentí lo que dices —confesó soltando su rostro para tomar sus pequeñas y níveas manos entre las suyas morenas y grandes.

—Hubo momentos en los que no pude sentir algo más que rabia hacia ti, pero no duraba y eso me dolía aún más —admitió sinceramente. Él posó sus ojos grises sobre los suyos, comprendiendo.

—Lo sé, me pasaba lo mismo, aunque yo fui el responsable de todo esto.

—Necesito tiempo... Ha sido mucho, demasiado.

—Tienes el tiempo que desees, solo permite que esté cerca, invitarte a salir, estar a tu lado —pidió sin soltar sus dedos.

—Eso me gustaría —admitió con una media sonrisa. Él sonrió en respuesta.

—¿Qué más te gustaría? —quiso saber acariciando con el pulgar el dorso de su mano. Ella suspiró soñadora, iba cediendo notó menos nervioso.

—Que no volvieras a besarme sin mi consentimiento —expuso con decisión. Antonio detuvo sus dedos, intrigado.

—¿No quieres que vuelva a besarte? —cuestionó agobiado. Ella llenó de aire sus pulmones, perdiendo la vista en lo que se podía ver por la ventana.

—Ese... hombre, cuando aparecía para torturarme, hacía eso: me besaba sin que pudiera oponerme, más de una vez me hirió —confesó con la voz rota y los ojos anegados, Antonio, atónito, apretó un poco sus manos, sintiéndose más miserable, horrorizado y lleno de rabia por todo lo que aún desconocía sobre su pasado—. Cuando tú lo haces no se siente igual, pero... me hace sentir insegura, no quiero que lo hagas —pidió encarándolo. Antonio no pestañeaba, soltó sus manos y se frotó el rostro, se sentó quedando de perfil a ella, aturdido, con el pecho comprimido.

—He sido un maldito hijo de puta contigo. —Glía acercó con cuidado la mano hasta su antebrazo, él giró, arrepentido—. No sé cómo podré hacerte olvidar todo lo que sucedió, lo que viste, lo que te hice.

—Siendo el de aquellas semanas, lo he extrañado mucho. Él me robaba besos, me miraba con ternura y me trataba con cuidado, sonreía y me hacía sentir más viva que nunca, con el mundo a mis pies, llena de esperanza y ganas de seguir. Necesito que vuelva, quiero que ese sea el que esté a mi lado —pidió quedito. Antonio, con los ojos lagrimosos asintió, besó su frente de nuevo y luego la abrazó.

—Entonces te lo daré, a tu lado solo puedo ser él.

—¿Recuerdas cuando fuimos a esa pizzería? —preguntó ella cambiando de tema. Éste asintió sonriendo, se recostó sobre el sofá acercándola para que quedara sobre su pecho.

—Ganaste gracias a esas monedas endemoniadas —se quejó. Glía rio bajito y nada se sintió tan perfecto en el mundo que el sonido de su risa.

Pasaron más de una hora así; recordando aquellos días, riendo por cosas que los unieron como jamás imaginaron, jugando con sus manos, tranquilos en aquel lugar al que solo ellos tenían acceso. Él se mostraba ligero e intentaba hacerla sonreír con cualquier pretexto, como en aquel entonces. Una brisa comenzó en el exterior, al notarlo se levantaron y perdieron la vista en el mar.

—*Moito belo* —dijo Glía en portugués. Antonio, asombrado, la observó fascinado. Ella se acomodó un rizo, con timidez, tras la oreja—. He aprendido algunas palabras —murmuró apenada por la manera intensa con la que la miraba, por esa potencia arrasadora que siempre la había hecho sentir atraída.

—Creo que nunca había escuchado nada más sensual en mi vida, *feiticeira* —admitió con voz ronca.

—¿Podremos regresar a la casa? —Cambió ella de tema. El hombre, dolorosamente excitado, perdió de nuevo la atención en el exterior.

—Está muy frío afuera, nos mojaríamos.

—Pasaremos aquí la noche... —comprendió rodeándose el cuerpo con los brazos, tranquila.

—Camelia estará bien, ahora le avisamos a Fábía. Si amanece lloviendo, pediré que vengan por nosotros, si no, nos iremos como llegamos.

—¿Habrá algo que podamos cenar? —dijo de pronto, relajada. Antonio la escrutó intrigado.

—Pensé que te pondría nerviosa no regresar —señaló intrigado. Ella se encogió de hombros, sonriendo apenas.

—Camelia está en buenas manos, la extrañaré al dormir, pero no hay nada que pueda hacer.

—Te amo —repuso él, con una suavidad que la aturdió y pasó una mano por su mejilla, ella cerró los ojos y apoyó su rostro ahí un segundo. Tan fuerte y tan suave a la vez que la hacía levitar.

—Te amo, pero... —y abrió los ojos—, tengo hambre —susurró con picardía rompiendo el momento. Antonio soltó una carcajada, esa era la chica de la que se enamoró.

—Vamos a ver qué encontramos —propuso tomando su mano para que se dirigieran a la

cocina.

Después de que entre los dos consiguieran prepararse algo con lo que había, se sentaron en un pequeño comedor y lo ingirieron.

—Esa noche, la que mencionaste en la playa... Yo solo podía pensar en ti mientras estaba en aquella fiesta donde me tomaron la foto que viste con esa mujer. Desde que te conocí, no he estado con nadie, simplemente no me interesa —le informó él, para luego darle una mordida al emparedado de carnes frías que habían hecho. Glía le dio un trago a su bebida sin soltar su mirada.

—Era impresionante.

—Sí, pero a tu lado, insignificante, créeme.

Solo una de las habitaciones estaba en condiciones de ser usada, las demás no tenía sábanas sobre la cama. Él avisaba cuando iría para que todo estuviese listo, aunque no lo hacía a menudo, pero la habitación principal solía estar lista por cualquier eventualidad.

—Dormiré en la de al lado —dijo él tomando una de las almohadas—. Espero que no te importe que me lleve esta. —Glía lo observó un tanto nerviosa, la cama era *King size*, hacía frío pese a la calefacción, negó.

—Podemos dormir aquí los dos... —propuso ruborizada. Antonio sonrió.

—No quiero que te sientas incómoda.

—Pasarás frío. No importa, solo... cada quien su lado —advirtió jugando con los dedos. Él sonrió.

—¿No puedo ni abrazarte? —la provocó cruzándose de brazos, reflexivo. Ella sonrió negando.

—¿Te conformarías con eso? —indagó con dulzura. Moría por comérsela a besos pero definitivamente iría a su paso, aunque sin dejar de avanzar, y eso era un adelanto que no desaprovecharía. Asintió.

—Puedo —aseguró solemne.

—Bien.

Antonio le dio una camiseta suya y unos pantalones que le quedaban enormes, pero que definitivamente serían más cómodos que la falda y suéter. Él se quedó en bóxer pero ante el rubor de ella y la incipiente confianza, se puso también una camiseta. Se metieron bajo las cobijas buscando calor cuando él, con una mano la acercó por la cintura hasta su cuerpo, cálido. Glía gimió ante el gesto, pero sonrió para sí en la oscuridad cuando sintió su pecho arropando su espalda y su respiración sobre su cabello.

—Descansa, *feiticeira* —murmuró para enseguida dejar un beso casto sobre su melena, aunque lo cierto era que sentía su excitación justo en el trasero y eso la acaloraba sin remedio, pero la realidad era que no se sentía lista aún para dar ese paso, quería, necesitaba que fuese despacio, recuperarse, sentirse segura y luego... luego dejarse llevar, mientras tanto esa paz que le estaba regalando la tomaría porque ya no quería sentirse nunca más como antes, como se sintió durante tantos años.

—Descansa... —solo respondió soltando un suspiro de cansancio.

Ella durmió sin problemas rápidamente, a comparación de él, que dos horas después todavía

continuaba contemplándola, memorizando sus rasgos, acariciando su cabello rojizo. Luzia lo escucharía, eso era definitivo, pero en secreto siempre le agradecería haberla orillado a explotar de esa manera, ese punto muerto ya lo tenía en el límite, ahora tenía esperanzas, muchas en realidad y usaría todo lo que fuera necesario para hacerla su mujer de todas las formas posibles.

Por la mañana despertó y de lo primero que fue consciente era que estaba solo en la cama. Pestañeó desperezándose de inmediato. ¿Dónde estaba? Se echó agua en el rostro, se puso un pantalón de algodón y salió de la habitación. Glía se encontraba de pie, frente a la ventana, con una taza de café en la mano y con aquella frazada puesta sobre sus hombros. Sonrió al notar como su melena absorbía la luz del exterior transformándola en algo irreal, en su hechizo personal. Podía tener ese cuadro el resto de su existencia.

—Buenos días —dijo con suavidad, acercándose. Ella giró de inmediato, sonriendo.

—Hola... Dejé más hecho en la cafetera que encontré —informó relajada. Verla así era mejor que cualquier cosa, asintió y antes de irse, le dio un beso en el cabello.

—Gracias, desperté tarde, lo lamento —se disculpó yendo rumbo a la cocina—. ¿Dormiste bien? —escuchó que le preguntaba a lo lejos. Sonrió sonrojada. Mejor que hacía mucho tiempo, hubiese querido decir. Sentía que flotaba con toda esa situación.

—Bien, sí. Ya no llueve —apuntó.

—No, en estas épocas solo lo hace por la noche y no fuerte —musitó a su lado, mirándola de reojo al recordar ese día en que se asustó por la tormenta. Ella le dio un trago a su café, sonriendo con timidez—. Antes de regresar me gustaría contarte algo.

Anduvo hasta uno de los sillones, ella lo observó, intrigada, no parecía que fuera a ser una mala noticia, aun así, no se fiaba, ya no. Aguardó.

—Estuve en México —soltó logrando con ello que se tensara, pero sonrió para no asustarla—. Ven —y palmeó el lugar a su lado, ella acudió—. Margarita vendrá en un par de semanas para quedarse un tiempo contigo y conocer a Camelia —dijo relajado, esperando su reacción. La joven, asombrada, se llevó una mano a los labios con la mirada nublada.

—¿No me mientes?

—Nunca haría algo así, *feiticeira*. Ella está bien y también quiere verte.

—No lo puedo creer. Eso sería maravilloso, perfecto. ¡Dios! —logró decir al dejar la taza sobre la mesa y levantarse, aturdida, feliz. De pronto dio un par de brinquitos con las manos aún sobre su rostro. Estaba emocionada, además, lucía despreocupada. No podía dejar de contemplarla fascinado, endiosado y es que sus rizos se movían junto con ella y su delgado cuerpo reflejaba la más vibrante y real alegría.

—Azucena también, solo que ella hasta que tenga vacaciones —completó satisfecho.

—No lo puedo creer, creí que pasarían años para volver a tener algo de mi pasado aquí... —confesó con voz rota. Él se levantó y tomó sus manos dándose cuenta de que tenía que corroborar en cierta parte su hipótesis—. ¿Qué pasa? —preguntó la joven notando cómo se le oscurecía la mirada.

—Glía... las cosas en México aún siguen complicadas y bueno, por ahora no es seguro que ni tú, ni Camelia vayan. Tu estancia en Brasil va a ser indefinida —expresó apenado. La noticia le erizó la piel de inmediato terminando con el pequeño momento de felicidad. Bajó la vista hasta sus pies notoriamente contrariada. Antonio torció la boca sintiéndose impotente, no imaginaba no poder pisar siquiera su tierra natal por culpa de alguien que se supone debía ser un aliado, no su enemigo.

—¿Aún no la encuentran? —preguntó con un dejo de esperanza, era su hermana, por muchos

errores que hubiera cometido verla tras las rejas no era algo que deseaba.

—No, tienen pistas, pero se ha liado todo de una forma tal que ni ella, ni el resto de los hombres que escaparon, han aparecido y yo no puedo vivir sabiéndote en semejante situación. Sé que quieres regresar, que ha de ser muy duro estar exiliada de tu propio país, de tu gente, de tus costumbres... Pero por ahora es lo mejor, tú y Ana son muy parecidas, eso también podría acarrear problemas... —hablaba con tanta dulzura, con suavidad que casi logra hacerla sentir mejor al respecto, sin embargo, dolía, dolía mucho. Asintió alejándose perdiendo de nuevo la atención en el exterior.

—Lo entiendo, aun así no deja de dolerme. Todo ha sido tan complejo, tan irreal... Siento que es una pesadilla y que voy a despertar en algún momento dejando todo atrás —musitó.

Antonio permaneció tras de ella con gesto afligido, frustrado. Era evidente que por mucho que la quisiera, que por mucho que le correspondiera y estuvieran por comenzar una nueva etapa, su situación no era fácil, no fue fácil desde hacía mucho tiempo y Glía necesitaba encontrar de nuevo su lugar en el mundo, dar con aquella paz, recuperar sus sueños, sus ideales, sus metas. Tenía que dejar años de situaciones dolorosas e irreversibles para poder ser de nuevo lo que quisiera ser. Sin embargo, haría que a su lado las cosas fueran más sencillas, más fáciles.

—No sabes lo que daría porque no hubieras tenido que vivir todo esto. Pero tengo que confesarte que soy un poco egoísta y para mí, de cierta manera, todo este cúmulo de desafortunados incidentes en tu vida te trajeron aquí, hicieron que te conociera, que coincidiéramos y ahora que sé que tú sientes lo mismo por mí haré que valga la pena todo, te juro que seré lo que necesitas para aliviar esto que te ha lastimado —prometió con férrea seguridad. Glía volteó y acercó una mano a su mejilla evaluándolo enigmáticamente.

—Yo... soñé tantas veces con esto, con escucharte hablar de esta forma, con poder tocarte, con volver a sentir a ese hombre tan asombroso que conocí en la cafetería, que creo que desaparecerás —confesó. La aferró por la cintura deleitado por su tacto, por su voz suave.

—Jamás, no sé qué embrujo lanzaste sobre mí, pero una cosa sí te voy a asegurar; nunca desapareceré y estaré tan cerca de ti que no tendrás ni siquiera oportunidad de pensarlo, *feiticeira*. —Al escuchar por milésima vez esa palabra arrugó la frente. Se le había olvidado preguntarle a su maestra, así como buscarla en la web.

—¿Qué significa? —preguntó al fin cerca de ese cuerpo fuerte, cálido. Él sonrió con picardía.

—Si te lo digo, ¿aceptarías una invitación por la tarde, los 3? —murmuró con elegancia.

—Aceptaría.

—Entonces debemos irnos, tengo algunas cosas que hacer antes de pasar la tarde con las mujeres de mi vida —dijo besando su frente. Moría por besarla de una maldita vez, pero después de lo que escuchó la noche anterior, aunado a las ocasiones en que él mismo lo hizo sin dulzura, debía buscar el momento adecuado para que significara mucho de más los que hasta ese día habían compartido.

—Eso suena lindo. Me gusta.

—Pues solo sonarán ese tipo de cosas en tu vida, Glía, acostúmbrate.

—Antonio— lo nombró ahí, adherida a su pecho, con la vista fija en la suya, potente—, lo que hemos vivido nos ha marcado a ti de una forma a mí de otra. Hay cosas que siempre nos acompañarán y que será difícil olvidar, pero hoy, aquí, te quiero suplicar que dejemos todo atrás, que realmente empecemos de nuevo, que me jures que siempre creerás en mí, pase lo que pase. Yo a cambio te juro lo mismo y jamás haré algo que te dañe... que te lastime... Necesito saber que así será porque todo lo que nos separó fueron confusiones, errores, mentiras y no puedo vivir con

el temor de que algo similar pueda volver a ocurrir tengamos la relación que tengamos.

Sin poder contenerse la abrazó con fuerza, gesto que ella respondió con su cabeza escondida en su pecho, suspirando.

—Jamás volveré a dudar pase lo que pase y te amaré toda la eternidad —prometió contra su cabello. La joven se apretó más a él.

—Sé que llevará un tiempo asimilar todo esto, pero quiero intentarlo —expresó al fin. Antonio besó su frente, absorbiendo su dulce aroma.

—Déjalo en mis manos, prometo que no te defraudaré esta vez, Glía. Y como te dije ayer, tienes todo el tiempo que desees, yo haré mi parte —le prometió con su bello rostro entre sus enormes manos.

—Sé que lo harás.

—No hay otra meta en mi vida.

El camino de regreso transcurrió entre sonrisas dulces y miradas cargadas de deseo, de amor. Antonio la colocó frente al volante del bote para que el frío no se sintiera tan intenso, aunque llevaba aquella frazada, la mañana era helada. Caminaron agarrados de la mano rumbo a la casa. Todo era tan natural que aún los asombraba; él se detenía cada tanto, arrancaba una flor y se la daba, al llegar ya tenía prácticamente un ramo en las manos.

—Son muchas —dijo riendo con dulzura.

—Son pocas a comparación de las que te debo por cada estupidez que hice.

—No necesitas dejar el jardín sin flores.

—Mientras yo tenga mi rosa, lo demás no me importa, pagaré el precio de tu perdón, el que sea —y besó su mejilla con sensualidad, quedándose ahí unos segundos de más. La respiración de Glía se disparó, ese líquido que solo con él surgía la sometió. Se humedeció los labios risueña, acalorada.

—No le digas nada a tu tía sobre lo sucedido con Luzia, por favor —pudo decir en medio de aquellas arrolladoras sensaciones. Antonio se separó, negando con seguridad, pero con gesto sereno.

—Hay muchas cosas que deben quedar claras, Glía. Y tanto ella, como Luzia, tendrán que entenderlas. No permitiré que este tipo de mentiras y enredos sucedan bajo mi techo, si ahora lo dejo pasar, pueden continuar... —explicó.

—Sé lo duro que puedes llegar a ser cuando alguien se equivoca —argumentó escrutando sus ojos grises. Antonio aspiró con fuerza.

—Cambiaré esa imagen que tienes de mí, ya verás.

—¿Qué le dirás? —quiso saber.

—Que hirió a una de las personas que más amo y que no puede volver a hacerlo jamás.

—¿Eso es todo? —indagó incrédula. Él sonrió negando con sinceridad.

—Deberá pedirte disculpas si quiere volver a poner un pie en la casa.

—Pero eso me pondrá en una situación incómoda.

—Es lo justo. Cuando uno se equivoca, se disculpa y busca resarcir el daño —señaló con suficiencia. Glía apretó su mano y recargó la cabeza en su hombro, ya estaban llegando. No dijo más, la realidad era que lo hecho por su “prima” fue perverso, sin embargo, no la culpaba del todo, Augusta no era feliz desde que llegó ahí, la tía de Antonio estaba buscando una forma de deshacerse de ella y al parecer Luzia se había prestado para ayudar.

Subieron las escaleras uno al lado del otro sin desenredar sus manos, el tacto era tan agradable, tan cálido, que ninguno de los dos estaba listo para terminarlo.

—¡Buenos días! —Los saludó Lina con Camelia en brazos, feliz, examinándolos. Glía, sonrojada, se acercó, le tendió un segundo las flores a él y tomó a la niña para besarla y susurrarle palabras dulces, cargadas de amor. La había echado de menos, aunque no se podía arrepentir. Antonio besó a Lina y luego a su hija.

—Debo ducharme, la maestra no tarda en venir —musitó avergonzada al notar la tensión, la manera en que la miraban así que le dio la bebé a Lina de nuevo, tomó sus flores sin apenas verlo y subió deprisa. Antonio sonrió satisfecho.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la mujer, intrigada. Su sobrino sonreía, despeinado, con un aire más joven, ligero. La encaró sonriendo.

—Me dio una oportunidad —dijo con orgullo. Lina abrió los ojos de par en par.

—Dios, al fin. ¿Ya están juntos? ¿No se irá? —quiso saber, meciendo a la pequeña.

—Prometí ir despacio, tía, pero si se va, regresará, te lo aseguro —determinó guiñándole el ojo para enseguida pedir a su hija y jugar con ella. La mujer lo observó complacida.

Luzia murmuraba algo con su tía cuando entró. Ambas lo observaron nerviosas y claramente incómodas. Antonio se sentó serio sobre su silla con gesto imperturbable. Ninguna se atrevió a moverse, vaya, ni siquiera parecían respirar.

—¿Saben a qué se debe su presencia aquí? —indagó entornando los ojos con molestia. Debía quedar claro que absolutamente nadie volvería a perturbar la paz de su hechicera, nunca.

—Antonio, yo puedo explicarte —habló Augusta, recta como una estaca e igual de seria.

—Adelante —la alentó con voz poco amigable. La mujer le sostuvo la mirada sin mostrar temor.

—Hace unos días hablé con Luzia, me escuchó desesperada y bueno, no fue un plan como tal, era solo que deseaba terminar con todo esto... No puedes negar que ha sido incómodo, sin embargo, las cosas últimamente han cambiado, situación que no le comenté a mi ahijada. Es por eso que se atrevió a venir con ella y...

—Y crear toda una historia asquerosa en torno a nosotros —completó con voz gélida.

—Antonio, lo siento. Sé que no debí, pero...

—Pero nada, Luzia. Es repugnante, somos casi primos y te atreves a mentir de esa manera... Me decepcionas.

—Lo lamento, no quería, fue solo que... —La acalló con un gesto cargado de autoridad.

—Escuchen muy bien ambas. Glía es mi mujer, la madre de mi hija y ruego que muy pronto se convierta en la señora de esta casa —informó sereno. Augusta no pudo esconder su asombro. ¿A qué venía todo aquello? Algo cambió entre ellos nuevamente pues a últimas fechas lo veía solícito y atento con la madre de la niña, además, por muy molesto que estuviera, no podía ocultar ese semblante de paz, de satisfacción.

—¿Te casarás con ella? —logró decir su tía.

—Es la idea —y se levantó con calma para ubicarse entre ambas recargando la cadera sobre su escritorio, cruzándose de brazos.

—Contigo, Luzia, no tengo mucho de qué hablar, solo añadiré algo: un solo insulto, un solo gesto, un simple comentario y jamás podrás volver a poner un pie en esta casa y no se diga de contar con mi apoyo, ese se retirará irrevocablemente y si deseas hacer algo para enmendar tu acción por demás baja y miserable, busca la forma de que todo mundo se entere. Glía será mi esposa y quien diga o haga algo que la lastime u ofenda, entonces será como si lo hubiesen hecho directamente a mí... Entiendes lo que implica eso, ¿verdad? —La morena palideció asintiendo con obediencia, nadie en todo Río deseaba echarse un enemigo de tal magnitud encima—. Perfecto, ahora por favor retírate, Augusta y yo debemos hablar y espero que mi mujer sepa de tu arrepentimiento en próximas fechas. —De inmediato se levantó nerviosa.

—Cuenta con eso y... nuevamente lo siento. Haré que todos lo sepan.

—Me alegro —la despidió circunspecto. La mujer salió sin mirar atrás aliviada de que no hubiese pasado más después de la estupidez cometida.

Arrepentida por su tontada, esa que pudo haberle costado muy caro, anduvo hasta la salida donde se encontró justamente con la pelirroja; despedía a alguien, sonriendo. Se detuvo nerviosa,

escrutándola, su cabello caía suelto hasta la parte baja de su espalda con esas ondas tan impresionantes, además llevaba puesto un vestido tejido, pero abrigador que llegaba por arriba de las rodillas a juego con esas botas afelpadas. No pudo evitar sentir esa envidia que le generó desde el primer momento, esa chica era realmente hermosa. Lo cierto era que debía solucionar lo que hizo y esa era su oportunidad.

—Glía —la llamó con tono elocuente. La joven giró enseguida, al verla no pudo esconder su asombro. Seguramente Antonio ya hubiese hablado con ella. Esperó, sería. La morena se acercó, despacio, no lucía tan altiva como el día anterior—. Quería ofrecerte una disculpa. Ayer... te mentí. Entre Antonio y yo jamás podría existir nada, somos como familia.

—Lo sé, me lo dijo.

—Espero que no te hagas una mala impresión de mí, aunque no empecé de la mejor manera —y se acercó al notar que no lucía enojada, solo expectante, con esos grandes ojos clavados en los suyos. Sonrió de forma amigable—. Espero que tú y él sean felices, prometo que nada semejante ocurrirá de nuevo.

—Te lo agradezco —solo dijo. Luzia acercó una mano hasta la suya, sonriendo.

—Somos como primos, y aunque no lo creas después de lo de ayer, puedes contar conmigo, estoy en deuda contigo —aseguró. Glía correspondió el gesto y apretó con los dedos los suyos.

—No lo veo así, pero gracias.

* * *

Antonio, mientras tanto, sin preámbulos, puso a su tía al tanto de toda la verdad, mientras que la mujer se hundía cada vez más en el asiento sintiéndose mezquina por haber sido parte de su desdicha. Él la conocía muy bien, no era despiadada, ni tampoco de malos sentimientos, al contrario, esa dureza se debía a la forma en la que se protegía porque dentro de ella era frágil e intentaba defender a la gente que más quería. Para su tía, Glía tenía rostro de enemigo hasta hacía unas horas, por eso su actitud, pero en cuanto se enteró de todo su semblante cambió.

—Lo lamento tanto, Antonio. Jamás imaginé algo así... Dios, su vida es por demás triste —murmuró turbada y suavizando su gesto. Sonriendo de forma más ligera, se sentó a su lado y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Augusta, sé que tú también has sufrido. La partida de Romano fue un golpe mortal para mí y sé que demasiado doloroso para ustedes. Creí, por mucho tiempo, ser el responsable de lo ocurrido —comenzó. La mujer negó con lágrimas en los ojos—. Sí, así fue, pero cuando conocí a Glía, no sé, todo cambió, de repente me sentí mejor... más ligero, capaz de arrancar sonrisas en alguien, con la posibilidad de no decepcionar a esa chica ingenua porque no tenía antecedentes de mí actuar... Me equivoqué. Fui cruel, despiadado en muchas ocasiones, la humillé y lastimé muchísimo. Sin embargo, asombrosamente, me está dando una oportunidad. Sé que me espera un camino aún muy largo para lograr subsanar todo lo hecho y me esforzaré cada día para merecerla, para que se sienta tan feliz como yo me siento al saberla aquí, junto a mí. Así que te pido, te suplico que bajes tus defensas y le muestres lo que eres; ella se lo merece, sabrá corresponderte y apreciar el hecho de que la aceptes —aseguró con cariño. Augusta acunó su mejilla asintiendo.

—No solo la acepto como lo que es; la mujer que amas, sino que encontrará en mí apoyo incondicional, hijo. Nadie merece vivir lo que ella y si tiene el gran corazón como para olvidar lo ocurrido contigo y ser la responsable de tu felicidad, entonces en mí tendrá una aliada por siempre —determinó. Antonio sonrió más que complacido.

—Gracias, eso era lo único que deseaba escuchar.

—Tienes mucho trabajo encima, muchacho... —musitó sonriendo, lagrimosa. Antonio sonrió rascándose la cabeza—. Pero sé que sabrás reivindicarte.

—Aunque me lleve la vida, tía.

Más tarde la buscó, la encontró en su habitación, leyendo. Camelia dormía y ella estaba sentada sobre el sofá, con el ceño fruncido, atenta.

—¿Es malo el libro? —preguntó entrando, la puerta estaba abierta. La joven sonrió al verlo y se lo tendió.

—Está en tu idioma, tú dime —respondió cuando él lo agarró y se sentaba a su lado, interesado. Era un libro de niños, comprendió el hombre.

—No parece malo, solo de pequeños...

—Voy aprendiendo, pero leer eso es difícilísimo —confesó recargando la cabeza en el respaldo.

—Puedo leértelo —propuso sereno, contemplándola, ella sonrió entusiasmada.

—No aprenderé nada.

—Luego tú lo lees, al finalizar hablamos de qué trata. Hay palabras que sé te suenan al español. ¿Quieres? —preguntó, por impulso Glía se acercó y besó su mejilla sintiendo en sus labios esa barba rasurada, absorbiendo su aroma.

—Quiero —murmuró mientras Antonio luchaba por no tomarla en brazos y hacerla suya hasta desfallecer. La joven se recargó en su hombro y lo escuchó arrastrar ese acento sensual, casi delicioso con aquella gruesa y masculina voz.

Cuando fue el turno de Glía, él la fue corrigiendo conforme avanzaba y le ayudaba en la pronunciación, lo cierto era que había avanzado bastante, notó orgulloso.

Más tarde, la comida transcurrió tan agradable como nunca lo había sido. Antonio le pidió a Glía que se sentara a su lado y ésta acudió a él como presa de un embrujo, ligera. Ambos lucían felices y enamorados. Bromearon, rieron, conversaron e intercambiaron puntos de vista sobre muchas cosas. Glía, por primera vez en cuatro años, se sentía segura, en un lugar tranquilo y feliz. Las cosas malas de su vida al parecer iban desapareciendo, aunque aún no pudiera regresar a su país, ni tampoco conociera el paradero de Ana. Sin embargo, por mucho que le doliera su situación, su hermana era responsable de su destino y con esa forma egoísta de ser lastimó a mucha gente, entre ellos sus padres y ella misma.

Al terminar los tres salieron de casa, la llevó al barrio de Ipanema, iban con Camelia y aunque deseaba mostrarle todo los puntos de interés de su lugar natal, ese día no era el indicado.

Tomaron un café por ahí, le compraron algunas cosas a su hija y platicaron sin parar. Antonio, más de una vez la instó a intentar usar el portugués, ella lo lograba a veces pues le avergonzaba sentirse tan novata en el área. Camilo iba cerca de ellos, al igual que otros dos escoltas. Era raro, pero ese hombre le caía tan bien que no le molestó.

Los siguientes días transcurrieron así, llenos de cosas que hacer, él la buscaba todo el tiempo, más flores continuaron apareciendo en cualquier sitio... Su habitación, su plato a la hora de sus comidas, sus libros para estudiar, la habitación de Camelia. Reía porque sabía bien cuando acabaría ese *acoso floral*, pero la verdad era que estaba disfrutando todo aquello tanto como esos días hacía un año. Una tarde, sentados en el jardín, mientras mecían a su hija, le confesó no haberle hablado a Margarita antes por temor a no saber qué decirle, pero desde que él le había contado todo se comunicaban casi a diario, ambas estaban entusiasmadas por su próximo viaje y contaban las horas. Esas muestras de confianza lo alentaban y las gozaba como si fuesen pequeños triunfos.

Sobre la mudanza no se tocó el tema, pero Antonio estaba claro de que cuando la casa estuviera lista, y si Glía mantenía su decisión, la acataría. Con el paso de los días la iba conociendo aún más, verla florecer se estaba convirtiendo en una perfecta locura, la deseaba con más bravura en cada momento, tanto que muchas noches en vela ya habían sucedido sin lograr cambiar su necesidad por tenerla, pero su felicidad lo hacía sentir más en paz que nunca y aún no había logrado pasar de caricias, abrazos, gestos cargados de sensualidad implícita, miradas llenas de coquetería y ansiedad.

Margarita llegó el día estipulado y entonces estar con ella fue más complicado. Glía no paraba en todo el día, entre Augusta, Adelina y su visita, iban y venían por todo Río, a veces las acompañaba, en otras ocasiones se refugiaba en el trabajo deseoso por pasar un tiempo a solas con ella. Las risas en casa era algo que comenzó a ser común al llegar, el ambiente se sentía tan agradable al cruzar el umbral que no lograba acomodarlo siquiera.

Un mes después de que pasaran la noche en la isla y dos de haber aclarado todo, Antonio se sentía satisfecho, avanzaba lentamente con ella, la llenaba de detalles, daban paseos por la playa tomados de la mano, practicaba su portugués con él o con quien pudiera, era tenaz y perseverante, la joven que conoció esas cinco semanas ya era lo cotidiano y aún mejor, debía admitir; Glía era pícara, inquieta y lucía siempre atenta a todo, escuchando, aprendiendo. Resplandecía yendo y viniendo, aunque su timidez continuaba, esa forma tan suya de ser que lo enloquecía y lo convertía en un ser perverso que buscaba todo el tiempo provocarla. Aun no la besaba pero la incitaba cada vez que tenía oportunidad dejándola claramente acalorada, ansiosa, al igual que él, pero no importaba, lo estaba gozando como un niño.

Una semana después de que se fuera Margarita, la casa estaba prácticamente lista, supo por la decoradora de interiores. Debía decirle y la verdad era que no le agradaba para nada saberla lejos, durmiendo en otro sitio, a Camelia bajo otro techo porque pese a no compartir nada carnal hasta ese momento, sentía que al fin tenía a su familia, que las hacía felices, que era capaz de ser lo que ellas necesitaban. Se frotó el rostro mirándose en el espejo del baño, no podía tomar ni una decisión más por ella, si Glía decidía irse eso no significaba que cesara en su lucha por tenerla no solo bajo su cuerpo gimiendo, jadeando, sino con un anillo en una de sus delicadas manos que indicara la legalidad de lo que compartían.

Salió de su habitación y lo primero que escuchó fue su risa, ya era tan cotidiano que dolía pensar que por un tiempo, no sabía cuánto, eso no ocurriría, se asomó a su recámara y Glía jugaba con Camelia alzándola con suavidad sobre su cabeza y para su asombro la bebé reía con ella. Su piel se erizó y entró sin esperar invitación. La joven lo notó ahí y excitada lo miró.

—Mira, no para de reír —le dijo y volvió a levantarla. Ambos la observaron fascinados, luego ella se la tendió, hizo lo mismo y Camelia respondió de igual modo.

—Dios, pero si eres perfecta, Cami —musitó enamorado de su hija, usando ese apelativo que Glía solía emplear para referirse a ella.

—Ya iba a acostarla pero de pronto la alcé y no pude parar, es que es hermosa —expresó la pelirroja, a su lado. Antonio la tomó de la cintura con una mano y besó su cabellera, asintiendo.

—Lo es, *feiticeira*. ¿Quieres que yo me encargue? —se refería a acostarla, a veces lo hacía y después bajaban juntos a cenar mientras Fábía cuidaba su sueño. La joven aceptó apretando los puños ante su cercanía. A últimas fechas se levantaba a media noche acalorada, ansiosa por él, por sentirlo. Margarita, durante su estancia, aplaudió su postura, pero también no paraba de decirle que no entendía cómo no había cedido antes semejante hombre y es que lo era, realmente lo era. La miraba de forma penetrante, tanto que sus piernas las sentía temblar, la tocaba con un

cuidado y posesividad a la vez que generaba una marea cálida viajando por el cuerpo, deseoso, besaba su mejilla tan cerca de su boca cuando se despedía, tomándose su tiempo, que la dejaba con el corazón a todo galope y las palmas húmedas, lo cierto es que ese tiempo de flirteo lo había disfrutado tanto que ya se sentía cada vez menos rota, más segura y con el control a pesar de las circunstancias de su vida.

Lo observó arroparla con esa ternura que empleaba con la niña, susurrándole solo palabras dulces y luego se irguió sonriendo, en su semblante ya no era común el enojo, la frustración, aunque en algunas ocasiones, por cuestiones de negocios lo había escuchado enfurecer, ahí era cuando lo evitaba, la última vez él lo notó y la siguió, Glía al sentir su tacto respingó asustada, lo miró cauta, insegura. Antonioladeó el rostro, intrigado, acunó su barbilla y sonrió.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó sin soltarla, notaba su nerviosismo.

—Estabas... en medio de algo, y... No quería interrumpir.

—¿Si te das cuenta de quién eres para mí? —reviró con suavidad, la joven se ruborizó sin responder ni soltar su férrea mirada gris—. Eres todo, y mi todo no debe temerme —musitó despacio. Glía sonrió apenas.

—Creo que me pongo nerviosa cuando te veo exaltado —aceptó al fin. Con el paso de las semanas había comprendido que decir lo que sentía curaba las heridas. Antonio la soltó y luego se llevó una de sus manos a los labios para besarlas con una sensualidad muy propia de él pero que a ella la dejaba con serios problemas para respirar de forma normal.

—No puedo prometer que eso no sucederá, pero puedo asegurarte que por muy enojado que llegue a estar jamás descargaré mi rabia contigo o con alguien que no lo merezca.

—Y si es... ¿conmigo? —preguntó pasando saliva.

—Si es contigo, mi amor, fácil: me dejas con la palabra en la boca, me avientas un florero y te vas —soltó ligero logrando que ella riera—, pero la verdad es que no debes preocuparte, no veo cómo puedas lograr que me enoje si tu presencia me calma y me hace sentir simplemente feliz —murmuró con dulzura. Ella, en respuesta, colocó una mano en su mejilla varonil y luego lo abrazó.

—Gracias —escuchó que decía. La rodeó con posesividad y besó su cabellera. Luego ella se separó y lo observó acalorada pero con esa chispa que adoraba en sus ojos—. Lo del florero me gusta —admitió divertida.

—Lo sé, y tienes mi permiso para hacerlo si es necesario —señaló guiñándole un ojo, maravillado por la manera en la que todo se iba dando entre ambos.

Salieron de la habitación tomados de la mano, en silencio, pero al llegar al recibidor él la detuvo, lucía extraño, aguardó intrigada.

—Hablé con la decoradora, la casa estará lista para el lunes —informó con voz neutra, pero expresión contenida. Glía no se movió siquiera, prácticamente no se había interesado en ese tema y cuando Lina le hablaba de ello, poco la escuchaba y cambiaba el rumbo de la conversación. Ella se sentía ansiosa por aprender más, por su próxima incorporación a sus estudios, incluso por aprender a nadar pues Antonio se había ofrecido a que cuando el clima mejorase, él mismo le enseñaría. Ya conocía muchos lugares de Río, entendía mucho más de ese fascinante idioma, Augusta y Adelina eran un par de mujeres maravillosas con las que se sentía simplemente a gusto, protegida y él, él había sido la mejor parte de todo porque la mantenía en vilo, atenta a cada ocurrencia, a sus flores por doquier, a sus palabras, a sus sorpresas sencillas, a tardes solos jugando, riendo, paseando. No, no había pensado en esa casa—. Si es lo que deseas, puedes mudarte cuando quieras.

¿Qué debía hacer? Se preguntó desviando la mirada, pensativa.

—Gracias, yo... en cuanto esté lista decidiré qué hacer. ¿Es posible? —quiso saber encarándola, él la examinaba con suma atención. Asintió despacio.

—Ya te he dicho que esas son tus decisiones, pero debes saber que el hecho de que se vayan no cambiará en nada mi lucha por ustedes. Te quiero en mi vida, en mi vida de todas las maneras posibles, Glía —aseguró serio. La joven no supo qué responder, solo observó un tanto agitada, nerviosa.

Cenaron en medio de ese ambiente relajado, aunque ella más pensativa y él un tanto ensimismado. Las cosas avanzaban, no podía negarlo, además, no podía pedir más, pero esa barrera seguía ahí y temía que al irse creciera.

—¿Cuándo viajas a Colombia, Antonio? —preguntó Lina, notando la extraña actitud de ambos, que pese a mirarse cada tanto como solían, lucían ajenos. Glía se tensó al recordarlo, esas semanas no había salido de Brasil y en cuanto supo que se ausentaría unos días, se sintió nostálgica. Los días sin su potencia, sin su presencia, serían diferentes, pero debía acostumbrarse, al vivir en otra casa esa sería la cotidianidad, comprendió en ese momento y no supo qué sentir. Por un lado quería hacerlo, por otro, por primera vez en años se sentía dentro de una familia, con un lugar importante para esas personas, se sentía tranquila y con millones de posibilidades frente a ella, pero no en la soledad, sino rodeada de risas, de conversaciones, de apoyo y cariño. Suspiró encarándolo, él la contemplaba, ambos acercaron las manos y rodearon sus dedos.

—El miércoles, estaré de regreso el sábado —respondió acariciando el dorso de la mano de Glía. Ella sonrió.

—¿Es bonito? —preguntó de pronto interesada. Augusta, encantada por el coqueteo entre ambos, suspiró.

—Mucho, tiene lugares realmente bellos.

—¿Podrías acompañarme? —propuso él, de pronto. La joven abrió de par en par los ojos, desconcertada. Si iba, si aceptaba, sabía bien que daría ese paso del que aún no se sentía del todo segura, Antonio era una tentación absoluta y solos, allá, sucumbiría y no, no estaba lista para esa decisión. Negó nerviosa, quitando su mano, pero él se lo impidió y la acarició de nuevo, entendiendo. Era tan sencillo leerla, no dejaba de doler, pero era lo justo, Glía aún necesitaba tiempo—. Entonces será en otra ocasión, conocerás todo el mundo, te lo prometo —murmuró perdido en sus ojos verdes.

Adelina y Augusta solo los observaban, embelesadas y es que cada alimento compartido con ellos era interesante; ese juego en el que ambos se encontraban sumergidos era revitalizante y mantenía en vilo no solo a ellos, sino a todos en casa, aunque también las agobiaba, no deseaban que ellas se fueran pero no veían cómo se evitaría eso con las cosas como iban. Antonio había avanzado eso era irrefutable, sin embargo, aún no llegaba a ese lugar dentro de Glía que lograría bajar del todo las defensas y lo cierto es que ninguna de las dos se metía en ese asunto, habían acordado una noche, conversando, semanas atrás, que ese era labor de su sobrino y que definitivamente no podían intervenir.

—Todo el mundo es demasiado... —susurró serena al notar que él la comprendía, en todo ese tiempo no la había presionado y eso, de todo, era lo que mejor la hacía sentir, iba a su paso, a su tiempo logrando con ella recuperar su confianza, su credibilidad y muchos sentimientos más.

—Todo el mundo es lo que puedo ofrecerte —contraatacó besando su mano con dulzura. Las mejillas de su pelirroja se ruborizaron, desvió la vista nerviosa y acalorada.

El miércoles Antonio salió muy temprano, tanto que se despidieron el día anterior en la puerta de su habitación. Por primera vez en esas semanas, había estado a punto de besarlo. Se habían dado un dulce abrazo, su aroma masculino se adentró en sus sistema, sus manos fuertes sujetando su cintura, su cuerpo cálido, se separó y él tenía la cabeza gacha, se miraron fijamente con los labios muy cerca, sentía su aliento sobre su rostro, sus labios cosquillearon, los centímetros que los separaban eran tan pocos que solo poniéndose de puntillas volvería sentir esa fuerza embriagadora que ese hombre generaba en cada una de sus células, pero de pronto, cuando sintió que no podría más él suspiró, acarició con la nariz la suya y besó su frente, para un segundo después alejarse y meterse a su habitación.

Permaneció en el pasillo más de un minuto, inmóvil, temblando, respirando con dificultad. Sabía que si ella no daba ese paso, Antonio no lo haría, no después de lo que le contó, pero ¿era tiempo de hacerlo? O ¿simplemente era la sensación de saberlo lejos lo que la estaba orillando? Se llevó una mano a la boca y cerró los ojos. El deseo estaba creciendo de una forma absurda, tanto como el miedo disminuyendo, pero algo aún la detenía. Ya lo había perdonado, casi en cuanto supo todo, más después de esos dos meses y medio repletos de nuevas oportunidades y comienzos, amaba tenerlo cerca, sentirlo, perderse en su aroma, sus pláticas ligeras, serias, interesantes, su manera de tratarla, su fuerza y virilidad, temblaba cuando la miraba de esa forma única, pero temía que al ceder algo no saliera bien y no se sentía preparada para otro golpe, ya no.

Antonio se sentía irritado consigo, ya era imposible dormir de esa manera, un solo beso, eso era lo que ansiaba y no había logrado aún bajar del todo sus defensas, lo peor era saber que él era el responsable de sus inseguridades con respecto a su relación, que por mucho que estaba intentando revertir cada palabra dicha esos meses, al final habían dejado huellas imborrables en el corazón de su *feiticeira*. Esa noche frente a la puerta de su habitación no había logrado quitársela de la cabeza, se había sentido excitado hasta lo innombrable, el instinto había estado a punto de dominarlo a tal grado que si no se hubiera alejado la hubiese hecho suya en pleno pasillo, y es que esa mujer lograba despertar esa parte primitiva que aún no sometía pero que la mantenía con muchísimo esfuerzo a raya.

Habían hablado a diario, mensajes, videos de Camelia y ella, audios, la estaba extrañando tanto, aceptó viendo por milésima vez un video que le había tomado Fábía por la tarde, se encontraban en el jardín y su hija hacía burbujas con la boca, mientras su pelirroja reía fascinada mostrándole a la cámara la nueva gracia. Eran su vida. La alerta de mensaje lo sacó de su trance, sonrió al leer que era ella, la pequeña se había dormido al fin, era momento para marcarle.

—¿Mañana a qué hora regresas? —preguntó ella sentada en su cama. Lo extrañaba tanto, cada día desde que se fue, había pasado por su habitación, se recostaba en aquella cama y cerrando los ojos se perdía en el aroma que desprendía las almohadas, era como si estuviese ahí, pero cuando su temperatura corporal se elevaba, cosa que bochornosamente comenzaba a ser más constante, se iba y le marcaba.

—A mediodía, *feiticeira* —respondió con su voz gruesa, su piel se erizó. Ya sabía lo que significaba ese apelativo, lo había averiguado hacía tiempo y aun no se atrevía a preguntarle de nuevo por qué la nombraba así, pero lo decía de una manera tan sensual y perfecta que no le

molestaba—. ¿Cómo fueron tus clases? ¿Alguna palabra nueva? —Esas noches habían estado hablando a ratos en portugués, él la corregía y le mostraba cómo decir algo, o ella le preguntaba sobre alguna palabra. De pronto Antonio paró—. Glía, debo colgar, te marco después —pero sonaba serio, preocupado.

—¿Qué pasó? —quiso saber, tensándose.

—Nada, tranquila —pero escuchó unos golpes en la puerta, durísimos, la pusieron nerviosa.

—¡No! No me dejes así, qué pasa.

—Tranquila, huele a humo. Te hablo más tarde, debo irme —y colgó. Glía, pasmada, se quedó inmóvil con el teléfono en la mano, lívida. “Humo”, “humo” se repitió en la cabeza por unos segundos. Negó reaccionando y le marcó de nuevo, pero no respondió. Pasó saliva temblando, se levantó de un brinco y fue en busca de Adelina, corriendo, ésta hablaba con su hermana en la salita adyacente a sus habitaciones.

—¿Qué pasa, *menina*? —quiso saber la mujer, intrigada. Augusta, al notar su palidez, se acercó preocupada.

—¿Qué ocurre, Glía?

—Antonio... estaba hablando con él y me dijo que había humo, tocaban su puerta con fuerza, no me contesta —musitó un tanto histérica, alzando el teléfono. Las tías del hombre que amaba, se alertaron enseguida. Lina marcó a Camilo, mientras Augusta sentaba a Glía en una de las sillas, asustada. Lo que ocurrió con sus padres, ver aquél lugar donde creció hecho cenizas, pensar en cómo murieron ahí, dentro, presas del fuego. Negó respirando con dificultad.

—*Menina*, tranquila, ya sabremos qué ocurre —buscó relajarla Augusta notando su estado.

—¡Camilo! ¡Hasta que respondes! —Las otras dos mujeres se levantaron enseguida, Lina puso el alta voz.

—Señora Arantes, el hotel se incendió, me comunico más tarde.

—¡No te atrevas a colgar! ¿Dónde está mi sobrino? Pásamelo —exigió mientras la pelirroja se dejaba abrazar por Augusta, las piernas le fallarían en cualquier instante. La palabra incendio rebotaba en su cabeza reviviendo cosas aún muy dolorosas, que jamás olvidaría.

—No puedo... El señor entró por Danilo que no salió. Por favor, permítame hacer mi trabajo. Lo siento —y colgó dejándolas pasmadas.

—No... —musitó Augusta con la mirada aterrada. Adelina, al igual que su hermana, no se movió pero Glía, negando convulsamente, volvió a marcar una y otra vez, respirando agitada, transpirando. Algo oprimía su pecho, algo doloroso, que la ahogaba. Lina, asustadísima, la abrazó con fuerza.

—Él está bien, está bien. Confía por favor —le rogó, la joven asintió contra su hombro, temblando, pero sin poder hablar.

—No nos pueden dejar así —rugió Augusta, al borde del llanto.

—Debemos darle tiempo, no podemos intervenir. Nos marcarán en cuanto todo esté en orden —dijo Lina con voz cargada de autoridad. Sentó con cuidado en uno de los sofás a Glía y marcó a la cocina para pedir té—. Aquí esperaremos hasta saber algo, ¿de acuerdo? —y acunó la mejilla de la más joven que no pestañeaba siquiera—. Glía, respira, tranquila —le pidió notando que estaba en medio de un ataque de pánico, sus labios estaban blancos. Sacudió su cabeza un poco y le habló con más fuerza. La pelirroja volvió en sí con los ojos anegados.

—No quiero perderlo también a él —murmuró llorosa. Adelina se acomodó a su lado y la abrazó mirando a su hermana, las tres temían lo mismo: una tragedia más.

Un par de horas pasaron hasta que de nuevo sonó el teléfono. Glía respondió pues era el suyo.

—¿Sí?

—Señorita Glía, el señor Antonio está bien, solo que inhaló mucho humo y estamos yendo rumbo al hospital, en cuanto sepa más vuelvo a marcar. Ahora mismo no lo puedo poner en la línea.

—¿N... no está en peligro? —quiso saber mientras las otras dos mujeres escuchaban atentas, aliviadas.

—No, está bien, me parece que tiene una quemadura en el antebrazo, pero no es peligroso —se escuchaba agitado.

—¿Y Danilo?, ¿tú?, ¿los demás? —preguntó interesada. Las mujeres le sonrieron con aprobación.

—Bien, estamos bien. Danilo tiene una pierna rota, el señor lo sacó cargando, pero todos estamos bien. Gracias por interesarse —respondió con voz más pausada, sin esconder su agradecimiento.

—No dejes de marcar, estaremos atentas. Cuídense y regresen con bien —pidió llorosa.

—Cuenta con ello, no será de otra forma.

—Confío en ti. Esperamos más noticias —dijo y colgó temblando. Las tres se abrazaron aliviadas.

Decidieron esperar el siguiente informe juntas. Llegó en la madrugada. Antonio se encontraba bien, le habían practicado algunos estudios y lo mantenían con oxígeno, dormía, esperaban llegar el domingo, debía estar en observación, en cuanto le dieran permiso se lo comunicarían.

—Quiero ir —soltó de pronto al amanecer. Las mujeres negaron de inmediato, conteniéndola.

—Él nos marcará, está bien ya escuchaste a Camilo, solo debe estar en observación —le hacían ver. Glía se frotaba las manos una y otra vez, ansiosa. Los recuerdos, los momentos, aquellos difíciles días, como llegó él y lo cambió todo, necesitaba estar a su lado—. Llegarás y él ya estará saliendo, no tiene sentido, *minha menina* —insistió Lina, consolándola.

—Necesito verlo... —expresó llorosa. Lina acunó su barbilla e hizo que la mirara.

—Te aseguro que eso es lo que él más quiere, pero no podemos complicarles más las cosas ni a los escoltas ni a Antonio contigo allá, en otro país. Solo ten paciencia, mañana ya estarán aquí. Ven —y la levantó tomándola de la mano—, te acompaño para que te recuestes, debes descansar. Tenía razón, pero dolía no poder estar con él, verificar que de verdad estuviera sano. Sentía apretado el pecho, oprimido, la angustia aunque había disminuido no la soltaba.

—Iré sola, estoy bien. Ustedes también vayan a descansar. Solo si... les habla, me avisan, ¿sí?

—Será al revés, así que estaremos atentas —reviró Augusta acongojada al percibirla nuevamente como hacía meses; frágil, vulnerable, agobiada. Esa joven se iba ganando su corazón a pasos de gigante y entendía que amaba a su sobrino, así como también su reticencia a dejarse llevar sin protegerse antes.

Antonio llamó entrada la mañana, por supuesto ella no había dormido nada. Se le escuchaba la voz rasposa, aunque como solía, vital y enérgico.

—Mañana estaré ahí, por favor no quiero que te preocupes —le pidió por la línea. Se había negado a hacer una video llamada, no quería asustarlas, sobre todo a ella aunque sabía que lo había hecho.

—No lo puedo evitar... Solo promete que mañana que te vea estarás bien.

—Quizá con esta voz, un vendaje en el brazo, pero nada más, *minha feiticeira*. ¿Serás mi enfermera? —bromeó tosiendo.

—Solo quiero que ya estés aquí.

—En unas horas, mi amor —prometió. Tuvieron que colgar unos segundos después, por instrucciones médicas.

El día pasó absolutamente lento, permaneció en su habitación con Camelia, sin poder siquiera dormir. Comió poco, lo suficiente para no preocupar a esas dulces mujeres que ya quería y le eran importantes. Antonio le mandó un par de mensajes diciéndole que estaba todo listo para volar al amanecer, sin embargo, el vuelo se tuvo que retrasar debido al papeleo que acarreó el incendio, algunas cuestiones con las autoridades y las aseguradoras, no pensaba dejar a sus hombres resolver todo solos.

Para la noche del domingo Glía se sentía en el limbo, no había dormido la noche anterior por mucho que lo intentó. Terminó en la madrugada sobre su cama, llorando al evocar la pérdida de sus padres, lo ocurrido con Ana, y lo cerca que había estado de no volver a ver a Antonio.

A medianoche, mientras observaba dormir a Camelia, desesperada, escuchó pasos en el pasillo, esos pasos que jamás podría confundir. Había hablado con él a mediodía, llegarían esa noche. Aliviada, pero con todos los sentidos más despiertos que nunca, decidida, se irguió y sonrió.

—Gracias, Dios —y salió deprisa. Con las palmas sudando, tocó aquella puerta, la perilla se abrió mostrándole a un Antonio despeinado, enfundado con *jeans*, sin camisa mostrando ese pecho ancho, moreno y una venda en el brazo. Su corazón se detuvo pero no lo pensó, ni permitió que él dijese nada. Presa de un arrebató se acercó, lo tomó del cuello y lo besó con voracidad. El hombre, asombrado, no dudó, rodeó su cintura, la elevó respondiéndole con vehemencia. La introdujo a la habitación sin soltarla, cerró la puerta con un pie y continuó probándola, sabía a aquello que evocaba, su suavidad, su olor, su piel. Cuando respirar fue complicado, la joven, exultante se separó, agitada.

—No vuelvas a asustarme así —rogó con los brazos enredados en su nuca, sin pisar el suelo, mirándolo fijamente. Él sonrió negando, atontado. Lucía ojerosa, algo pálida, pero indudablemente perfecta, como en cada uno de sus sueños, de sus fantasías. Esas horas en medio de aquella locura, solo pudo pensar en regresar a su lado, en sentir sus brazos rodeándolo, pero jamás imaginó ese recibimiento.

—Nunca, *feiticeira* —prometió y acercó con cuidado sus labios a los suyos, ella sonrió y terminó con la distancia, era evidente que aún no se fiaba. Ahora no fue voraz, sino suave, delicado, la bajó, apresó su rostro entre sus manos, profundizando el roce, logrando arrancar de esa perfecta garganta un gemido de aprobación.

Terminaron sobre el sofá, cuando Antonio, excitado a un punto sin retorno la separó delicadamente, agitado. Si seguía la haría suya, ya no podía más, menos después de todo lo ocurrido.

—Me daré una ducha... —murmuró sonriente, despeinado, sin mostrar la frustración. La joven pestañeó desconcertada, acalorada. Esos ojos, esos preciosos ojos. Suspiró pesadamente y acarició su mejilla, con cuidado—. Sé que te preocupaste, pero no quiero que suceda nada de lo que después te arrepientas, quiero ir a tu ritmo, puedo hacerlo —aseguró con dulzura, hirviendo por dentro. La pelirroja sujetó su mano y descansó el rostro en aquella fuerte palma, respirando hondo.

—De lo único que puedo arrepentirme es de no aceptar que te necesito, que no quiero una vida sin ti —admitió abriendo los ojos. Antonio dejó de respirar, comprendiendo esas palabras, con la mirada enrojecida—. Pensar que también a ti podía perderte, me hizo comprender que aunque hay cosas que sanarán con el tiempo, no quiero continuar sin darnos una oportunidad. Te amo, quiero

comenzar otra historia contigo —confesó en susurros. El hombre, aturdido, embelesado se fue acercando hasta su boca, despacio.

—Te amo, no te defraudaré, lo juro —y la besó con una dulzura inaudita—. Eres tan hermosa, Glía —murmuró perdido en sus rasgos tan simétricamente distribuidos. Ella sonrió acariciando su rostro, su fuerza la embriagaba, la sensibilizaba y la hacía ser consciente de cada parte de su cuerpo de una manera irreal, atrapante, magnífica.

—Tú también... —y sin dejar de mirarlo comenzó con timidez a recorrer con su mano su pecho marcado, viril. Él, pasó saliva, fascinado, extasiado. Le permitió explorarlo sin interrumpirla, sintiendo como ese mínimo gesto estiraba la liga del placer de una forma inverosímil. Cuando su delicada mano fue descendiendo, concentrada, gruñó extasiado logrando con eso que ella sonriera apenas, pero sin abandonar su labor.

Nunca la hubiese imaginado de esa manera y le encantaba, lo consumía. De pronto la dueña de su vida acercó sus labios a uno de sus pectorales con deliciosa suavidad, pero asombrosa seguridad. Eso era exquisito, gimió roncamente.

—Me vas a volver loco... —susurró tomando su rostro para buscar sus labios, cuando la separó, sonrió al ver su boca hinchada, su expresión expectante—. Quiero hacerte el amor —dijo resuelto, no pensaba dejar nada al azar, ya no. La joven risueña se levantó, él hizo lo mismo y se posicionó frente a ella. Llevaba ese pijama de dos piezas, pero nada en el mundo le había parecido más sensual que su pelirroja ahí, mirándolo de esa manera.

—Quiero que seas mío, quiero ser tuya —logró decir Glía con voz suave, esa que lo embriagaba. Sonrió como un cazador que consigue su presa.

—Yo soy tuyo desde hace mucho tiempo, Glía —y sin pensarlo más, la tomó por la cintura y la besó sin contemplaciones, con devoción, con posesividad. Devoró su cuello, sus orejas, su quijada, mientras su *feiticeira* dejaba salir pequeños suspiros y gemidos de aprobación, de inesperada sorpresa. La acercaba más a él, ansioso, deseoso como un depredador listo para alimentarse de lo que entre sus manos tenía.

Le quitó la blusa con movimientos suaves pero cargados de sensualidad, para enseguida seguir besando su piel. Después fue bajando sin que ella pudiera preverlo, sólo podía sentirse perdida en esa neblina de aniquilante deseo provocada por aquel impresionante hombre que parecía desearla con una locura infinita.

Sin más sus senos quedaron expuestos ante su rostro. Gruñó por lo bajo al contemplar aquellos montículos rosados y listo para ser probados. En cuanto él posó su boca en ellos sintió que las piernas se le doblaban. Dios, eso no era normal. Se aferró a su espalda temblorosa, sudorosa. Antonio lograba que no pensara en nada más que en sus labios sobre su cuerpo. Glía enredó una de sus manos en su cabello oscuro y lo sujetó con firmeza, arqueándose mientras él torturaba uno de sus pechos mordisqueándolo, lamiéndolo y con la otra mano acariciaba su cadera, sus glúteos y la pegaba más a su pecho.

—Antonio... —musitó con un hilo de voz. No podía más, ese ataque la estaba debilitando, la estaba consumiendo. Él encontró su boca de inmediato y la apresó con seguridad, con exigencia penetrando en ella sin dudar una y otra vez. La tomó en brazos y la recostó sobre el mullido colchón, ese que había sido testigo de lo mucho que la necesitaba, que la amaba. Ambos se miraron a los ojos respirando agitados.

—Te amo, Glía, y te juro que toda la vida te lo demostraré —sentenció con fiereza. La joven, extasiada, pasó una mano por su nuca y lo acercó de nuevo a sus labios con enfermiza necesidad. Sentía que no podía pasar un minuto más sin compartir de nuevo su cuerpo con aquel hombre que

tanto deseaba, que tanto amaba. Él acarició su piel mientras iba bajando su pantaloncillo de algodón e iba explorando cada centímetro de su cuerpo con deliberada lentitud e imposible maestría, con manos hábiles se lo quitó aventándolo sin importarle, a algún lugar de la habitación.

La observó maravillado, tan solo llevaba esas dulces bragas blancas, que de alguna manera lo hacían sentir aún más primitivo ante aquella colosal mujer. Soñó tantas noches con tenerla así, que ahora le parecía más una fantasía que su realidad. Ella respiraba de forma irregular observándolo ruborizada, conteniendo las ganas de cubrirse pues la inspeccionaba como si de un delicioso platillo se tratara, sus ojos grises eran turbios y lamía sus labios, hambriento. Su mirada la traspasaba, la encendía. Se quitó los pantalones quedándose tan solo en un bóxer negro ajustado y se recostó a su lado pasando una mano atenta por todo su cuerpo. Ella se sentía nerviosa, pero a la vez desesperada por vivir de nuevo aquello con él, por escribir una nueva historia a su lado.

—Eres perfecta, Glía... Simplemente perfecta. —Acarició su mejilla notando su actitud, una sonrisa tímida salió de sus labios. No pudo más volvió a arremeter contra su boca. El gemido de aprobación que la joven emitió sólo sirvió para enardecerlo más. Su abandono era absoluto, total, no se quedaba con nada y lo tomaba todo.

Exploró su delicado cuerpo con parsimonia, maravillado por todas las reacciones que despertaba en ella. Glía se contorsionaba, se aferraba a él sintiendo que ya no podía más haciendo nudos con las sábanas, ya en ese punto no sabía nada de sí. De repente, extraviada en ese cúmulo de caricias, fue consciente de su mano adentrándose a aquella zona tan íntima, dio un respingo y lo miró con los ojos verdes bien abiertos. Él la observaba deleitado mientras con sus dedos inspeccionaba su húmedo interior.

Antonio sonrió con picardía cuando tocó un punto que sabía era sensible en aquel precioso cuerpo. Glía no pudo evitar dejar salir un grito ahogado al sentir uno de sus dedos presionando aquel botón mientras que con otro la exploraba hábilmente. Transpiraba y respiraba de manera irregular, tanto que creyó perdería el conocimiento. Apretó los dientes aferrada a las sábanas sintiendo que la vista se le nublaba, que aquello era demasiado. Antonio, extasiado por su reacción, comenzó a besar su cremoso cuello sin dejar de mirarla, de estudiarla... El cuerpo de Glía se contrajo en su dedo y sintió como caía a un precipicio sin poder controlarlo dejando salir pequeños gritos de su garganta en forma de jadeos profundos.

—Lo dicho, eres una *feiticeira*... —declaró con voz ronca sintiendo los espasmos de su mujer en la mano. Ella regresaba en sí, laxa, ruborizada, desconcertada. Sin darle tiempo a que se recuperara del todo, la tomó en sus brazos al tiempo que se quitaba los calzoncillos, se protegió, la sentó sobre sus piernas a horcajadas y de un solo movimiento la penetró.

Las piernas de Glía se enredaron en su cintura al tiempo que un jadeo hondo, ante la sorpresa de la invasión, salía de su pecho. La volvió a besar desesperado aferrando con firmeza su cadera. Comenzó a moverse dentro de su ser lenta y sensualmente sin comprender aún cómo lograba controlarse al sentir su estreches húmeda alrededor de él aceptándolo de una forma tan única, tan asombrosa. Glía embonaba a la perfección en su cuerpo. La llenaba, la quería tener siempre así.

Ella comenzó a moverse como una sirena delicada y regia al ritmo de los sonidos del océano, haciendo que el ritmo incrementara de una forma imposible, agónica.

—Dios... Antonio... —logró decir entre jadeo y jadeo. Era único sentirlo hundido en sus entrañas, así, ocupándola por completo. Le enterró las uñas en la espalda mientras él buscaba sus labios, su cuello.

El hombre, deteniendo al animal que peligrosamente se encontraba al acecho rogando ser liberado rugía emitiendo sonidos guturales al saberla tan imposiblemente suya... Cuando no pudo

contenerse más ya que la mujer que tenía entre sus brazos se sentía demasiado ardiente torno a su masculinidad, posó su frente sudorosa sobre aquella cremosa y la miró fijamente. Glía, intuendo lo que él hacía, abrió también los ojos y los clavó en los suyos. Antonio soltó un gemido bajo pero ronco, mientras ella sentía que perdería el conocimiento sin remedio, ese cúmulo de sensaciones juntas era imposiblemente mágicas, fascinantes y experimentarlas junto a él, era inigualable.

Varios minutos después aún permanecían en esa posición recobrándose de lo que acababa de suceder. La mujer descansaba su cabeza en el hueco de su cuello con sus brazos enredados torno a su cuerpo, mientras Antonio la aferraba por la cintura y besaba despacio su hombro blanco y cremoso. Nunca había hecho el amor de esa forma, jamás sintió algo así de potente, de primitivo, de pasional. Aspiró su aroma buscando guardarlo en sus pulmones para siempre; Glía era delicada y apasionada en la misma medida, y era suya, así sería para siempre.

—Antonio... —habló la joven apenas si audiblemente.

—Mmm. —Su cándido rostro se elevó. Se veía más hermosa aún, si eso era posible, con los labios hinchados, su frente perlada de una capa fina de sudor, las mejillas teñidas de rojo y sus rizos de fuego alborotados. Nada podía ser más perfecto que ella ahí, sobre él, mirándolo de esa manera. No le fallaría, jamás lo volvería a hacer. El deseo volvió a surgir y ni siquiera se había separado de su pequeño cuerpo. En cuanto Glía lo sintió, abrió los ojos pestañeando asombrada.

—Creo que nunca tendré suficiente de ti —admitió Antonio besándola de nuevo con lujuria contenida, eso era lo más sensual que había experimentado en toda su existencia. Sin pensarlo dos veces, se separó el tiempo justo para protegerse de nuevo y se adentró otra vez en esa cálida cavidad tan suya, para comenzar todo de nuevo, maravillado.

Recuperando aún la respiración, recostados en la cama, uno al lado del otro, ella lo observó de reojo.

—Debo darme una ducha —anunció él, sabiéndose observado—. ¿La tomarías conmigo? —preguntó girando para encararla. Ella, ruborizada, asintió. Era evidente que no sabía qué hacer en ese momento. Antonio sonrió y la acercó por la cintura a su pecho, quedando rostro con rostro y acarició su mejilla con cuidado—. No tengas miedo, seré lo que necesitas, mi amor —aseguró con esa voz ronca, masculina. Ella, en respuesta acarició su mejilla con barba incipiente y luego atrapó su iris.

—Lo sé... Es solo que... saberte ahí, en medio del fuego —y sus ojos se nublaron—. Creí que podría perderte igual que a mis padres —negó con los labios temblorosos—. No quiero perder nada de nuevo, a nadie —murmuró dejando salir una lágrima. Antonio, maldiciendo, la abrazó con firmeza.

—Yo tampoco, *minha feiticeira*, lamento haberte asustado así —susurró besando su cabellera. Ella se separó, sorbiendo un poco la nariz enrojecida.

—Salvaste a Danilo —dijo con un dejo de orgullo. Antonio cerró los ojos y besó su frente.

—No podía dejarlo ahí, había ido por mí.

—Pudiste morir y aun así, lo hiciste. —El hombre arrugó la frente, asintiendo apenas.

—Debía... —intentó hablar pero ella lo acalló con dulce beso.

—Y al saberlo ya no tuve más dudas, porque aunque morí de miedo, comprendí que no me equivoqué ese día en el café, cuando acepté salir contigo. Eres el hombre de mi realidad, no el de mis sueños y te amo por eso. —Antonio sonrió sintiéndose más enamorado que nunca, feliz como nunca antes.

—Tú eres la mujer de mis sueños, de mi realidad y de mi vida, Glía, jamás lo dudes.

Él despertó primero. No tenía ni idea de qué hora era, pero tampoco le interesaba. Glía descansaba su cabeza sobre su pecho, la escuchaba respirar tranquila y serena. Recordó la noche anterior con una sonrisa enorme de satisfacción en el rostro. Lo había buscado, le había permitido al fin entrar a su vida. La hizo suya tres veces, la última al salir de ese baño donde habían reído, conversado y pese a su timidez, se había soltado y permitido que él la lavara y viceversa. Se había mostrado tranquila al ver la herida en su brazo y después de haberla cubierto con pericia, lo tomó de la mano y lo llevó de nuevo a esa cama donde ahora descansaban.

Observó su cabello rojo por debajo de su nariz, embelesado. La amaba, la amaba como nunca imaginó hacerlo y cada día se lo demostraría. En silencio agradeció el que la vida le diera otra oportunidad, que sus errores tuvieran la posibilidad de ser enmendados y que de alguna manera la felicidad tocara a su puerta de esa inigualable manera.

De repente el teléfono sonó. Maldijo por lo bajo, era evidente que Glía no había dormido esas dos noches, los recuerdos de su pasado, más su resolución la mantuvieron en vela, adivinó la noche anterior al ver esas ojeras. Contestó, enseguida su pelirroja se removió soñolienta emitiendo unos delicados ronroneos que lo maravillaron y se le antojaron perfectos, y alzó su dulce rostro. Él le sonrió con ternura al tiempo que ella hacía lo mismo un tanto avergonzada; estaba recordando el desenfreno de la noche anterior, comprendió al ver sus ojos verdes oscurecerse.

—¿Sí? —respondió la llamada, tomándola por la cintura y volviendo a recostarla sobre su pecho cosa que la joven acató de inmediato, nada era mejor que sentirlo piel con piel, así, suyo, resguardada bajo su férreo abrazo—. Bien. Bajo en una hora, pide dos desayunos a mi habitación. Cancela todo para la tarde y mañana —ordenó serio y colgó.

—¿Quién era? —preguntó su hechicera. Giró para quedar a la altura de su cabeza y poder verla mejor.

—Victor, los accionistas desean una junta, pero hoy y mañana descansaré —le informó haciendo a un lado uno de sus mechones rojos.

—¿Te indicaron reposo? —quiso saber de pronto agobiada, culpable. Él negó acercándola.

—Me indicaron ser feliz, eso haré —sentenció con decisión. Glía, ruborizada clavó la mirada en la suya, gris—. Y en este momento solo quiero disfrutar del hecho maravilloso de poder tener por fin a la madre de mi hija justo en el lugar donde siempre la quiero tener —ronroneó buscando sus labios. Al escucharlo enarcó una ceja divertida, con sus manos acariciando ese férreo pecho.

—¿En la cama? Eso me parece algo posesivo, señor Arantes... —se burló acercándose más a su cuerpo. Esa sensación de familiaridad, de poder ser ella sin pensar en nada mas, le encantó, la hacía sentir viva.

—Muy posesivo —la corrigió besando su barbilla con deleite—. Me vuelves loco, Glía, me hechizas... —aceptó lánguido sintiendo sus delicados senos pegados a su pecho. De repente ella pareció recordar algo y se alejó logando de esa manera que él se quejara debido a la distancia impuesta.

—No entiendo una cosa —soltó de repente sentándose en la cama y cubriéndose con las sábanas en tono caprichoso. Antonio arrugó la frente acomodándose a su lado posando sus labios

sobre sus hombros níveos.

—Eso no está bien, dímelo para ver si puedo ayudarte —dijo medio en broma, absolutamente excitado.

—¿Por qué me dices *feiticeira*? —preguntó. Él rio al ver la consternación en su bello rostro. Sin embargo, no bromeaba, y lo miraba seria, decidida—. Averigüé y es bruja, ¿por qué me dices bruja? —murmuró desconcertada. No pudo más, se abalanzó sobre su cuerpo como un animal cazando. Glía retrocedió, pero al final quedó con su espalda sobre la cama y él encima.

—Bruja no es la traducción exacta, también significa hechicera. Mi hechicera de cabello rojo... *Minha feiticeira de cabelo vermelho*...

—¿Eso quiere decir? —comprendió fascinada y embrujada por su acento cargado de lujuria cálida.

—Desde el primer momento eso fuiste para mí, Glía.

—Es que como hubo ocasiones en que lo decías con odio y luego no, ya no supe qué pensar cuando descubrí su significado —recordó pestañeando y sintiendo ese poderoso cuerpo apresándola con cuidado.

—Eso era porque odiaba sentir todo esto por ti, pensando que no era correspondido.

—Me gusta, bruja o hechicera está bien... —admitió en un susurro acariciando su cabello mientras sentía como Antonio respondía ante la cercanía—. Lo dices tan... sensual —aceptó ruborizada y encantada, sonriente.

—Y tú eres muy sensual. Temo no poder salir de esta cama si te sigo teniendo enfrente —confesó y acercó hábilmente la debida protección para luego abrirle las piernas con las propias lentamente sin que ella pusiera resistencia.

—Entonces de verdad tenemos un problema... —suspiró al sentirlo entrar de forma tan lenta y arqueándose para recibirlo mejor. Alzó sus piernas y las enroscó en su cintura para profundizar el contacto. Él emitió un gruñido aumentando el ritmo.

—Uno que será eterno, *feiticeira*... —musitó besándola ansioso.

Dos horas más tarde Glía jugaba con Camelia en su habitación sintiendo adolorido cada uno de sus músculos, sin darse cuenta de la mirada risueña de Fábía. Gracias al cielo el día anterior había avisado a su maestra de idiomas que no podría tomar las clases, ahora se aplaudía, se sentía agotada.

—Ve a dormir, Glía... Te ves exhausta, ya sabes que Camelia no tarda en hacerlo también, yo no me despegaré de aquí —prometió la nana. Glía arrullaba a su hija sonriente, pero ojerosa.

—Ayer la dejé sola toda la noche —dijo un tanto arrepentida.

—Pero en cuanto abriste la puerta supe que debía estar al pendiente, además ya sabes que duerme muy bien desde hace más de un mes. No deberías preocuparte por eso. Ahora Camelia tendrá una familia y construirla no ha sido fácil —le guiñó un ojo con complicidad.

Hacía casi una hora ambos entraron a buscar a la niña agarrados de la mano, no era que últimamente no lo hiciera, el padre de Camelia no perdía ocasión para acercarse a Glía, pero en cuanto los vio notó que ella ya había bajado las defensas que hasta ese momento había mantenido en pie. En sus rostros se reflejaba la felicidad y la pasión compartida, era imposible que lo ocultaran.

Cuando él abandonó la habitación le dio un dulce beso en la boca prometiéndole volver en un rato más y avisándole a Fábía que esa noche no la pasarían ahí. Ese hombre la amaba, ella se había dado cuenta desde el primer momento en que los vio interactuar, pero también notó rencor y resentimiento en su mirada, sin embargo, desde que Camelia enfermó meses atrás algo cambió y

notó como lentamente iban avanzando.

Parecía que todo aquello había quedado atrás, además, era evidente que el señor estaba más que dispuesto a cualquier cosa por esa bella mujer pelirroja y su hija. Eso le dio gusto, ya que si bien no sabía la historia entre ambos, ni tampoco la de Glía, intuía mucho dolor en la de ambos, sobre todo en la de ella y con un hombre así al lado, que la quería como él lo hacía, su vida podría ser de verdad diferente.

Glía terminó haciéndole caso a Fábía y en cuanto Camelia durmió, hizo lo mismo en su habitación. Se sentía excitada, feliz, nerviosa, cansada... todo. El fin de semana fue espantoso y la noche anterior reveladora, larga y perfecta.

Antonio se encontraba de un humor maravilloso, sostener la reunión con los accionistas fue fácil y luego darle seguimiento a lo ocurrido en Colombia. Danilo estaría incapacitado un mes y él necesitaba darse unos días libres y eso haría. A mediodía ya se encontraba en casa, hubiese querido subir a verla de una vez, pero al llegar sus tías le informaron que dormía y le narraron lo difícil que habían sido esos días. Le dolía pensarla así, tan agobiada, pero le alegró saber que había enfrentado la situación con aplomo. Lo dicho, Glía era fuerza interior y la sacaba cuando más la requería.

Cuando llegó la hora de la comida, subió a buscarla, ansiaba perderse en sus ojos, escucharla, besarla. La encontró acurrucada en su cama, soñando. Sonrió enamorado, debía dejarla descansar, en la noche tenía planes y definitivamente la necesitaba dispuesta, relajada.

—Antonio... —escuchó que lo nombraba cuando pretendía salir. Regresó de inmediato, ella ya se erguía, somnolienta. Se sentó a su lado, contemplándola.

—Lamento haberte despertado —musitó. Ella negó perdida en sus ojos.

—Ya he dormido suficiente —reviró, sonriendo con candidez. Él notó que no sabía bien cómo actuar, la tomó por la cintura y la abrazó evocando lo que sus tías le habían contado hacía un momento.

—Tenemos una cita por la noche, ¿lo recuerdas? —Ella asintió aspirando su aroma—. Te amo, Glía —dijo con seriedad, tanta que la mujer alzó el rostro, acarició su mejilla y lo besó.

—Te amo, Antonio.

La tarde transcurrió tranquila en la *Villa*, el susto ya había pasado para todos y después de que Glía hubiese buscado a Camilo para darle las gracias y mandarle saludos a Danilo, permanecieron en el jardín recargados en un árbol con Camelia en los brazos de su padre, la había echado mucho de menos esos días. A las siete ambos se pusieron de pie y regresaron al interior de la casa agarrados de la mano y sonriendo sin poder evitarlo, debían prepararse para esa noche de la cual Glía no tenía idea, pero que le daba lo mismo si era a su lado.

A las ocho en punto él entró a la que estaba decidido ya no sería su dormitorio a partir de ese día, enfundado en un traje oscuro y camisa lila. Se veía estupendo. Ella llevaba puesto un vestido ceñido también oscuro que realzaba su figura esbelta, el cabello lo recogió en un moño suelto y se maquilló solo un poco con ayuda de Lina y Augusta que no pararon de revolotear a su alrededor.

—Será mejor que salgamos, de lo contrario no lograré contenerme —amenazó. Glía tomó su abrigo y salió a toda prisa de ahí pasando a su lado de forma provocativa, sonriendo. El poder recién descubierto que tenía sobre ese hombre le encantaba, la hacía sentir fuerte, invencible. Antonio gruñó al percibir el aroma de su delicada piel y sin más la aferró por la cintura pegándola a su cuerpo ya deseoso de ella. La joven recargó su espalda sobre su pecho soltando un suspiro ahogado—. *Feticeiria*, no me provoques, tú despiertas en mí cosas que aún no logro controlar... —le advirtió en su oído. La mujer se giró, enrolló sus manos en su cuello y lo acercó casi hasta

rozar sus labios.

—Tendrás que aprender, Antonio —dicho esto lo dejó ahí, creyendo que lo besaría y anduvo despreocupada rumbo a las escaleras. El hombre soltó una abierta carcajada. Esa mujer haría de él lo que quisiera y lo peor era que ya lo había descubierto.

El viaje en el bote fue tranquilo, pero no por eso dejó de tenerla entre sus brazos ni un segundo. Cuando llegaron a la isla, todo estaba iluminado con antorchas y velas.

—Dios, se ve hermoso —contempló maravillada. Él la colocó frente a sí en el muelle acunando su barbilla.

—Y apenas es el principio, jovencita. —La besó dulcemente haciendo patente lo que acababa de decir.

El interior se encontraba iluminado de forma similar; flores por doquier y una música de fondo bastante agradable. El tronar de las olas, el sonido de la oscuridad que en combinación con todo aquello era inolvidable, inigualable. Llegaron hasta una de las salas. Ahí champaña, más flores, frutas de diferentes tipos con una cubierta de chocolate. Todo era tan sencillo y a la vez tan único. La tomó de la mano y la instó a sentarse en un mullido sillón.

—*Feiticeira*, quiero que este lugar, ahora sea “nuestro” lugar. No obstante, desde la semana pasada, antes de partir a Colombia, es tuyo —le informó después de haber abierto la botella con facilidad. Glía abrió los ojos quedándose muda, perpleja. Sirvió ambas copas y le tendió una al tiempo que se hincaba—. Desde que te conocí ya nada volvió a ser igual, me devolviste la alegría, Glía. Soy consciente de cada uno de mis errores, pero quiero pasar lo que me queda de vida borrándolos de tu memoria y llenándola a cambio, con momentos de felicidad... Te juro que a mi lado no habrán más tristezas, ni dolor, te amaré cada día y buscaré que esa sonrisa tan perfecta continúe decorando tu rostro por siempre.

La joven sonrió llorosa, iba a besarlo enamorada cuando la detuvo tomando algo que estaba a un lado del sillón. Arrugó la frente mirando hacia allí, intrigada. De repente la iguana que le regaló en aquella feria apareció. Se cubrió la boca, con los ojos anegados, asombrada.

—Toño —susurró con un hilo de voz. Él sonrió satisfecho al ver su reacción.

—Sí, es Toño —avaló con dulzura. Ella lo tomó y pegó a su pecho estrujándolo, evocando todos aquellos momentos, tanto los más maravillosos, como los más oscuros y tristes.

—¿Cómo lo conseguiste? —quiso saber acariciando el peluche. Era tan fácil complacerla que sintió que no la merecía.

—Una niña del albergue...

—Pero, ¿cómo?, ¿para que fuiste? —deseó saber, conmovida. Él acarició su mejilla con el dedo pulgar. Era tremendamente tierna, dulce.

—Después de lo que tú viviste ahí, decidí que podían necesitar un poco más de ayuda, así fue como logré rescatar a “Toño”. —Lo último lo dijo enarcando una ceja, divertido. Su pelirroja se ruborizó torciendo la boca relajando el gesto.

—Yo... bueno... Me lo diste tú —admitió enseñando los dientes y arrugando la nariz. Antonio le dio un beso fugaz sin poder contenerse, sonriendo.

—Cuando lo vi y cuando supe cómo se llamaba, no me tuve dudas, por eso te lo traje de nuevo... Yo lo gané para ti y tú eres la única persona que debe tenerlo.

—Nunca te gustó —lo acusó sonriente.

—No, pero a la mujer por la que lo gané siempre me fascinó, y ahora con su ayuda quisiera pedirte algo —comenzó solemne. Ella pestañeó aturdida.

—¿Qué? —Antonio sujetó con suavidad su mano y colocó la yema de sus dedos sobre el

cuello del animal afelpado. Un pequeño objeto duro llamó su atención. Ella le quitó la correa desconcertada. Un anillo con una piedra redonda en el centro y varias pequeñas a su alrededor se encontraba adentro del lazo. Glía abrió los ojos sin saber qué hacer. Él lo sacó con cuidado, tomó su mano delicadamente y permaneció de rodillas frente a aquella mujer que le robó el alma—. Antonio... —musitó con los ojos muy abiertos, observando la piedra y a él completamente desconcertada.

—Glía, eres todo lo que esperé, lo que soñé y si en el camino te hice daño sé que lo enmendaré... Quiero que seas mi mujer, mi compañera, mi amiga, mi cómplice. Deseo envejecer a tu lado y verte sonreír cada día. Glía Rivas, mujer de mi vida, ¿me regalarías el privilegio de ser tu esposo para el resto de tus días?

—¿Es en serio? —preguntó aturdida, pero su semblante firme le decía que no, que de verdad le pedía matrimonio, ahí, así.

—Nunca he dicho algo con más convicción en mi vida —aseguró. La joven contempló la joya que ya estaba torno a su dedo respirando agitadamente. Tenía miedo, sin embargo, cerró los ojos y recordó que arriesgarse era la única manera de conocer el otro lado de las cosas y definitivamente lo amaba y él a ella, juntos vencerían lo que viniera.

—Sí, sí quiero ser tu esposa —soltó con convicción. Antonio por un momento sintió que le diría que no, pero en cuanto la escuchó, la tomó en sus brazos y la besó ansioso.

—Te amo, *feiticeira*, Y aunque sé que tienes miedos, te darás cuenta de que no hay razones... Tú eres mi mundo ahora y por ti soy capaz de todo. —Glía se colgó de su cuello sonriendo.

—Te amo muchísimo, Antonio, sé que estaremos bien.

—Pasaré mi vida encargándome de ello —prometió buscando sus labios.

—Serás mío —dijo contra su boca, deleitada.

—Soy tuyo, Glía, siempre lo fui.

—Epílogo—

—¿Y papá? —preguntó Camelia por milésima vez en la tarde. Antonio ya había aterrizado y en una hora a lo mucho al fin llegaría. Normalmente lo acompañaba, sin embargo, el pequeño Breno no había estado bien de salud y decidieron que lo mejor era que se quedara con él pues con su año y medio aún era para ellos un bebé.

—Porque no vamos a su despacho, le dibujas algo lindo y se lo dejamos sobre su escritorio... Seguro se pondrá feliz —propuso Glía. Augusta sonrió negando. Breno dormía en su habitación la siesta ya casi restablecido, pero Camelia, con cuatro años, buscaba siempre con qué entretenerse.

—Sí, sí —estuvo de acuerdo mientras corría a su recámara para agarrar lo necesario. Glía y Augusta rieron.

—Siempre es lo mismo... —expresó la mujer, alegre. Glía asintió cerrando los ojos, un tanto fatigada—. Si deseas descansar, yo voy con ella —se ofreció con dulzura. Tenía un poco más de dos meses de embarazo y los achaques, en esa ocasión, no le estaban dando tregua, cosa que mantenía en alerta a todos en la casa y Antonio casi adherido a su esposa. No obstante, ese viaje fue imposible evitarlo, por lo mismo había tenido que alejarse de casa por una semana, cosa ya muy extraña, pues viajaba lo mínimo y permanecía a lado de su familia todo el tiempo que podía.

—No te preocupes, estoy bien —respondió relajada. Camelia regresó unos segundos después sonriente. Bajaron hasta el estudio agarradas de la mano mientras cantaban una canción como solían. La casa estaba repleta de risas todo el tiempo, llantos también y todos ahí parecían vivir con alegría cada uno de esos momentos tan esperados.

Al llegar Camelia se sentó en la silla que solía usar su padre y donde le hacía cosquillas hasta que se quedaba casi sin voz por suplicarle que parara. Lo cierto era que no frecuentaban ese sitio porque en general se les podía encontrar en el jardín jugando, en la piscina nadando o en las caballerizas contemplando a algún animal o galopando con su padre sobre el lomo y su madre en otro.

Glía tomó nostálgica la foto de su boda que descansaba sobre el escritorio en un marco oscuro. Lo extrañaba muchísimo... Sin él todo era insípido, plano. Antonio era su vitalidad al igual que los niños. Se sentía satisfecha de lo construido a lo largo de esos tres años y medio. Todavía podía recordar sin dificultad el día siguiente a que le pidiera que se casaran. Amanecieron en la isla, uno enredado en el otro y lo observó un buen rato mientras dormía, enamorada. Desde ese momento su vida no dejó de ser felicidad, alegría.

Dominó el portugués gracias a su maestra, pero sobre todo a la de él que poco a poco y con suavidad le fue mostrando su idioma entre juegos y risas, desafiándola, provocándola, amándola.

Acarició la imagen, él se veía apuesto, como siempre y ella... asombrosamente feliz, como aún lo estaba, y sabía lo estaría por siempre. La boda no fue pomposa, mucho menos grande. Optaron por algo íntimo, pequeño, pero en lo absoluto sencillo pues Augusta y Adelina no sabían lo que significaba esa palabra. Aun así, lo recordaba todo; como un sueño, como algo irreal.

Un día antes de que el evento se llevara a cabo, su marido la encerró justo en ese lugar sin informarle para qué. Al principio creyó que sería uno de sus juegos de seducción. Antonio disfrutaba sorprendiéndola, consintiéndola, mimándola tanto que temía convertirse en un ser completamente caprichoso cosa que al parecer a él lo tenía sin cuidado pues fomentaba que eso

sucediera todo el tiempo.

—¿Qué sucede? —deseó saber cuándo él le tendió una pluma negra con formalidad. No, no planeaba robarle algo más que besos, comprendió intrigada.

—Necesito que firmes aquí y aquí, también aquí —indicó con parsimonia. Glía enarcó una ceja. Por lo que sabía todos sus papeles ya estaban en regla desde unas semanas atrás.

—¿Para qué? —Se cruzó de brazos aguardando la respuesta. El hombre la acercó a su cuerpo y la besó con esmero. Entre ellos la pasión no parecía tener intenciones de extinguirse, de hecho aún, varios años después, las cosas continuaban igual, admitió para sí, era imposible escapar de sus caricias.

—Es un régimen de bienes —soltó acunando su barbilla al tiempo que inhalaba su aliento con los ojos aún cerrados. Glía no comprendió, por lo que se alejó un paso.

—¿Régimen de bienes? No entiendo. —Él la volvió a acercar sonriendo, lánguido.

—En cuanto firmes serás la dueña de la mitad de todo lo que poseo —informó con simpleza. La joven no pudo evitar abrir la boca, pasmada. Antonio sonrió ante el gesto y se la cerró con dulzura. Un segundo después la arrastró a la silla y la sentó sobre sus piernas mirándola fijamente —. Glía, te juré que haría todo para resarcir lo hecho.

—Pero no necesito eso, no estoy de acuerdo... —negó nerviosa.

—Sabía que esta sería tu reacción, sin embargo, para mí es importante y para ti también.

—No lo creo —argumentó reacia.

—Escucha; necesito que te sientas en igualdad de condiciones, que sepas que tu estadía a mi lado no está supeditada a nada salvo lo que sientes, lo que yo siento.

—Te amo... No quiero eso —replicó desdeñosa. Sin poder contenerse mordió con ternura uno de sus rosados labios.

—*Feiticeira*, regálame esa tranquilidad, por favor. A lo mejor algún día te cansas de mí y no deseas continuar a mi lado, podrás marcharte sin temor a no tener dónde ni con qué vivir... —pidió. La joven se intentó levantar, molesta.

—No, yo no quiero pensar en algo así, sé que nunca querré dejarte. Pero a lo mejor tú... —La silenció devorando su boca con lujuria.

—No te atrevas a decirlo —la reprendió con mirada lúgubre—. Te quiero en mi vida para siempre.

—Entonces no comprendo.

—Glía, mi amor, serás mi esposa mañana al fin, dame ese regalo de bodas. Firma ahí, nada cambiará, solamente que de ahora en adelante tendrás lo mismo que yo en cuanto a dinero. No es tan malo —contraatacó. Era increíble que buscara convencerla de eso, pero ahí estaba, intentando persuadir a su mujer de que aceptara ser dueña de millones.

—¿En serio es lo que quieres? —preguntó con hilo de voz. Él asintió sin dudar.

—Y si...

—No lo digas —lo acalló adivinando lo que diría. Antonio retiró su dedo de la boca no sin antes besarlo.

—Y si algún día ya no estoy, debes saber que todo será absolutamente tuyo. Glía, mi amor, necesito que entiendas lo que implica el paso que daremos mañana —intentó explicarle.

—Sé lo que haré, me casaré con mi hombre —soltó con sencillez. Lo desarmaba por completo y ella lo sabía.

—Bien, tú ganas. Ahora, jovencita, hágame el favor de firmar eso... —Resoplando agarró nuevamente la pluma y se levantó. Una vez que lo hizo él la acercó nuevamente a su cuerpo—.

Nada deseo más que ser tu marido, ¡ya! Estos meses han sido muy largos —murmuró contra sus labios. A pesar de que dormían juntos desde que se comprometieron, parecía que para él no era suficiente, Antonio lo quería todo de ella y eso incluía legalizar su situación.

Así que al día siguiente se celebró su enlace en medio de brindis, risas y la compañía de su mejor amiga y de la mujer que solía llamar su ángel.

Observó a Camelia dibujar con suma atención. Ya iba a la escuela, era una niña inquieta, feliz.

A México ya había podido regresar desde hacía un poco más de dos años. Justo un mes después de enterarse que Breno llegaría a sus vidas. Abriendo correos en su ordenador personal, un e—mail llamó su atención, parecía ser de la universidad virtual donde acababa de terminar la licenciatura. De pronto el nombre de Ana escrito ahí la descolocó. Sin más una serie de chantajes y extorsiones aparecieron dejándola lívida. Antonio, que leía a su lado en la *Tablet*, notó su actitud. Sin preguntarle le quitó la *Laptop* de sus piernas y leyó rabioso lo que ahí decía. Aventó la maquina a un lado sobre el colchón, llamó a Camilo con urgencia y luego se acercó a ella con el rostro lleno de preocupación. Deseaba que ese embarazo transcurriera lleno de alegría, de paz y esos bastardos no sabía aún cómo, lograron hacerle llegar esa mierda a su mujer.

—Glía, mi amor, mírame —rogó notando que no reaccionaba. Sacudió su barbilla levemente, de pronto un torrente de lágrimas comenzó a fluir y un llanto convulso se apoderó de su pequeño ser. Antonio la cargó y sentó sobre sus piernas meciéndola ansioso.

—Nada va a pasar, aquí no.

—Pero... Ana —pudo decir temblando. El hombre cerró los ojos sintiendo una profunda impotencia.

—Ella... ella, ha forjado su destino. Por favor trata de tranquilizarte, recuerda al bebé... —suplicó. Su esposa aferraba su pecho desnudo asintiendo pero sin poder calmarse. Unos minutos después y luego de susurros y caricias sosegadoras, Glía al fin aflojó el cuerpo. Le pidió a Lina que se quedara con ella mientras iba con su equipo de seguridad a ver qué carajos estaba ocurriendo.

Regresó varias horas después, su mujer dormía al fin. Entre sus tías lograron que así fuera distrayéndola con un sinfín de cosas. ¿Cómo le diría lo que acababa de saber? Se frotó la cien mientras les relataba en el recibidor de su habitación lo que sucedió a Lina y Augusta. Ambas parecían también afligidas por la noticia, por lo que sufriría la alegría de esa casa al enterarse. Aun así, sabían que tenía derecho a saberlo. Camilo ya volaba para México y pronto sabría si esos imbéciles al fin fueron detenidos. No había día que no pensara en ello, cada cierto tiempo pedía informes, averiguaban, pero nunca imaginaron que llegaran a ella.

Glía despertó gritando a medianoche gracias a una pesadilla. Antonio, que no podía conciliar del todo el sueño, la acunó nuevamente logrando así que durmiera sobre su pecho.

Por la mañana permaneció acurrucada en la cama sin prácticamente hablar.

—Mi amor, necesitas desayunar, por favor... —le rogó poniéndose en cuclillas a su lado sobre el suelo. Ella negó lagrimosa.

—¿Ya me dirás lo que indagaste? ¿Por qué me mandaron eso? ¿Sabes algo de mi hermana? ¿Saben dónde vivo? —Necesitaba saber, el terror de ese tiempo se había alejado de su sistema, pero aún no se iba del todo, ahora lo comprendía. Antonio cerró los ojos asintiendo, vencido. Era lo mejor, se repitió una y otra vez.

De inmediato su esposa se incorporó esperando las respuestas a sus preguntas. Se acomodó a su lado sonriendo con dulzura al tiempo que acomodaba uno de sus rizos tras su oreja.

—¿Prometes que te cuidarás e intentarás estar bien? —pidió agobiado. Glía asintió frotándose

su aún plano vientre. Él posó una mano sobre la suya y besó su frente—. Ellos no saben dónde vives y aunque lo supieran jamás podrían acercarse, es solo que no es tan complicado dar con el correo electrónico de alguien, de ahora en adelante tendrán mayor seguridad y filtros... —Un segundo después acunó su barbilla penetrándola con sus ojos—. Escucha, mi amor, debes ser fuerte —rogó. Con esa simple palabra ella comenzó a lagrimear—. Ana, Ana fue encontrada en la orilla de una carretera cercana a la capital ayer por la mañana, sin vida —pudo decir, preocupado.

Enseguida su esposa escondió el rostro entre sus manos y comenzó a sollozar negando. Eso era horrible, espantoso, no podía haber terminado así, no ella, no su hermana, no lo único que le quedaba de su familia. Antonio la acercó a él, la sentó sobre sus piernas y la meció sin decir nada. ¿Qué palabras usar ante algo así? Varios minutos después Glía comenzó a calmarse pero continuaba ahí, escondida en su pecho.

—Ya no queda nada de mi familia —murmuró con voz quebrada. Su esposo dejó salir un largo suspiro. Ella no tenía ni siquiera fotos para recordarlos, imágenes que algún día pudiera mostrar a sus hijos, solo la memoria de su vida anterior y eso le dolía muchísimo.

—Lo siento mucho, mi amor, de verdad lo siento mucho —repitió sintiendo su dolor corroerlo. Ella asintió despegándose un poco para poder verlo.

—¿Cómo ocurrió eso?

—No sé, pero cuando se está tan metido en ese tipo de cosas, terminar así es casi lo lógico. Lo sabes, *feiticeira*

—¿Crees que se pueden traer sus restos aquí? —Él besó su nariz negando con tristeza.

—Eso es casi imposible, por lo menos pronto. Las autoridades tienen que hacer su trabajo, un peritaje. Por ahora... su cuerpo es propiedad federal —explicó contenido. Desde hacía años que no la veía llorar, no de tristeza. Otros sollozos.

—Nunca podré regresar allá, ¿cierto? —comprendió triste. El hombre sonrió levemente.

—Creo que paradójicamente con lo que ocurrió, eso puede ser posible. Pero no sé todavía cuándo. Ten un poco de paciencia...

—Llevo más de dos años fuera.

—Glía... —Ella posó un dedo tembloroso sobre sus duros labios, negando.

—No me malinterpretes. Ahora tú, tus tías, este sitio, es mi hogar... Amo estar aquí, deseo construir mi futuro aquí. Pero mi pasado está demasiado lejos de mí.

—He pensado en algo que... no sé, es tu decisión —dijo expectante. La joven lo observó intrigada al tiempo que él limpiaba con suavidad sus mejillas pálidas.

—Independientemente de que puedas volver a México, pensé en hacer un par de espacios a lado de mis padres, de los restos de Romano y Lidia, de mi familia, donde puedan estar los restos de tus padres, y simbólicamente los de Ana, hasta que los recuperemos. ¿Estarías de acuerdo? —preguntó. De nuevo las lágrimas humedecieron sus mejillas. Lo abrazó escondiendo su rostro bajo el hueco de su cuello.

—Sí, sí me gustaría mucho —admitió convulsa. Él sonrió relajándose un poco. No soportaba verla llorar, sin embargo, sería su apoyo, su sustento, lo que ella necesitara para superar lo ocurrido.

El resto del día permaneció a su lado mientras Augusta y Lina llevaban de paseo a Camelia por Río. Glía, ese, y algunos días más, permaneció ausente, un tanto deprimida y silenciosa. No obstante, poco a poco, con la ayuda de su familia, pero sobre todo la de su marido que no paró de tener atenciones hacia ella, fue regresando a la normalidad y volvió a sonreír como solía.

Al regreso de Camilo, varias semanas después, supo que ya podría volver a pisar suelo mexicano y que no corría peligro pues en un enfrentamiento entre los miembros restantes de las bandas, murieron los que habían escapado y arrestaron al resto.

Glía, besó la mejilla del escolta y le agradeció por todo lo que hizo. Esa joven tenía el don de desarmar hasta al más duro, para ejemplo Camilo, el resto del equipo de seguridad y sobre todo él; Antonio, que no le importaba en lo absoluto esconder la fascinación y amor que esa dulce e inocente mujer le despertaba.

—Siempre será un placer servirle, señora Glía —admitió sonriente.

—Mamá, ¿te gusta mi *libujo*? —Esas palabras la sacaron de sus recuerdos. Se acercó sonriendo.

—Claro, es bellissimo, a papá seguro le encantará —respondió acariciando su melena. La niña lo miró satisfecha para luego girar su bello rostro a aquella pared destinada a tener colgados cada uno de los regalos que le hacía a su padre, y que éste coleccionaba con esmero, siempre.

—Mamá, enséñame a ti de *leina* —pidió entonces. Glía sonrió sacudiendo la cabeza. Su hija estaba en esa edad que todo era fantasía, irreal. La ayudó a descender de la silla, un segundo después Camelia ya sujetaba el álbum de fotos de la boda.

Se sentaron sobre el sofá de cuero oscuro y comenzaron a ojearlo mientras ella le narraba un cuento de reyes y princesas. Cuando terminaron Camelia ya se encontraba demasiado ansiosa. Antonio debía estar por llegar, esperó Glía igual de impaciente que su hija.

De pronto la pequeña se acercó con un tomo de color crema y se lo tendió sonriendo. La mujer lo agarró y abrió intrigada, nunca lo había visto. Al ojear su contenido pestañeó perpleja.

—¿Me cuentas otro cuento? —pidió la niña sonriente. Ambas se sentaron nuevamente observando atentas las fotografías. Era Antonio con Lidia, su boda, fotos de su noviazgo, de viajes. Pasó un dedo asombrada por el rostro más joven de su marido y sonrió con amor. Conocía a la que fue su esposa de una imagen colocada en la parte alta de un librero ahí mismo, pero nada más.

—¿Quién es? —indagó Camelia, atenta. Glía siguió mirando curiosa sin poder responderle. De pronto ubicó a Romano, ambos salían del hospital con una gran sonrisa—. ¿*Pol* qué papá está ahí?, ¿quién es ese bebé?, ¿Esa *señola*? —La joven acarició el pequeño rostro de ese bebé profundamente conmovida. Siguió pasando las gruesas hojas embelesada. El niño era una preciosura, parecido a ambos en las mismas proporciones. Camelia continuó insistiendo.

Ya preparada para responderle la contempló y acarició con ternura su mejilla.

—Ella —comenzó y le señaló a Lidia—, ella es una reina que vive en el cielo, Camelia —explicó. La niña sonrió maravillada acercándose para verla más de cerca—, y él, él es un ángel que te cuida a ti, a Breno, a tus tías, a papá —concluyó. Camelia abrió sus ojitos asombrada, intrigada.

—Es muy bonito.

—Es tu hermano.

—¿*Lomano*?

—Sí, Romano... Ella es su mamá —dijo con esa paciencia que la caracterizaba. Glía, en vez de dar clases en algún colegio, como ya podía hacerlo, decidió concentrarse en enseñar a los niños de aquellos sitios marginados. Antonio la apoyó imponiendo sus condiciones de seguridad, pero orgulloso de su labor e involucrándose en ello cada vez que le era posible, incluso con Camelia ya a veces. La realidad era que Glía, en poco tiempo se convirtió en una mujer querida y respetada por su labor, por su manera de defender y de querer ayudar a personas con situaciones

similares a las que ella pasó.

Antonio había llegado desesperado por verlos, por besar a su mujer, por jugar con esa pequeña diablilla y cargar al pequeño Breno. Sin embargo, al entrar a la recámara de la niña, Augusta le dijo que lo esperaban en el estudio.

Ambos bajaron conversando sobre el viaje y la salud de Glía, que era buena, pero deseaban mantener bien vigilada, el embarazo de Breno fue muy bueno a excepción de aquello que ocurrió al inicio. Disfrutar su vientre redondeado, cumplir todos sus caprichos y consentirla hasta lo indecible, era su fin, aunque Glía poco se detenía e iba de aquí para allá con esa independencia que solía, pero lo logró pues cuando se trataba de él, hacía a un lado todo eso para dejarse llevar por sus caricias y mimos.

Cerca del umbral notaron que Lina se encontraba ahí, sin pasar y con una mano cubriéndose la boca. Los dos se acercaron silenciosos, intrigados. Al escuchar lo que sucedía ahí adentro, Antonio sintió esa calidez que solo ella era capaz de hacerle sentir. Glía era mágica, tenía una forma de ver la vida única, sencilla, sin complicaciones, pero sobre todo poseía el corazón más grande que hubiese conocido y saberlo suyo, lo colmaba de dicha, de plenitud. Dos, de sus tres motores en su existir, les daban la espalda por lo que no se percataron de que eran vigiladas.

—¿Ella también nos *cuila*? —indagó la pequeña.

—Ella cuida a papá, siempre lo hará —le explicó.

—¿A ti te cuidan los *aguelos*? —Ella asintió recordando las historias que le narraba sobre ellos, aún le parecía muy pequeña para llevarla a ese sitio donde los sentía aún más cerca, pero buscaba la manera de que supiera sobre los seres que ya no estaban a su lado y que de haber estado, la amarían.

—Sí, y tu tía Ana —respondió recordando el momento en el que Antonio, meses después del nacimiento de Breno, llegó con sus cenizas. No le había dicho nada, más tarde supo que no quería ilusionarla, pero cuando entró a la habitación donde ella alimentaba a su hijo como siempre soñó con Camelia, y que compartían desde aquella noche que comenzaron de nuevo, se colocó a su lado, serio, contemplándolos. Su semblante extraño la alertó, pero le sonrió con dulzura. El hombre, *su hombre*, besó su mano libre y luego el piecillo del bebé.

—¿Pasa algo? —susurró serena. Antonio negó embelesado y es que ese cuadro podía verlo todo el tiempo y no tener suficiente de ello, era exageradamente perfecto; ella con su cabello desparramado lanzando fuego en contraste con su piel clara, sin nada de maquillaje con el pecho descubierto mientras alimentaba a su bebé y este se adormilaba en medio de tanta paz.

—Sí, pero no malo, así que tranquila, Breno aún no termina —murmuró sin moverse. Ella sonrió, asintiendo y acarició la cabecita del bebé.

—Cada vez que lo veo, así, tan pequeño, sus manitas, siento que no puedo ser más feliz, pero luego llegan tú y Cami, y siento que es demasiada felicidad para una sola persona —musitó con suavidad, atenta a su hijo. Antonio sonrió enamorado, ella se merecía todo lo bueno que la vida le pudiera dar.

—La que mereces, nada más, *feiticeira* —respondió acariciando aún el pie de su hijo. Ella lo encaró, intrigada.

—Ya quiero saber... —admitió arrugando la nariz. Él se acercó y buscó sus labios.

—Lo sé, mi amor, iré a ver a Cami que quería mostrarme algo y regreso.

—No tardes, mira que te estaré esperando. —La besó de nuevo.

—No lo haré, mi señora.

Cuando regresó Breno ya dormía, le pidió a Fábía que se hiciera cargo y la sacó de la

habitación.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber desconcertada.

—Prefiero que lo veas por ti —reviró aferrando su mano, un tanto nervioso por cómo lo tomaría al verlas. Llegaron a su estudio, cerró tras él, se acercó a su escritorio y le señaló una caja de madera tallada que no había visto al entrar. Glía se cubrió el rostro, nerviosa. Así habían llegado las cenizas de sus padres, pero ¿podría ser?

—¿Es...? —preguntó temblando. Antonio asintió acercándose y acunando su rostro.

—Es Ana, al fin logramos recuperarla —dijo despacio. Glía con los ojos nublados lo miró fijamente, asombrada, llorosa.

—Gracias —pudo decir dejándose abrazar por él, sentir su protección en ese momento era lo único que necesitaba, pero mirando la caja, con las lágrimas humedeciendo sus mejillas.

—Ahora sí todo terminó, tienes a toda tu familia aquí, junto con la otra que hemos formado y el peligro en México acabó —expresó acariciando su melena. La joven asintió, aferrada a su camisa.

Cuando se separó anduvo hasta la urna, la tomó entre sus brazos y la rodeó con fuerza pegándola a su pecho.

—A pesar de todo te amo, Ana, y pediré cada día porque estés donde estés, hayas encontrado la paz que ahora yo tengo. Siempre, por encima de todo, serás mi hermana.

Antonio, tras ella, cerró los ojos un momento, aspirando con fuerza, esa era su mujer.

—Vamos a colocarla junto a mis padres —expresó girándose, sonriendo.

—Donde tú lo desees, mi amor. —Ella se acercó y buscó sus labios, quedándose ahí un segundo más.

—Me has devuelto toda mi vida, me diste una nueva. Estoy en casa al fin.

—Hiciste lo mismo por mí, Glía —susurró cerca de su rostro.

—Entonces estamos a mano —reviró sonriente, él de inmediato supo a qué se refería y la besó nuevamente.

Glía regresó al presente cuando Cami movió su mano reclamando su atención.

—Pelo a ti *simple* te cuida papá, ¿*veldad*?

—Sí, yo la cuidaré y amaré por siempre, pequeño duende —aseguró aquella voz masculina que despertaba los sentidos de su pelirroja desde el primer día. Ambas giraron sorprendidas. Camelia, sin esperar a que llegara hasta ellas, salió deprisa y se colgó de su padre, riendo. Glía se levantó sintiendo que de nuevo la paz reinaba en su vida, odiaba estar lejos de él. Su esposo se acercó hasta ella con la niña aún en brazos, la tomó por la cintura con delicadeza y la besó con pasión, como solía hacer.

—Mamá dice que *Lomano* es un ángel, ¿vive también el cielo? —aseguró con suficiencia. Glía se sonrojó mirándolo, tímida.

—Sí, él vive en el cielo, Cami.

—Y me *cuila* —soltó abriendo los ojos por un segundo, como presumiendo. Camelia conocía la existencia de Romano, pero no era un tema que se tocara con frecuencia, no obstante, con el giro que Glía acababa de darle, ya no sería algo que pasara desapercibido.

—Sí, nos cuida a todos.

—*Quielo* que *duelma* conmigo —rogó haciendo puchero. Antonio acunó la barbilla de Glía mirándola con veneración.

—Eres una completa y absoluta *feiticeira*, mi amor, una asombrosamente hermosa. —Ella se pegó a él aún más.

—Te extrañé mucho —expresó ansiosa mientras él la acercaba más a su cuerpo.

—No más que yo a ustedes, así que tendremos que ponernos al día —y volvió a besarla.

El recuerdo de Romano vivió y creció junto a sus hermanos. Su pasado y presente se conjugaban de maneras misteriosas pero inigualablemente perfectas. Todo lo que amaban estaba ahí, en ese lugar, en aquel mágico sitio que les mostró a todos lo que era la felicidad, el verdadero arte de amar.

El tercer miembro de la familia fue otra pequeña llamada Ángela. Las risas, los gritos, los juegos, el bullicio era parte de esa gran familia que habitaba en *Villa Catarina*. Antonio, apoyó a su hechicera y fue todo lo que prometió, el hombre que su familia necesitaba. Su camino, a pesar de los errores, de las equivocaciones, nunca volvió a alejarse, se hizo uno, al igual que sus almas, que su vida, que su familia.

Fin